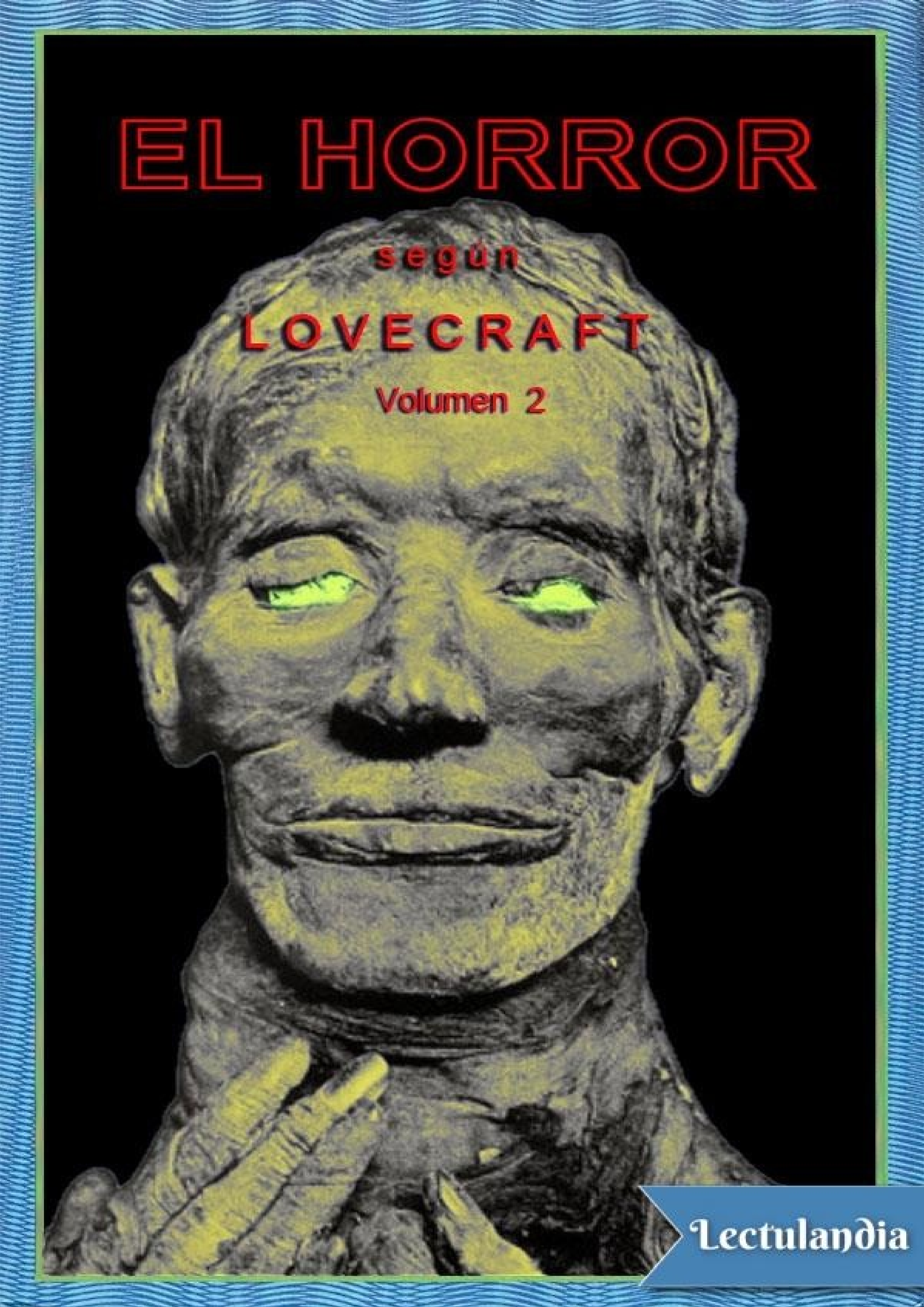

EL HORROR
según
LOVECRAFT
Volumen 2
Lectulandia

En este segundo volumen se completa el representativo panorama de conjunto del horror en la literatura según el personal criterio de H.P.L., para el cual las mejores muestras del género han sido escritas por autores que poseen un universo propio o bien están poseídos.

La selección incluye a los (en su opinión) cuatro maestros modernos del género: Machen, Blackwood, M. R. James y Lord Dunsany, de los que se ofrecen los textos favoritos de Lovecraft. Junto a ellos aparecen otros autores que asimismo gozaron de la predilección del escritor de Providence. Como el visionario William Hope Hodgson, de tanta influencia en todo el opus lovecraftiano y en especial en su ciclo de Cthulhu; o el conocido pionero de la ciencia-ficción H. G. Wells, también esporádico cultivador del género espectral; o el polifacético escritor y guionista alemán H. H. Ewers, promotor del expresionismo cinematográfico y único representante en esta antología de una literatura poco propicia al terror pese a haber sido la principal impulsora del romanticismo y de los primeros cuentos de miedo; o el “raro” e infravalorado M. P. Shiel, de vida tan extravagante y fabulosa como su casi desconocida obra; o el singular poeta y cuentista Walter de la Mare, que revolucionó el horror cósmico con una serie de volúmenes de relatos cuya última entrega publicó cumplidos los ochenta años; o el también poeta y escultor Clark Ashton Smith, compatriota y amigo personal de H.P.L., con quien formaría, en unión de Robert E. Howard, el célebre trío de mosqueteros de la legendaria revista Weird Tales. Cierra el tomo el propio Lovecraft con uno de sus más significativos relatos pertenecientes a la mitología de Cthulhu, la parte más original e influyente de toda su obra.

Lectulandia

AA. VV.

El horror según Lovecraft

Volumen 2

El ojo sin párpado - 14

ePub r1.0
orhi 26.10.15

Título original: *El horror según Lovecraft*
AA. VV., 1988
Traducción: José Luis López Muñoz & Aurelio Martínez Benito & Juan Antonio Molina Foix & Aurora Nolla & Francisco Torres Oliver
En sobrecubierta: El rostro de Yuya, alrededor de 1500 a. C.

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

Arthur Machen

EL GRAN DIOS PAN

(The Great God Pan, 1894)

Considerado por Lovecraft como uno de los cuatro maestros modernos del género, el galés Arthur Llewellyn Machen (1863-1947) es uno de sus escritores predilectos, un «titán» de quien se ufana también en proclamar su parentesco. Nacido en Caerleon-on-Usk, la dorada Isca Silurum de las legiones romanas, más tarde sede de la mítica corte del rey Arturo, su pasado celta gravitó siempre sobre su obra, interesada en mostrar la herencia maligna que nos ha legado el mundo antiguo, y basada en la creencia de que el mundo que nos rodea no es más que la envoltura de otro interior, espiritual y más resplandeciente, que tal vez algún día nos será desvelado, teoría esotérica del cosmos en la que, según Rafael Llopis, «hallaron expresión verbal las emociones numinosas de su niñez».

Voraz lector (Cervantes, Shakespeare, Rabelais, Coleridge, Hawthorne, Quincey, Poe…), catalogador de libros raros en el Museo Británico, meritorio traductor de Casanova y Margarita de Navarra, autor de una extravagante «Anatomy of Tobacco», ocasional actor de teatro, periodista a la fuerza, ocultista de vocación (perteneció a la orden hermética «Golden Dawn», como Stoker, Stevenson, Yeats, Conan Doyle o Blackwood), Machen fue por encima de todo un escritor místico de prosa exquisitamente poética y rigurosa, «nunca efusiva» según Borges. Un romántico empedernido cuya imaginativa escritura, plagada de formidables pasajes pictóricos, es una búsqueda imperiosa de los misterios que se esconden más allá de la existencia y fuera del tiempo.

Para el escritor de Providence «hay en Machen un éxtasis del “miedo” que los demás seres vivos son demasiado torpes o tímidos para captar y que incluso Poe no logró concebir en toda su anormalidad»; aunque reconoce que «a su prosa le falta la incesante fuerza y el carácter impresionante que convierte cualquier obra de Poe en un delirio concentrado». Lo mejor de su obra reside en sus ambiguos cuentos de terror cósmico, donde, en palabras de H.P.L., el «horror oculto y el espanto soterrado llegan a adquirir una sustancia y una agudeza realistas casi incomparables».

De todas sus historias sobrenaturales la más famosa sin duda es «El gran dios Pan», donde su misticismo naturalista, al estilo de Wordsworth, se transforma en algo mucho más siniestro que nos recuerda que la palabra pánico deriva de Pan. «El encanto de este relato —nos explica Lovecraft— reside en su eficacia. Nadie podría describir el suspense acumulado y el horror definitivo que abunda en cada párrafo sin seguir cabalmente el orden preciso con que Machen va exponiendo sus graduales

alusiones y revelaciones». «Su estilo —acabaría confesando humildemente el Abuelo — tiene un ritmo y una música que yo nunca he podido lograr y que ni siquiera puedo imitar sin parecer afectado».

EL GRAN DIOS PAN[1]

I. EL EXPERIMENTO

—Me alegro de que hayas venido, Clarke; de veras me alegro mucho. No estaba seguro de que dispusieras de tiempo.

—Pude arreglar las cosas para unos pocos días. Ahora no hay demasiada actividad. Pero ¿no tienes ninguna duda, Raymond? ¿Estás seguro?

Los dos hombres paseaban lentamente por delante de la hilera de casas que discurría frente a la residencia del Dr. Raymond. El sol estaba todavía suspendido por encima de la cordillera de poniente, pero brillaba con un apagado resplandor rojizo que no proyectaba sombras. El aire estaba en calma. Una brisa fresca venía del gran bosque que se extendía por las laderas de las colinas vecinas, acompañada, a intervalos, del suave zureo de las palomas salvajes. Abajo, en el largo y encantador valle, el río serpenteaba entre las solitarias colinas y, a medida que el sol se ocultaba y desaparecía por el oeste, una ligera neblina, muy blanca, comenzaba a elevarse de sus orillas. El doctor Raymond se volvió bruscamente a su amigo.

—¿Seguro? Por supuesto que sí. En sí misma, la operación es muy simple; podría hacerla cualquier cirujano.

—Y ¿no existe peligro en ninguna otra fase?

—Ninguno. Rotundamente, no existe ningún tipo de peligro físico, te doy mi palabra. Siempre fuiste asustadizo, Clarke, siempre. Pero ya conoces mi historial. Me he dedicado durante los últimos veinte años a la medicina trascendental. Me han llamado curandero, charlatán e impostor, pero todo el tiempo he sabido que me hallaba en el buen camino. Hace cinco años logré mi objetivo, y desde entonces cada día ha sido una preparación para lo que haremos esta noche.

—Me gustaría creer que todo eso es cierto —Clarke frunció el ceño y miró dubitativamente al doctor Raymond—. ¿Estás completamente seguro, Raymond, de que tu teoría no es ninguna fantasía? ¿Que no es una visión, ciertamente espléndida, pero visión al fin y al cabo?

El doctor Raymond se detuvo en su paseo y repentinamente se volvió. Era un hombre de mediana edad, demacrado y flaco, y de tez amarillenta, mas al contestar a Clarke cara a cara sus mejillas se ruborizaron.

—Mira a tu alrededor, Clarke. Puedes ver la montaña y una colina tras otra, cual olas en el mar; bosques y huertas, campos repletos de trigo maduro y prados que llegan hasta los cañaverales del río. Puedes verme aquí a tu lado y oír mi voz. Pero te aseguro que todas esas cosas —sí, desde esa estrella que acaba de brillar en el cielo hasta el suelo firme que pisamos— no son más que sueños y sombras que ocultan a nuestros ojos el mundo real. *Existe* un mundo real pero está más allá de esta magia y de esta visión, más allá de estas «cacerías en un tapiz, sueños en una carrera», más

allá de todo eso, como detrás de un velo. Ignoro si algún ser humano ha alzado alguna vez ese velo; pero sí sé, Clarke, que tú y yo lo veremos levantar esta misma noche, antes que nadie. Puedes pensar que todo esto es un disparate, que es extraño; pero es verdad. Los antiguos sabían lo que significa levantar el velo. Lo llamaban ver al dios Pan.

Clarke se estremeció. La blanca neblina que se acumulaba sobre el río estaba helada.

—Es maravilloso, desde luego —dijo—. Si lo que dices es verdad, Raymond, nos encontramos al borde de un mundo extraño. ¿Es absolutamente imprescindible el bisturí?

—Sí; una ligera incisión en la materia gris, eso es todo. Un insignificante reajuste de ciertas células, una alteración microscópica que escaparía a la atención de noventa y nueve de cada cien especialistas del cerebro. No quiero darte la lata con una explicación científica, Clarke. Podría darte un montón de detalles técnicos que te impresionarían mucho, pero que te dejarían tan a oscuras como estás ahora. Supongo que habrás leído, de paso, en algún rincón perdido de tu periódico, que la fisiología cerebral ha progresado mucho recientemente. El otro día vi un suelto sobre la teoría de Digby y los descubrimientos de Browne Faber. ¡Teorías y descubrimientos! Se encuentran ahora donde yo me encontraba hace quince años, y no necesito decirte que en los últimos quince años no me he estancado. Bastará que te diga que hace cinco años hice el descubrimiento a que aludí cuando dije que había logrado mi objetivo.

»Después de muchos años de trabajo y fatigas, y de andar a tientas en la oscuridad, después de muchos días y muchas noches de decepción y hasta de desesperación, en que de vez en cuando solía temblar y deprimirme pensando que quizá otros estuviesen buscando lo mismo que yo, por fin, después de tanto tiempo, un escalofrío de súbita alegría estremeció mi alma y comprendí que el largo viaje tocaba a su fin. Por lo que entonces pareció una casualidad, y aún ahora lo parece, el curso de una idea casual siguió los cauces y sendas habituales, que yo había rastreado ya cientos de veces. La gran verdad se alzó ante mí y vi todo un mundo, dibujado con líneas luminosas, una esfera desconocida; continentes e islas, y grandes océanos en los que ningún barco ha navegado (estoy convencido) desde que el hombre levantó por vez primera la mirada y contempló el sol y las estrellas en el cielo, y debajo, la tierra en calma.

»Pensarás que todo este lenguaje es muy enfático, Clarke, pero es difícil ser literal. Y, además, ignoro si las cosas a las que aludo pueden ser expuestas en términos sencillos y corrientes. Por ejemplo, este mundo nuestro está completamente rodeado hoy en día de hilos y cables telegráficos; el pensamiento, a una velocidad algo menor que la de la luz, cruza como una centella del amanecer al crepúsculo, de norte a sur, a través de mares y desiertos. Supongamos que un electricista de hoy en día pudiera darse cuenta de repente de que tanto él como sus colegas han estado

sencillamente jugando con guijarros, a los que erróneamente habían tomado por los cimientos del mundo. Supongamos que ese hombre viera un espacio mayor extendiéndose hasta el infinito, y que las palabras de los humanos lo surcasen hasta más allá del sol y de los sistemas más lejanos y que las voces articuladas de los hombres resonasen en el desolado vacío que envuelve a nuestros pensamientos. Sería una analogía bastante buena de lo que yo he hecho.

»Ahora comprenderás un poco lo que sentí aquí cierta tarde. Era una tarde de verano y el valle ofrecía un aspecto muy parecido al de ahora. Me encontraba aquí mismo, viendo ante mí el indecible e inconcebible abismo profundo que se abre entre los dos mundos, el material y el espiritual. Veía cómo se difuminaba la inmensa brecha, vacía y profunda, y en aquel mismo instante un puente de luz saltó de la tierra a la orilla desconocida y el abismo fue salvado. Si quieres puedes consultar el libro de Browne Faber; en él encontrarás que, hasta el presente, los hombres de ciencia eran incapaces de explicar la presencia de un cierto grupo de células nerviosas del cerebro, o de especificar sus funciones. Este grupo es, por decirlo así, *tierra de nadie*, un simple terreno baldío propicio a las teorías más fantásticas. Yo no me encuentro en la situación de Browne Faber y demás especialistas; estoy perfectamente instruido en lo referente a las posibles funciones de esos centros nerviosos dentro del esquema general. Con un simple toque puedo ponerlos en funcionamiento; con un toque, digo, puedo liberar la corriente; puedo consumar la comunicación entre el mundo de los sentidos y… Más tarde podremos completar la frase. Sí, el bisturí es necesario; pero piensa en lo que ese bisturí «puede hacer. Arrasará completamente la sólida barrera sensorial y probablemente por vez primera desde que el hombre fuera creado, un espíritu podrá contemplar el mundo espiritual. Clarke, ¡Mary verá al dios Pan!

—Pero ¿no recuerdas lo que me escribiste? Creía que era necesario que ella…

El resto lo susurró al oído del doctor.

—De ninguna manera. Eso es una tontería, te lo aseguro. Realmente, es mejor así. Estoy completamente seguro de eso.

—Piénsatelo bien, Raymond. Es una gran responsabilidad. Algo puede ir mal y en ese caso serías un desgraciado el resto de tus días.

—No, no lo creo; ni aunque sucediera lo peor. Como sabes, saqué a Mary del arroyo, librándola de una casi segura inanición, cuando todavía era una niña. Pienso que su vida me pertenece, que puedo utilizarla como juzgue conveniente. Vamos, se está haciendo tarde. Será mejor que entremos.

El doctor Raymond fue el primero en entrar a la casa, después de atravesar el vestíbulo y descender a un largo y sombrío pasadizo. Sacó una llave de su bolsillo y abrió una pesada puerta, indicando a Clarke con la mano que entrara en su laboratorio. Antes había sido una sala de billar y estaba iluminado por una cúpula acristalada en el centro del techo, donde todavía brillaba una triste luz grisácea sobre la figura del doctor, mientras éste encendía una lámpara de gruesa pantalla y la colocaba sobre una mesa en el centro de la habitación.

Clarke miró a su alrededor. Apenas quedaba un palmo de pared libre; la habitación estaba cubierta de anaqueles cargados de botellas y frascos de todas las formas y colores; y en un extremo había una pequeña librería Chippendale. Raymond señaló hacia ella.

—¿Ves este pergamino de Oswald Crollius? Fue uno de los primeros en mostrarme el camino, aunque no creo que él mismo llegara a descubrirlo. Ésta es una de sus extrañas sentencias: «En cada grano de trigo yace oculta el alma de una estrella».

Había pocos muebles en el laboratorio. La mesa del centro, consistente en una losa de piedra con desagüe en una de sus esquinas, y los dos sillones en donde se sentaron Raymond y Clarke. Eso era todo, a excepción de un extraño sillón al fondo de la habitación. Clarke lo miró y alzó las cejas.

—Sí, ése es el sillón —dijo Raymond—. Podemos colocarlo también en posición.

El doctor se levantó, acercó el sillón a la luz y empezó a subirlo y bajarlo, a hacer descender su asiento, a graduar su respaldo y a ajustar el apoyo de los pies. Parecía bastante cómodo, y Clarke pasó la mano por su suave terciopelo verde, en tanto el doctor manipulaba las palancas.

—Ahora ponte cómodo, Clarke. Me queda todavía un par de horas de trabajo; me vi obligado a dejar ciertos detalles para el final.

Raymond se dirigió a la losa de piedra y Clarke observó sin interés cómo se inclinaba sobre una hilera de frascos y encendía una llama bajo el crisol. El doctor tenía una pequeña lámpara de mano, con una pantalla como la otra, sobre una repisa por encima de sus aparatos, y Clarke, que estaba sentado en la oscuridad, contemplaba la vasta y triste habitación, asombrado por los extraños efectos de la brillante luz en contraste con las indefinidas tinieblas. Pronto tuvo conciencia de un extraño olor dentro de la habitación. Al principio sólo fue una simple impresión; pero, a medida que fue en aumento, le sorprendió que no le recordara en nada a una farmacia o una clínica.

Clarke trató en vano de analizar esa sensación y empezó a pensar, casi inconscientemente, en un día, quince años atrás, en que se había dedicado a vagabundear por bosques y prados, cerca de su antiguo hogar. Era un día abrasador, a principios de agosto. El calor difuminaba el contorno de todas las cosas y borraba las distancias con una ligera calina. La gente que observó el termómetro habló de un registro anormal, de una temperatura casi tropical. Aquel maravilloso día de calor de hacía quince años brotó inesperadamente en la memoria de Clarke. La sensación de la deslumbrante luz solar invadiéndolo todo parecía ocultar las sombras y luces del laboratorio, y Clarke sentía de nuevo en el rostro las ráfagas de aire cálido, veía el débil resplandor que se elevaba del césped, y oía los innumerables rumores del verano.

—Espero que el olor no te moleste, Clarke; no existe nada malsano en él. Tal vez te dé un poco de sueño, eso es todo.

Clarke oyó las palabras con toda claridad, y sabía que Raymond le estaba hablando, pero por más que lo intentó no pudo despertar de su letargo. No podía pensar más que en el solitario paseo que diera quince años atrás. Fue la última vez que contempló los campos y los bosques que conocía desde niño, y ahora todo ello aparecía ante él, brillantemente iluminado, como en un cuadro. Sobre todo, llegaba a su olfato el aroma del verano, el perfume entremezclado de las flores, la fragancia de los bosques, el frescor de los rincones sombríos, en lo más profundo de los verdes abismos, extraído por el calor del sol; y todo lo dominaba el aroma de la buena tierra, extendiéndose, por así decirlo, con los brazos estirados y una sonrisa en los labios. En su fantasía vagaba, como lo hiciera tiempo atrás, desde los campos al bosque, siguiendo un pequeño sendero entre la brillante maleza de las hayas; y en su sueño, el goteo del agua cayendo de la roca caliza sonaba cual diáfana melodía.

Sus pensamientos comenzaron a extraviarse y a mezclarse con otros recuerdos; el paseo de hayas se convirtió en un sendero de encinas, en el que, de vez en cuando, una parra cargada de uvas purpúreas trepaba de rama en rama con sus ondulantes zarcillos, y las escasas hojas gris-verdosas de un olivo silvestre se recortaban contra las oscuras sombras de las encinas. En los profundos recovecos de su sueño, Clarke se daba cuenta de que el sendero procedente de la casa de su padre le había conducido a un país desconocido y, mientras se asombraba de lo extraño que era todo, de repente, en lugar del zumbido y el susurro del verano, un silencio infinito pareció descender sobre todas las cosas. El bosque enmudeció y, por un momento, permaneció cara a cara frente a una presencia que no era ni hombre ni bestia, ni vivo ni muerto, sino una mezcla de todo, la forma de todas las cosas pero desprovista de forma. En aquel mismo instante se disolvió la comunión entre cuerpo y alma, y una voz pareció gritar: «Vámonos de aquí». Entonces surgió la oscuridad de las tinieblas más allá de las estrellas, la oscuridad de lo eterno.

Clarke despertó sobresaltado y vio que Raymond vertía unas cuantas gotas de un fluido aceitoso en un frasco verde que tapó herméticamente.

—Has estado echando una cabezada —dijo—. El viaje te ha debido fatigar. Todo está listo. Voy a buscar a Mary; volveré dentro de diez minutos.

Clarke volvió a su sillón y se puso a meditar. Era como si hubiese pasado de un sueño a otro. Estremecido por sus fantasías oníricas, casi esperaba ver disolverse y desaparecer las paredes del laboratorio y despertar en Londres. Pero por fin se abrió la puerta y regresó el doctor, seguido por una chica de unos diecisiete años, toda vestida de blanco. Era tan hermosa que Clarke no se extrañó de lo que el doctor le había escrito. Su rostro, cuello y brazos se ruborizaron, mientras Raymond permanecía impasible.

—Mary —dijo el doctor—, ha llegado el momento. Eres completamente libre. ¿Estás dispuesta a confiar plenamente en mí?

—Sí, querido.

—¿Has oído eso, Clarke? Eres testigo. Aquí está el sillón, Mary. Es muy cómodo.

Siéntate y reclínate hacia atrás. ¿Estás preparada?

—Sí, querido, del todo preparada. Dame un beso antes de empezar.

El doctor se inclinó y la besó en la boca, cariñosamente.

—Ahora cierra los ojos —dijo.

La joven entornó los párpados, como si estuviera cansada y deseara dormir, y Raymond acercó el frasco verde a sus fosas nasales. Su rostro se puso blanco, más blanco que su vestido; se agitó débilmente y luego, con un gesto de profunda sumisión, cruzó los brazos sobre el pecho, como un niño a punto de rezar sus oraciones. La radiante luz de la lámpara caía de lleno sobre ella y Clarke observó fugaces cambios en su rostro, al igual que ocurre en las colinas cuando las nubes de verano pasan delante del sol. Luego se quedó inmóvil y pálida, y el doctor levantó uno de sus párpados. Estaba completamente inconsciente. Raymond presionó con fuerza una de las palancas y al momento el sillón se inclinó hacia atrás. Clarke pudo ver cómo le rapaba un círculo en los cabellos, a modo de tonsura, y le acercaba más la lámpara. Raymond cogió un reluciente instrumento de su pequeño estuche y Clarke volvió el rostro, estremecido. Cuando miró de nuevo, el doctor estaba ya vendando la herida.

—Despertará dentro de cinco minutos —Raymond permanecía completamente sereno—. No queda más por hacer; únicamente esperar.

Los minutos transcurrieron lentamente y ambos amigos pudieron escuchar un lento y pesado tic-tac. Era el viejo reloj del pasillo. Clarke se sentía enfermo y mareado; le temblaban las rodillas y apenas podía mantenerse en pie.

De repente oyeron un profundo suspiro: el color perdido volvió a las mejillas de la joven y sus ojos se abrieron. Clarke se acobardó al verlos. Brillaban con una luminosidad atroz, mirando a la lejanía, mientras su rostro reflejaba un gran asombro y extendía los brazos como para tocar algo invisible. Pero, en un instante, el asombro se desvaneció, dejando paso al más espantoso terror. Los músculos de su rostro se contrajeron horriblemente y se puso a temblar de la cabeza a los pies; su alma parecía forcejear y estremecerse dentro de su morada carnal. Era una visión horrible y Clarke se abalanzó sobre ella cuando la vio caer al suelo, gritando.

Tres días después, Raymond llevó a Clarke junto a la cabecera de Mary. La joven yacía completamente despierta, girando la cabeza de un lado a otro y sonriendo distraídamente.

—Sí —dijo el doctor, completamente sereno todavía—, es una verdadera pena; se ha convertido en una irremediable idiota. Sin embargo, no ha podido evitarse; aunque, después de todo, ha visto al gran dios Pan.

II. MEMORIAS DEL SEÑOR CLARKE

El señor Clarke, caballero elegido por el doctor Raymond como testigo del extraño experimento del dios Pan, era una persona en cuyo carácter se mezclaban singularmente la cautela y la curiosidad. En sus momentos de sensatez, rechazaba con franca aversión tanto lo insólito como lo excéntrico, y, sin embargo, en lo más profundo de su corazón, sentía una ingenua curiosidad por los elementos más recónditos y esotéricos de la naturaleza humana. Esta última tendencia es la que había prevalecido cuando aceptó la invitación de Raymond; pues, aunque su buen juicio había repudiado siempre las teorías del doctor, considerándolas como un disparate de lo más delirante, creía secretamente en las cosas más fantásticas, y le habría complacido ver confirmada esa creencia. Los horrores que había presenciado en el tenebroso laboratorio fueron, hasta cierto punto, saludables; tenía conciencia de estar mezclado en un asunto muy poco digno, y durante muchos años después se aferró firmemente a todos los lugares comunes, rechazando cuantas ocasiones se le presentaron de indagar en lo oculto. Efectivamente, en virtud de algún principio homeopático, asistió durante algún tiempo a las sesiones de eminentes médiums, esperando que los burdos trucos de estos caballeros le indispusieran contra cualquier clase de misticismo. Pero el remedio, aunque cáustico, no fue eficaz.

Clarke sabía que anhelaba todavía lo oculto; y, poco a poco, volvió a reafirmarse la vieja pasión, a medida que el rostro de Mary, estremecido y convulso por un terror incognoscible, se desvanecía lentamente de su memoria. Ocupado todo el día en trabajos serios y a la vez lucrativos, la tentación de relajarse al anochecer era demasiado grande, especialmente en los meses de invierno, cuando el fuego despedía un cálido resplandor en su cómodo piso de soltero y tenía al alcance de la mano una botella de selecto clarete. Una vez digerida la cena, simulaba leer el periódico de la tarde; pero pronto le cansaba la simple enumeración de las noticias y no tardaba en arrojar ardientes miradas de deseo hacia un viejo escritorio japonés, que se hallaba a poca distancia de la chimenea. Como un niño ante una alacena llena de tarros de mermelada, durante unos pocos minutos vagaba indeciso; pero siempre prevalecía su deseo y terminaba por acercar su silla, encender una vela y sentarse ante el escritorio. Sus casillas y cajones rebosaban de documentos acerca de los temas más morbosos, y en el fondo reposaba un enorme volumen manuscrito en el que había anotado laboriosamente las joyas de su colección. Clarke sentía un ligero desprecio por la literatura publicada; el cuento más espectral dejaba de interesarle en cuanto se imprimía. Su único placer consistía en leer, recopilar y ordenar lo que llamaba sus «Memorias para demostrar la existencia del Diablo»; y abstraído en esta ocupación, le parecía que la tarde volaba y que la noche se le hacía demasiado corta.

Cierto anochecer, una fea noche de diciembre, negra por la niebla y fría y húmeda por la escarcha, Clarke se dio prisa en cenar y apenas se dignó observar su acostumbrado ritual de coger el periódico y volverlo a dejar en seguida. Se paseó unas cuantas veces por la habitación, abrió el escritorio, permaneció de pie un momento todavía y finalmente se sentó. Se inclinó hacia atrás, absorto en uno de

aquellos sueños a que estaba sujeto, y por fin sacó su libro y lo abrió por la última anotación. Había tres o cuatro páginas densamente cubiertas por su redonda y cuidada caligrafía, precedidas por un escrito con letra algo mayor.

Singular narración contada por mi amigo el doctor Phillips. Me asegura que los hechos aquí relatados son estricta y enteramente ciertos, pero se niega a darme los apellidos de las personas involucradas, o el lugar en donde ocurrieron estos extraordinarios sucesos.

El señor Clarke empezó a leer por décima vez, cotejando de vez en cuando las notas a lápiz que había tomado mientras se lo contaba su amigo. Le encantaba enorgullecerse de una cierta habilidad literaria; apreciaba mucho su propio estilo y se esmeraba por conferir dramatismo a todo cuanto escribía. Leyó la siguiente historia:

«Las personas a que atañe esta declaración son Helen V., que, si aún vive, debe ser ahora una mujer de unos veintitrés años; Rachel M., ya fallecida, un año más joven que la anterior, y Trevor W., un débil mental de dieciocho años. Esas personas habitaban, en la época a que se refiere la historia, en un pueblo de los confines de Gales, lugar de cierta importancia en tiempos de la dominación romana, pero hoy en día reducido a un caserío desperdigado de no más de quinientas almas. Está situado en terreno elevado, a unas seis millas del mar, protegido por un extenso y pintoresco bosque.

Hace unos once años, Helen V. llegó al pueblo en circunstancias un tanto peculiares. Se supone que, siendo huérfana, fue adoptada en su infancia por un pariente lejano, el cual la crió en su propia casa hasta que cumplió doce años. Pensando, no obstante, que sería preferible que la niña tuviera compañeros de juegos de su misma edad, el pariente puso un anuncio en varios periódicos locales buscando un hogar en alguna confortable granja para una chica de doce años. El anuncio fue contestado por un tal señor R., acaudalado granjero del mencionado pueblo. Como sus referencias resultaron satisfactorias, el caballero envió a su hija adoptiva a casa del señor R., con una carta en la que estipulaba que la chica debería tener una habitación para ella sola y determinaba que sus tutores no necesitaban preocuparse por su educación, ya que estaba suficientemente educada para la posición social que iba a ocupar. En realidad, al señor R. se le daba a entender que debería permitir que la chica buscara sus propias ocupaciones y pasara el tiempo como le apeteciese.

A su debido tiempo, el señor R. fue a recibirla a la estación más próxima, a unas siete millas de distancia de su casa, y no pareció observar nada raro en la niña, excepto que se mostraba reservada en todo lo referente a su vida anterior y a su padre adoptivo. La chica se distinguía, sin embargo, de los habitantes del pueblo por su tez aceitunada, sus facciones muy marcadas y su aspecto en cierto modo extranjero.

Pareció acomodarse fácilmente a la vida en la granja y llegó a ser muy popular entre los niños, los cuales iban a veces con ella al bosque, pues ésa era su distracción favorita. El señor R. afirma que solía marcharse sola inmediatamente después de desayunar y que no regresaba hasta el anochecer, por lo que, preocupado de que una chica tan joven pasara sola tantas horas, se lo comunicó a su padre adoptivo, el cual contestó en una breve nota que Helen podía hacer cuanto se le antojase. En invierno, cuando los senderos del bosque eran intransitables, pasaba la mayor parte del tiempo en su dormitorio, donde dormía sola, de acuerdo con las instrucciones de su pariente. Fue en una de esas expediciones al bosque, poco más o menos un año después de su llegada al pueblo, cuando ocurrió el primero de los singulares incidentes relacionados con esta chica.

El invierno anterior había sido extremadamente riguroso. La nieve se amontonó hasta gran altura y durante un período de tiempo sin precedente continuaron las heladas. El verano siguiente fue igualmente notable por su extremado calor. Uno de los días más calurosos de ese estío, Helen V. salió de la granja para dar uno de sus largos paseos por el bosque, llevándose, como de costumbre, un poco de pan y carne para el almuerzo. Unos campesinos la vieron dirigirse hacia la vieja Vía Romana, verde calzada que atraviesa la parte más elevada del bosque, y se quedaron asombrados al observar que la chica se había quitado el sombrero aunque el calor del sol era ya casi tropical. Mientras esto sucedía, un labriego llamado Joseph W. se encontraba trabajando en el bosque cerca de la Vía Romana y, a las doce en punto, su hijo pequeño Trevor le llevó su almuerzo, consistente en pan y queso. Después de comer, el niño, que por aquel entonces tendría unos siete años, dejó a su padre trabajando y, según dijo, se fue a coger flores al bosque. El hombre, que le oía gritar entusiasmado por sus hallazgos, no sentía preocupación alguna. Sin embargo, quedó horrorizado de pronto al oír unos espantosos chillidos, causados manifiestamente por un terror intenso, y, arrojando apresuradamente sus aperos, corrió a ver lo que sucedía. Guiándose por los gritos, encontró al pequeño corriendo precipitadamente, presa de un pavor evidente. Al preguntarle, el hombre acabó por enterarse de que, después de coger un ramillete de flores, el niño se sintió cansado, se tumbó en la hierba y se quedó dormido. De repente le despertó, según declaró, un sonido peculiar, una especie de cántico que le llamaba, y, atisbando por entre las ramas, vio a Helen V. jugando en la hierba con un «extraño hombre desnudo», al cual parecía incapaz de describir más exactamente. Dijo que se sintió espantosamente asustado y que huyó llamando a gritos a su padre. Joseph W. siguió la dirección indicada por su hijo y encontró a Helen V. sentada en la hierba en medio de un claro o espacio abierto dejado por los carboneros. La riñó airadamente por haber asustado a su hijo pequeño, pero ella negó la acusación en su totalidad y se rió de la historia infantil del «extraño hombre» a la cual el mismo padre tampoco daba mucho crédito. Joseph W. llegó a la conclusión de que su hijo se había despertado repentinamente asustado, como a veces les ocurre a los niños. Pero Trevor se aferró a su historia y continuó tan asustado que

por fin su padre se lo llevó a casa, esperando que su madre fuera capaz de apaciguarle. Sin embargo, durante varias semanas el niño inquietó bastante a sus padres; siempre estaba nervioso y su comportamiento se volvió muy extraño, negándose a salir solo de casa y alarmando constantemente a su familia al despertarse por las noches con gritos de «¡El hombre del bosque! ¡Padre! ¡Padre!».

No obstante, con el paso del tiempo esta impresión pareció disiparse y unos tres meses más tarde acompañó a su padre a casa de un caballero de la vecindad, para quien Joseph W. trabajaba ocasionalmente. El hombre fue conducido al despacho y el pequeño se quedó sentado en el vestíbulo. Unos minutos después, mientras el caballero estaba dando instrucciones a W., quedaron ambos horrorizados al oír un grito desgarrador y el ruido de un cuerpo al caer. Y cuando salieron precipitadamente, se encontraron al niño en el suelo, sin sentido y con el rostro desencajado por el terror. Inmediatamente llamaron al médico, el cual, después de reconocerle, declaró que el niño había sufrido una especie de ataque, producido, al parecer, por un repentino susto. Llevaron al niño a uno de los dormitorios, donde poco después recobró el conocimiento, pero sólo para sumirse de nuevo en un estado qué el médico calificó de histerismo violento. El doctor le recetó un fuerte calmante y, al cabo de dos horas, le permitió volver a casa por su propio pie. Pero, al pasar por el vestíbulo, los paroxismos del miedo reaparecieron con violencia aún mayor. El padre se dio cuenta de que el niño señalaba hacia un objeto y escuchó su conocido grito de «¡El hombre del bosque!». Al mirar en la dirección indicada vio una cabeza de piedra, de apariencia grotesca, empotrada en la pared, encima de una de las puertas. Al parecer, el propietario de la casa había hecho recientemente algunos cambios en el edificio y, al cavar los cimientos para nuevas dependencias, los obreros habían descubierto una curiosa cabeza, evidentemente de la época romana, que fue colocada en el vestíbulo de la manera descrita. En opinión de los más expertos arqueólogos de la región, la cabeza pertenecía a un fauno o sátiro[2].

Fuera cual fuese la causa, este segundo susto fue demasiado para el niño Trevor, que en la actualidad sufre una debilidad mental que ofrece muy pocas esperanzas de mejoría. El asunto causó gran sensación en la época y la niña Helen fue interrogada cuidadosamente por el señor R. Pero fue en vano, pues ella negó rotundamente haber asustado de alguna manera a Trevor.

El segundo suceso relacionado con el nombre de esta chica tuvo lugar hace unos seis años y fue todavía más extraordinario.

A principios del verano de 1882, Helen contrajo una amistad de carácter particularmente íntimo con Rachel M., hija de un próspero granjero de los alrededores. La mayoría de la gente consideraba que esta chica, un año menor que Helen, era la más bonita de las dos, aunque las facciones de esta última se habían suavizado en buena medida al hacerse mayor. Las dos chicas, que estaban juntas siempre que podían, ofrecían un singular contraste: la una con su tez aceitunada y su aspecto casi italiano, y la otra con la blancura y rubicundez proverbiales en nuestros

distritos rurales. Debe consignarse que los pagos efectuados al señor R. para el mantenimiento de Helen eran conocidos en el pueblo por su excesiva liberalidad, y la impresión general era que algún día la chica heredaría de su pariente una gran suma de dinero.

Los padres de Rachel no se oponían, por consiguiente, a la amistad de su hija con Helen, e incluso fomentaban esa intimidad, si bien hoy lo lamentan amargamente. Helen conservaba todavía su extraordinaria afición al bosque, y en varias ocasiones Rachel la acompañaba, poniéndose ambas en camino muy temprano y permaneciendo en el bosque hasta el anochecer. Después de estas excursiones, una o dos veces la señora M. observó en su hija un comportamiento bastante peculiar: se mostraba lánguida y soñadora, y parecía «distinta», ésa fue la expresión utilizada. Pero, al parecer, estas peculiaridades fueron consideradas demasiado banales para reparar en ellas. Una noche, sin embargo, después de que Rachel volviera a su casa, su madre oyó una especie de sollozo contenido en la habitación de la chica y, al entrar, la encontró tendida sobre la cama, medio desnuda, presa de una evidente congoja. En cuanto vio a su madre, exclamó:

—¡Ay!, madre, madre, ¿por qué me dejarías ir al bosque con Helen?

La señora M. quedó asombrada por tan extraña exclamación y procedió a hacer preguntas a su hija. Rachel le contó una historia absurda. Dijo…»

Clarke cerró el libro de golpe y giró su silla en dirección al fuego. La tarde en que su amigo se sentó en esa misma silla y le contó su historia, Clarke le había interrumpido al llegar a un punto algo posterior a éste, cortando en seco sus palabras en un paroxismo de horror.

—¡Dios mío! —había exclamado—. Piensa, piensa lo que estás diciendo. Es demasiado increíble, demasiado monstruoso; esas cosas no pueden ocurrir en este mundo sencillo donde los hombres y las mujeres viven y mueren, luchan y vencen, o quizá fracasan, y se postran bajo el dolor, y se afligen y padecen extraños destinos durante muchos años. Eso no, Phillips; cosas como ésas no pasan. Debe de haber alguna explicación, alguna solución a ese terror. Porque, si fuera posible un caso así, nuestro mundo sería una pesadilla.

Pero Phillips relató su historia hasta el fin, concluyendo:

—Su huida sigue siendo un misterio hasta el día de hoy. Se esfumó a pleno sol; fue vista paseando por un prado y unos instantes después ya no estaba allí.

Clarke trató de imaginarse de nuevo toda la historia, sentado junto al fuego, y su mente se estremeció y retrocedió otra vez, horrorizada por la visión de tan espantosos e inenarrables elementos, entronizados, por así decirlo, y triunfantes en aquellos frágiles cuerpos. Ante él se extendía la borrosa perspectiva de la verde calzada del bosque, tal como la había descrito su amigo. Veía las vibrantes hojas y las temblorosas sombras en la hierba, la luz del sol y las flores, y a lo lejos, en lontananza, dos figuras avanzando hacia él. Una era Rachel, pero ¿y la otra?

Clarke hizo todo lo posible por no creer en nada de esto, pero al final de su transcripción escribió en el libro lo siguiente:

Et diabolus incarnatus est, et homo factus est

III. LA CIUDAD DE LAS RESURRECCIONES

—¡Herbert! ¡Dios mío! ¿Es posible?

—Sí, me llamo Herbert. Creo que yo también le conozco a usted, pero no recuerdo su nombre. Tengo muy mala memoria.

—¿No te acuerdas de Villiers de Wadham?

—¡Es verdad! Discúlpame, Villiers, no podía imaginarme que estaba pidiéndole limosna a un antiguo compañero de colegio. Buenas noches.

—Mi querido amigo, no tengas tanta prisa. Vivo muy cerca de aquí, pero no iremos todavía a mi casa. ¿Y si diésemos un corto paseo hasta Shaftesbury Avenue? ¿Cómo has llegado a esta situación, Herbert, en nombre del cielo?

—Es una larga historia, Villiers, y también extraña; si quieres puedo contártela.

—Venga pues. Acepta mi brazo, no pareces estar muy fuerte.

La desigual pareja ascendió lentamente por Rupert Street; uno, llevando harapos sucios y de aspecto siniestro, y el otro, ataviado con el uniforme reglamentario de hombre de ciudad, aseado, lustroso y fundamentalmente acomodado. Villiers acababa de salir de un restaurante, después de una excelente y abundante cena, regada con una aceptable botella de Chianti. Presa de ese estado de ánimo que era casi crónico en él, se había demorado un momento junto a la puerta, escudriñando a su alrededor en la poco iluminada calle, en busca de esos misteriosos incidentes y personajes que pululan por las calles de Londres en cualquier barrio y a cualquier hora. Villiers se vanagloriaba de ser un experto explorador de esos recónditos laberintos y callejuelas poco frecuentadas de la vida londinense, y en esa poco provechosa búsqueda desplegaba una asiduidad digna de mejor empleo. Así pues, permanecía junto al farol, examinando a los transeúntes con mal disimulada curiosidad y, con esa gravedad sólo conocida por los asiduos a su mesa, acababa de enunciar mentalmente el siguiente axioma: «Londres ha sido llamada la ciudad de los encuentros, pero es más que eso, es la ciudad de las resurrecciones».

De pronto, estas reflexiones se vieron interrumpidas por un patético gemido, cercano a él, y una deplorable petición de limosna. Ligeramente irritado, miró en torno y, con un brusco sobresalto, se halló ante la viva personificación de sus algo pomposas fantasías. Allí, a su lado, con el rostro alterado y desfigurado por la pobreza y la desgracia, y el cuerpo escasamente cubierto por mugrientos harapos, se encontraba su antiguo condiscípulo Charles Herbert, matriculado el mismo día que él

y con quien había compartido diversiones y enseñanzas durante doce cursos consecutivos. Diferentes ocupaciones e intereses diversos habían interrumpido aquella amistad, y hacía seis años que Villiers no veía a Herbert. Ahora contemplaba esa ruina de hombre con pesar y consternación, no exentos de una cierta curiosidad por la triste cadena de circunstancias que le habían arrastrado a tan penosa situación. Además de compasión, Villiers experimentaba todos los goces del aficionado a los misterios y se felicitaba por sus ociosas especulaciones al salir del restaurante.

Durante algún tiempo caminaron en silencio y más de un transeúnte les miró con asombro ante el insólito espectáculo de un hombre bien vestido y un inconfundible mendigo cogido de su brazo. Al percatarse de ello, Villiers enfiló hacia una oscura calle del Soho. Allí repitió su pregunta.

—¿Cómo demonios te ha sucedido esto, Herbert? Siempre creí que gozabas de una excelente posición en Dorsetshire. ¿Te desheredó tu padre? Supongo que no.

—No, Villiers. A la muerte de mi pobre padre entré en posesión de toda la propiedad. Murió un año después de que yo abandonara Oxford. Fue un buen padre para mí y lamenté sinceramente su muerte. Pero ya sabes cómo son los jóvenes. Pocos meses después me vine a la ciudad, introduciéndome bastante en sociedad. Entré, desde luego, con buen pie y conseguí divertirme mucho, de una forma más bien inofensiva. Es cierto que jugué un poco, mas nunca grandes cantidades, y las pocas veces que aposté en las carreras gané dinero… Solamente unas libras, no creas, pero lo suficiente para comprarme cigarros y otros insignificantes caprichos. Las cosas cambiaron en mi segunda temporada. Por supuesto, te enterarías de mi boda.

—No, no supe nada de ella.

—Pues sí, Villiers, me casé. Conocí en casa de unos amigos a una chica de una belleza de lo más extraño y sorprendente. No puedo decirte su edad; jamás la supe. Pero, según mis cálculos, supongo que debía tener unos diecinueve años cuando la conocí. Mis amigos la habían conocido en Florencia. Les contó que era huérfana, hija de padre inglés y madre italiana, y a ellos les encantó tanto como a mí. La primera vez que la vi fue en una reunión vespertina. Me hallaba cerca de la puerta hablando con un amigo, cuando de repente, por encima del murmullo de las conversaciones, oí una voz que me estremeció el corazón. Estaba cantando una canción italiana. Aquella tarde me la presentaron y a los tres meses me casé con Helen. Esa mujer, Villiers, si se la puede llamar «mujer», corrompió mi alma. La noche de bodas la pasé sentado en su alcoba del hotel, escuchando su charla. Ella estaba sentada en la cama y yo la oía hablar con su hermosa voz de cosas que, incluso ahora, no me atrevería a susurrar en una noche oscura, aunque me encontrara en medio del desierto. Tú, Villiers, puedes pensar que conoces la vida; que conoces Londres, y lo que pasa día y noche en esta horrible ciudad. Lo único que puedo decirte es que debes haber oído hablar de las cosas más ruines, pero te aseguro que no puedes concebir lo que yo sé, ni puedes haber imaginado en tus fantásticos y espantosos sueños ni la más leve sombra de lo que yo he oído… y visto. Sí, visto. He visto horrores tan increíbles que incluso a

veces me detengo en plena calle y me pregunto si es posible que un hombre que mantenga semejantes cosas pueda seguir viviendo. Al cabo de un año era un hombre arruinado en cuerpo y alma.

—Pero ¿y tus propiedades? Tenías tierras en Dorset, ¿no?

—Lo vendí todo: los campos, los bosques, la vieja y querida casa…, todo.

—¿Y qué ha sido del dinero?

—Ella me lo quitó todo.

—¿Te abandonó entonces?

—Sí; desapareció una noche. No sé adónde fue, pero estoy seguro de que si la viera de nuevo me moriría. El resto de mi historia carece de interés; sórdida miseria, eso es todo. Puedes pensar, Villiers, que he exagerado para impresionarte, mas no te he contado ni la mitad. Podría contarte ciertas cosas que te convencerían, pero ya no volverías a conocer un solo día de felicidad. Pasarías el resto de tu vida como yo paso la mía, convertido en un hombre atormentado, un hombre que ha visto el infierno.

Villiers llevó a su casa al desgraciado y le dio de comer. Herbert comió poco y apenas tocó el vaso de vino que su amigo le puso delante. Malhumorado y silencioso, se sentó junto al fuego y pareció aliviado cuando Villiers le despidió tras darle una pequeña cantidad de dinero.

—Por cierto, Herbert —dijo Villiers al despedirse en la puerta—, ¿cómo se llamaba tu esposa? Dijiste Helen, ¿verdad? ¿Helen qué?

—El nombre por el que se hacía pasar cuando la conocí era Helen Vaughan, pero no podría decirte cuál es su verdadero nombre. No creo que tuviera nombre. No, no en ese sentido, no. Sólo los seres humanos tienen nombre, Villiers; no puedo decirte más. Adiós. Descuida. No dejaré de llamarte si considero que puedes ayudarme en algo. Buenas noches.

El hombre salió a la glacial noche y Villiers volvió a su chimenea. Había algo en Herbert que le había impresionado indeciblemente; no eran sus humildes harapos ni las marcas que la pobreza había impreso en su rostro, sino más bien un terror indefinido que flotaba a su alrededor como una neblina. Él mismo había admitido que no estaba exento de culpa; la mujer —lo había confesado— había corrompido su cuerpo y su espíritu, y Villiers presintió que ese hombre que antaño fuera su amigo debía de haber presenciado escenas cuya perversidad sería intraducible a palabras. Su historia no necesitaba confirmación: él mismo era la prueba viviente. Villiers reflexionó con curiosidad sobre la historia que acababa de oír, preguntándose si había oído el principio y el final de la misma.

«No —pensó—, el final ni hablar, tal vez sólo el principio. Un caso como éste es como un juego de cajas chinas; abres una tras otra y en cada caja descubres un trabajo de artesanía más original que el anterior. Lo más probable es que el pobre Herbert sea sólo una de las cajas exteriores; seguramente habrá otras más extrañas en el interior».

Villiers no podía quitarse de la cabeza a Herbert y su historia, que parecía cada vez más insensata a medida que avanzaba la noche. El fuego empezó a apagarse y el

aire fresco de la mañana penetró en la habitación. Villiers se levantó, miró por encima del hombro y, estremeciéndose ligeramente, se acostó.

Unos días más tarde encontró en su club a un caballero conocido suyo llamado Austin, famoso por conocer íntimamente la vida londinense, tanto en su aspecto tenebroso como en el luminoso. Absorto todavía en su encuentro en el Soho y sus consecuencias, Villiers pensó que Austin tal vez fuera capaz de arrojar alguna luz sobre la historia de Herbert. Por eso, después de una corta charla intrascendente, le planteó de repente la cuestión.

—¿Por casualidad sabe usted algo de un hombre llamado Herbert, Charles Herbert?

Austin se volvió bruscamente y miró con asombro a Villiers.

—¿Charles Herbert? ¿No se encontraba usted en la ciudad hace tres años? ¿No? Entonces no habrá oído hablar del caso de Paul Street, ¿verdad? Causó sensación en la época.

—¿Cómo fue?

—Bueno, un caballero de muy buena posición fue encontrado muerto, completamente muerto, en el patio de cierta casa de Paul Street, calle que arranca de Tottenham Court Road. No fue la policía, desde luego, quien hizo el descubrimiento. Si por casualidad pasa uno toda la noche en vela con alguna luz encendida, el agente de ronda le llamará la atención. Pero si casualmente yace usted muerto en algún patio, le dejarán en paz. En ese caso, como en muchos otros, la alarma la dio una especie de vagabundo; no me estoy refiriendo a un mendigo corriente ni a un holgazán de taberna, sino a un caballero cuyos negocios o placeres le convertían en espectador de las calles londinenses a las cinco de la madrugada. Ese individuo, según dijo, «iba a su casa», no se sabe de dónde ni adónde, y pasaba por Paul Street entre las cuatro y las cinco de la madrugada. Algo le llamó la atención a la altura del número veinte. Declaró, bastante absurdamente, que la casa ofrecía el aspecto más desagradable que había observado en toda su vida, pero que, de todas formas, echó un vistazo al patio y quedó asombrado al ver a un hombre tendido sobre el pavimento acurrucado boca arriba. Nuestro caballero pensó que aquel semblante ofrecía un aspecto particularmente horroroso, por lo que salió corriendo en busca del policía más próximo. Al principio, el agente se sintió inclinado a tomarse el asunto a la ligera, sospechando una vulgar borrachera. Sin embargo, acudió y, al observar el rostro del hombre, cambió de tono bastante rápidamente.

»El pájaro madrugador que tan excelente gusano había encontrado fue enviado en busca de un médico y el policía hizo sonar el timbre y golpeó la puerta de la casa hasta que bajó a abrir una sirvienta desaseada, con aspecto de estar aún dormida. El agente señaló el contenido del patio a la doncella, la cual gritó en voz alta lo suficiente para despertar a toda la calle. Luego declaró que no sabía nada de aquel hombre; que nunca le había visto en la casa, y cosas así. Entre tanto, el primer descubridor había vuelto con un médico y el siguiente paso fue entrar en el patio. La

puerta estaba abierta, así es que el cuarteto al completo descendió ruidosamente los escalones. El doctor apenas necesitó un examen superficial para saber que el pobre tipo llevaba varias horas muerto. Fue entonces cuando la cosa empezó a ponerse interesante.

»Al muerto no le habían robado nada y en uno de sus bolsillos se encontraron papeles que le identificaban como…, bueno, como a un hombre de buena familia y posición, predilecto de la buena sociedad y sin ningún enemigo conocido. No le digo su nombre, Villiers, porque nada tiene que ver con la historia, ni es bueno sacar a relucir los asuntos de los muertos cuando no les quedan parientes vivos. Lo más curioso fue que los médicos no pudieron ponerse de acuerdo acerca de la causa de su muerte. Presentaba unas ligeras magulladuras en los hombros, pero tan ligeras que parecía como si le hubiesen echado bruscamente a empujones por la puerta de la cocina, mas no que le hubiesen arrojado a la calle por encima de la verja, ni que le hubiesen arrastrado por los escalones. No presentaba ninguna otra señal de violencia, ninguna desde luego que justificara su muerte. Al efectuar la autopsia no encontraron rastro alguno de veneno. Por supuesto, la policía quiso enterarse de todo lo relativo a los inquilinos del número veinte y así aparecieron, según supe confidencialmente, uno o dos detalles sumamente curiosos.

»Al parecer los ocupantes de la casa eran unos tales señor y señora de Charles Herbert. De él se decía que era un terrateniente, aunque a mucha gente le extrañaba, pues Paul Street no era exactamente el lugar apropiado para un caballero de su estirpe. En cuanto a la señora Herbert, nadie parecía saber quién era o lo que era y, entre nosotros, tengo la impresión de que los que bucearon en su pasado se encontraron con un mar de enigmas. Por supuesto, ambos negaron conocer al difunto y, a falta de pruebas en contra, fueron absueltos. Pero se descubrieron cosas bastante raras en relación con ellos. Aunque eran entre las cinco y las seis de la mañana cuando trasladaron al muerto, se congregó una gran muchedumbre y muchos vecinos corrieron a ver de qué se trataba. Sus comentarios fueron bastante sinceros, al decir de todos, y de ellos se desprendía que el número veinte de Paul Street tenía muy mala reputación. Los detectives intentaron seguirles la pista a estos rumores, para dar con algún fundamento sólido, pero no lograron encontrar ninguno. La gente se limitaba a negar con la cabeza y a enarcar las cejas, considerando que los Herbert era más bien «raros», que «era preferible no ser vistos visitando su casa» y cosas por el estilo; pero no había nada tangible. Las autoridades tenían la certidumbre de que el hombre había encontrado la muerte, de una manera u otra, dentro de la casa y que luego fue arrojado al exterior por la puerta de la cocina. Pero no pudieron probarlo y la ausencia de indicios de violencia o de envenenamiento les impidió actuar. Un caso extraño, ¿verdad? Pero, curiosamente, hay algo más que todavía no le he contado. Casualmente conocía yo a uno de los médicos consultados sobre la posible causa de la muerte y, algún tiempo después de la investigación, me lo encontré y le pregunté al respecto.

»—¿No irá usted a decirme —dije— que el caso le sigue desconcertando, que en realidad no sabe todavía de qué murió?

»—Perdóneme —replicó él—, sé perfectamente qué fue lo que le causó la muerte. Sin duda murió de miedo, de verdadero y atroz terror. Jamás he visto en el ejercicio de mi profesión unas facciones tan horrorosamente desencajadas, y eso que me he enfrentado con toda una multitud de muertos.

»Normalmente el doctor era un individuo tranquilo, por lo que me sorprendió una cierta vehemencia en sus modales; pero no pude sacarle nada más. Supongo que las autoridades no encontraron la manera de procesar a los Herbert por asustar a un hombre hasta causarle la muerte. De cualquier forma, no hicieron nada y el caso acabó por olvidarse. ¿Acaso ha sabido usted algo acerca de Herbert?

—Bueno —replicó Villiers—, fuimos compañeros de colegio.

—¡No me diga! ¿Vio usted alguna vez a su esposa?

—No, hace años que he perdido de vista a Herbert.

—Es extraño, ¿no le parece?, separarse de un hombre a la salida del colegio o en Paddington, no saber nada de él durante años y verle asomar la cabeza en un lugar tan raro. Pero me habría gustado conocer a la señora Herbert; se cuentan de ella cosas extraordinarias.

—¿Qué clase de cosas?

—Bueno, casi no sé cómo explicarlo. Todos los que la vieron en el tribunal afirmaron que era la más bella y a la vez la más repulsiva mujer en la que habían puesto los ojos. He hablado con un hombre que la vio y le aseguro a usted que se estremeció, literalmente, al tratar de describirla, aunque no supo decir por qué. Por lo visto, era una especie de enigma y supongo que, si aquel muerto hubiera podido hablar, habría contado cosas extraordinariamente extrañas. Y aún queda otro misterio: ¿qué hacía un respetable caballero rural como el señor *** (así le llamaré si a usted no le importa) en una casa tan misteriosa como ésa del número veinte? Es un caso muy extraño, ¿no le parece?

—En efecto, Austin; un caso extraordinario. Cuando le pregunté a usted por mi viejo amigo, no me imaginaba que iba a dar con algo tan extraño. Bien, ahora debo irme. Buenos días.

Villiers se marchó, recordando una vez más su metáfora de las cajas chinas. Este caso sí que contenía una original obra de artesanía.

IV. EL DESCUBRIMIENTO DE PAUL STREET

Unos pocos meses después del encuentro de Villiers con Herbert, el señor Clarke, después de cenar, estaba sentado como de costumbre junto a la chimenea, resuelto a reprimir sus deseos de acercarse al escritorio. Durante más de una semana había

conseguido mantenerse alejado de sus «Memorias» y abrigaba la esperanza de una completa reforma en sus hábitos. Pero, a pesar de su empeño, no podía acallar su admiración y la extraña curiosidad que en él había despertado el último caso anotado. Había sometido conjeturalmente el caso, o más bien un resumen del mismo, a un amigo científico, el cual meneó la cabeza y pensó que Clarke se estaba volviendo un poco chiflado. Aquella noche, Clarke se esforzaba por racionalizar la historia cuando un repentino golpe en la puerta le sacó de sus meditaciones.

—El señor Villiers desea verle, sir.

—Querido Villiers, ha sido usted muy amable en venir a verme; hacía muchos meses que no le veía; casi un año, creo. Pase, pase. ¿Qué tal Villiers? ¿Desea que le aconseje alguna inversión?

—No, gracias, creo que todo lo que tengo en ese aspecto está bastante seguro. No, Clarke, he venido en realidad a consultarle acerca de un asunto bastante extraño, del que me he enterado recientemente. Me temo que, cuando se lo cuente, lo encontrará un poco absurdo. Eso mismo pienso yo a veces y ésa es la razón por la que me he decidido a venir a verle, pues sé que es usted un hombre práctico.

El señor Villiers ignoraba la existencia de las «Memorias para probar la existencia del Diablo».

—Bien, Villiers, me alegrará poder aconsejarle en la medida que me sea posible. ¿De qué se trata?

—Es algo extraordinario. Usted ya me conoce: sabe que en la calle siempre mantengo los ojos bien abiertos y que en ocasiones me he tropezado con individuos extraños y asuntos igualmente extraños. Pero éste, creo, los supera a todos. Salía yo de un restaurante una desapacible noche invernal hará unos tres meses; había cenado excelentemente, acompañado de una buena botella de Chianti, y permanecía unos instantes en la acera, meditando acerca del misterio de las calles de Londres y de las gentes que por ellas pasaban. Una botella de vino tinto estimula este tipo de fantasías, Clarke; y me atrevo a decir que habría imaginado toda una página con letra pequeña, de no haber sido interrumpido bruscamente por un mendigo que se me había acercado por detrás y me hacía las súplicas habituales. Volví la cabeza, por supuesto, y el mendigo resultó ser lo que quedaba de un viejo amigo mío, un hombre llamado Herbert. Le pregunté cómo había llegado a esa situación tan espantosa y me lo contó. Paseamos de arriba abajo por una de esas calles largas y oscuras del Soho. Me dijo que se había casado con una chica muy guapa, unos años más joven que él, la cual le había corrompido, ésa fue su expresión, en cuerpo y alma. No entró en detalles; dijo que no se atrevía, que lo que había visto y oído le atormentaba noche y día. Al mirarle a la cara comprendí que estaba diciendo la verdad. Había algo en él que me hizo estremecer. No sé por qué, pero así fue. Le di un poco de dinero y le despedí; y le aseguro a usted que cuando se marchó respiré con dificultad. Su presencia parecía helarle a uno la sangre.

—¿No exagera usted un poco, Villiers? Supongo que el pobre tipo se casaría

precipitadamente y, en lenguaje corriente, iría a menos.

—Bien, escuche esto.

Villiers Je contó a Clarke la historia que había escuchado de labios de Austin.

—Gomo verá —concluyó— no existe la menor duda de que ese señor ***, quienquiera que sea, murió de puro terror; vio algo tan espantoso, tan terrible, que le segó la vida. Y lo que vio, desde luego lo vio en aquella casa, que, por una u otra razón, goza de mala reputación en la vecindad. Tuve la curiosidad de ir en persona a ver semejante lugar. Es una calle de aspecto muy triste; las casas son lo bastante viejas para resultar sórdidas y lúgubres, pero no lo suficiente para ser pintorescas. Por lo que pude ver, la mayoría se alquilan por apartamentos, amueblados y sin amueblar, en número de tres en casi todas ellas; algunas plantas bajas han sido convertidas en tiendas de lo más vulgar; se trata de una calle deprimente en todos los aspectos. Comprobé que el número veinte estaba por alquilar y me dirigí a la agencia, donde me entregaron la llave. Por supuesto, en aquel tiempo todavía no había oído nada acerca de los Herbert, mas le pregunté al agente, que me pareció honrado, cuánto hacía que habían dejado la casa y si, entre tanto, ésta había tenido otros inquilinos. Me miró con extrañeza durante unos instantes y luego me dijo que los Herbert se habían marchado inmediatamente después del disgusto, así lo llamó, y que desde entonces la casa había estado deshabitada.

El señor Villiers hizo una pausa.

—Siempre me ha gustado visitar casas abandonadas; encuentro una especie de fascinación en esas desoladas habitaciones vacías, con clavos en las paredes y una espesa capa de polvo en los antepechos de las ventanas. Pero no disfruté al recorrer el número veinte de Paul Street. Apenas puse el pie en el corredor, noté una extraña y agobiante sensación en la atmósfera. Ya sé que todas las casas deshabitadas están mal ventiladas y demás; pero aquélla tenía algo completamente diferente; no sabría describírselo; era algo que parecía dejarle a uno sin respiración. Entré en la sala de estar, en el cuarto trasero y en la cocina de la planta baja; estaban bastante sucios y polvorientos, como era de esperar; pero había algo extraño en todos ellos. No se lo podría precisar; lo único que acierto a decir es que notaba algo anormal. Una de las habitaciones del primer piso era, sin embargo, la peor de todas. Era bastante espaciosa y el empapelado de sus paredes debió de ser en tiempos bastante alegre; pero, cuando yo la vi, la pintura, el papel y todo lo demás ofrecía un aspecto de lo más penoso. La habitación estaba repleta de horrores; cuando empujé la puerta, sentí que me rechinaban los dientes y, al entrar, creí caer desmayado al suelo. Sin embargo, me tranquilicé y me apoyé en la pared del fondo, preguntándome qué demonios podía haber en aquella habitación que me hiciera temblar y obligara a mi corazón a acelerar sus latidos, como si me hallase a punto de morir. En un rincón había un montón de periódicos esparcidos por el suelo, que empecé a hojear; eran de haría tres o cuatro años, algunos medio rotos y otros arrugados como si los hubieran utilizado para envolver algo. Revolví todo el montón y descubrí entre ellos un curioso dibujo; luego

se lo mostraré. Pero no podía permanecer en la habitación: notaba que me abrumaba. Me alegré de salir, sano y salvo, al aire libre. La gente me miraba al pasar por la calle, pensando que estaba borracho. Realmente iba tambaleándome de un lado a otro de la acera y apenas fui capaz de devolver la llave al agente y marcharme a casa. Estuve en cama una semana, padeciendo lo que mi médico calificó de conmoción nerviosa y agotamiento. Un día estaba leyendo el periódico de la tarde y casualmente reparé en un suelto titulado «Muerto por inanición». Era lo de costumbre: una típica casa de huéspedes en Marylebone, una puerta cerrada durante varios días y un hombre encontrado muerto en su silla cuando forzaron aquélla. «El difunto —decía el suelto— se llamaba Charles Herbert, y se cree que en tiempos fue un próspero terrateniente. Su nombre salió a la luz pública hace tres años en relación con una misteriosa muerte ocurrida en Paul Street, junto a Tottenham Court Road, pues resultó ser el inquilino de la casa número veinte, en cuyo patio fue hallado muerto un caballero de buena posición en circunstancias todavía por aclarar». Un trágico final, ¿no le parece? Aunque, al fin y al cabo, si lo que me contó era cierto, y estoy seguro de que sí lo era, toda su vida había sido una tragedia, y además de índole mucho más extraña que las que se representan en los escenarios.

—¿Eso es todo? —dijo Clarke, meditabundo.

—Sí, eso es todo.

—Bien, en realidad, Villiers, apenas sé qué decir. Sin duda, el caso presenta unas circunstancias aparentemente extrañas: el hallazgo del cadáver en el patio de la casa de Herbert, por ejemplo, o el sorprendente dictamen del médico sobre la causa de la muerte. Pero, después de todo, es muy posible que estos hechos tengan una sencilla explicación. En cuanto a la sensación que usted experimentó al visitar la casa, yo sugeriría que fue debida a un exceso de imaginación por su parte; debió usted sugestionarse, sin darse cuenta, por todo lo que oyó. No sé, exactamente, qué más podría decirse o hacerse al respecto. Evidentemente, usted cree que hay algo misterioso en todo esto. Pero, dado que Herbert está muerto, ¿dónde se propone usted seguir investigando?

—Me propongo buscar a la mujer; la mujer con quien se casó. *Ella* es el misterio.

Los dos hombres se sentaron en silencio junto al fuego; Clarke, felicitándose interiormente por haber sido capaz de mantenerse en su papel de defensor del lugar común, y Villiers, sumergido en sus melancólicas fantasías.

—Creo que me fumaré un cigarrillo —dijo al fin, llevándose una mano al bolsillo en busca de su pitillera—. ¡Ah! —exclamó, ligeramente sobresaltado—, olvidé que tengo algo que mostrarle. ¿Recuerda que le dije que había encontrado un dibujo bastante curioso entre el montón de periódicos viejos que había en Paul Street? Aquí lo tiene.

Villiers extrajo de su bolsillo un paquete pequeño, envuelto en papel marrón y sujeto con una cuerda de nudos algo complicados. Clarke se mostró curioso a su pesar y se inclinó hacia delante en su silla, mientras Villiers deshacía con dificultad

los nudos y desplegaba la envoltura. Debajo había otra envoltura de tela y Villiers la quitó igualmente, entregando a Clarke el pequeño trozo de papel sin decir palabra.

Durante cinco o más minutos, en la habitación reinó un silencio de muerte. Los dos hombres se hallaban tan inmóviles que podían escuchar el tic-tac del anticuado reloj de pared que había en el vestíbulo, y en la mente de uno de ellos la lenta monotonía del sonido despertó un recuerdo remoto, muy remoto. Clarke examinaba atentamente el pequeño retrato a pluma de una cabeza de mujer; evidentemente había sido realizado con gran cuidado por un verdadero artista, pues el alma de la mujer asomaba a sus ojos y una extraña sonrisa se abría paso entre sus labios. Clarke continuó escrutando el rostro del dibujo. Le traía a la memoria un atardecer de verano mucho tiempo atrás; volvía a ver de nuevo el largo y precioso valle, el río que serpenteaba entre colinas, prados y trigales, el pálido sol rojizo y la deprimente bruma blancuzca que se elevaba del agua. Oía una voz que hablaba a través de los años, diciendo: «Clarke, ¡Mary verá al dios Pan!». Y entonces se vio de pie en la siniestra habitación, junto al doctor, escuchando el pesado tic-tac del reloj, esperando y observando, observando la figura yacente en el sillón verde bajo la luz de la lámpara. Mary se levantó. Clarke la miró a los ojos y sintió que se le oprimía el corazón.

—¿Quién es esta mujer? —dijo finalmente, con voz ronca y firme.

—Es la mujer con quien se casó Herbert.

Clarke miró de nuevo el retrato; después de todo no se trataba de Mary. Ciertamente era el rostro de Mary, pero había algo más, algo que no había visto en las facciones de Mary cuando la muchacha, vestida de blanco, entró en él laboratorio con el doctor, ni tampoco en su terrible despertar, ni cuando yacía sonriente en el lecho. Sea cual fuere la causa —la mirada de aquellos ojos, la sonrisa de sus gruesos labios o la expresión de todo su semblante— lo cierto es que Clarke se estremeció en lo más íntimo de su ser y recordó inconscientemente las palabras del Dr. Phillips: «La más intensa expresión de maldad que jamás haya visto». Mecánicamente, dio la vuelta al papel y echó una ojeada al dorso.

—¡Por Dios, Clarke! ¿Qué le ocurre? Se ha puesto usted más blanco que el papel.

Villiers saltó bruscamente de su silla, al tiempo que Clarke caía hacia atrás con un gemido, soltando el papel de entre sus manos.

—No me encuentro muy bien, Villiers. De vez en cuando padezco este tipo de ataques. Sírvame un poco de vino. Gracias, eso bastará. Dentro de un momento me sentiré mejor.

Villiers recogió el retrato del suelo y le dio la vuelta, como había hecho Clarke.

—¿Lo ha visto? —dijo—. Así es como identifiqué el dibujo con el retrato de la esposa de Herbert, o mejor dicho, de su viuda. ¿Cómo se encuentra ahora?

—Mejor, gracias; fue sólo un desmayo pasajero. Creo que no he comprendido bien lo que usted me ha dicho. ¿Qué fue lo que le permitió identificar el dibujo?

—Esta palabra, *Helen*, escrita al dorso. ¿No le había dicho que se llamaba Helen? Sí, Helen Vaughan.

Clarke gimió. No cabía la menor duda.

—¿Está usted ahora de acuerdo conmigo —dijo Villiers— en que hay unos cuantos detalles muy extraños en la historia que acabo de contarle esta noche, y en el papel que esta mujer desempeña en ella?

—Sí, Villiers —susurró Clarke—. Se trata, en efecto, de una historia extraña. Déme tiempo para meditar sobre ella. Es posible que pueda ayudarle; o tal vez no.

¿Se marcha usted ya? Bien, buenas noches. Venga a verme dentro de una semana.

V. CONSEJO POR ESCRITO

—¿Sabe usted, Austin? —dijo Villiers, mientras ambos amigos iban paseando apaciblemente por Piccadilly una agradable mañana de mayo—. ¿Sabe usted que estoy convencido de que lo que usted me contó acerca de Paul Street y los Herbert no es más que un simple episodio de una historia que se sale de lo corriente? Debo confesarle también que, cuando hace unos meses le pregunté a usted por Herbert, acababa de verle.

—¿Que le vio usted? ¿Dónde?

—Una noche me pidió limosna en la calle. Se hallaba en un estado de lo más lamentable; pero le reconocí y le urgí a que me contara su vida, o al menos un resumen de la misma. En pocas palabras viene a ser esto: su esposa le había arruinado la vida.

—¿De qué forma?

—No me lo quiso decir; únicamente dijo que ella le había destruido en cuerpo y alma. Ahora el pobre está muerto.

—Y ¿qué ha sido de su esposa?

—Eso es lo que me gustaría saber. Tengo la intención de encontrarla más pronto o más tarde. Conozco a un individuo llamado Clarke, un tipo impasible, en realidad un hombre de negocios, y bastante perspicaz. Entiéndame: perspicaz no sólo en la mera acepción mercantil del término, sino que es una persona que conoce realmente a sus semejantes y sabe lo que es la vida. Pues bien: le expuse el caso y quedó visiblemente impresionado. Dijo que necesitaba tiempo para reflexionar y me rogó que volviera al cabo de una semana. Pocos días después recibí esta extraordinaria carta.

Austin tomó el sobre, extrajo la carta y la leyó con curiosidad. Decía lo siguiente:

«Mi querido Villiers: He meditado sobre el asunto que me consultó usted la otra noche y mi consejo es éste: arroje al fuego el retrato, borre de su mente la historia. No piense más en ella, Villiers, o lo lamentará. Pensará, sin duda, que me hallo en posesión de alguna información secreta, y hasta cierto punto es así. Pero únicamente sé unas pocas cosas: soy como un viajero que se hubiera asomado a un abismo y

hubiese retrocedido aterrorizado. Lo que sé es bastante extraño y bastante horrible, pero más allá de mis conocimientos existen profundidades y horrores todavía más espantosos, más increíbles que cualquier cuento de esos que se escuchan en las noches invernales junto a la lumbre. He decidido no indagar más y nada me hará variar esta decisión. Y si valora en algo su felicidad haría usted muy bien en tomar la misma determinación. Venga a verme de todas formas, pero hablaremos de temas más agradables».

Austin plegó la carta metódicamente y se la devolvió a Villiers.

—Desde luego es una carta extraordinaria —dijo—. ¿A qué retrato se refiere?

—¡Ah! Me olvidé de contarle que estuve en Paul Street, donde hice un descubrimiento.

Villiers le contó lo mismo que a Clarke, mientras Austin escuchaba en silencio. Parecía desconcertado.

—¡Qué curioso que experimentase usted una sensación tan desagradable en aquella habitación! —dijo al fin—. No puedo creer que se trate simplemente de una jugarreta de su imaginación: una impresión repulsiva, en suma.

—No, fue algo más físico que mental. Como si, al respirar, inhalase algún tipo de vapor letal, que parecía penetrar en cada nervio, cada hueso y cada fibra de mi cuerpo. Me sentí desgarrado de los pies a la cabeza y mis ojos empezaron a enturbiarse. Como si me encontrara en el umbral de la muerte.

—Sí, sí. Es muy extraño, desde luego. Ya ve usted; su amigo confiesa que existe algún asunto muy funesto relacionado con esa mujer. ¿Observó en él alguna emoción concreta mientras le contaba su visita a Paul Street?

—Sí, en efecto. Se puso muy pálido, pero me aseguró que se trataba de un simple ataque pasajero de esos que a menudo le dan.

—¿Le creyó usted?

—Entonces sí, pero ahora no. Escuchó lo que yo tenía que decirle con gran indiferencia hasta que le mostré el retrato. Fue entonces cuando sufrió el ataque de que le hablé. Tenía un aspecto cadavérico, se lo aseguro.

—En ese caso, debe haber visto a esa mujer con anterioridad. Aunque puede haber otra explicación: tal vez fue el nombre y no la cara lo que le resultó familiar. ¿Qué opina usted?

—No le sabría decir. Tengo entendido que fue precisamente al darle la vuelta al retrato cuando estuvo a punto de caerse de la silla. Como sabe, el nombre estaba escrito en el dorso.

—Efectivamente. Después de todo, es imposible llegar a una solución en un caso como éste. Detesto los melodramas y nada me parece más vulgar y tedioso que el típico cuento de fantasmas de quiosco. Pero realmente parece, Villiers, como si hubiera algo bastante raro en el fondo de todo este asunto.

Los dos hombres torcieron, sin darse cuenta, por Ashley Street dirigiéndose hacia

el norte desde Piccadilly. Es una calle larga y más bien triste, en la que de vez en cuando se advierte alguna nota de color en las oscuras fachadas, consistente en flores, jubilosas cortinas o puertas pintadas alegremente. Cuando Austin dejó de hablar, Villiers miró hacia arriba y contempló una de esas casas; geranios rojos y blancos pendían de los antepechos de las ventanas, cubiertas por cortinas de color narciso.

—Alegre, ¿verdad? —dijo.

—Sí; y su interior todavía lo es más. He oído decir que es una de las casas más agradables en plena temporada. Nunca he estado en su interior, pero conozco a varios individuos que sí han entrado y aseguran que resulta sumamente grata.

—¿A quién pertenece?

—A la señora Beaumont.

—¿Quién es ella?

—No sabría decírselo. Tengo entendido que procede de Sudamérica, aunque, después de todo, poco importa quién sea ella. Se trata de una mujer muy rica, de eso no cabe la menor duda, y ha estado relacionada con algunos miembros de la mejor sociedad. He oído decir que tiene un clarete estupendo, un vino realmente maravilloso que ha debido costarle una fabulosa suma. Me lo contó lord Argentine, que estuvo en la casa el pasado domingo por la noche. Asegura mi amigo que jamás probó un vino parecido y, como usted sabe, Argentine es un experto. A propósito, eso me recuerda que la tal señora Beaumont debe de ser una excéntrica. Argentine le preguntó por la edad del vino y ¿qué cree usted que le contestó? «Unos mil años, creo». Lord Argentine creyó que le estaba tomando el pelo, pero cuando se rió, ella le aseguró que hablaba completamente en serio y le ofreció mostrarle el barril. Por supuesto, después de esto, ya no pudo replicarla. ¿No le parece a usted que es demasiado tiempo para una bebida? ¡Vaya! Ya hemos llegado a mi casa. Entre, ¿quiere?

—Sí, gracias. Hace tiempo que no visito su tienda de antigüedades.

Era una sala amueblada con suntuosidad, aunque extrañamente, donde cada silla, cada estantería, cada mesa, cada alfombra, cada jarrón y cada adorno parecían ser objetos aparte, parecían conservar su propia individualidad.

—¿Ha adquirido usted algo nuevo últimamente? —dijo Villiers al cabo de un rato.

—No, creo que no. Usted ya vio las jarras, ¿verdad? Ya me parecía a mí que sí. No creo haber comprado nada estas últimas semanas.

Austin echó un vistazo a su alrededor, de alacena en alacena, de estante en estante, buscando alguna nueva rareza. Al fin, sus ojos se posaron en un viejo cofre, extrañamente cincelado, que se hallaba en un rincón oscuro de la sala.

—¡Ah!, se me olvidaba —dijo—. Tengo algo para mostrarle —Austin abrió el cofre, sacó un grueso volumen en cuarto, lo puso sobre la mesa y volvió a coger el cigarro que había dejado.

—Villiers, ¿conoció usted a Arthur Meyrick, el pintor?

—Un poco. Hablé con él dos o tres veces en casa de un amigo común.

—Pues ha muerto.

—¡No me diga! Era bastante joven, ¿no?

—Sí. Tenía sólo treinta años cuando murió.

—Y ¿de qué murió?

—No lo sé. Era muy buen amigo mío y un tipo excelente. Solía venir aquí y charlábamos durante horas; era uno de los mejores conversadores que he conocido. Incluso podía hablar de pintura, lo cual no puede decirse de la mayoría de los pintores. Hace unos dieciocho meses se sintió demasiado agobiado por su trabajo y, en parte por sugerencia mía, se marchó a una especie de expedición itinerante, sin propósito definido ni fin. Creo que su primera escala debió de ser Nueva York, aunque nunca más tuve noticias de él. Hace tres meses recibí este libro, junto con una carta muy cortés de un médico inglés establecido en Buenos Aires, que declaraba haber asistido al difunto señor Meyrick durante su enfermedad. Según me explicó, el difunto le había expresado su sincero deseo de que, después de su muerte, me fuese enviado el paquete adjunto. Eso fue todo.

—Y ¿no ha solicitado más detalles?

—He estado pensando en hacerlo. ¿Me aconseja usted que escriba al médico?

—Desde luego. Y ¿qué hay del libro?

—Estaba lacrado cuando lo recibí. No creo que el doctor lo haya visto.

—¿Se trata de algún ejemplar raro? ¿Acaso era Meyrick coleccionista?

—No, no lo creo; precisamente un coleccionista, no. Bueno, ¿qué le parecen esos cacharros ainos?

—Son muy raros, pero me gustan. ¿No iba usted a enseñarme el legado del pobre Meyrick?

—Sí, sí claro. En realidad se trata de algo bastante peculiar, que todavía no he enseñado a nadie. En su caso, yo no hablaría de esto con nadie. Aquí lo tiene.

Villiers tomó el libro y lo abrió al azar.

—¿No se trata de un volumen impreso?

—No. Es una colección de dibujos a lápiz, realizados por mi pobre amigo Meyrick.

Villiers empezó por la primera página: estaba en blanco. La segunda llevaba una breve inscripción que decía así:

> *Silet per diem universus, nec sine horrore secretus est; lucet nocturnis ignibus, chorus Aegipanum undique personatur: audiuntur et cantus tibiarum, et tinnitus cymbalorum per oram maritimam.*

En la tercera página había un dibujo que sobresaltó a Villiers y le hizo levantar los ojos en dirección a Austin, el cual miraba abstraído por la ventana. Villiers fue pasando las páginas, absorto a su pesar en la espantosa Noche de Walpurgis, de

extraña y monstruosa malignidad, que el fallecido artista había expuesto en aquellos dibujos. Ilustraciones de faunos, sátiros y egipanes[3] bailaban delante de sus ojos; ante él desfilaba la tétrica espesura, la danza en la cumbre de la montaña y escenas diversas junto a playas solitarias, en verdes viñedos o en roquedales y desiertos. Era un mundo ante el cual el alma humana parecía encogerse estremecida. Villiers pasó rápidamente las restantes páginas. Había visto suficiente. Mas, cuando se disponía a cerrar el libro, le llamó la atención el dibujo de la última página.

—¡Austin!

—¿Qué sucede?

—¿Sabe usted quién es?

Era un rostro de mujer, en mitad de la página en blanco.

—¿Que si sé quién es? No, por supuesto que no.

—Yo sí.

—¿Quién es?

—Es la señora Herbert.

—¿Está usted seguro?

—Completamente seguro. ¡Pobre Meyrick! Es otro capítulo en la historia de esa mujer.

—¿Qué le parecen los dibujos?

—Son espantosos. Vuelva a guardar el libro, Austin. Yo en su lugar lo quemaría; constituye un peligro, incluso dentro de un cofre.

—Sí, son unos dibujos muy extraños. Pero me pregunto qué relación pudo existir entre Meyrick y la señora Herbert, o qué vínculo entre ella y estos dibujos.

—¡Ay! ¿Quién podría decirlo? Es posible que el asunto concluya aquí y que nunca sepamos nada más. Pero, en mi opinión, esta Helen Vaughan, o señora Herbert, es sólo el principio. Volverá a Londres; cuente con ello, Austin, volverá y entonces tendremos más noticias de ella. Y no creo que sean noticias muy agradables.

VI. LOS SUICIDIOS

Lord Argentine gozaba de los favores de la mejor sociedad londinense. A los veinte años había sido un pobre diablo que, aun ostentando el apellido de una ilustre familia, se había visto obligado a ganarse el sustento lo mejor que podía, y ni el más usurero de los prestamistas le habría dejado a cuenta cincuenta libras en la esperanza de que algún día cambiase su apellido por un título y su pobreza por una gran fortuna. Su padre había estado lo bastante cerca de los centros de poder como para asegurarse un beneficio familiar, pero aunque el hijo hubiera tomado las órdenes, difícilmente habría obtenido algo parecido. Además, no sentía vocación por el estado eclesiástico. Así pues, afrontó el mundo sin más armas que la toga de licenciado y el ingenio

propio de un nieto de un benjamín de buena familia, con las cuales consiguió, de alguna manera, hacer más soportable la lucha.

A los veinticinco años, el señor Charles Aubernoun todavía estaba en guerra con el mundo, si bien, de los siete individuos que se interponían entre él y los puestos más elevados dentro su familia, únicamente quedaban tres. No obstante, estos tres tenían todavía «mucha vida por delante», cosa que, sin embargo, no demostraron frente a las azagayas zulúes y a la fiebre tifoidea, por lo que una mañana Aubernoun se despertó convertido en lord Argentine. Tras hacer frente a las dificultades de la existencia, a los treinta años había vencido. La situación le divirtió enormemente y decidió que la riqueza sería tan agradable para él como lo había sido la pobreza. Después de muchas reflexiones, Argentine llegó a la conclusión de que el comer, considerado como una de las bellas artes, era tal vez el más divertido pasatiempo de cuantos se ofrecen a la sufrida humanidad; de modo que sus cenas se hicieron famosas en Londres y una invitación a su mesa era algo codiciosamente deseado.

Al cabo de diez años de estar en posesión del título de lord y de haber ofrecido innumerables cenas, Argentine no estaba harto todavía, persistía aún en gozar de la vida y, por una especie de contagio, había llegado a ser considerado el catalizador de la alegría ajena; en pocas palabras, era imprescindible en cualquier reunión. Por tanto, su repentina y trágica muerte provocó una amplia y profunda impresión. La gente apenas podía creerlo, ni aun teniendo delante de los ojos el periódico, ni aunque resonase por las calles el pregón de «misteriosa muerte de un noble». Sin embargo, ahí estaba el breve suelto: «Lord Argentine fue hallado muerto esta mañana por su ayuda de cámara en extrañas circunstancias. Se afirma que no cabe la menor duda de que su señoría se suicidó, aunque no pueda atribuirse ningún motivo a esta decisión. El difunto noble era muy conocido en sociedad y muy apreciado por su trato afable y su suntuosa hospitalidad. Le sucederá… etc., etc.».

Poco a poco fueron saliendo a la luz nuevos detalles, pero el caso continuó siendo un misterio. El principal testigo de la encuesta fue el ayuda de cámara del difunto, quien declaró que la noche anterior a su muerte lord Argentine había cenado con cierta dama de buena posición, cuyo nombre se omitió en los reportajes periodísticos. A eso de las once, lord Argentine regresó a casa y le manifestó a su ayuda de cámara que no necesitaría sus servicios hasta la mañana siguiente. Un poco más tarde, el ayuda de cámara tuvo ocasión de cruzar el vestíbulo y quedó asombrado al ver a su amo saliendo discretamente por la puerta principal. Se había quitado el traje de etiqueta y llevaba cazadora y bombachos, y un sombrero marrón. El ayuda de cámara no tenía ninguna razón para suponer que lord Argentine le había visto y, aunque su amo raramente salía a horas tan tardías, no volvió a acordarse de lo ocurrido hasta la mañana siguiente, cuando llamó a la puerta de su alcoba a las nueve menos cuarto, como de costumbre. No obtuvo respuesta y tras llamar dos o tres veces más, entró en la habitación y descubrió el cuerpo de lord Argentine inclinado hacia delante en una extraña postura. Su amo había atado con firmeza una cuerda a uno de los postes de la

cama, y tras hacer un nudo corredizo y pasárselo alrededor del cuello, el desdichado debió de lanzarse decididamente hacia delante, para morir lentamente por estrangulación.

Estaba vestido con el mismo traje claro con el que el ayuda de cámara le había visto salir y el médico al que llamaron declaró que su vida se había extinguido hacía más de cuatro horas. Todos los documentos, cartas y cosas por el estilo parecían estar en perfecto orden y no se encontró nada que revelase ni remotamente la posibilidad de un escándalo, grande o pequeño. No pudo descubrirse nada más. Varias personas habían estado presentes en la cena a la que había asistido lord Argentine y a todas ellas les pareció que el difunto se había mostrado tan animado como de costumbre. El ayuda de cámara dijo, efectivamente, que su amo le pareció un poco excitado cuando volvió a casa, aunque reconoció que su alteración era muy leve, apenas sensible realmente. Pareció inútil buscar alguna pista y la hipótesis de que lord Argentine había padecido un súbito ataque de manía suicida fue generalmente aceptada.

Sin embargo, la gente no pensó lo mismo cuando, al cabo de tres semanas, tres caballeros más, uno de ellos aristócrata y los otros dos de buena posición y amplios recursos, perecieron lamentablemente de forma muy parecida. Lord Swanleigh fue encontrado una mañana en su tocador, colgado de una percha sujeta a la pared, y los señores Collier-Stuart y Herries prefirieron morir como lord Argentine. No había explicación para ninguno de los casos, únicamente unos pocos hechos escuetos: un individuo vivo por la tarde y un cadáver con el rostro hinchado y morado por la mañana. La policía, que se había visto obligada a declararse impotente para explicar y acabar con los sórdidos asesinatos de Whitechapel[4], enmudeció ante los horribles suicidios de Piccadilly y Mayfair, pues ni siquiera la ferocidad, que sirvió de explicación a los crímenes del East End, era útil en el West.

Todos estos hombres, que habían decidido morir de forma tan atormentada como vergonzosa, eran ricos, prósperos y, según todas las apariencias, amantes de la vida mundana; y ni la investigación más perspicaz fue capaz de encontrar alguna sombra o motivo oculto. Había pavor en el ambiente y los hombres se escrutaban mutuamente al encontrarse, preguntándose cada uno si no sería el otro la quinta víctima de aquella tragedia sin nombre. En vano buscaron los periodistas en sus álbumes de recortes material con que urdir sus evocadores artículos. Por la mañana, en la mayoría de los hogares, el periódico era desplegado con una sensación de temor; nadie sabía cuándo ni dónde sería asestado el próximo golpe.

Poco después del último de esos terribles sucesos, Austin fue a ver al señor Villiers. Sentía curiosidad por saber si había conseguido encontrar alguna nueva pista relacionada con la señora Herbert, bien a través de Clarke o por otros medios, y en cuanto se sentaron se lo preguntó.

—No —contestó Villiers—. Escribí a Clarke, pero se mantiene inflexible y, aunque probé otros conductos, no tuve éxito. No consigo averiguar qué fue de Helen Vaughan después de abandonar Paul Street, aunque supongo que se iría al extranjero.

A decir verdad, Austin, en estas últimas semanas no he prestado mucha atención al asunto; conocía íntimamente al pobre Herries y su terrible muerte ha sido para mí un golpe muy duro, extremadamente duro.

—Lo creo —replicó Austin con severidad—. Ya sabe usted que Argentine era amigo mío. Si mal no recuerdo, estuvimos hablando de él el día que usted vino a mi casa.

—Sí, con motivo de aquella casa de Ashley Street, la casa de la señora Beaumont. Usted dijo algo acerca de que Argentine había cenado allí.

—Así es. Por supuesto sabrá usted que fue allí donde cenó Argentine la noche antes… de su muerte.

—No, no había oído nada de eso.

—Pues sí. Su nombre no apareció en los periódicos para proteger a la señora Beaumont. Argentine era uno de sus comensales preferidos; y dicen que, a su muerte, quedó ella en una terrible situación.

El rostro de Villiers adoptó una curiosa expresión, como si dudase entre hablar o no. Austin comenzó de nuevo.

—Nunca había experimentado una sensación de horror como la que sentí al leer la noticia de la muerte de Argentine. No la comprendí entonces, ni la comprendo ahora. Le conocía muy bien y no puedo imaginar el motivo que le impulsó, a él o a cualquiera de los otros, a matarse a sangre fría de forma tan espantosa. Ya sabe usted cómo murmura la gente en Londres. Puede estar usted seguro de que cualquier escándalo encubierto o cualquier vergüenza oculta habría salido a la luz en un caso como éste. Sin embargo, nada de eso ha sucedido. En cuanto a la teoría de la manía suicida, está muy bien desde luego para el jurado de la encuesta, mas todo el mundo sabe que es pura necedad. La manía suicida no es como el sarampión.

Austin se sumió en un melancólico silencio. Villiers permaneció también callado, observando a su amigo. Su rostro seguía mostrando una expresión de indecisión, como si sopesase sus pensamientos y las reflexiones que acudían a su mente le impidieran hablar. En un intento por sacudirse el recuerdo de aquellas tragedias, tan inútilmente enrevesadas como el laberinto de Dédalo, Austin empezó a hablar con voz indiferente de los incidentes y aventuras más agradables de la temporada londinense.

—Esa señora Beaumont —dijo— de quien estuvimos hablando, es el gran éxito de la temporada. Ha tomado Londres al asalto. La conocí la otra noche en Fulham’s; es una mujer realmente notable.

—¿Le presentaron a la señora Beaumont?

—Sí; estaba rodeada por una verdadera corte. Supongo que se la podría calificar de muy guapa, si bien hay algo en su semblante que no me agrada. Las facciones son exquisitas, mas su expresión es extraña. Estuve mirándola todo el tiempo y, más tarde, cuando regresaba a casa, tuve la curiosa sensación de que aquella expresión me era, de alguna manera, familiar.

—Debe haberla visto en el Row.

—No; estoy seguro de no haber visto nunca a esa mujer; y eso es lo que me desconcierta. Que yo sepa, jamás he visto a nadie como ella. Lo que siento es una especie de borroso y remoto recuerdo, vago pero persistente. Esta sensación sólo es comparable a ese extraño sentimiento que a veces se tiene en sueños, mediante el cual ciudades fantásticas, países maravillosos y personajes fantasmas nos parecen familiares y habituales.

Villiers asintió con la cabeza y echó un vistazo fortuito por la habitación, buscando posiblemente otro tema de conversación. Sus ojos se fijaron en un viejo cofre, parecido a aquel en que yacía el extraño legado del artista, oculto bajo un escudo de armas gótico.

—¿Ha escrito usted al médico interesándose por el pobre Meyrick? —preguntó.

—Sí. Le escribí pidiéndole más detalles sobre su enfermedad y su muerte. No espero respuesta hasta dentro de tres semanas o un mes. Creo que también debería preguntarle si llegó a conocer a una inglesa llamada Herbert y, en ese caso, si puede darme alguna información sobre ella. Es muy posible que Meyrick se encontrara con ella en Nueva York, México o San Francisco. No tengo ni idea de los lugares que recorrió en aquel viaje.

—Sí; y también es posible que la mujer usara más de un nombre.

—Exactamente. Ojalá se me hubiese ocurrido pedirle prestado el retrato de ella que usted posee. Hubiera podido adjuntárselo al Dr. Matthews en mi carta.

—Lleva usted razón: no se me había ocurrido. Se lo podemos enviar ahora. ¡Escuche! ¿Qué gritan esos chicos?

Mientras los dos hombres conversaban, el confuso rumor de voces de la calle había ido en aumento. El vocerío procedía del este y se acrecentaba en Piccadilly, aproximándose cada vez más hasta convertirse en un verdadero tumulto sonoro, que se apoderaba de aquellas calles, habitualmente tranquilas, haciendo asomar rostros curiosos e inquietos en cada ventana. Los ecos de los gritos y las voces llegaron a la silenciosa calle donde Villiers vivía, haciéndose más nítidos a medida que se aproximaban. Y mientras Villiers hablaba, la respuesta retumbó en el pavimento:

¡LOS HORRORES DEL WEST END! ¡OTRO ESPANTOSO SUICIDIO!
¡TODOS LOS DETALLES!

Austin se precipitó escaleras abajo, compró un periódico y le leyó a Villiers la noticia en voz alta, mientras el alboroto de la calle crecía y menguaba alternativamente. La ventana estaba abierta y el aire parecía cargado de ruidos y de terrores.

Otro caballero ha caído víctima de la terrible epidemia de suicidios que ha imperado en el West End durante el pasado mes. El señor Sidney Crashaw, de Stoke House, en Fulham, y de King’s Pomery, en Devon, tras una

prolongada búsqueda, fue encontrado colgando de la rama de un árbol de su jardín a las trece horas del día de hoy. El finado caballero cenó la pasada noche en el club Carlton y parecía tan saludable y tan animado como de costumbre. Salió del club a eso de las diez y fue visto un poco después paseando sin prisas por St. James Street. A partir de ahí, sus movimientos no han podido ser localizados. Al descubrirse el cuerpo se solicitó inmediatamente asistencia médica, pero su vida se había extinguido, evidentemente, hacía mucho tiempo. Que se sepa, el señor Crashaw no padecía ningún tipo de trastorno o preocupación. Como se recordará, este penoso suicidio es el quinto de la serie en este último mes. Las autoridades de Scotland Yard son incapaces de proponer alguna explicación a tan terribles sucesos.

Austin dejó el periódico, mudo de horror.

—Mañana partiré de Londres —dijo—; es una ciudad de pesadilla. ¡Qué espantoso es todo esto, Villiers!

El señor Villiers estaba sentado junto a la ventana, mirando discretamente a la calle. Había leído con atención el reportaje del periódico y su rostro no mostraba ya la expresión indecisa de antes.

—Espere un momento, Austin —replicó—. He decidido mencionarle un pequeño incidente que ocurrió la pasada noche. Según creo, el periódico afirma que Crashaw fue visto con vida en St. James Street poco después de las diez.

—Sí, eso creo. Miraré otra vez. Sí, tiene usted razón.

—En efecto. Bueno, en todo caso estoy en condiciones de contradecir esa declaración. Crashaw fue visto después de esa hora; considerablemente más tarde, ya lo creo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo mismo le vi casualmente alrededor de las dos de esta madrugada.

—¿Que usted vio a Crashaw? ¿Usted, Villiers?

—Sí, le vi con toda claridad; en realidad, sólo nos separaban unos pocos metros.

—¡Por Dios!, ¿dónde le vio?

—No lejos de aquí. Le vi en Ashley Street. Salía de una casa.

—¿Se fijó usted en esa casa?

—Sí. Era la casa de la señora Beaumont.

—¡Villiers!, piense bien lo que está diciendo; debe tratarse de un error. ¿Cómo podía estar Crashaw en casa de la señora Beaumont a las dos de la madrugada? Sin duda lo ha soñado usted, Villiers; siempre ha sido bastante imaginativo.

—No lo he soñado; estaba completamente despierto. Y aunque hubiera estado soñando, como usted dice, lo que vi con toda seguridad me habría despertado.

—¿Qué es lo que vio? ¿Notó algo raro en Crashaw? No puedo creerlo; es imposible.

—Bueno, si quiere le contaré lo que vi, o, si lo prefiere, lo que creí ver; así podrá juzgar por sí mismo.

—Muy bien, Villiers.

Aunque de vez en cuando llegaba todavía algún grito lejano, el ruido y el clamor de la calle se habían desvanecido; y el monótono y pesado silencio era como la calma que sigue a un terremoto o a una tormenta. Villiers se apartó de la ventana y empezó a hablar.

—Anoche estuve en una casa próxima a Regent's Park y al irme tuve el capricho de regresar a mi casa andando, en lugar de tomar un coche. Era una noche bastante clara y agradable, y al cabo de unos minutos me quedé prácticamente solo en las calles. Es muy curioso, Austin, pasear de noche por Londres, con las farolas de gas alejándose en lontananza, un vasto silencio de muerte, y tal vez el traqueteo de un coche sobre el adoquinado haciendo brotar chispas bajo los cascos de los caballos. Caminaba con paso bastante ligero, pues me sentía un poco cansado y deseaba estar en casa. Cuando dieron las dos torcí por Ashley Street que, como usted sabe, me coge de paso. Encontré la calle más tranquila que nunca y, como las farolas escaseaban, en conjunto parecía tan oscura y tenebrosa como un bosque en invierno. Había recorrido aproximadamente la mitad de la calle cuando oí cerrarse una puerta suavemente y, como es natural, tuve curiosidad por saber quién era el que, al igual que yo, se atrevía a salir a esas horas. Da la casualidad de que había una farola junto a la casa en cuestión y pude ver a un hombre de pie en el umbral. Acababa de cerrar la puerta y tenía el rostro vuelto hacia mí, por lo que inmediatamente le reconocí: era Crashaw. Nunca había hablado con él, mas le había visto a menudo, por lo que estoy seguro de no equivocarme de hombre. Le miré un momento a la cara y luego, le confieso la verdad, salí corriendo y no me detuve hasta verme a salvo en mi propia casa.

—¿Por qué hizo eso?

—Porque la visión de su rostro me heló la sangre. Nunca habría podido suponer que una mezcla tan infernal de pasiones pudiera asomarse a unos ojos humanos. Al mirarle estuve a punto de perder el conocimiento. Comprendí, Austin, que acababa de contemplar a un alma en pena; el hombre conservaba su forma externa, mas el infierno estaba en su interior. En su expresión se leía una frenética lujuria, un odio que era como fuego, la pérdida de toda esperanza, un horror que parecía aullar a la noche, aunque él tuviese los dientes apretados, y toda la negrura de la desesperación. Estoy seguro de que él no me vio, que no veía nada de lo que usted o yo podemos ver, que únicamente veía lo que yo espero no ver jamás. No sé cuándo murió; supongo que una hora después, o tal vez dos. Mas, cuando pasé por delante de Ashley Street y oí cerrarse la puerta, aquel hombre no pertenecía ya a este mundo; lo que vi fue el semblante de un demonio.

Un prolongado silencio reinó en la habitación cuando Villiers dejó de hablar. La luz menguaba y el tumulto de una hora antes se había calmado del todo. Austin había inclinado la cabeza al finalizar su relato y ahora se cubría los ojos con la mano.

—¿Qué puede significar todo eso? —dijo finalmente.

—¿Quién sabe, Austin? ¿Quién sabe? Es un mal asunto; y creo que, por el momento, lo mejor que podemos hacer es mantenerlo a toda costa en secreto. Intentaré averiguar algo acerca de esa casa a través de mis conductos privados de información; si doy con algo nuevo le tendré al corriente.

VII. ENCUENTRO EN EL SOHO

Tres semanas después, Austin recibió una nota de Villiers rogándole que fuera a verle aquella tarde o a la siguiente. Escogió la fecha más próxima y encontró a Villiers sentado, como de costumbre, junto a la ventana, abstraído aparentemente en vagas meditaciones acerca del soñoliento tráfico de la calle. A su lado había una mesa de bambú, fantástico objeto adornado con doradas y curiosas escenas pintadas, sobre el que descansaba un montón de papeles ordenados y etiquetados con el mismo esmero que el resto de las cosas en casa de Clarke.

—Bien, Villiers, ¿ha realizado usted algún nuevo descubrimiento en las tres últimas semanas?

—Eso creo. Aquí tengo uno o dos memorandos que me parecen bastante raros y un informe sobre el que me gustaría llamar su atención.

—¿Están relacionados estos documentos con la señora Beaumont? ¿Fue en realidad Crashaw el hombre que usted vio aquella noche de pie en el umbral de la casa de Ashley Street?

—Mi convicción no ha variado a ese respecto; pero ni mis indagaciones ni sus resultados guardan relación con Crashaw. Mis investigaciones, sin embargo, han tenido una extraña conclusión. ¡He averiguado quién es la señora Beaumont!

—¿Quién es? ¿En qué sentido lo dice?

—Quiero decir que tanto usted como yo la conocemos bajo otro nombre.

—¿Qué nombre?

—Herbert.

—¡Herbert! —Austin repitió el nombre, atónito por el asombro.

—Sí, la señora Herbert de Paul Street, la Helen Vaughan de las primeras aventuras que desconozco. Tenía usted razón al reconocer la expresión de su rostro; cuando vuelva a casa fíjese en el rostro del libro de horrores de Meyrick y reconocerá esa expresión.

—¿Tiene usted pruebas de lo que dice?

—Sí, la mejor de todas: he visto a la señora Beaumont, ¿o debo decir señora Herbert?

—¿Dónde la vio?

—En un sitio donde difícilmente esperaría uno encontrarse a una dama que habita

en Ashley Street, Piccadilly. La vi entrar en una casa de una de las calles más sórdidas y de peor fama del Soho. En realidad, había concertado yo una cita, aunque no con ella; y precisamente fue ella la que acudió a ese mismo lugar y a la misma hora.

—Todo eso parece muy raro, aunque no diré increíble. Debe usted recordar, Villiers, que he visto a esa mujer en las reuniones habituales de la alta sociedad londinense, conversando y riendo y sorbiendo su café en salones corrientes y con gente corriente. Pero usted sabrá lo que dice.

—En efecto. No me he dejado llevar por suposiciones ni fantasías. Cuando busqué a la señora Beaumont en las cloacas de la vida londinense, no tenía idea de que iba a encontrar a Helen Vaughan; pero ése fue el resultado.

—Villiers, ha debido estar usted en sitios bastante raros.

—Sí, he estado en sitios muy raros. Como usted sabe, habría sido inútil ir a Ashley Street y rogar a la señora Beaumont que me ofreciera un breve resumen de su vida anterior. No; suponiendo, como yo suponía, que no tuviera antecedentes penales, era bastante seguro que en épocas anteriores debió moverse en círculos no tan refinados como los actuales. Cuando se ve lodo en la superficie de un río, puede estar uno seguro de que ese lodo ha estado antes en el fondo. Y yo fui al fondo. Siempre me ha gustado zambullirme por diversión en calles raras y misteriosas, y ahora mi conocimiento de esos parajes y de sus habitantes me ha sido muy útil. Tal vez no sea necesario decir que mis amigos nunca oyeron el nombre de Beaumont y, como yo no había visto jamás a esa dama y era absolutamente incapaz de describirla, tuve que actuar de manera indirecta. Aquella gente me conoce; a veces he tenido la ocasión de hacerles algún favor, de modo que no tuvieron inconveniente en darme información; saben que no estoy en relación directa ni indirecta con Scotland Yard. Sin embargo, tuve que arrojar varias veces el anzuelo para conseguir lo que quería; y, cuando al fin extraje el pez, no supuse ni por un momento que se tratara de mi pez. Pero presté oídos a lo que me contaron, a causa de mi afición natural por las informaciones inútiles, y así me enteré de una historia muy curiosa, aunque no imaginé que fuera la que andaba buscando. Se trataba de lo siguiente: hace unos cinco o seis años, una mujer llamada Raymond apareció de repente en la vecindad a la que me estoy refiriendo. Me la describieron como muy joven, probablemente no mayor de diecisiete o dieciocho años, muy guapa y con aspecto de proceder del campo. Estaría equivocado si afirmase que encontró un ambiente adecuado en ese barrio o con aquellas gentes, pues, por lo que me contaron, el peor antro de Londres sería demasiado bueno para ella. La persona de quien obtuve la información, que, como usted puede suponer, no era nada puritana, se estremecía y se ponía enferma al contarme las infamias sin nombre de las cuales la culpaban. Después de vivir allí durante un año, o quizá un poco más, desapareció tan súbitamente como había llegado y nada más supieron de ella hasta que ocurrió lo de Paul Street. Al principio sólo volvió a su antiguo antro ocasionalmente; luego, con más frecuencia y,

finalmente, volvió a fijar su residencia allí, como antes, permaneciendo en ella unos seis u ocho meses. De nada sirve que entre en detalles sobre la clase de vida que llevaba esa mujer; si desea usted conocer esos pormenores examine el legado de Meyrick. Esos dibujos no son fruto de su imaginación. La joven volvió a desaparecer y la gente del lugar no supo más de ella hasta hace unos pocos meses. Mi informante me contó que la joven había alquilado unas habitaciones en una casa que me indicó, las cuales solía visitar dos o tres veces a la semana, siempre a las diez de la mañana. Llegué a pensar que una de esas visitas tendría lugar cualquier día de la semana pasada y, por consiguiente, me las arreglé para permanecer al acecho en compañía de mi cicerone a las diez menos cuarto: la dama llegó con idéntica puntualidad. Mi amigo y yo estábamos guarecidos bajo una arcada un poco más baja que la calle; pero ella nos descubrió y me dirigió una mirada que tardaré mucho en olvidar. Aquella mirada me bastó: en seguida supe que la señorita Raymond era la señora Herbert. En cuanto a la señora Beaumont, ni siquiera se me había ocurrido pensar en ella. La joven entró en la casa y yo me quedé vigilando hasta las cuatro en punto, en que salió; entonces la seguí. Fue una larga persecución y tuve mucho cuidado en mantenerme a cierta distancia de ella, aunque sin perderla de vista. Me hizo bajar el Strand y luego Westminster; después subimos por St. James Street y atravesamos Piccadilly. Me extrañó verla torcer por Ashley Street; la idea de que la señora Herbert fuera en realidad la señora Beaumont me empezó a rondar la cabeza, pero me pareció demasiado improbable para ser cierta. Aguardé en la esquina, sin perderla ni un momento de vista y tuve especial cuidado en fijarme en la casa ante la cual se detenía. Era la casa de cortinas alegres, la casa de las flores, la casa de donde salió Crashaw la noche en que se ahorcó en su jardín. Iba ya a irme tras este descubrimiento, cuando vi acercarse un carruaje vacío, que se detuvo frente a la casa, llegando a la conclusión de que la señora Herbert se disponía a dar un paseo, en lo cual no me equivoqué. Tomé un cabriolé y seguí al carruaje hasta el Parque. Allí me encontré casualmente con un conocido y estuvimos conversando a poca distancia de la calzada, a la que yo daba la espalda. No llevábamos allí ni siquiera diez minutos, cuando mi amigo se quitó el sombrero y yo me volví y vi a la dama que había estado siguiendo todo el día.

»—¿Quién es? —dije.

»—La señora Beaumont —fue su respuesta—; vive en Ashley Street.

»Naturalmente, después de esto no albergué ya más dudas. No sé si ella me vio, aunque no lo creo. Me fui a casa en seguida y, después de un detenido examen, llegué a la conclusión de que tenía entre manos un caso bastante extraño que ofrecer a Clarke.

—¿Por qué a Clarke?

—Porque estoy seguro de que Clarke conoce una serie de hechos relacionados con esa mujer, de los cuales yo no sé nada.

—Bueno, y entonces ¿qué?

El señor Villiers se reclinó en su sillón y miró reflexivamente a Austin un momento antes de responder:

—Mi idea era que Clarke y yo fuésemos a visitar a la señora Beaumont.

—¿Sería usted capaz de ir a una casa como ésa? No, no, Villiers, no puede hacerlo. Considere usted además… Y ¿qué resultó?

—Pronto se lo diré. Pero antes iba a decirle que mis informes no concluyeron ahí, sino que han sido completados de manera extraordinaria.

»Mire este manuscrito pulcramente empaquetado; como ve, está paginado y hasta me he permitido la coquetería de atarlo con una cinta roja. Tiene un aspecto casi jurídico, ¿no? Échele un vistazo, Austin. Es una relación del entretenimiento que la señora Beaumont proporciona a sus invitados más escogidos. El hombre que lo escribió escapó con vida, pero no creo que viva muchos años. Los médicos le dijeron que debió haber sufrido un intenso *shock* nervioso.

Austin cogió el manuscrito, pero no lo llegó a leer. Al abrir sus páginas al azar, su mirada recayó en una palabra y en la frase que la seguía; y con el corazón acongojado, blancos los labios y un sudor frío corriéndole como agua por las sienes, tiró al suelo el escrito.

—Lléveselo, Villiers; no vuelva a hablar de esto con nadie. ¿Es usted de piedra acaso? ¡Vaya!, ni el temor y el horror a la misma muerte, ni los pensamientos del reo que permanece en la negra plataforma, bajo el penetrante aire de la mañana, atado de pies y manos, la campana tañendo en sus oídos y esperando de un momento a otro el chasquido violento del cerrojo, son nada comparado con esto. No lo leeré; nunca podría volver a conciliar el sueño.

—Muy bien. Puedo imaginarme lo que usted ha visto. Sí; es bastante horrible. Pero, después de todo, se trata de una vieja historia, un misterio antiguo representado en nuestros días en las oscuras calles de Londres y no en medio de viñedos y olivares. Sabemos lo que les sucedía a aquellos que veían al gran dios Pan; y los más sensatos saben que todos los símbolos significan algo. Hubo, realmente, un símbolo exquisito bajo el cual los hombres velaron hace mucho tiempo el conocimiento de las fuerzas más espantosas y secretas que yacen en el corazón de las cosas; fuerzas bajo las cuales las almas de los humanos se marchitan, mueren y ennegrecen, al igual que les ocurre a sus cuerpos bajo los efectos de la corriente eléctrica. Tales fuerzas no pueden nombrarse, ni expresarse, ni imaginarse sino bajo un velo y un símbolo, símbolo que para la mayoría no es más que una pintoresca fantasía poética y para otros, un cuento descabellado. Pero, en todo caso, usted y yo hemos conocido algo del terror que puede morar en la cuna secreta de la vida y que se manifiesta a través de la carne humana; pues lo que carece de forma termina por adoptar alguna. ¡Oh, Austin!, ¿cómo es posible? ¿Cómo es que la misma luz del sol no se oscurece ante ese horror y que la dura tierra no se funde y hierve bajo semejante peso?

Villiers iba y venía por la habitación y de su frente brotaban gotas de sudor. Austin permaneció sentado en silencio unos instantes y Villiers le vio santiguarse.

—Se lo repito, Villiers, sin duda no debe usted entrar en una casa como ésa. Nunca saldría vivo de allí.

—Sí, Austin, saldré vivo… y Clarke conmigo.

—¿Qué quiere dar a entender? Usted no puede, no se atreverá…

—Espere un momento. Esta mañana el aire era fresco y agradable; soplaba la brisa, incluso en esta calle tan aburrida, y decidí dar un paseo. Piccadilly ofrecía ante mí una perspectiva despejada y resplandeciente y el sol iluminaba los carruajes y las temblorosas hojas del parque. Era una mañana alegre: los hombres y las mujeres miraban al cielo y sonreían al ir a su trabajo o a divertirse, y el viento soplaba alegremente sobre las praderas y la fragante aulaga. Pero, por alguna razón, me aparté del bullicio y la alegría y me encontré caminando despacio por una calle tranquila y aburrida, donde no parecía brillar el sol ni soplar el viento, y en donde los escasos transeúntes se rezagaban y vagaban indecisos por esquinas y soportales. Seguí caminando, sin saber apenas a dónde iba o qué hacía allí, pero sintiéndome impelido, como a veces sucede, a continuar explorando más a fondo con la vaga idea de alcanzar alguna meta desconocida. Así, pues, recorrí la calle, observando el trajín de la lechería y maravillándome de la incongruente mezcolanza de pipas baratas, tabaco negro, dulces, periódicos y cancioneros cómicos, revueltos en el breve espacio de un solo escaparate. Creo que fue un repentino escalofrío lo que primero me advirtió de que había hallado lo que buscaba. Levanté la mirada y me detuve frente a una tienda polvorienta, cuyo letrero se había descolorido, y en la que los ladrillos, que habían sido rojos hace doscientos años, estaban ennegrecidos y las ventanas habían acumulado la bruma y la mugre de innumerables inviernos. Vi lo que buscaba, pero creo que debieron pasar unos cinco minutos antes de que me serenase y pudiera entrar a pedirlo con voz indiferente y rostro impávido. Creo que, incluso entonces, debió de notarse algún temblor en mis palabras, pues el anciano que salió de la trastienda y hurgó torpemente entre sus mercancías, me miró con extrañeza mientras ataba el paquete. Pagué lo que me pidió y permanecí apoyado en el mostrador, sintiendo una extraña renuencia a coger el paquete y salir de allí. Le pregunté por el negocio y me enteré de que iba mal, pues los beneficios disminuyen lamentablemente; la calle no era ya lo que había sido antes de que desviaran el tráfico hacia otra, y de esto hacía ya cuarenta años, «poco antes de que muriera mi padre», dijo. Me marché al fin y caminé rápidamente; desde luego, aquélla era una calle deprimente y me alegraba de volver al bullicio y al ruido. ¿Le gustaría ver lo que compré?

Austin no dijo nada, pero asintió levemente con la cabeza; parecía todavía pálido y enfermo. Villiers abrió un cajón de la mesa de bambú y mostró a Austin un largo rollo de cuerda, resistente y nueva, con un nudo corredizo en uno de sus extremos.

—La mejor cuerda de cáñamo —dijo Villiers—, tal como solía fabricarse antaño, según me aseguró el anciano. No hay ni una sola pulgada de yute de un extremo al otro.

Austin apretó los dientes y miró fijamente a los ojos a Villiers, poniéndose más blanco todavía.

—No debería usted hacer eso —murmuró al fin—. No debe mancharse las manos de sangre. ¡Dios mío! —exclamó con súbita vehemencia—. No es posible que tenga esa intención, Villiers. ¿Piensa convertirse en verdugo?

—No. Dejaré a Helen Vaughan sola con esta cuerda en una habitación cerrada durante quince minutos y le daré una oportunidad. Si cuando entremos en ella no lo ha hecho, llamaré al policía más próximo. Eso es todo.

—Ahora debo irme. No puedo continuar aquí por más tiempo. No resisto esto. Buenas noches.

—Buenas noches, Austin.

La puerta se cerró, pero volvió a abrirse al momento y Austin apareció, lívido y cadavérico, en el umbral.

—Me olvidaba —dijo— de que yo también tengo algo que contarle. He recibido una carta del Dr. Harding desde Buenos Aires. Dice que trató a Meyrick durante tres semanas antes de su muerte.

—¿Y dice qué fue lo que se lo llevó en la primavera de la vida? ¿Fiebres?

—No, no fueron fiebres. Según el doctor, fue un colapso total de todo su organismo, probablemente a causa de una fuerte impresión. Sin embargo, manifiesta que el paciente no quiso contarle nada y que, por tanto, estuvo en desventaja al tratar el caso.

—¿Hay algo más?

—Sí. El doctor Harding termina su carta diciendo: «Creo que ésta es toda la información que puedo darle acerca de su pobre amigo. No había estado mucho tiempo en Buenos Aires y apenas conocía a nadie, a excepción de cierta persona que no gozaba de buena reputación y de quien desde entonces no se ha vuelto a saber nada más…, una tal señora Vaughan».

VIII. LOS FRAGMENTOS

Entre los papeles del famoso médico, el doctor Robert Matheson, de Ashley Street (Piccadilly), muerto repentinamente de un ataque de apoplejía a comienzos de 1892, se encontró una hoja de papel, cubierta de notas a lápiz. Estas notas, muy abreviadas, estaban escritas en latín y habían sido hechas evidentemente a toda prisa. El manuscrito fue descifrado con dificultad y algunas palabras han resistido hasta ahora todos los esfuerzos del experto encargado de hacerlo. La fecha, «XXV Jul. 1888», está escrita en el ángulo superior derecho del manuscrito. A continuación se ofrece la traducción del manuscrito del Dr. Matheson.

«No sé si la ciencia se beneficiaría con estas breves notas, en el caso de que

fueran publicadas; más bien lo dudo. Pero, desde luego, jamás aceptaré la responsabilidad de publicar o divulgar una sola palabra de cuanto hay aquí escrito, no sólo a causa del juramento hecho por mí libremente a esas dos personas que estuvieron conmigo presentes, sino también porque los detalles son demasiado abominables. Es probable que, tras largas deliberaciones y después de haber sopesado los pros y los contras, algún día decida destruir este papel o, al menos, se lo entregue, debidamente sellado, a mi amigo D., en cuya discreción confío, para que lo utilice o lo queme según lo juzgue conveniente.

»Como es natural, hice cuanto me sugirió mi ciencia para asegurarme de que no estaba sufriendo una alucinación. Lleno de asombro, al principio apenas pude pensar; pero, al cabo de un momento, tuve la seguridad de que mi pulso latía con regularidad y que me hallaba en mis cabales. Entonces clavé los ojos silenciosamente en lo que tenía delante.

»Aunque el horror y la náusea más repugnante se apoderaron de mí y el hedor de la corrupción me dejó sin respiración, permanecí firme. Entonces tuve el privilegio o la maldición (no me atrevería a decir cuál de los dos) de ver cómo se transformaba ante mi vista lo que yacía encima de la cama, negro como la tinta. La piel, la carne, los músculos, los huesos y la firme estructura del cuerpo humano, que yo creía inmutable y permanente como el diamante, empezaron a fundirse y disolverse.

»Yo sabía que el cuerpo puede ser dividido en sus elementos bajo la acción de agentes externos, pero no podía aceptar lo que veía. Pues alguna fuerza interna, de la que nada sabía, estaba provocando aquella disolución y aquel cambio.

»También veía repetirse ante mis ojos todo el proceso evolutivo del hombre. Veía cómo la forma fluctuaba entre uno y otro sexo, se fraccionaba sucesivamente y volvía a agruparse de nuevo. Después vi descender el cuerpo al nivel de las bestias de donde procede: lo que estaba en las alturas bajaba a las profundidades, incluso a los abismos del ser. El principio vital continuaba animando a ese organismo, mientras variaba su forma externa.

»La luz de la habitación se había convertido en oscuridad, pero no en la negrura de la noche, en la que los objetos se ven vagamente, pues yo podía verlo todo con claridad y sin ninguna dificultad. Pero era la negación de la luz; los objetos surgían a mi vista sin ninguna mediación, si me es permitido expresarlo así, de tal forma que, de haber habido un prisma en la habitación, no habría reflejado color alguno.

»Seguí observando y finalmente nada vi salvo una sustancia parecida a la gelatina: Entonces la escala fue de nuevo ascendiendo… (aquí el manuscrito es ilegible)…por un instante divisé ante mí una Forma, de contornos borrosos, que no describiré con más detalle. Pero el símbolo de esa forma puede verse en antiguas esculturas y en pinturas que sobrevivieron bajo la lava y son demasiado espantosas para hablar de ellas… mientras una horrible e inenarrable figura, ni hombre ni bestia, adoptaba la forma humana, le sobrevino finalmente la muerte.

»Yo, que presencié todo eso, no sin gran horror y repugnancia en mi alma, escribo

aquí mi nombre, declarando que todo lo consignado en este papel es cierto.

Robert Matheson
Doctor en Medicina»

… Ésta es, Raymond, la historia de cuanto sé y he visto. La carga es demasiado pesada para soportarla yo solo y, sin embargo, a nadie más que a ti puedo contarla. Villiers, que estuvo conmigo hasta el final, no sabe nada de aquel espantoso secreto del bosque, ni de cómo lo que nosotros habíamos visto morir yacía sobre el suave y terso césped en medio de las flores del verano, mitad al sol y mitad a la sombra, ni de cómo el horror que sólo podemos insinuar, que sólo podemos nombrar mediante metáforas, cogiendo la mano de la joven Rachel, llamó y convocó a sus compañeros y tomó forma sólida sobre la tierra que pisábamos. Nada de esto le conté a Villiers, ni del parecido, que me impresionó como un soplo en el corazón, cuando vi el retrato, el cual acabó por colmar la copa del terror. No me atrevo a adivinar su significado. Sé que lo que vi perecer no era Mary; y, sin embargo, en las últimas convulsiones de la agonía, fueron los ojos de Mary los que se miraron en los míos. Ignoro si hay alguien que pueda mostrar el último eslabón de esta cadena de horribles misterios; pero, si alguien puede hacerlo, ese hombre eres tú, Raymond. Y, como sólo tú conoces el secreto, es cosa tuya contarlo o no, según te parezca.

Te escribo esta carta inmediatamente después de mi regreso a la ciudad. He estado en el campo unos cuantos días: probablemente adivinarás dónde. Mientras el horror y el asombro de Londres estaban en todo su apogeo —pues, como te dije, «la señora Beaumont» era muy conocida en sociedad—, escribí a mi amigo el Dr. Phillips, suministrándole un breve bosquejo o, mejor dicho, un indicio, de lo que había sucedido, y rogándole que me indicase el nombre del pueblo donde tuvieron lugar los acontecimientos que él me había contado. Me dio el nombre, según dijo, sin la menor vacilación, porque los padres de Rachel habían muerto y el resto de la familia se había ido a vivir con un pariente al estado de Washington hacía seis meses. Los padres, dijo, habían fallecido, sin duda alguna, del pesar y el horror causados por la terrible muerte de su hija y por lo que había ocurrido antes. La tarde del día que recibí la carta de Phillips me encontraba en Caermaen; y allí, bajo las desmoronadas murallas romanas, blanqueadas por los inviernos de mil setecientos años, contemplé el prado donde antaño se alzara el antiguo templo del «Dios de las Profundidades», y divisé una casa que relucía al sol. Era la casa donde vivió Helen. Permanecí varios días en Caermaen. Comprobé que la gente del lugar sabía muy poco y sospechaba todavía menos. Aquellos con quienes hablé del asunto parecieron sorprenderse de que un anticuario (como tal me presenté) se preocupara de una tragedia rural, de la que en el pueblo daban una versión tan tópica; y, como puedes imaginar, nada dije de lo que sabía. Pasé la mayor parte del tiempo en el inmenso bosque que se alza sobre la aldea y trepa por las laderas para luego descender al río que riega el valle; otro valle delicioso, Raymond, como aquel que contemplamos cierta noche de verano, mientras

paseábamos sin rumbo por delante de tu casa. Durante más de una hora anduve extraviado por el laberinto del bosque, torciendo ora a la derecha, ora a la izquierda, recorriendo largos senderos bordeados de maleza, sombríos y frescos aún bajo el sol del mediodía, deteniéndome a descansar bajo los enormes robles o tumbándome en la hierba de un claro, donde, con el viento, me llegaba el fragante y vago aroma de las rosas silvestres, mezclado con el penetrante perfume de los saúcos, parecido al olor de la habitación de un muerto, como un vapor de incienso y corrupción. Estuve en los linderos del bosque, contemplando la pomposa procesión de las digitales irguiéndose por encima de los helechos y brillando al sol, y más allá, en los espesos matorrales de maleza donde brotan manantiales de las rocas, que alimentan malsanas y nocivas plantas acuáticas. Pero en todos mis vagabundeos evité cierta parte del bosque. Hasta ayer no ascendí a la cumbre de la colina, dirigiéndome a la antigua calzada romana que atraviesa la cresta más alta del bosque. Por allí pasearon Helen y Rachel, a lo largo de esa discreta calzada que discurre por encima de la hierba, encajonada a ambos lados por elevados taludes de tierra roja, y altos setos de relucientes hayas. Allí seguí sus pasos, asomándome de vez en cuando por entre los huecos que dejaban las ramas y viendo extenderse el bosque en todas direcciones, hundiéndose en la vasta llanura, y más allá el mar amarillo y las tierras al otro lado del mar. Por el otro lado estaba el valle, el río, una sucesión de colinas encadenadas unas a otras como olas en el mar, el bosque, el prado y el trigal, punteados de casas blancas, una barrera de montañas y, al norte, lejanos picos azules. Y de esta manera llegué finalmente al lugar. El sendero ascendía por una suave pendiente y se ensanchaba en un espacio abierto rodeado por un muro de espesos matorrales, para luego estrecharse de nuevo y continuar adentrándose en la lejanía, perdiéndose en la tenue niebla azulada producida por el calor del verano. En ese agradable claro estival Rachel entró siendo una chica y salió convertida en quién podría decir qué. No permanecí allí mucho tiempo.

En una pequeña ciudad cercana a Caermaen hay un museo que contiene en su mayor parte restos romanos encontrados por los alrededores en épocas diversas. El día siguiente a mi llegada a Caermaen me fui paseando hasta la ciudad en cuestión y tuve la oportunidad de examinar dicho museo. Después de haber contemplado la mayor parte de las esculturas de piedra, sarcófagos, anillos, monedas y fragmentos de mosaicos que el lugar contiene, me mostraron un pequeño pilar cuadrado de piedra blanca, descubierto recientemente en el bosque que acabo de mencionar y, según pude averiguar, en el mismo espacio abierto donde se ensancha la vía romana. En una de las caras del pilar había una inscripción de la que tomé nota. Algunas de las letras habían sido borradas, pero, sin duda, no creo que puedan ser otras que las que yo he suplido. La inscripción es como sigue:

DEVOMNODENT*i*
FLA*v*IVSSENILISPOSSV*it*

PROPTERNVP*tias*
*quas*VIDITSVBVMB*ra*

(Al gran dios Nodens —dios de la Gran Profundidad o Abismo— Flavio Senilis ha erigido este pilar con motivo de las nupcias que presenció bajo la umbría.)

El conservador del museo me informó de que los anticuarios locales quedaron bastante perplejos, no ya por la inscripción en sí, ni por las dificultades de su traducción, sino por la circunstancia o rito a que en ella se alude.

… Y ahora, mi querido Clarke, respecto a lo que me cuentas acerca de Helen Vaughan, a la que dices haber visto morir en circunstancias del mayor y más increíble horror, confieso que tu relato me interesó; sin embargo, gran parte de lo que me contaste, si no todo, lo conocía ya. Puedo comprender la extraña semejanza que advertiste entre el retrato y el verdadero semblante; habías visto a la madre de Helen. Recordarás aquella apacible noche veraniega, hace ya tantos años, cuando te hablé del mundo que se extiende más allá de las sombras del dios Pan.

Recordarás a Mary. Ella fue la madre de Helen Vaughan, la cual nació nueve meses después de aquella noche.

Mary jamás recobró la razón. Permaneció todo el tiempo en la cama, tal como la viste, y falleció unos pocos días después de que naciera la niña. Creo que al final me reconoció. Yo estaba de pie junto a su lecho y por un segundo su antigua mirada volvió a asomar a sus ojos; luego se estremeció, profirió un gemido y falleció. No estuvo nada bien lo que hice aquella noche en que estuviste presente: abrí de par en par las puertas de su alma, sin saber ni preocuparme por lo que pudiera entrar en ella. Recuerdo que en aquella ocasión me dijiste, bastante bruscamente, pero también con bastante razón en cierto sentido, que había arruinado la razón de un ser humano con un experimento estúpido, basado en una teoría absurda. Hiciste bien en censurarme, aunque mi teoría no era del todo absurda. Mary vio lo que yo dije que vería, pero me olvidé de que ningún ojo humano puede contemplar impunemente semejante visión. Y también olvidé, como acabo de decir, que cuando las puertas del alma se abren de par en par, puede entrar por ellas algo para lo que no tenemos nombre y la carne humana puede convertirse en simple envoltura de un horror que no me atrevo a expresar. Jugué con fuerzas que no comprendía y ya has visto el resultado. Helen Vaughan hizo bien al ceñirse la soga al cuello y ahorcarse, aunque su muerte fuese horrible. El rostro ennegrecido, la espantosa forma encima de la cama, cambiando delante de tus ojos de mujer en hombre, de hombre en bestia, y de bestia en algo todavía peor, todo ese extraño horror de que fuiste testigo, apenas me sorprende. Lo que dices que vio y estremeció al médico que mandaste llamar, yo ya lo había observado hace tiempo; comprendí lo que había hecho en el preciso instante en que nació la criatura, y cuando apenas contaba cinco años la sorprendí, no una o dos sino varias veces, con un compañero de juegos, ya te puedes figurar de qué especie. Para

mí fue un constante horror encarnado y, al cabo de unos años, sintiendo que no podía soportarlo más, despedí a Helen Vaughan. El resto de esta extraña historia, y todo lo demás que, según me has contado, ha descubierto tu amigo, lo he logrado saber poco a poco, casi hasta el último capítulo. Ahora Helen está con sus compañeros…

H. G. Wells

EL FANTASMA DEL MIEDO

(The Ghost of Lear, 1897)

Conocido sobre todo como uno de los pioneros indiscutibles de la moderna ciencia ficción, Herbert George Wells (1866-1946) es autor de una extensa y variopinta obra literaria que, entre cuentos, novelas, comedias, dramas radiofónicos, guiones de cine y tratados de divulgación científica o ensayos de todo tipo, incluye numerosos relatos de horror y una novela, «La isla del Dr. Moreau», llevada varias veces a la pantalla, que curiosamente le fue confiscada a Lovecraft por su madre cuando éste sólo tenía siete años.

Pese a tan temprano descubrimiento, su apreciación del polifacético autor británico fue siempre una cuestión delicada para H.L.P., según confiesa reiteradamente en su correspondencia. Reconoce que sus tramas son magníficas pero se lamenta del prosaísmo de su estilo en comparación con el de Machen. «Aunque sus cuentos logran mantener mis engranajes mentales a pleno funcionamiento, no consigo extraer de este hecho una sensación verdaderamente «sobrenatural» —afirma Lovecraft— […] y, sin embargo, cuando pienso «en retrospectiva», en alguno de ellos, a través del filtro colorista de mi propia imaginación, me inclino a dudar de nuevo».

«El fantasma del miedo» forma parte del volumen de relatos fantásticos «The Plattner Story and Others» (donde a menudo aparece bajo el título de «The Red Room»), y muestra un enfoque moderno del tópico cuento de fantasmas en el que el protagonista pasa toda una noche en una habitación supuestamente frecuentada por espectros, a fin de confirmar su presencia. Compárese con el episodio de «Los misterios de Udolpho» o con el cuento de Walter Scott «La cámara de los tapices», ambos contenidos en el primer volumen de esta misma antología.

EL FANTASMA DEL MIEDO[5]

—PUEDO asegurarle —dije— que se necesitaría un fantasma bien tangible para asustarme.

Y permanecí de pie frente al fuego con un vaso en la mano.

—Usted lo ha querido —dijo el hombre del brazo paralizado, mirándome de soslayo.

—He vivido veintiocho años —dije— y hasta ahora jamás he visto un fantasma.

La anciana mujer permanecía sentada, mirando fijamente las llamas con sus ojos sin brillo bien abiertos.

—¡Ay! —irrumpió ella—. Ha vivido usted veintiocho años y creo que todavía no ha conocido nada semejante a esta casa. Queda mucho por ver todavía cuando se tienen sólo veintiocho años.

La anciana balanceó lentamente la cabeza.

—Mucho que ver y que añorar —añadió.

Tenía la sospecha de que los dos ancianos, con su monótona insistencia, trataban de realzar los terrores espirituales de su casa. Deposité en la mesa mi vaso vacío y examiné la habitación en donde nos encontrábamos. Me miré en el curioso espejo antiguo al otro lado de la habitación, acortado y ensanchado hasta parecer de una robustez imposible.

—Bien —dije—. Si veo algo esta noche, seré tanto más prudente. Pues vengo con espíritu amplio.

—Usted lo ha querido —dijo una vez más el hombre del brazo paralizado.

Escuché el ruido de un bastón y unos pasos arrastrándose por las baldosas del pasillo exterior, y la puerta chirrió en sus goznes al entrar un segundo anciano, más encorvado, más arrugado, y más viejo todavía que el primero. Se apoyaba en una sola muleta, sus ojos estaban cubiertos con una visera y su labio inferior, pálido y sonrosado, le colgaba medio torcido, mostrando unos dientes cariados y amarillentos. Se dirigió en línea recta a un sillón al otro lado de la mesa, se sentó torpemente y se puso a toser. El hombre del brazo paralizado echó una rápida ojeada al recién llegado con evidente aversión. La anciana no prestó atención a su llegada, sino que permaneció con los ojos fijos en el fuego.

—Decía que usted lo ha querido —insistió el hombre del brazo paralizado, cuando cesaron las toses por un instante.

—En efecto, yo lo he querido —contesté.

El hombre de la visera se dio cuenta por vez primera de mi presencia y por un momento echó la cabeza hacia atrás y hacia un lado para verme. Vislumbré momentáneamente sus ojos, pequeños, brillantes e inflamados. A continuación empezó de nuevo a toser y a balbucear.

—¿Por qué no bebes algo? —dijo el hombre del brazo paralizado, empujando la cerveza hacia él. El hombre de la visera se sirvió un vaso lleno; su tembloroso brazo vertió casi otro tanto más sobre la mesa de abeto. Su monstruosa sombra se encogió sobre la pared remedando la acción de verter el líquido y beber. Debo confesar que no me esperaba estos guardianes tan grotescos. A mi modo de ver existe algo inhumano en la senilidad, algo humillante y atávico; las cualidades humanas de los viejos parecen disminuir imperceptiblemente día a día. Estos tres me hacían sentirme incómodo con sus lúgubres silencios, sus andares torcidos y su evidente enemistad hacia mí y hacia cualquier otro mortal.

—Si quieren conducirme a esa habitación encantada —dije—, trataré de ponerme cómodo.

El anciano de la tos echó su cabeza hacia atrás tan de repente que me sobresalté. Luego, me dirigió otra mirada por debajo de su visera con los ojos enrojecidos. Pero nadie me respondió. Esperé un minuto, examinando por turno a estos tres personajes.

—Si quieren conducirme —repetí un poco más alto— a esa habitación encantada, les libraré de mi fastidiosa presencia.

—Hay una vela en el anaquel al otro lado de la puerta —dijo el hombre del brazo paralizado, mirándome a los pies como si se dirigiera a mí—. Pero si va usted a la cámara roja esta noche…

—¡Precisamente esta noche, entre todas las noches! —interrumpió la anciana.

—… irá solo.

—Muy bien —respondí yo—. ¿Y qué camino debo tomar?

—Debe usted seguir el pasadizo hasta llegar a una puerta que conduce a una escalera de caracol. A mitad de la escalera encontrará un rellano y otra puerta recubierta de bayeta. Entre y siga hasta el final por el largo corredor. La cámara roja está a la izquierda en lo alto de las escaleras.

—¿Tengo su permiso? —dije, repitiendo sus instrucciones.

El hombre del brazo paralizado me corrigió una en particular.

—¿De verdad va a ir usted? —dijo el hombre de la visera mirándome por tercera vez con aquella extraña y anormal inclinación de cabeza.

—¡Precisamente esta noche, entre todas las noches! —repitió la anciana.

—A eso he venido —contesté yo, yéndome hacia la puerta.

En ese momento el anciano de la visera se levantó y rodeó la mesa, tambaleándose para acercarse así a los otros dos y al fuego. Al llegar a la puerta me volví y les miré. Estaban los tres muy juntos, sombríos a la luz de la lumbre, mirándome por encima de los hombros con una expresión de pasmo en sus viejos rostros.

—Buenas noches —dije, abriendo la puerta.

—Usted lo ha querido —respondió el hombre del brazo paralizado.

Dejé la puerta abierta de par en par hasta que la vela estuviera bien encendida. Después la cerré y me interné en el glacial y resonante pasadizo.

Debo confesar que la rareza de estos tres viejos pensionistas, a cuyo cargo había dejado el castillo su señoría, así como el mobiliario anticuado y de tonos oscuros de la habitación en que estaban reunidos, me afectaron vivamente a pesar de los esfuerzos que hice por permanecer sereno. Parecían pertenecer a otra época, una época más antigua en la que los asuntos espirituales eran diferentes de los nuestros, menos seguros. Una época en la que se creía en presagios y brujas, y los fantasmas estaban fuera de toda duda. Su misma existencia era espectral; y el corte de su ropa, modas creadas por cerebros muertos. Los ornamentos y las comodidades de esta habitación tenían un aspecto fantasmal, como si todavía en la actualidad nos atormentara el pasado de gente ya desaparecida. Pero me esforcé por alejar de mí tales pensamientos.

El largo pasadizo subterráneo era frío y polvoriento y tenía corrientes de aire, por lo que mi vela flameaba, haciendo que las sombras se agacharan y temblaran. Los ecos resonaban en la escalera de caracol. Una sombra que se arrastraba me seguía, y otra se desvaneció en las tinieblas por encima de mi cabeza. Llegué al rellano y me detuve un instante a escuchar un rumor que me parecía haber oído; después, satisfecho del silencio reinante, empujé la puerta recubierta de bayeta y permanecí inmóvil a la entrada del corredor.

La impresión no fue, de ningún modo, la que yo hubiera esperado. La luna, entrando por el gran ventanal de la escalera principal, resaltaba cada cosa mediante sombras de un negro intenso o destellos plateados. Todo estaba en su lugar: podía creerse que la casa había sido abandonada la víspera en lugar de dieciocho meses atrás. Todavía quedaban velas en los candelabros, y el polvo que se había acumulado en las alfombras o en el encerado entarimado se había distribuido tan uniformemente que era invisible con la claridad de la luna. Estaba a punto de avanzar, pero me detuve bruscamente. En el rellano había un grupo esculpido en bronce, oculto por la esquina de la pared, cuya sombra se proyectaba con asombrosa nitidez sobre el blanco entrepaño, dándome la impresión de que alguien me acechaba agazapado. Durante medio minuto tal vez, quedé petrificado. Luego avancé con la mano sobre el revólver que llevaba en el bolsillo, descubriendo tan sólo a Ganimedes y el Águila brillando a la luz de la luna. Este incidente calmó por algún tiempo mi nerviosismo y ya no me asustó el chino de porcelana, sobre una mesita taraceada, cuya cabeza se balanceó en silencio al pasar frente a él.

La puerta de la cámara roja y los escalones que a ella conducían se encontraban en un rincón oscuro. Antes de abrirla, moví la vela en todas direcciones a fin de darme cuenta con claridad de la naturaleza del nicho en el que me encontraba. Aquí fue, pensé, donde encontraron a mi predecesor, y el recuerdo de esa historia me ocasionó una súbita aprensión. Eché una ojeada por encima del hombro a Ganimedes a la luz de la luna, y me apresuré a abrir la puerta de la cámara roja, con la cabeza medio vuelta hacia el pálido silencio del rellano.

Entré, cerré inmediatamente la puerta tras de mí, giré la llave que encontré en la

cerradura, por dentro, elevé la vela todo lo que pude, y examiné el escenario de mi vigilia: la gran cámara roja del castillo de Lorraine, en donde murió el duque. O más bien, en donde comenzó su agonía, pues pudo abrir la puerta y cayó de cabeza por los escalones que acababa yo de subir. Ése había sido el final de su vigilia, de su valerosa tentativa de vencer la tradición fantasmal del lugar. Y jamás la apoplejía, pensé, había servido mejor a la superstición. Existían ocho historias más antiguas a propósito de esta cámara, hasta remontarse al increíble comienzo de la leyenda: la historia de una esposa tímida y del trágico desenlace que tuvo una broma del marido queriendo asustarla. Contemplando esta enorme habitación oscura, de ventanas sombrías, llena de recovecos y de recámaras, se podían comprender perfectamente las leyendas que habían surgido de sus negros rincones y de sus fecundas tinieblas. Mi vela era una diminuta lengua de fuego en la inmensidad de la sala, y su claridad no llegaba hasta el otro extremo. Más allá de esa isla de luz, el resto era un océano de misterio y sugestión.

Resolví dedicarme inmediatamente a una exploración sistemática del lugar, y disipar así las extravagantes fantasías que su oscuridad sugería, antes de que ellas se apoderaran de mí. Después de asegurarme de que la puerta estaba bien cerrada, comencé a recorrer la habitación mirando con atención cada uno de los muebles, levantando las colgaduras de la cama y descorriendo las cortinas. Levanté las persianas y me aseguré de que las ventanas estaban cerradas antes de colocar los postigos. Me incliné hacia delante para echar una ojeada a la negra boca de la chimenea, y golpeé los oscuros paneles de roble buscando alguna salida secreta. Había dos grandes espejos en la habitación, cada uno provisto de un par de candelabros llenos de velas, y en la repisa de la chimenea, varias palmatorias de porcelana con más velas todavía. Las encendí todas, una después de otra.

El fuego estaba preparado: una atención del anciano guardián que no me esperaba. Lo encendí para evitar cualquier ocasión de estremecimiento, y, cuando prendió bien, me puse de espaldas a él, mirando de nuevo la habitación. Acerqué al fuego un sillón tapizado de zaraza y una mesa, formando delante de mí una especie de barricada, y dejé a mano mi revólver. Mi preciso examen de la habitación me había tranquilizado, pero todavía encontraba demasiado estimulantes para la imaginación la oscuridad y el completo silencio del lugar. El eco de los crujidos y chisporroteos del fuego no me reconfortaba precisamente. La sombra de la recámara, en particular la del fondo, tenía esa indefinible cualidad propia de una presencia oculta, esa extraña impresión de una criatura viva al acecho, que tan fácilmente se apodera de uno en medio del silencio y la soledad. Finalmente, para tranquilizarme, me acerqué con una vela y comprobé por mí mismo que allí no había nada tangible. Puse la vela en el suelo de la cámara y la dejé en esa posición.

Para entonces, me encontraba en un estado de considerable tensión nerviosa, aunque mi razón no podía explicarse la causa. Mi mente estaba, no obstante, despejada. Daba por sentado, sin ningún género de reservas, que nada sobrenatural

podía suceder, y, para pasar el rato, me puse a versificar la leyenda original del castillo, a la manera de las *Ingoldsby Legends*[6]. Declamé algunos versos en voz alta, pero los ecos me desagradaron. Por el mismo motivo, abandoné también, al cabo de un rato, una conversación conmigo mismo acerca de la imposibilidad de que existieran fantasmas y casas encantadas. Volví a acordarme de los tres ancianos deformes que había dejado abajo, e intenté entretenerme con ese asunto.

Los sombríos rojos y negros de la cámara me inquietaban. La sala estaba todavía oscura, incluso con las siete velas encendidas. La de la recámara flameaba a impulsos de una corriente de aire, y el parpadeo de su llama provocaba que las sombras y la penumbra no cesaran de agitarse y de brincar. Buscando un remedio a esta situación, me acordé de las velas que había visto en el pasadizo, y, con un pequeño esfuerzo, salí al claro de luna con una vela en la mano y dejé la puerta abierta, volviendo poco después con diez velas más. Las puse en las baratijas de porcelana que escasamente adornaban la habitación, las encendí y las distribuí en los lugares donde la oscuridad era más espesa, unas sobre el suelo, otras en los huecos de las ventanas, hasta conseguir que no quedara ni una sola pulgada de la cámara que no recibiera luz directa de al menos una de las diecisiete velas. Se me ocurrió que, cuando el fantasma llegara, debía advertirle para que no tropezara con ellas. La cámara estaba ahora brillantemente iluminada. Había algo muy alegre y tranquilizador en esas pequeñas llamas fluctuantes, que me entretuve en despabilar a fin de que se me hiciera más llevadero el paso del tiempo.

Incluso en aquellas circunstancias, la melancólica espera de la vigilia me abrumaba. Pasada la medianoche, la vela de la recámara se apagó de repente y las negras sombras volvieron a ocupar su lugar. No la había visto apagarse; simplemente me di la vuelta y vi que la oscuridad estaba allí, sobresaltándome como si inesperadamente hubiera visto a un desconocido.

—¡Por Júpiter! —dije en voz alta—. Esa corriente de aire es potente.

Y, cogiendo las cerillas de la mesa, atravesé la cámara sin prisas para encender de nuevo la vela. La primera cerilla no prendió y, cuando acerté con la segunda, algo pareció parpadear en la pared de enfrente. Volví la cabeza involuntariamente y vi que las dos velas que había sobre la mesa pequeña, junto a la chimenea, se habían extinguido. En seguida me levanté.

—¡Qué extraño! —dije—. Las habré apagado yo mismo en un momento de distracción.

Volví a la chimenea, encendí de nuevo una de las velas y, cuando me disponía a encender otra, vi que la que estaba en el candelabro, a la derecha de uno de los espejos, parpadeó y se apagó, seguida casi inmediatamente de su compañera. No había posibilidad alguna de equivocarse. Las llamas se desvanecieron, como si de pronto las mechas hubieran sido pellizcadas entre el pulgar y el índice, hasta apagarlas completamente. Mientras permanecía atónito, la vela que había a los pies de la cama se apagó y las sombras avanzaron aparentemente hacia mí.

—¡No puede ser! —dije, y a continuación se apagó una vela de encima de la repisa de la chimenea y después otra.

—¿Qué pasa? —grité, sin poder evitar un tono de voz agudo y extraño. En eso, la vela que había en el armario se apagó, y lo mismo hizo la que había vuelto a encender en la recámara.

—¡Más despacio! Necesito esas velas —dije en un tono de jocosidad nerviosa, frotando mientras tanto una cerilla para encender de nuevo las velas de la repisa. Mis manos temblaban tanto que, por dos veces, no acerté a encontrar el papel de lija de la caja. Mientras la repisa emergía de nuevo de las tinieblas, dos velas más se eclipsaron en el extremo más alejado de la ventana. Pero con la misma cerilla encendí los apliques del espejo y las velas que había por el suelo cerca de la puerta, de modo que por el momento creí tomarle la delantera a las extinciones. Entonces se desvanecieron a la vez cuatro luces en rincones diferentes de la cámara, y encendí otra cerilla apresuradamente y temblando, sin decidirme por qué vela comenzar.

Mientras permanecí indeciso, una mano invisible pareció apagar las dos velas de la mesa. Con un grito de terror, me abalancé a la recámara, luego al rincón, y finalmente a la ventana, volviendo a encender tres velas, mientras otras dos se apagaron junto a la chimenea. Luego, dándome cuenta de un método mejor, eché las cerillas en un cofre zunchado y cogí el candelero de la alcoba. De esta forma evitaba el retraso de encender cerillas. Pero, pese a todo, las velas seguían extinguiéndose sin cesar, y las sombras que yo temía, y contra las cuales luchaba, volvieron poco a poco, acercándose a mí. Era como un nubarrón recortado, barriendo las estrellas. De vez en cuando reaparecía una durante un minuto y después se perdía de vista de nuevo. El horror de las tinieblas crecientes casi me volvió loco, y mi sangre fría me abandonó. Jadeante y despeinado, salté de una vela a otra, en una lucha inútil contra el inexorable avance del enemigo.

Me magullé el muslo con la mesa, derribé una silla, tropecé y me caí, arrastrando en mi caída el mantel de la mesa. Mi vela rodó lejos de mí y, al levantarme, cogí otra. De pronto ésta se apagó, sin duda a causa de la corriente de aire que produjo mi repentino movimiento. Inmediatamente se apagaron las dos velas restantes. Pero todavía había luz en la cámara, una luz roja que alejaba las sombras de mí. ¡El fuego de la chimenea! Sin duda, podía meter la vela entre los barrotes y de esa forma encenderla.

Me dirigí hacia las llamas, que bailaban entre carbones incandescentes y salpicaban de reflejos rojos los muebles. Avancé un par de pasos en dirección a la rejilla e inmediatamente las llamas menguaron y se extinguieron, las brasas se apagaron y los reflejos se precipitaron y desaparecieron. Y, según metía la vela entre los barrotes de la rejilla, las tinieblas me envolvieron como un ojo que se cierra, me rodearon con un sofocante abrazo, me taparon la visión y aniquilaron en mi cerebro los últimos vestigios de razón.

La vela se me cayó de las manos. Extendí los brazos en un vano esfuerzo por

sacudirme de encima esa negrura pesada y, elevando la voz, grité con todas mis fuerzas, una, dos, tres veces. Después creo que debí titubear. Sólo recuerdo que de inmediato pensé en el corredor, iluminado por la luna, y, con la cabeza inclinada y los brazos por delante, huí hacia la puerta. Pero había olvidado la posición exacta de la puerta y choqué violentamente contra la esquina de la cama. De nuevo titubeé y, dándome la vuelta, fui golpeado o me golpeé yo mismo contra algún otro mueble voluminoso. Tengo un vago recuerdo de haber sido zarandeado en la oscuridad de un lado para otro, de haber lanzado violentos gritos a cada nuevo forcejeo, y, en fin, de haber recibido un violento golpe en la frente, acompañado de una horrible sensación de caída que duró un siglo, así como de mis últimos intentos frenéticos por mantenerme de pie. Después no recuerdo nada más.

Cuando abrí los ojos era de día. Tenía la cabeza toscamente vendada y el hombre del brazo paralizado me estaba observando. Miré en torno, tratando de acordarme de lo que había sucedido. Pero, durante algún tiempo, no pude recordar nada. Me volví hacia la esquina y vi que la anciana, perdido ya su aspecto distraído, vertía en un vaso algunas gotas de una medicina contenida en un pequeño frasco azul.

—¿Dónde estoy? —pregunté—. Me parece que les conozco y, sin embargo, no puedo recordar quiénes son ustedes.

Entonces me explicaron lo que había pasado y les oí hablar de la cámara roja como el que oye contar un cuento.

—Le encontramos al alba —dijo el anciano—, y tenía usted sangre en la frente y en los labios.

Muy lentamente recuperé el recuerdo de mi experiencia.

—¿Cree usted ahora —dijo el anciano— que la habitación está encantada?

No hablaba ya como el que acoge a un intruso, sino como alguien que se lamenta por un amigo abatido.

—Sí —dije yo— la habitación está encantada.

—Usted lo ha visto. Mientras que nosotros, que hemos pasado aquí toda nuestra existencia, nunca pudimos ponerle los ojos encima. Porque nunca nos atrevimos… Díganos, ¿fue verdaderamente el anciano conde el que…?

—No —dije yo—, no fue él.

—Eso decía yo —interrumpió la anciana dama, con un vaso en la mano—. ¿Fue entonces la joven condesa la que os atemorizó?

—No —contesté—. No existen ni el fantasma del conde ni el de la condesa; no hay ningún fantasma en esa habitación, sino algo peor, mucho peor…

—¿Y bien? —dijeron ellos.

—La peor de todas las cosas que atormentan al pobre mortal —dije yo—; es decir, simplemente, el *Miedo*. El Miedo, que ni se ve ni se oye, que no admite razones, que ensordece, nubla la vista y abruma. Él fue el que me siguió por el corredor y el que luchó conmigo en la habitación…

Bruscamente me detuve. Hubo un intervalo de silencio. Me llevé las manos a los vendajes de la cabeza.

Entonces, el hombre de la visera suspiró y se puso a hablar.

—Eso es —dijo—. Sabía que era eso. El Poder de las Tinieblas. ¡Echarle una maldición así a una mujer! Siempre está al acecho. Se advierte incluso de día, aun en los más soleados días del verano, en las colgaduras, las cortinas, ocultándose detrás de ti, no importa de qué lado te vuelvas. Al atardecer se desliza a lo largo del corredor y te sigue, de manera que no te atreves a volver la cabeza. El Miedo habita esa cámara de mujer… El funesto Miedo… Y allí permanecerá mientras perdure esta mansión del pecado.

M. R. James

EL CONDE MAGNUS

(Count Magnus, 1904)

Otro de los grandes maestros modernos del género, según Lovecraft, es el inglés Montague Rhodes James (1862-1936), unánimemente considerado como el máximo exponente del cuento de fantasmas Victoriano. Dijo de un clérigo de Kent, que le educó esmeradamente en Eton y en el King's College de Cambridge, James pronto se reveló como un experto en arqueología, paleografía, filología, bibliografía y arte eclesiástico, doctas aficiones que compartió con una intensa actividad docente (fue director de Eton y decano del King's College) y otras ocupaciones más relajantes como la traducción y, sobre todo, sus inolvidables cuentos de fantasmas.

Discípulo de Le Fanu, de quien aprendió el difícil arte de la ambigüedad expositiva, al igual que el maestro irlandés sabía contar una historia delirante con el máximo de credibilidad y manteniendo la tensión hasta el final. Su vasta cultura le permitía, además, toda clase de detalles en sus localizaciones, lo que proporciona un trasfondo realista a todos sus cuentos, en los que nunca falta un toque humorístico que contrasta con la terrible seriedad de la novela gótica. «Su técnica consiste —según H.P.L.— en crear una ilusión de cotidianidad e introducir en ella sus fenómenos anormales cauta y gradualmente, realzándolos a cada paso con detalles caseros y prosaicos y sazonándolos a veces con una pizca de erudición…, lo que le permite utilizar con toda propiedad su exhaustivo conocimiento del pasado y su convincente dominio del lenguaje y el colorido arcaicos». Aun manteniéndose fiel a los postulados del clásico cuento de fantasmas, James ha logrado llevar el género a su culminación, inventando un tipo totalmente nuevo de fantasma, grotesco y hasta ridículo, que lo mismo puede ser «un rollo de franela con ojos de araña» que «una entidad invisible… cuyo rostro lo forma una sábana arrugada».

«Carentes de profundidad psicológica —afirma Louis Vax—, los cuentos de James seducen por la hondura de sus planos de significación». De entre todos ellos, Lovecraft destaca «El conde Magnus», al que califica de «auténtica Golconda del suspense y la sugerencia». Con su peculiar estilo pausado y despreocupado, James aborda en él un tema que constituye una constante en toda su obra: el descubrimiento de un maleficio dormido, que despierta al ser conjurado inadvertidamente. Pocas veces ha logrado su autor evocar el miedo y el horror en sus más estremecedoras formas como en este cuento, que, por otra parte, contiene todos sus ingredientes característicos (ambiente erudito, mansiones vetustas, diarios personales, manuscritos esotéricos, antepasados misteriosos, libros antiguos…) y presenta un desenlace tan efectivo como equívoco.

EL CONDE MAGNUS[7]

EL modo en que llegaron a mis manos los documentos con los cuales he elaborado un relato coherente será lo último que revelaré al lector en estas páginas. Pero, antes de mostrar un resumen de ellos, debo referirme a su contenido.

Consisten, en su mayor parte, en una serie de apuntes para un libro de viajes, uno de esos volúmenes tan en boga en los años que van de 1840 a 1860. El *Diario de una estancia en Jutlandia y las islas danesas*, de Horace Marryat, es un típico ejemplo de la clase de libro a que aludo. Tales libros solían describir las regiones menos conocidas del continente europeo y estaban ilustrados con grabados en madera o cobre. Suministraban detalles acerca del alojamiento en hoteles y de los medios de comunicación, como los que hoy en día esperamos encontrar en cualquier guía turística apropiada, y contenían extensas entrevistas con extranjeros bien informados, ingeniosos posaderos y locuaces campesinos. En una palabra: estaban repletos de chismes.

Iniciados con la intención de recopilar material para un libro de ese tipo, mis documentos, a medida que aumentaban, fueron asumiendo el carácter de testimonio de una singular experiencia personal, y así continuaron hasta la víspera, casi, de su culminación.

Su autor fue un tal señor Wraxall. Todo lo que sé de él se basa enteramente en sus escritos, y de ellos deduzco que era un hombre de edad más que mediana, que gozaba de una cierta renta privada y se encontraba muy solo en el mundo. Al parecer, no tenía residencia estable en Inglaterra, sino que era huésped permanente de hoteles y pensiones. Es probable que alimentara la idea de establecerse definitivamente algún día, cosa que no ocurrió; y me parece también probable que el incendio del guardamuebles a comienzos de los años setenta destruyera muchas cosas que habrían podido arrojar alguna luz sobre sus antecedentes, pues una o dos veces menciona objetos de su propiedad depositados en aquel establecimiento.

Parece asimismo que el señor Wraxall había publicado un libro, en el que relataba las vacaciones que una vez pasó en la Bretaña francesa. Poco más puedo añadir sobre esa obra, ya que una minuciosa investigación bibliográfica me ha convencido de que debió publicarse anónimamente o bajo seudónimo.

En lo referente a su carácter, no resulta difícil formarse una opinión, por superficial que ésta sea. Debió de ser un hombre culto e inteligente. Al parecer estuvo a punto de ser elegido miembro del consejo de su colegio de Oxford, el Brasenose, según deduzco del *Calendario*. Su principal defecto fue, sin duda, la excesiva curiosidad, posiblemente un buen defecto en cualquier viajero, pero evidentemente un defecto que al final le costó bastante caro a éste en particular.

En el curso de la que resultó ser su última expedición estaba preparando otro

libro. Escandinavia, región poco conocida de los ingleses hace cuarenta años, le pareció un campo interesante para sus propósitos. Seguramente, al hojear algunos libros antiguos de historia de Suecia o de memorias, se le ocurrió la idea de que allí había material para un libro de viajes sobre ese país, en el que podía intercalar episodios relativos a algunas de las principales familias suecas. Por consiguiente, se procuró cartas de presentación a ciertas personas de alcurnia en Suecia y partió hacia allá a comienzos del verano de 1863.

No merece la pena hablar de sus viajes por el Norte, ni de su estancia de algunas semanas en Estocolmo. Sólo mencionaré que cierto erudito de esa ciudad le puso tras la pista de una importante colección de documentos familiares pertenecientes a los propietarios de una antigua casa solariega en Vestergothland, y le consiguió un permiso para examinarlos.

Llamaré a esa casa solariega, o *herrgard*, Rabäck (pronúnciese algo así como Raubec), aunque no sea ése su verdadero nombre. Se trata de uno de los mejores edificios de su género en todo el país, y su reproducción en el libro *Suecia antigua et moderna*, de Dahlenberg, fechada en 1694, la muestra exactamente igual a como el turista puede verla hoy en día. Fue construida poco después de 1600 y es muy parecida, en líneas generales, a la típica casa inglesa de aquella época, en cuanto al material utilizado —ladrillo rojo con revestimiento de piedra— y al estilo arquitectónico. El hombre que la construyó era miembro de la gran familia De la Gardie, y todavía pertenece a sus descendientes. De la Gardie es el nombre por el cual les designaré cuando sea necesario mencionarles.

Recibieron al señor Wraxall con gran amabilidad y cortesía y le instaron a que permaneciera en la casa mientras duraran sus investigaciones. Sin embargo, prefiriendo éste la independencia y desconfiando de su capacidad de conversar en sueco, se instaló en la posada del pueblo, que resultó bastante cómoda, al menos durante los meses de verano. Esto trajo consigo que diariamente debía caminar algo menos de una milla para llegar a la casa solariega. El edificio se alzaba en medio de un parque y estaba protegido —cubierto, podríamos decir— por árboles enormes y vetustos. Cerca de él había un jardín rodeado de una tapia, y luego se entraba en un espeso bosque que bordeaba uno de esos pequeños lagos que tanto abundan en la región. Seguía luego la tapia de la propiedad y una escarpada pendiente, una loma rocosa apenas cubierta de tierra, en cuya cima se alzaba la iglesia, rodeada de enormes y sombríos árboles. Era un edificio raro a los ojos de un inglés. La nave y los laterales eran bajos y estaban llenos de bancos y de tribunas. En la tribuna occidental había un espléndido órgano antiguo, pintado de vivos colores y con tubos de plata. El techo era plano y había sido adornado por algún artista del siglo diecisiete con un extraño y espantoso «Juicio final» pródigo en espeluznantes llamas, ciudades en ruinas, barcos ardiendo, almas en pena y socarrones demonios tostados. Grandes coronas de latón pendían del techo; el púlpito parecía una casa de muñecas, cubierto de pequeños querubines y santos de madera pintada; un atril con tres relojes de arena

pendía del pupitre del predicador. Actualmente todavía pueden verse en Suecia muchas iglesias de ese tipo, pero lo que distinguía a aquélla era un añadido al edificio original. En el extremo oriental de la nave norte, el propietario de la mansión había hecho construir un mausoleo para él y su familia. Se trataba de un amplio edificio octogonal, iluminado por una serie de ventanas ovales, con un techo en forma de cúpula, rematado por una especie de calabaza que culminaba en una aguja, ornamento por el que los arquitectos suecos sienten especial predilección. El techo estaba revestido exteriormente de cobre y pintado de negro, mientras que los muros, al igual que los de la iglesia, eran de un blanco deslumbrador. Desde la iglesia no había acceso directo al mausoleo. Éste tenía su propio pórtico con escalinata en el lado norte.

Pasado el patio de la iglesia extendíase el sendero que conducía a la aldea, y en tres o cuatro minutos se llegaba a la puerta de la posada.

El primer día de su estancia en Rabäck, el señor Wraxall encontró abierta la puerta de la iglesia y anotó los detalles de su interior que acabo de resumir. No pudo, sin embargo, entrar en el mausoleo. Únicamente pudo vislumbrar, a través del ojo de la cerradura, hermosas efigies de mármol, sarcófagos de cobre, y una profusión de blasones heráldicos. Lo cual no hizo sino acrecentar su deseo de dedicar algún tiempo a investigar su interior.

Los documentos que viniera a consultar en la mansión resultaron ser precisamente los que necesitaba para su libro. Había correspondencia familiar, diarios y libros de cuentas de los primitivos propietarios del dominio, cuidadosamente conservados y escritos con claridad, llenos de detalles pintorescos y divertidos. El primer De la Gardie aparecía en ellos como un hombre enérgico y capaz. Al poco de construirse la mansión, el distrito padeció un período de disturbios: los campesinos se sublevaron y atacaron varios castillos, causando algunos estragos. El propietario de Rabäck desempeñó un papel preponderante en la represión de los desórdenes, y había referencias a ejecuciones de cabecillas y a severos castigos infligidos con mano dura.

El retrato de aquel Magnus de la Gardie era uno de los mejores de la casa, y el señor Wraxall lo examinó con no poco interés, una vez concluida su primera jornada de trabajo. No ofrece ninguna descripción detallada de él, aunque sospecho que el rostro le impresionó más por su vigor que por su belleza o bondad. De hecho, escribe que el conde Magnus era un hombre horriblemente feo.

Aquel día el señor Wraxall cenó con la familia y regresó a última hora de la tarde, cuando todavía había luz.

«Debo recordar —escribe— pedirle al sacristán que me deje entrar en el mausoleo de la iglesia. Es evidente que él tiene acceso, pues esta noche le vi en lo alto de la escalinata y estaba, si no me equivoco, abriendo o cerrando la puerta».

Al día siguiente, a primeras horas de la mañana, el señor Wraxall sostuvo una conversación con su patrón. Al principio me sorprendió que la registrara con tanta minuciosidad; pero en seguida me di cuenta de que los documentos que estaba

leyendo eran, al menos en sus comienzos, apuntes para un libro que aquél estaba preparando, y que iba a ser una de esas obras casi periodísticas que admiten la inclusión de toda aquella mezcla de material coloquial.

Su propósito, dice, era comprobar si todavía persistía alguna leyenda relacionada con el conde Magnus de la Gardie en los lugares donde ese gentilhombre había ejercido su actividad, y si la opinión popular le era o no favorable. Descubrió que el conde no era, ciertamente, apreciado. Si sus arrendatarios llegaban tarde al trabajo en los días que le eran deudores como señor del feudo, se les sometía al potro, o eran azotados y marcados con hierro candente en el patio de la mansión. Hubo un par de casos de hombres que habían ocupado ilegalmente unas tierras del feudo, y cuyas casas habían sido misteriosamente incendiadas, una noche de invierno, con toda la familia dentro. Pero lo que parecía haber impresionado más al posadero, ya que volvió sobre ese punto más de una vez, fue que el conde hubiera participado en la Peregrinación Negra, de la que había regresado con algo o alguien.

Al igual que el señor Wraxall, os preguntaréis, como es lógico, qué era la Peregrinación Negra. Pero vuestra curiosidad sobre ese punto debe quedar ahora sin respuesta, como le ocurrió al señor Wraxall. Evidentemente, el posadero no estaba dispuesto a darle una respuesta, y cuando alguien le llamó se fue corriendo con evidente alivio, para regresar unos minutos después y asomar la cabeza por la puerta, anunciando que le requerían en Skara y que no regresaría hasta la noche.

De modo que el señor Wraxall tuvo que reemprender su tarea cotidiana en la casa solariega sin haber satisfecho su curiosidad. Los documentos que estaba examinando en aquellos momentos no tardaron en dar otro curso a sus pensamientos: se trataba de la correspondencia entre Sophia Albertina, de Estocolmo, y su prima casada Ulrica Leonora, de Rabäck, en los años 1705-1710. Estas cartas eran de excepcional interés por la luz que arrojaban sobre la cultura sueca de aquella época, como puede atestiguarlo quien las haya leído en la edición completa, publicada por la Comisión de Manuscritos Históricos Suecos.

Esa tarde terminó de leerlas y, después de devolver las cajas en que estaban guardadas a sus respectivos estantes, cogió, al azar, algunos de los libros que tenía a mano, a fin de determinar cuál de ellos sería más interesante para dedicarle su atención al día siguiente. El estante que había elegido estaba ocupado, en su mayor parte, por una colección de libros de cuentas del primer conde Magnus, escritos de su puño y letra. Sin embargo, uno de ellos no era un libro de cuentas, sino un tratado de alquimia y temas afines, escrito por otra persona, también del siglo dieciséis. Al no estar muy familiarizado con la literatura alquímica, el señor Wraxall dedica mucho espacio, que podía haberse ahorrado, a inventariar los títulos y características de los diversos tratados: *El Libro del Fénix, El Libro de las Treinta Palabras, El Libro del Sapo, El Libro de Miriam*, la *Turba Philosophorum*[8], y otros por el estilo. Luego manifiesta con bastante circunspección su satisfacción al descubrir, en una página originariamente dejada en blanco hacia la mitad del libro, un escrito del mismo conde

Magnus titulado «Liber nigrae peregrinationis». Es cierto que se trataba solamente de unas pocas líneas, pero bastaban para demostrar que, aquella mañana, el posadero había aludido a una creencia que se remontaba al menos a los tiempos del conde Magnus, y que éste compartía probablemente. He aquí la traducción de dicho texto:

«Quien desee obtener una larga vida, quien desee tener un mensajero fiel y ver derramada la sangre de sus enemigos, debe ir primero a la ciudad de Chorazin y allí saludar al príncipe…»

Seguía una palabra tachada, aunque no muy cuidadosamente, de modo que el señor Wraxall estaba bastante seguro de no equivocarse al interpretarla como *aëris* («del aire»). El texto se interrumpía, a excepción de una frase en latín: «Quaere reliqua huius materiei inter secretiora» (Cuanto resta de esta materia, búscalo entre las cosas más secretas).

No puede negarse que esto arrojaba una luz más bien engañosa sobre los gustos y creencias del conde. Pero para el señor Wraxall, separado de él por casi tres siglos, la idea de que aquel vigoroso gentilhombre se hubiera dedicado a la alquimia y a algo parecido a la magia, únicamente le convertía en una figura más pintoresca. Y cuando, después de haber contemplado con detenimiento el retrato del conde Magnus que había en el vestíbulo, se encaminó a su casa, el señor Wraxall seguía pensando en él. No tenía ojos para lo que le rodeaba, ni advertía la fragancia nocturna de los bosques o la luz del crepúsculo sobre el lago. Y cuando, de pronto, alzó la mirada, le asombró encontrarse ya ante las puertas del camposanto, y que sólo faltaran unos pocos minutos para su cena.

—¡Ah! —dijo—. Ahí estáis, conde Magnus. Me agradaría muchísimo veros.

«Al igual que muchos solitarios —escribe— tengo el hábito de hablar solo y en voz alta. Pero, a diferencia de algunas partículas griegas y latinas, no espero respuesta. Por supuesto, y tal vez afortunadamente en este caso, no hubo voces ni nadie en quien fijarse: sólo una mujer que, imagino, estaba limpiando la iglesia y, al dejar caer al suelo algún objeto metálico, me sobresaltó. El conde Magnus debe de tener un sueño muy pesado».

Aquella misma noche el dueño de la posada, que había oído decir al señor Wraxall que deseaba ver al clérigo (o diácono, como le llaman en Suecia) de la parroquia, le presentó a aquel eclesiástico en un reservado de su establecimiento. Pronto concertaron para el día siguiente una visita al panteón de los De la Gardie, siguiendo luego una breve conversación sobre temas generales.

Recordando que una de las funciones de los diáconos escandinavos consiste en instruir a los candidatos a la Confirmación, el señor Wraxall pensó que podría refrescar su propia memoria a propósito de cierta cuestión bíblica.

—¿Podríais decirme algo sobre Chorazin? —preguntó.

El diácono pareció sorprenderse, pero en seguida le recordó cómo en una ocasión había sido denunciada aquella aldea.

—¡Claro! —dijo el señor Wraxall—. Y me imagino que ahora estará en ruinas.

—Eso espero —replicó el diácono—. He oído decir a algunos de nuestros más ancianos sacerdotes que allí debía nacer el Anticristo; y se cuentan historias…

—¿Qué historias? —interrumpió el señor Wraxall.

—Historias, iba a decir, que ya he olvidado —dijo el diácono; y poco después se despidió.

Ahora el posadero estaba solo y a merced del señor Wraxall, quien, ciertamente, no estaba dispuesto a desperdiciar la ocasión.

—*Herr* Nielsen —dijo—, he averiguado algo acerca de la Peregrinación Negra. ¿Podríais contarme lo que sepáis de ella? ¿Qué fue lo que se trajo consigo el conde?

Tal vez los suecos sean por costumbre lentos en contestar, o quizá el posadero fuese una excepción. No lo sé. Pero el señor Wraxall señala que el posadero se le quedó mirando por lo menos un minuto antes de pronunciar palabra alguna. Luego, se acercó más a su huésped y, no sin esfuerzo, empezó a hablar.

—Señor Wraxall, sólo puedo contaros esta pequeña historia y ninguna otra más. Cuando lo haya hecho, no debéis preguntarme nada más. En tiempos de mi abuelo, es decir hace noventa y dos años, hubo dos hombres que dijeron: «El conde está muerto; no debemos preocuparnos más de él. Esta noche iremos a cazar libremente en su bosque». Se referían al espeso bosque que cubre la colina que habéis visto detrás de Rabäck. Los que les oyeron decir esto, les advirtieron: «No vayáis; estamos seguros de que os encontraréis con personas que se pasean, sin que debieran hacerlo. Deberían estar descansando, no paseando». Los hombres rieron. Los bosques no estaban vigilados ya que nadie quería vivir allí. La familia De la Gardie se encontraba ausente. Aquellos hombres podían hacer lo que quisieran.

»Muy bien. Aquella noche fueron al bosque. Mi abuelo estaba sentado aquí, en esta misma habitación. Era verano y la noche estaba clara. Con las ventanas abiertas podía ver el bosque y oírlo.

»Se sentó aquí, pues, en compañía de otros dos o tres hombres, a escuchar. Al principio no oyeron nada; luego oyeron algo (ya sabéis qué lejos está el bosque), oyeron gritar a alguien, como si le estuvieran retorciendo la parte más recóndita de su alma. Todos los que se encontraban en la habitación se agarraron unos a otros y permanecieron sentados unos tres cuartos de hora. Luego oyeron a otro, a sólo unos trescientos metros de distancia. Le oyeron reír en voz alta: no era ninguno de aquellos dos cazadores furtivos y, desde luego, no se trataba siquiera de un hombre, según dijeron todos. Después oyeron cerrarse una pesada puerta.

»Entonces, apenas amaneció, fueron a ver al sacerdote y le dijeron:

»—Padre, poneos la sotana y la gorguera, y venid a enterrar a esos hombres, Anders Bjorsen y Hans Thorbjorn.

»Como habréis comprendido, estaban seguros de que aquellos hombres habían muerto. De modo que fueron al bosque… Mi abuelo jamás olvidó aquello. Decía que ellos mismos parecían estar muertos. Incluso el sacerdote estaba muerto de miedo.

Cuando fueron a su casa les había dicho:

»—Oí un grito en la noche y después una carcajada. Si no consigo olvidarlo, jamás podré volver a conciliar el sueño.

»De modo que fueron al bosque y encontraron a aquellos hombres en la misma linde. Hans Thorbjorn estaba de pie, apoyado contra un árbol, moviendo las manos todo el tiempo…, como apartando algo que ya no se encontraba allí. Por tanto, no estaba muerto. Lo llevaron a su casa en Nykjoping y murió antes del invierno; pero pasó todo ese tiempo moviendo las manos, como tratando de apartar algo. También encontraron allí a Anders Bjorsen; pero estaba muerto. Y os diré algo acerca de este hombre: había sido guapo, pero ahora no tenía rostro; le habían succionado la carne hasta dejarle los huesos al descubierto. ¿Lo entendéis? Mi abuelo no pudo olvidarlo. Lo tendieron en las andas que habían llevado consigo y cubrieron su cabeza con un paño. El sacerdote marchaba delante; los demás comenzaron a entonar un salmo de difuntos como mejor podían. Terminaban de cantar el primer versículo, cuando uno de ellos, el que encabezaba la comitiva, se cayó. Los demás se volvieron y vieron que el paño se había caído, y que los ojos de Anders Bjorsen, sin nada que los cubriera, miraban hacia arriba. Era más de lo que podían soportar. Por consiguiente, el sacerdote volvió a taparlo con el paño, mandó buscar una pala y allí mismo lo enterraron.

Al día siguiente, anota el señor Wraxall, el diácono fue a verle después del desayuno y le llevó a la iglesia. La llave del mausoleo pendía de un clavo junto al púlpito y pensó que, dado que la puerta de la iglesia parecía estar siempre abierta, no le sería difícil efectuar una segunda visita a los sepulcros, esta vez a solas, si es que los juzgaba más interesantes de lo que en un principio creyó. Al entrar encontró el edificio impresionante. Los sepulcros, en su mayoría grandes construcciones de los siglos diecisiete y dieciocho, eran solemnes aunque ostentosos, y estaban llenos de epitafios y blasones. Tres sarcófagos de cobre, cubiertos de relieves finamente labrados, ocupaban el espacio central bajo la cúpula. Dos de ellos tenían sobre la tapa un gran crucifijo de metal, según es costumbre en Dinamarca y Suecia. El tercero, al parecer el del conde Magnus, tenía grabada sobre la tapa, en cambio, una efigie de tamaño natural y lucía en sus costados relieves similares representando escenas diversas. Una de éstas representaba una batalla, con un cañón humeante, ciudades amuralladas y tropas de piqueros. Otra mostraba una ejecución. En una tercera, veíase a un hombre corriendo, entre árboles, a toda velocidad, con los cabellos al viento y los brazos extendidos. Una forma extraña le perseguía. Sería difícil decir si el artista tuvo la intención de representar a un hombre y no fue capaz de suministrarle el parecido adecuado, o si le dio intencionadamente el aspecto tan monstruoso que presentaba. Al juzgar por la habilidad demostrada en el resto de la obra, el señor Wraxall se sintió inclinado a adoptar la segunda hipótesis. La figura era de una talla extraordinariamente pequeña, y una especie de manto con capucha, que arrastraba por el suelo, le cubría casi por completo. Lo único que de ella se veía no tenía forma de

mano o de brazo. El señor Wraxall lo compara con el tentáculo de un pulpo y añade:

«Al verlo me dije a mí mismo: evidentemente es una especie de representación alegórica, un diablo persiguiendo a un alma acorralada, y debe ser el origen de la historia del conde Magnus y su misterioso compañero. Veamos cómo está representado el perseguidor: será sin duda un demonio haciendo sonar su cuerno».

Pero resultó que no había tan sensacional figura, sino simplemente un hombre que, envuelto en una capa y apoyado en un bastón, observaba la persecución desde un altozano, con un interés que el grabador había intentado expresar en su actitud.

El señor Wraxall observó los macizos candados de acero finamente labrado —en número de tres— que aseguraban el sarcófago. Uno de ellos estaba abierto y yacía en el suelo. No deseando entretener más al diácono ni demorar por más tiempo su propio trabajo, el señor Wraxall se dirigió a la mansión.

«Es curioso —escribe— cómo, al recorrer un sendero familiar, nos sumergimos en nuestros pensamientos con absoluta exclusión de todo cuanto nos rodea. Aquella noche, por segunda vez no sabía adónde iba (había planeado una visita privada al panteón para copiar los epitafios) cuando de improviso recobré la conciencia y me hallé, como la vez anterior, rondando la puerta del camposanto, y creo que cantando o salmodiando frases como “¿Estáis despierto, conde Magnus? ¿Dormís, conde Magnus?” y alguna otra que no logro recordar. Al parecer, he debido estar comportándome de esa absurda manera durante un buen rato».

Encontró la llave del mausoleo donde esperaba hallarla, y copió la mayor parte de lo que quería. En realidad, permaneció allí hasta que la luz empezó a faltarle.

«Debo de haberme equivocado —escribe— al afirmar que uno de los candados del sarcófago del conde estaba abierto; esta noche he visto que dos de ellos estaban sueltos. Los he cogido y los he puesto con cuidado en el alféizar de la ventana, después de haber intentado cerrarlos, en vano. El otro sigue estando seguro y, aunque me parece que se trata de una cerradura de golpe, no acierto a imaginar cómo se abre. De haberlo conseguido, creo que me habría tomado la libertad de abrir el sarcófago. Es extraño el interés que siento por la personalidad de este viejo noble, me temo que feroz y siniestro».

El día siguiente resultó ser el último de la estancia del señor Wraxall en Rabäck. Había recibido cartas relacionadas con ciertas inversiones que hacían necesario su regreso a Inglaterra. Su trabajo con los documentos estaba prácticamente concluido, y el viaje le llevaría tiempo. Por tanto, decidió despedirse, dar un último retoque a sus notas y marcharse.

Esos últimos retoques y la despedida terminaron por llevarle más tiempo del que había supuesto. La hospitalaria familia insistió en que se quedara a comer con ellos —comían a las tres y eran casi las seis y media cuando dejó atrás la verja de hierro de Rabäck—. Demoró sus pasos a lo largo del camino que bordeaba el lago, resuelto, ahora que lo recorría por última vez, a impregnarse de la sensación del lugar y la hora. Y cuando llegó a la cima de la loma donde se alzaba el camposanto, se detuvo

unos minutos a fin de contemplar la ilimitada perspectiva de los bosques cercanos y lejanos, que aparecían sombríos bajo un cielo glauco. Finalmente, cuando se disponía a marchar, se le ocurrió la idea de que debía despedirse, sin duda, del conde Magnus, al igual que de los otros De la Gardie. La iglesia no distaba más de veinte yardas, y el señor Wraxall sabía dónde estaba colgada la llave del mausoleo. Al poco rato se encontró frente al gran ataúd de cobre y, como de costumbre, hablando solo en voz alta.

—En vuestra época debisteis ser un consumado bribón, Magnus —dijo—, pero por eso mismo me agradaría veros, o más bien…

«En aquel preciso instante —escribe— sentí un golpe en el pie. Me apresuré a retirarlo y algo cayó al suelo con gran estrépito. Era el tercero y último de los tres candados que cerraban el sarcófago. Me agaché a recogerlo —Dios es testigo de que transcribo únicamente la verdad— y, antes de que me hubiera incorporado, chirriaron unos goznes metálicos y vi con toda claridad que se levantaba la tapa. Es posible que me comportara como un cobarde, pero por nada del mundo hubiese podido permanecer allí un segundo más. Salí de aquel espantoso edificio en menos tiempo del empleado en escribir estas palabras, y quizá también del que hubiera tardado en pronunciarlas. Y lo que me aterroriza aún más es que ni siquiera cerré la puerta con llave. Mientras estoy sentado en mi habitación anotando estos hechos (todo sucedió hace menos de veinte minutos), me pregunto si aquel chirrido metálico continuó, y no puedo responder en un sentido u otro. Lo único que sé es que hubo algo más de lo que he escrito que me alarmó, pero ni siquiera puedo recordar si fue un ruido o algo que vi. ¿Qué es lo que he hecho?»

¡Pobre señor Wraxall! Partió al día siguiente, tal como lo había planeado, y llegó a Inglaterra sano y salvo. Pero era ya un hombre destrozado, como deduzco de su caligrafía vacilante y de la incoherencia de sus notas. Uno de sus cuadernos de notas, que han llegado hasta mí junto con los otros documentos, si no la clave, da al menos una ligera idea acerca de sus experiencias. La mayor parte de su viaje la hizo por mar, y encontré no menos de seis penosas tentativas de enumerar y describir a los demás pasajeros:

24. Pastor de una aldea de Skane. Chaqueta negra normal y sombrero negro flexible.

25. Viajante de comercio de Estocolmo, que se dirige a Trollhättan. Capa negra, sombrero marrón.

26. Hombre con larga capa negra y sombrero de ala ancha muy anticuado.

Esta última anotación está subrayada y una glosa añade: «Tal vez idéntico al número 13. Aún no le he visto el rostro». En cuanto al número 13, comprobé que se

trataba de un sacerdote católico con sotana.

El cómputo arroja siempre el mismo resultado. En la enumeración aparecen veintiocho personas; una de ellas es siempre un hombre de larga capa negra y sombrero de ala ancha, y la otra un «individuo bajito con capa oscura y capucha». Por otra parte, siempre consta que, a la hora de las comidas, sólo aparecen veintiséis pasajeros, y que el hombre de la capa negra se encuentra tal vez ausente, mientras que es seguro que el hombre bajito jamás está presente.

Al llegar a Inglaterra, parece ser que el señor Wraxall desembarcó en Harwich, y en seguida decidió ponerse fuera del alcance de alguna persona o personas que nunca especifica, pero que evidentemente debió tomar por perseguidores suyos. En consecuencia, alquiló un carruaje —un simón cerrado—, pues desconfiaba del ferrocarril, y atravesó la campiña hasta la aldea de Belchamp St. Paul. Cuando llegó eran cerca de las nueve de una noche de agosto con claro de luna. Sentado delante, se limitaba a observar a través de la ventanilla los campos y matorrales que desfilaban rápidamente ante él, pues poco más había por ver. De pronto llegó a un cruce de caminos. Ante él aparecieron dos figuras inmóviles, envueltas ambas en capas oscuras. La más alta llevaba un sombrero; la otra, capucha. No tuvo tiempo de verles el rostro, y ellos, por su parte, no hicieron movimiento alguno que él pudiera percibir. El caballo, sin embargo, se encabritó y emprendió el galope, y el señor Wraxall se hundió en el asiento, presa de algo muy semejante a la desesperación. A ambos les había visto antes.

Al llegar a Belchamp St. Paul, tuvo la suerte de encontrar un alojamiento decente, y durante las veinticuatro horas siguientes vivió relativamente en paz. Ese día escribió sus últimas notas. Son excesivamente inconexas y vehementes para que las transcriba aquí en su totalidad, pero su sentido está bastante claro. El señor Wraxall está esperando la visita de sus perseguidores —cómo o cuándo, lo ignora— y grita constantemente «¿Qué es lo que he hecho?» y «¿No hay ninguna esperanza?». Sabe que los médicos le tomarían por loco y que la policía se reiría de él. El sacerdote no está en la aldea. ¿Qué puede hacer salvo cerrar la puerta y rezar?

El año pasado todavía había gente en Belchamp St. Paul que recordaba al extraño caballero que llegó una noche de agosto años atrás, y fue encontrado muerto dos días después. Y que hubo una investigación, y el jurado que examinó el cadáver quedó tan impresionado, que siete de sus miembros se desmayaron y ninguno de ellos se atrevió a hablar de lo que había visto. Y que el veredicto fue: *castigo de Dios*. Y que la gente que estaba al cuidado de la casa donde murió, la abandonó esa misma semana y se marchó a otra parte. Pero no creo que nadie supiera nada que arrojara —o pudiera arrojar— un poco de luz sobre aquel misterio. Y ocurrió que el año pasado la casita en cuestión llegó a mis manos como parte de una herencia. Había estado vacía desde 1863 y no parecían existir perspectivas de alquilarla; de modo que la hice derribar.

Los documentos que acabo de extractar aparecieron en una olvidada alacena, bajo la ventana del dormitorio principal.

Algernon Blackwood

LOS SAUCES

(The Willows, 1907)

«Menos intenso que Machen a la hora de describir los extremos del terror puro —son palabras de Lovecraft—, aunque infinitamente más identificado con la creencia en la existencia de un mundo irreal que constantemente nos hostiga, es el inspirado y prolífico Algernon Blackwood (1869-1951), en cuya voluminosa e irregular obra se encuentran algunas de las mejores páginas de la literatura espectral de nuestro tiempo». Nacido en Kent y educado en varias escuelas privadas inglesas y en la universidad de Edimburgo, a los 20 años abandonó los estudios y marchó a América, donde pasó diez años viajando por Canadá y Estados Unidos desempeñando los más variados oficios (desde granjero a periodista), aventura que luego reflejaría en sus autobiográficos «Episodes Before Thirty».

Su primer libro, «The Empty House», no se publicó hasta 1906 y se trata de una recopilación de cuentos de fantasmas. Luego seguirían otras colecciones como «The Listener», «John Silence: Physician Extraordinary», «The Lost Valley», «Pan's Garden», «Ten Minute Stories», «Day and Night Stories», «The Wolves of God», «Tongues of Fire», «The Dance of Death», etc., hasta completar una de las obras más extensa, sutil y variada del género terrorífico, término que a él siempre le molestó, prefiriendo referirse a «cuestiones de conciencia ampliada o prolongada». También escribió ambiciosas novelas fantásticas o psicológicas, como «Jimbo», «The Centaur» «The Bright Messenger» o «Julius Le Vallon» y hasta un delirante «nonsense», «Dudley & Gilderoy», protagonizado por un gato y un loro. Pero casi hasta el final de su vida, en que irónicamente conoció una efímera fama a través de la televisión (como narrador de «ghost stories» en la BBC), su obra ha sido injusta y sistemáticamente menospreciada y olvidada.

Lovecraft nunca dudó de su genio, «ya que nadie ha conseguido igualar esa habilidad, seriedad y minuciosa fidelidad con que alude a extraños matices en los seres y experiencias ordinarias, o esa intuición preternatural con que construye, detalle a detalle, las impresiones y percepciones que conducen de la realidad a una visión o una vida supranormal». «Sus principales obras —prosigue H.P.L.— evocan, como ninguna otra, una convincente y pavorosa sensación de inminencia de extrañas esferas o entidades espirituales». Esto es bien patente en «Los sauces», cuento preferido de Lovecraft, quien se atrevió a calificarlo como «el mejor relato espectral que he leído». Muy característico de su primera época (forma parte del volumen «The Listener»), en él muestra Blackwood, con su habitual sobriedad y maestría narrativa, esa fascinación casi mística de sus personajes por la vida secreta del

cosmos, poblado de entes vagos e indefinidos que personifican las fuerzas naturales (espíritus del bosque, de las aguas, de la noche, de la nieve…) y nos retrotraen a un pasado, largo tiempo olvidado, en que nos sentíamos fundidos con el universo circundante. No falta tampoco la típica estructura iniciática (también fue miembro de la «Golden Dawn») que apoya y confiere verosimilitud al relato proporcionándole además una profunda significación arquetípica y numinosa.

LOS SAUCES[9]

I

DESPUÉS de abandonar Viena y mucho antes de llegar a Budapest, el Danubio penetra en una región singularmente desierta y desolada, donde sus aguas se desparraman en todas direcciones a falta de un cauce principal, convirtiendo la planicie en un pantano de millas y más millas de extensión, cubierto por un inmenso mar de sauces enanos. En los mapas grandes esta área desierta aparece pintada de color azul vaporoso, que se va difuminando a medida que se aleja de las orillas del río, y en ella puede leerse en grandes letras diseminadas la palabra *Sümpfe*, que significa marismas.

En las grandes crecidas, el agua llega casi a cubrir esta gran extensión de arena, piedras e islotes de sauces. Pero normalmente los arbustos se mecen y susurran a impulsos del viento, mientras sus hojas plateadas relucen al sol en una llanura siempre inestable y de desconcertante belleza. Estos sauces nunca alcanzan la dignidad de árboles; no tienen troncos rígidos; se quedan en humildes arbustos de copa redondeada y contorno borroso, que se cimbrean sobre sus esbeltos tallos en respuesta a la más leve presión del viento; flexibles como hierbas y tan cambiantes, de algún modo dan la impresión de que toda la llanura se mueve y está *viva*. Pues el viento levanta en toda la superficie olas que se elevan y caen, olas de hojas en vez de agua, oleajes verdes como en el mar, mientras las ramas no giren y se alabeen, y luego de color blanco plateado cuando sus enveses se vuelven al sol.

Feliz de escapar al control de unas márgenes estrictas, el Danubio serpentea a voluntad por la intrincada red de canales que cruzan las islas por todas partes, amplias avenidas por donde las aguas fluyen con un sonido ensordecedor, formando remolinos, contracorrientes y encrespados rápidos, socavando las riberas arenosas, arrastrando masas de tierra y macizos de sauces, y formando innumerables islas nuevas que diariamente cambian de tamaño y forma y tienen, en el mejor de los casos, una vida limitada, ya que la temporada de las inundaciones borra su misma existencia.

Propiamente hablando, esta fascinante parte del río comienza poco después de abandonar Pressburg y nosotros, en nuestra piragua canadiense, con tienda de campaña y sartén a bordo, llegamos a ella en plena crecida, a mediados de julio. Aquella misma mañana, cuando el cielo se arrebolaba a la salida del sol, nos habíamos deslizado velozmente a través de una Viena todavía dormida, que abandonamos un par de horas después, convertida en una simple mancha de humo en el horizonte sobre las colinas azules del Wienerwald. Pasando Fischeramend, habíamos desayunado bajo un bosquecillo de abedules que bramaban al viento; luego, arrastrados por la turbulenta corriente, pasamos Orth, Hainburg y Petronell (la

antigua Carnuntum romana de Marco Aurelio), así como bajo las amenazadoras cumbres de Theben, en las estribaciones de los Cárpatos, donde el río March afluye tranquilamente por la izquierda sirviendo de frontera entre Austria y Hungría.

Desplazándonos a irnos doce kilómetros por hora, pronto nos adentramos en Hungría y las aguas cenagosas —señal segura de crecida— nos hicieron encallar en más de un banco de piedras y dar más vueltas que un corcho en los repentinos e hirvientes remolinos, antes de que las torres de Pressburg (en húngaro, Poszóny) se recortasen en el horizonte. Entonces, la piragua, saltando como un fogoso caballo, se lanzó a toda velocidad bajo las grises murallas, salvando fácilmente la sumergida cadena del transbordador Fliegende Brücke; luego torció bruscamente a la izquierda y se zambulló, orlada de espuma amarilla, en la infinidad de islas, bajíos y ciénagas: la región de los sauces.

El cambio fue súbito, como cuando una serie de fotogramas de una película muestran las calles de una ciudad y sin avisar pasan a un paisaje de lagos y bosques. Entramos al vuelo en el país de la desolación y, en menos de media hora, ya no se veía ni barca, ni cabaña de pescador, ni tejado rojo, ni ninguna otra señal de vida humana o civilización. La sensación de alejamiento del mundo de los humanos, la soledad absoluta, la fascinación de este singular mundo de sauces, vientos y aguas, inmediatamente dejó sentir en nosotros su encanto, de modo que nos reconocimos el uno al otro risueñamente que para ser admitidos de derecho deberíamos haber sacado algún tipo de pasaporte especial, ya que habíamos entrado un poco audazmente y sin permiso en un aislado y pequeño reino mágico y maravilloso, un reino reservado exclusivamente a quienes tuvieran derecho a él y lleno por todas partes de advertencias no escritas contra los intrusos, dirigidas a aquellos que tuvieran imaginación suficiente para descubrirlas.

Aunque la tarde no había hecho más que empezar, las incesantes ráfagas de un viento de lo más tempestuoso nos habían fatigado, por lo que inmediatamente empezamos a buscar un lugar idóneo para acampar y pasar la noche. Las desconcertantes características de las islas dificultaban el desembarco: la turbulenta corriente nos arrastraba primero hacia la orilla para luego arrojarnos de ella y las ramas de los sauces nos laceraban las manos cuando nos agarrábamos a ellas para detener la piragua. Tuvimos que internarnos más de una yarda en un banco de arena antes de que, al fin, una ráfaga lateral de viento nos precipitase a un remanso y lográsemos varar en medio de una nube de espuma. Entonces, riendo y jadeando por el esfuerzo, nos tendimos en la cálida arena amarilla, resguardada del viento, y a pleno sol abrasador, bajo un cielo sin nubes; una inmensa multitud de sauces saltarines y vociferantes nos rodeaban por todas partes, resplandecientes de espuma, batiendo palmas con sus mil manecitas como si aplaudieran el éxito de nuestros esfuerzos.

—¡Vaya río! —dije a mi compañero, acordándome del camino que habíamos recorrido desde su nacimiento en la Selva Negra y de la cantidad de veces que nos

habíamos visto obligados, a primeros de junio, a meternos en el agua y empujar la embarcación entre los bajíos.

—No debe estar ahora para muchas bromas, ¿verdad? —dijo él, asegurando un poco más la piragua en el interior de la arena y disponiéndose a descabezar un sueño.

Yacía yo a su lado, feliz y tranquilamente bañado por los elementos —agua, viento, arena y el gran fuego del sol— mientras pensaba en el largo viaje que dejábamos atrás y en el tramo que teníamos por delante hasta el mar Negro, así como en lo afortunado que era de tener un compañero de viaje tan encantador como mi amigo el Sueco.

Juntos habíamos hecho muchos viajes similares, pero el Danubio desde su mismo nacimiento nos impresionó por su *vitalidad* más que cualquier otro río que yo conozca. Desde su minúsculo y burbujeante acceso al mundo entre los pinares de Donaueschingen, hasta ahora en que, como suelen hacer los grandes ríos, empezaba a perderse entre marismas, inadvertida y libremente, nos había dado la impresión de estar siguiendo el desarrollo de alguna criatura viva. Dormido al principio, pero manifestando más tarde violentos deseos a medida que se daba cuenta de su alma profunda, se deslizaba como un enorme ser fluido por los países que habíamos atravesado, aguantando sobre sus poderosas espaldas nuestra pequeña embarcación, jugando brutalmente con nosotros a veces, pero siempre amistoso y bienintencionado, hasta que finalmente no habíamos tenido más remedio que considerarlo un Gran Personaje.

¿Cómo podría en efecto, ser de otro modo, desde el momento en que nos había revelado tanto de su vida secreta? Por la noche, mientras yacíamos en nuestra tienda, oíamos cantar a la luna emitiendo aquella extraña nota sibilante tan peculiar, producida según dicen por la fractura de las piedras de su lecho, debido a su enorme velocidad. También distinguíamos la voz de sus borboteantes remolinos, burbujeando repentinamente en una superficie que antes estaba completamente en calma; el clamor de sus bajíos y veloces rápidos; su continuo estruendo por debajo de los restantes sonidos superficiales; y aquel incesante rompimiento de sus aguas heladas en las riberas. ¡Cómo se alzaba y vociferaba cuando la lluvia caía de lleno sobre su faz! ¡Y cómo retumbaba su risa cuando el viento soplaba a contracorriente, tratando de frenar su creciente velocidad! Distinguíamos todos sus sonidos y voces, sus caídas y encrespamientos, sus inútiles chapoteos contra los puentes; aquel tímido murmullo cuando había colinas que se miraban en él, la afectada dignidad de su expresión cuando atravesaba ciudades pequeñas pero demasiado importantes para reírse de ellas; y todos aquellos débiles y suaves rumores cuando el sol le alcanzaba de lleno en alguna curva lenta y caía sobre él hasta hacer brotar vapor de sus aguas.

También estaba lleno de trucos en su juventud, antes de que el gran mundo tuviera noticias suyas. Había lugares en sus tramos altos, entre las selvas de Suabia, cuando todavía no le habían llegado los primeros murmullos de su destino, en que decidía desaparecer por hoyos en el suelo y reaparecer de nuevo al otro lado de las

porosas colinas de piedra caliza, iniciando un nuevo río con otro nombre y llevando tan poca agua en su propio cauce que teníamos que descender de la piragua, meternos en el agua y empujarla a través de millas de bajíos.

Uno de sus principales placeres en aquellos tempranos días de irresponsable juventud era permanecer escondido, como Brer Fox[10], justo antes de que los pequeños y turbulentos afluentes llegaran a unírsele desde los Alpes, y negarse a reconocerlos cuando vertían en él, haciéndolos correr varias millas a su lado, con la línea divisoria bien marcada y diferentes niveles de agua, negándose rotundamente el Danubio a reconocer a su recién llegado. Más abajo de Passau, sin embargo, abandonaba esta treta concreta, pues allí se le une el Inn con una fuerza atronadora imposible de ignorar, y tanto empuja y estorba al río padre que apenas hay espacio para ambos en el largo y retorcido desfiladero que viene a continuación, y el Danubio es empujado en todas direcciones contra los acantilados y forzado a apresurarse, en medio de grandes olas y salpicaduras, para pasar a tiempo. Durante la lucha nuestra piragua fue zarandeada y se lo pasó en grande entre las combativas olas. Pero el Inn le daba una lección al viejo río, quien, después de Passau, ya no pretendía ignorar más a los recién llegados.

Esto ocurrió muchos días atrás, por supuesto, y desde entonces llegamos a conocer otros aspectos de la gran criatura, la cual, a través de los trigales bávaros de Strubing, serpenteaba tan lentamente bajo el sol abrasador de junio que bien podíamos imaginarnos que únicamente la superficie era agua, y que por debajo se movía, oculto como por un manto de seda, un completo ejército de ondinas, que cruzaban silenciosas e invisibles hacia el mar, y también sin mucha prisa, por temor a ser descubiertas.

Le perdonamos también debido en gran parte a su amabilidad con los pájaros y demás animales que frecuentaban sus orillas. Cormoranes alineados en las riberas, en lugares solitarios, formando hileras que parecían pequeñas estacas negras; grajos plateados atestando los fondos pedregosos; cigüeñas pescando de pie en las aguas menos profundas que separaban las islas, y halcones, cisnes y aves acuáticas de todas las clases, cubriendo el cielo con sus alas centelleantes y sus chillidos sonoros y petulantes. Era imposible enfadarse con los caprichos del río después de haber visto saltar al agua a un ciervo al amanecer, en medio de una nube de espuma, y cruzar por delante de la proa de la piragua; y a menudo vimos cervatos observándonos desde la maleza, o miramos directamente a los ojos a un venado mientras irrumpíamos a toda mecha en una curva y entrábamos en otro tramo del río. Los zorros también frecuentaban las riberas, brincando elegantemente por entre los maderos flotantes y desapareciendo tan de repente que era imposible ver cómo lo conseguían.

Pero ahora, después de abandonar Pressburg, todo cambió un poco y el Danubio se volvió más serio. Dejó de jugar. Se encontraba a mitad de camino de la Selva Negra, casi podía oler otros países desconocidos donde no se permitían bromas ni se comprendían. De repente se hizo adulto y requirió nuestro respeto e incluso nuestro

temor. Se dividió por vez primera en tres brazos, que sólo volvían a encontrarse cien kilómetros más abajo, y no había ninguna indicación sobre cuál de ellos debía seguir la piragua.

—Si toman ustedes un cauce lateral —nos había dicho el oficial húngaro que encontramos en la tienda de Pressburg mientras comprábamos provisiones— cuando descienda la corriente se encontrarán en seco y a cuarenta millas de cualquier lugar habitado, y es muy posible que muriesen de hambre. Allí no vive nadie, ni granjeros ni pescadores. Les aconsejo que no sigan adelante. Además, el río sigue creciendo y este viento aumentará.

La crecida del río no nos alarmaba lo más mínimo; pero el asunto de quedarnos en seco a causa de un repentino descenso de las aguas podía ser grave y por consiguiente nos proveímos de un surtido adicional de provisiones. En lo demás, la profecía del oficial resultó cierta y el viento, que soplaba bajo un cielo completamente despejado, fue aumentando sin cesar hasta alcanzar la categoría de un vendaval de poniente.

Cuando acampamos era más temprano de lo habitual, ya que todavía quedaban sus buenas dos horas de sol. Dejé a mi amigo durmiendo todavía sobre la arena caliente y me fui a la ventura para efectuar un reconocimiento sucinto de nuestro alojamiento. Comprobé que la isla tenía menos de un acre de extensión y no era más que un simple banco de arena que sobresalía unos dos o tres pies sobre el nivel del río. El extremo más alejado, que apuntaba hacia el crepúsculo, estaba cubierto de espuma que el tremendo viento arrebataba a las crestas de las encrespadas olas. Era de forma triangular, con el vértice río arriba.

Permanecí allí varios minutos, contemplando la impetuosa corriente color carmesí que se precipitaba río abajo con un clamoroso bramido, rompiéndose en olas contra la orilla como si pretendiera arrasarla por completo; luego, se arremolinaba a cada lado formando dos brazos espumosos. El suelo parecía agitarse a causa del embate y el ímpetu de las aguas, mientras que el furioso movimiento de los sauces batidos por el viento acentuaba la curiosa ilusión de que era en realidad la isla la que se movía. Por espacio de una o dos millas aguas arriba, podía ver el gran río que se precipitaba sobre mí: era como mirar hacia arriba la ladera de una colina que se deslizara, blanca de espuma, y saltara en todas direcciones a fin de exponerse al sol.

El resto de la isla estaba tan espesamente poblado de sauces que no era agradable pasear entre ellos; pero, no obstante, la recorrí. Desde el extremo más bajo de ella, la luz era, por supuesto, distinta y el río parecía sombrío y amenazador. Únicamente eran visibles los senos de las olas, veteados de espuma y empujados enérgicamente por las grandes ráfagas de viento que las acometían por detrás. Durante una milla escasa el río era todavía visible, fluyendo entre las islas; luego, desaparecía en una amplia curva detrás de los sauces, que se cerraban a su alrededor como un rebaño de monstruosas criaturas antediluvianas que hubieran bajado a beber en tropel. Me hicieron pensar en un gigantesco cultivo de seres parecidos a esponjas que

succionasen el río, absorbiendo todas sus aguas; tan abrumador era el número de los allí congregados.

Se trataba en conjunto de una escena impresionante por su total desolación y sus extrañas sugerencias; y, mientras la contemplaba, larga y curiosamente, una singular emoción comenzó a agitarse en lo más hondo de mi ser. En medio de mi encanto ante tan salvaje belleza, se deslizaba, espontánea e inexplicable, una curiosa sensación de inquietud, casi de alarma.

Posiblemente, un río crecido inspira siempre algo de inquietud; muchas de las islitas que veía ante mí probablemente serían arrasadas a la mañana siguiente; la irresistible y estruendosa corriente producía una sensación de temor. No obstante, me daba cuenta de que mi desasosiego era más profundo que las emociones del temor o del asombro. No era eso lo que yo sentía. Ni tampoco tenía que ver directamente con la fuerza del viento, ese vociferante huracán que casi podía llevar por los aires unos cuantos acres de sauces y esparcirlos por el paisaje a modo de burla. El viento se limitaba a divertirse, pues nada se interponía en aquel paisaje llano que pudiera detenerlo, y yo me di cuenta, con una especie de grata excitación, de que compartía su espléndido juego. Sin embargo, esta nueva emoción nada tenía que ver con el viento. Realmente era tan vaga la sensación de angustia que yo padecía, que era imposible localizar su origen y enfrentarse a ella en consecuencia; aunque era consciente, de alguna manera, de que tenía que ver con mi comprensión acerca de nuestra completa insignificancia ante el ilimitado poder de los elementos que nos rodeaban. También tenía algo que ver con la gran crecida del río; la idea vaga y desagradable de que habíamos estado jugando, de alguna manera, con esas grandes fuerzas elementales a cuyo poder nos sometemos, indefensos, cada hora del día y de la noche. Pues aquí estaban en juego, efectivamente, gigantescos poderes cuya visión apelaba a la imaginación.

Pero, a lo que pude entender, esta emoción parecía estar relacionada, sobre todo, con los sauces, con esos acres y más acres de sauces, amontonados de tan espesos como crecían, y que lo invadían todo hasta donde alcanzaba la vista, presionando al río como si quisieran ahogarlo, en densas formaciones de millas y más millas de extensión bajo el cielo, vigilando, esperando y escuchando. Independientemente de los elementos, los sauces estaban sutilmente relacionados con mi malestar, afectando insidiosamente a mi mente de alguna manera en razón de su abrumador número, y consiguiendo que, de una forma u otra, mi imaginación viese en ellos un nuevo y enorme poder, que, por otra parte, no era del todo amistoso para con nosotros.

Las grandes revelaciones de la naturaleza, por supuesto, nunca dejan de impresionar en uno u otro sentido; yo conocía perfectamente esa clase de sensaciones. Las montañas intimidan y los océanos aterrorizan, mientras que el misterio de los grandes bosques ejerce un peculiar hechizo. Pero todas esas sensaciones están íntimamente relacionadas, de una manera u otra, con la vida y la experiencia humana. Despiertan emociones comprensibles, aunque alarmantes.

Tienden en general a arrebatar.

Sin embargo, tenía el presentimiento de que con esa multitud de sauces ocurría algo muy diferente. De ellos emanaba cierto hálito que encogía el corazón. Ciertamente despertaban un sentimiento de temor, asociado de alguna manera a un vago terror. Sus apretadas hileras, cada vez más amenazadoras a medida que las sombras aumentaban, se agitaban al viento, furiosa aunque silenciosamente, despertando en mí la curiosa y desagradable sensación de que en ese momento habíamos traspasado las fronteras de un mundo extraño, un mundo en el que éramos intrusos, un mundo en donde estábamos de más y no se nos aceptaba…, ¡donde quizá corriésemos graves peligros!

Sin embargo, aunque dicha sensación se resistía a ser explicada exclusivamente mediante el análisis, no me preocupó de momento al no materializarse en amenazas. No obstante, jamás me abandonó del todo, ni siquiera durante una ocupación tan eminentemente práctica como levantar la tienda de campaña bajo un viento huracanado y preparar un fuego para el puchero. Persistió lo suficiente para incomodarme, dejarme perplejo y privarme de buena parte del encanto de lo que podría haber sido una deliciosa acampada. Sin embargo, no le dije nada a mi compañero, pues le consideraba un hombre carente de imaginación. En primer lugar, no hubiera podido explicarle a qué aludía; y, en segundo, si lo hubiera hecho, él se habría reído estúpidamente de mí.

En el centro de la isla había una ligera depresión y allí montamos la tienda. Los sauces circundantes amortiguaban un poco el viento.

—¡Vaya campamento más pobre! —observó el imperturbable Sueco cuando, al fin, la tienda estuvo plantada—. No hay ni piedras ni un poco de inapreciable leña. Soy partidario de que nos traslademos mañana temprano, ¿qué te parece? Esta arena no resistirá mucho.

Pero la experiencia de un derrumbamiento de tienda a media noche nos había enseñado muchas estratagemas, por lo que aseguramos lo más posible nuestra confortable vivienda ambulante y luego nos pusimos a recoger una provisión de madera que nos durara hasta la hora de acostarse. Como no había ramas caídas de los sauces, nuestra única fuente de abastecimiento fue la madera flotante, que buscamos concienzudamente en las riberas. Por todas partes las orillas se desmenuzaban, mientras la creciente corriente les arrancaba grandes porciones, que luego arrastraba entre chapoteos y borboteos.

—La isla es mucho más pequeña que cuando desembarcamos —dijo el preciso Sueco—. A este paso no durará mucho. Lo mejor que podríamos hacer es varar la piragua cerca de la tienda y estar preparados para ponernos en marcha a la primera señal de alarma. *Yo* pienso dormir vestido.

Se había alejado un poco, ascendiendo por la margen, pero yo escuchaba su jovial risa al hablar.

—¡Por Júpiter! —le oí gritar un momento después, volviéndome para ver qué era

lo que había provocado su exclamación. Pero por el momento estaba oculto por los sauces y no le pude encontrar.

—¿Qué demonios es eso? —le oí gritar de nuevo; esta vez su voz se había puesto seria.

Subí rápidamente y me reuní con él en la orilla. Miraba hacia el río, señalando algo que flotaba en el agua.

—¡Dios mío, es un cuerpo humano! —gritó, excitado—. ¡Mira!

Una cosa negra, que daba vueltas y más vueltas entre las encrespadas olas, se deslizaba rápidamente por el río. No dejaba de desaparecer y de ascender de nuevo a la superficie. Se encontraba a unos veinte pasos de la orilla y, nada más llegar frente a nosotros, dio un bandazo y se nos quedó mirando. Vimos sus ojos que reflejaban el ocaso y brillaban con un extraño color amarillo mientras el cuerpo giraba sobre sí mismo. Luego se sumergió con una rápida zambullida y en un momento lo perdimos de vista.

—¡Caramba, una nutria! —exclamamos ambos al mismo tiempo, riendo.

Era una nutria viva que iba de caza. Sin embargo, parecía exactamente el cuerpo de un ahogado, dando vueltas inútilmente en la corriente. A lo lejos, río abajo, salió de nuevo a la superficie y pudimos ver su negra piel, mojada y reluciente al sol.

Más tarde, cuando regresábamos con los brazos cargados de madera flotante, sucedió otra cosa que nos hizo volver a la orilla del río. Esta vez se trataba realmente de un hombre, y lo que es más, un hombre en un bote. La visión de un bote pequeño en el Danubio ha sido siempre bastante insólita, pero aquí, en estos parajes desiertos, y en época de crecida, era algo tan inesperado que constituía un verdadero acontecimiento. Nos quedamos de pie, con los ojos desmesuradamente abiertos.

No sabría decir si fue debido a la inclinación de los rayos solares o a la refracción de las aguas tan maravillosamente iluminadas, pero lo cierto es que me resultó difícil enfocar mi vista adecuadamente sobre la aparición flotante. Parecía ser, sin embargo, un hombre puesto de pie en una especie de embarcación de fondo plano, que gobernaba con un largo remo, pese a lo cual la corriente le arrastraba hacia la orilla opuesta a enorme velocidad. Aparentemente estaba mirando en nuestra dirección, mas la distancia era demasiado grande y la luz demasiado incierta para que pudiéramos comprender claramente lo que hacía. Me pareció que gesticulaba y nos hacía señas. A través del agua nos llegó su voz, gritándonos algo furiosamente, pero el viento la ahogó de manera que ni una sola de sus palabras resultó audible. Había algo curioso en toda la aparición —hombre, bote, señas, voz— que me produjo una impresión totalmente desproporcionada a su causa.

—¡Se está santiguando! —grité—. ¡Mira, está haciendo la señal de la cruz!

—Creo que llevas razón —dijo el Sueco, protegiéndose los ojos con una mano y mirando al hombre hasta perderlo de vista.

En un instante, pareció desvanecerse allá abajo, en el recodo del río, donde el sol alcanzaba de lleno aquel mar de sauces, convirtiéndolo en una inmensa y hermosa

muralla carmesí. Además, había empezado a levantarse la niebla, de modo que la atmósfera estaba nebulosa.

—¿Pero qué demonios estará haciendo al anochecer en este río inundado? —dije, casi para mí mismo—. ¿A dónde va a estas horas y qué nos quiso decir con sus gestos y gritos? ¿Crees tú que quería prevenirnos de algo?

—Probablemente vería nuestro humo y pensaría que éramos espíritus —rió mi compañero—. Estos húngaros creen en toda clase de disparates: recuerda que la tendera de Pressburg nos advirtió que nadie desembarca aquí porque este lugar pertenece a cierta clase de seres procedentes de un mundo ajeno al de los hombres. Supongo que todavía creen en hadas y espíritus elementales y posiblemente también en demonios. El tipo del bote vería gente en la isla por primera vez en su vida —añadió, después de una leve pausa— y se asustaría; eso es todo.

El tono de voz del Sueco no resultó convincente y su actitud carecía de algo que era habitual en él. Noté instantáneamente el cambio mientras hablaba, aunque no fui capaz de catalogarlo con exactitud.

—Si tuvieran suficiente imaginación —reí estrepitosamente, tratando, según recuerdo, de hacer el mayor *ruido* posible— podrían perfectamente haber poblado un lugar como éste con los viejos dioses de la antigüedad. Los romanos debieron frecuentar más o menos esta región, con sus altares, bosques sagrados y deidades elementales.

El tema decayó y regresamos a nuestro puchero, pues mi amigo no era dado, por regla general, a conversaciones fantásticas. Además, recuerdo que fue precisamente entonces cuando me alegré verdaderamente de que el Sueco no fuera imaginativo; su naturaleza imperturbable y práctica me parecía de repente grata y reconfortante. Su temperamento me pareció admirable: era capaz de navegar por los rápidos como un piel roja, y de salvar peligrosos puentes y remolinos mejor que cualquier hombre blanco que jamás viera sobre una piragua. Era un compañero excelente para embarcarse con él en aventuras; sólido como una fortaleza ante las adversidades. Contemplé su rostro enérgico y su rizado pelo rubio, mientras se tambaleaba bajo su montón de maderos flotantes (¡dos veces más grande que el mío!), y experimenté una sensación de alivio. Sí, en aquel momento me alegró mucho que el Sueco fuera… tal como era, y que nunca hiciera comentarios insinuando más de lo que decía.

—El río está todavía creciendo —añadió, como si siguiera el curso de sus propios pensamientos, y dejó caer su carga jadeante—. De seguir así, esta isla quedará bajo las aguas dentro de dos días.

—Me gustaría que el viento amainase —dije—. El río me importa un bledo.

Realmente, la crecida no nos asustaba; podíamos marcharnos en un plazo de diez minutos y cuanta más agua hubiese, mejor para nosotros. Supondría un aumento de la corriente y la eliminación de los traicioneros lechos pedregosos que tan a menudo amenazaban con rajar el fondo de nuestra piragua.

Contrariamente a lo que esperábamos, el viento no amainó con la puesta del sol.

Pareció aumentar con la oscuridad, rugiendo en lo alto y sacudiendo los sauces que nos rodeaban como si fueran de paja. A veces le acompañaban curiosos sonidos, semejantes a explosiones de armas pesadas, y se abatía sobre el agua y la isla en grandes ráfagas horizontales de inmensa fuerza. Me hacía pensar en el ruido que debía producir un planeta, si pudiéramos oírlo a través del espacio.

Pero el cielo se mantenía completamente despejado de nubes y, poco después de la cena, salió la luna llena por el este y cubrió el río y la llanura de vociferantes sauces con una luz como la diurna.

Nos encontrábamos en la arena junto al fuego, fumando, escuchando los rumores de la noche que nos rodeaba y comentando alegremente el viaje que ya llevábamos hecho y nuestros planes para más adelante. El mapa yacía, extendido, junto a la entrada de la tienda, pero el fuerte viento dificultaba su examen y bien pronto bajamos el faldón y apagamos el farol. La lumbre era suficiente para fumar y vernos las caras, y las chispas volaban por encima de nuestras cabezas como si fueran fuegos artificiales. Unas cuantas yardas más abajo, el río borboteaba y silbaba y, de cuando en cuando, un fuerte chapoteo anunciaba el desprendimiento de nuevas porciones de la orilla.

Nuestra conversación, según observé, trataba de remotas escenas y de incidentes de nuestras primeras acampadas en la Selva Negra, o de otros temas totalmente alejados de la situación presente; ninguno de nosotros se refirió al momento actual más de lo indispensable…, casi como si hubiésemos acordado tácitamente evitar cualquier discusión sobre el campamento y sus incidencias. Ni la nutria ni el barquero, por ejemplo, merecieron el honor de ser mencionados ni siquiera una sola vez y, sin embargo, de ordinario, habrían suministrado tema de discusión para la mayor parte de la velada. En semejante lugar eran, desde luego, sucesos relevantes.

La escasez de leña hacía difícil mantener el fuego, ya que el viento, que nos arrojaba el humo a la cara dondequiera que nos sentáramos, servía al mismo tiempo de tiro forzado. Empezamos a hacer expediciones, por turno, para recoger leña en la oscuridad y la cantidad que traía siempre el Sueco me hacía pensar que tardaba un tiempo absurdamente largo en encontrarla. En realidad no me preocupaba demasiado quedarme solo, aunque parecía que siempre me tocaba a mí hurgar entre los arbustos o trepar las resbaladizas orillas a la luz de la luna. La larga batalla de todo el día contra el viento y el agua —¡y qué viento y qué agua!— nos había cansado a los dos; obviamente, nuestro plan era acostarnos temprano. Sin embargo, ninguno de los dos dio el primer paso hacia la tienda. Permanecimos allí, vigilando el fuego, conversando de manera inconexa, observando a nuestro alrededor la densa maleza de sauces y escuchando el estruendo del viento y del río. La soledad del lugar se nos había metido hasta los huesos y el silencio parecía lo natural, pues, al poco, el sonido de nuestras voces se convirtió en algo irreal y forzado. Tenía la impresión de que lo apropiado era comunicarse mediante susurros y que la voz humana, bastante ridícula siempre entre el fragor de los elementos, estaba ahora fuera de toda lógica. Era como

hablar en voz alta en una iglesia, o en algún otro lugar donde no fuera lícito hacerlo y hubiera además cierto *riesgo* de ser descubierto.

Me imagino que el misterio de aquella isla solitaria, situada entre un millón de sauces, azotada por el huracán y rodeada de aguas profundas y veloces, nos impresionó a ambos. Jamás hollada por el hombre, casi desconocida para él, yacía allí bajo la luna, ajena a cualquier influencia humana, en la frontera de otro mundo, un mundo habitado únicamente por sauces y por espíritus de esos árboles. Y nosotros, imprudentemente, ¡habíamos osado invadirlo, incluso utilizarlo! Mientras yacía en la arena, con los pies pegados al fuego, observando las estrellas a través de las hojas, se agitó en mi interior algo más intenso que el simple misterio. Por última vez me levanté a buscar leña.

—Cuando ésta se haya consumido —dije con firmeza—, me recogeré.

Para ser un hombre falto de imaginación, pensé, aquella noche el Sueco parecía inusitadamente receptivo, inusitadamente abierto a la influencia de algo más que lo meramente sensorial. También él estaba impresionado por la belleza y la soledad del lugar. Recuerdo que no me gustó del todo el reconocer este ligero cambio que en él se había operado y, en lugar de ponerme inmediatamente a recoger maderos, me dirigí hacia la lejana punta de la isla desde donde se podía contemplar mejor el claro de luna sobre la planicie y el río. De repente me asaltó el deseo de estar solo; mis pasados temores volvieron con más vigor; me rondaba un vago sentimiento al que quería hacer frente y examinar a fondo.

Cuando llegué a la punta de arena que sobresalía entre las olas, el hechizo de aquel paraje se abatió sobre mí, produciéndome un evidente sobresalto. Un simple «escenario» no podría haber producido semejante efecto. Allí debía haber algo más, algo que asustaba.

Miré a través de aquellas inhóspitas aguas impetuosas; observé los susurrantes sauces; escuché la incesante batida del incansable viento; y todas y cada una de estas cosas, cada cual a su manera, provocaron en mí una sensación de extraña desolación. Pero especialmente los *sauces*, que no cesaban nunca de parlotear y hablar entre ellos, riéndose un poco, chillando estridentemente y, a veces, hasta suspirando. Mas por qué razón armaban tanto jaleo era algo que pertenecía únicamente a la vida secreta de la gran planicie que poblaban. Algo completamente ajeno al mundo que yo conocía, o al mundo de los enfurecidos aunque benévolos elementos. Me hacían pensar en una hueste de seres procedentes de otro plano de la vida, de otra evolución completa tal vez, que discutieran un misterio únicamente conocido por ellos. Observé que se agitaban afanosamente, sacudiendo extrañamente sus grandes y espesas copas, retorciendo sus innumerables hojas incluso cuando no hacía viento. Se movían por su propia voluntad como si estuvieran vivos y, por algún método imprevisible, lograron conmover mi agudizado sentido de lo *horrible*.

Allí estaban, al claro de luna, como un inmenso ejército que cercara nuestro campamento, esgrimiendo provocativamente sus innumerables lanzas de plata, en

formación y prestos al ataque.

La psicología de los lugares suele ser muy intensa, al menos para ciertas personas imaginativas; para los vagabundos, sobre todo, los campamentos tienen su «tono», bien sea de acogida o de rechazo. Al principio, es posible que no sea siempre evidente, a causa de los atareados preparativos de la tienda y la comida, pero en la primera pausa —normalmente después de cenar— llega y se hace anunciar. Y el tono de este campamento entre sauces ahora me parecía inconfundiblemente claro: éramos intrusos, entrometidos; no éramos bien recibidos. Mi sensación de extrañeza aumentó mientras permanecí allí, observando los sauces. Lindábamos con la frontera de una región donde nuestra presencia era tomada a mal. Tal vez nos permitieran pasar una noche; pero no una estancia prolongada e indiscreta… ¡No! ¡Por todos los dioses de los árboles y los desiertos, no! Éramos la primera influencia humana que llegaba a la isla y estábamos de más. *Los sauces estaban en contra nuestra*.

Mientras permanecí a la escucha, se alojaron en mi mente similares pensamientos extraños, curiosas fantasías nacidas no sé de dónde. ¿Y si después de todo —pensaba— estos encogidos sauces resultaran estar vivos? ¿Y si, de pronto, se alzaran, como una multitud de seres vivos, a las órdenes de los dioses cuyo territorio habíamos invadido, y se precipitaran contra nosotros desde los inmensos pantanos, retumbando en la noche…, para luego *volver a la normalidad?* Contemplándolos, era fácil imaginar que realmente se movían, se acercaban sigilosamente, retrocedían un poco, se agrupaban masivamente, hostiles, aguardando la llegada del gran viento que finalmente les haría batirse en retirada. Podría haber jurado que su aspecto cambió un poco, que sus filas aumentaron y se apretaron más estrechamente.

El estridente y melancólico chillido de un ave nocturna sonó sobre mi cabeza y, de pronto, casi perdí el equilibrio cuando el trozo de orilla sobre el que me encontraba, socavado por la corriente, cayó ruidosamente al río. Retrocedí a tiempo y seguí buscando leña, medio riéndome de las extrañas fantasías que se amontonaban en mi mente y me hechizaban. Recordé el comentario del Sueco acerca de marcharnos al día siguiente y, cuando precisamente pensaba que estaba completamente de acuerdo con él, me volví sobresaltado e inmediatamente vi ante mí el objeto de mis pensamientos. Estaba muy cerca. El bramido de los elementos había ahogado sus pasos.

—Tardabas tanto —gritó, sobreponiéndose al fragor del viento— que pensé que te habría pasado algo.

Pero había algo en su tono, y también una cierta expresión en su rostro, que me decían más que sus mismas palabras y al instante comprendí la verdadera razón de su venida. Había vuelto porque el hechizo del lugar había penetrado también en su alma y no quería quedarse solo.

—El río sigue creciendo —gritó, señalándome la corriente a la luz de la luna— y el viento es sencillamente espantoso.

Siempre decía lo mismo, pero su requerimiento de compañía revelaba la

verdadera importancia de sus palabras.

—Afortunadamente —exclamó de nuevo— nuestra tienda está en una hondonada. Creo que aguantará bien.

Para explicar mi ausencia, añadí algo acerca de las dificultades para encontrar leña; pero el viento arrebató mis palabras y se las llevó a través del río, de manera que él nada oyó, sino que, mirándome por entre las ramas, asintió con la cabeza.

—¡Tendremos suerte si salimos de ésta sin ningún percance! —gritó; o algo por el estilo. Y recuerdo que me enfadé con él por haber expresado sus pensamientos en palabras, pues eso era exactamente lo que yo sentía. El desastre parecía inminente y este presentimiento me rondaba desagradablemente.

Regresamos a la hoguera y la atizamos por última vez con los pies. Echamos una última ojeada en torno nuestro. De no ser por el viento, el calor habría sido desagradable. Formulé este pensamiento y recuerdo que la contestación de mi amigo me impresionó extrañamente: que prefiriera el calor, habitual en julio, a este «viento diabólico».

Todo estaba dispuesto para la noche; la piragua estaba volcada junto a la tienda, con sus dos remos amarillos debajo: el saco de las provisiones pendía del tronco de un sauce; y los platos ya fregados habían sido trasladados a una prudente distancia del fuego, listos para el desayuno.

Sofocamos con arena los rescoldos de la hoguera y nos acostamos. Como dejamos levantado el faldón de entrada a la tienda, veía el follaje, las estrellas y la pálida luz de la luna. Las sacudidas de los sauces y los fuertes golpes de viento contra las tensas paredes de nuestra casita fueron las últimas cosas que recuerdo antes de que me invadiera el sueño y lo cubriera todo con su silencioso y exquisito olvido.

II

De pronto me encontré tendido, despierto, atisbando desde mi lecho arenoso a través de la abertura de entrada a la tienda. Miré mi reloj, prendido en la lona, y vi, a la brillante luz de la luna, que eran más de las doce —el umbral de un nuevo día— y que, por tanto, había dormido un par de horas. El Sueco continuaba durmiendo a mi lado; el viento ululaba como antes; algo encogió mi corazón y me hizo sentir miedo. En las inmediaciones flotaba una sensación perturbadora.

Me incorporé rápidamente y miré fuera. Los árboles se agitaban violentamente, golpeados por las ráfagas del viento, pero nuestro trocito de lona verde permanecía seguro y al abrigo en la hondonada, pues el viento pasaba por encima sin encontrar suficiente resistencia para enfurecerse. Mi sensación de inquietud no desapareció, sin embargo, por lo que me deslicé silenciosamente fuera de la tienda para comprobar si nuestras pertenencias estaban intactas. Me moví con sumo cuidado para no despertar

a mi compañero. Sentía dentro de mí una curiosa excitación.

Me encontraba ya medio fuera, gateando a cuatro patas, cuando advertí por vez primera que las copas de los arbustos que tenía enfrente, con su móvil tracería de hojas, dibujaban contra el cielo extrañas siluetas. Me volví a poner en cuclillas y abrí desmesuradamente los ojos. Era increíble, sin duda, pero allí, enfrente y un poco por encima de mí, se podían ver entre los sauces una especie de formas indeterminadas; y las ramas, según se inclinaban por efecto del viento, parecían agruparse en torno a esas formas, formando una serie de monstruosas siluetas que se desplazaban rápidamente a la luz de la luna. A unos cincuenta pasos de mí las pude ver de cerca.

Mi primer impulso fue despertar a mi compañero, para que también pudiera verlas; pero algo me hizo vacilar: de pronto comprendí que, probablemente, no recibiría demasiado bien su corroboración. Entre tanto, permanecí allí en cuclillas mirando asombrado y con los ojos alerta. Estaba completamente despierto. Recuerdo que me decía a mí mismo que *no* estaba soñando.

Aquellas enormes figuras se hicieron completamente visibles por vez primera por entre la copas de los arbustos; eran inmensas, de color bronce, y se movían con absoluta independencia del balanceo de las ramas. Las vi claramente y, en cuanto pude examinarlas con más calma, me di cuenta de que eran mucho más grandes que una figura humana y que realmente algo en su aspecto proclamaba que no tenían *nada de humanas*. Por supuesto, no se trataba simplemente de las sombras móviles que las ramas proyectaban a causa del reflejo lunar. Se desplazaban independientemente. Se elevaban en continuas oleadas de la tierra al cielo, desvaneciéndose por completo tan pronto como alcanzaban la oscuridad de las alturas. Estaban entrelazadas, formando una gran columna, y sus miembros y sus enormes cuerpos se fundían unos en otros, dando lugar a aquella línea sinuosa que se curvaba, se inclinaba y se retorcía en espiral siguiendo las contorsiones de los árboles sacudidos por el viento. Eran formas desnudas, fluidas, que surgían de los matorrales, casi del *interior* de sus hojas, y se elevaban a los cielos en forma de columna viviente. No pude ver sus rostros. Fluían sin cesar hacia arriba, siguiendo trayectorias curvilíneas, y su piel presentaba un color bronce apagado.

Abrí desmesuradamente los ojos, tratando de forzar mi vista al máximo. Durante bastante tiempo pensé que en cualquier momento *tenían* que desaparecer y confundirse con los movimientos de las ramas, demostrando que no eran más que una ilusión óptica. Busqué por todas partes una prueba real, aunque en aquellos momentos me daba perfecta cuenta de que el modelo de realidad había cambiado. Cuanto más lo consideraba, más seguro llegaba a estar de que esas figuras eran reales y llenas de vida, aunque posiblemente sin relación alguna con los patrones en los que insisten fotógrafos y biólogos.

Lejos de sentir miedo, estaba poseído por una sensación de asombro y admiración como nunca he conocido. Me parecía estar contemplando la personificación de las fuerzas elementales de aquella prístina y encantada región. Nuestra intrusión había

despertado y activado los poderes de aquel lugar. Nosotros éramos la causa de la perturbación. Mi cerebro se llenó a reventar de cuentos y leyendas sobre espíritus y deidades de ciertos lugares reconocidos y venerados en todas las épocas de la historia de la humanidad. Pero, antes de que pudiera lograr alguna posible explicación, algo me impulsó a salir un poco más y a continuación avancé a rastras por la arena y me puse de pie. Sentía el suelo todavía caliente bajo mis pies desnudos; el viento me golpeaba el cabello y el rostro; y el rumor del río estallaba junto a mis oídos como un repentino bramido. Sabía que aquellas cosas eran reales y eso demostraba que mis sentidos funcionaban con normalidad. Sin embargo, las figuras seguían subiendo al cielo desde la tierra, silenciosa, majestuosamente, en una gran espiral llena de gracia y solidez, que me colmó finalmente de un profundo y sincero sentimiento de adoración. Sentía que debía postrarme y adorar…, rotundamente adorar.

Tal vez lo habría hecho en seguida de no haber sido por una ráfaga de viento que, alcanzándome de costado, me barrió con tal fuerza que casi di un traspié y caí. Pareció sacudirme de encima, con violencia, todas mis ensoñaciones. Al menos, de algún modo, me proporcionó otro punto de vista. Las figuras todavía seguían allí, todavía ascendían al cielo en plena noche; pero, al fin, mi razón empezaba a imponerse. Debió ser una experiencia subjetiva. La luz de la luna en combinación con las ramas reflejaba esas imágenes en el espejo de mi imaginación y, por alguna razón, yo las proyectaba hacia fuera dándoles una apariencia objetiva. Sabía, desde luego, que ésa debía ser la explicación. Yo era objeto de una alucinación vivida e interesante. Cobré ánimos y empecé a avanzar por la arena. ¡Por Júpiter!, ¿de verdad era todo alucinación? ¿Era algo simplemente subjetivo? ¿No estaría mi razón aduciendo viejos tópicos debido al escaso nivel de mis conocimientos?

Únicamente sé que la gran columna de figuras ascendió misteriosamente al cielo durante un período de tiempo que pareció muy largo y con una total apariencia de realidad, o al menos lo que la mayoría de los hombres acostumbran a considerar realidad. Entonces, de repente desaparecieron.

Y en cuanto hubieron desaparecido y hubo pasado el asombro inmediato de su presencia, el miedo se abatió sobre mí de repente. Súbitamente prendió dentro de mí la significación esotérica de aquella solitaria región encantada y empecé a temblar espantosamente. Eché una rápida mirada a mi alrededor —una mirada de horror cercana al pánico— estudiando en vano la forma de escapar; y entonces, dándome cuenta de que no podía hacer nada verdaderamente eficaz, volví a rastras y en silencio a la tienda y me tendí de nuevo en mi lecho de arena, bajando primero el faldón de la entrada para evitar la visión de los sauces a la luz de laguna, y escondiendo luego mi cabeza entre las mantas para amortiguar el sonido del terrorífico viento.

III

Como prueba convincente de que no había estado soñando, recuerdo que tardé mucho tiempo en volver a caer en un sueño intranquilo y agitado; e incluso entonces, únicamente durmió mi corteza cerebral, quedando por debajo algo que no perdió del todo el conocimiento, sino que permanecía alerta y al acecho.

En esta segunda ocasión me levanté de golpe, presa de un auténtico sobresalto de terror. No fue el viento ni el río lo que me despertó, sino la lenta aproximación de algo, que provocó que mi parte dormida se fuera haciendo cada vez más exigua hasta desvanecerse del todo y que de pronto me encontrara rígidamente sentado y la escuchara.

Fuera se oía el ruido de una multitud de pasos ligeros. Me daba cuenta de que se habían estado aproximando desde hacía bastante tiempo, pues habían llegado a hacerse audibles pese a mi sueño. Me incorporé nerviosamente, despierto del todo como si no hubiera dormido nada. Me pareció que mi respiración era dificultosa, como si un gran peso gravitase sobre mi cuerpo. Pese a ser una noche calurosa, me sentía frío y húmedo y tiritaba. Seguramente algo debía presionar constantemente contra los costados y el techo de la tienda. ¿Era acaso el viento? ¿Tal vez el repiqueteo de la lluvia y el goteo de las hojas? ¿Era la rociada que el viento arrancaba al río, agrupándola en grandes gotas? Rápidamente se me ocurrieron una docena de posibilidades.

Entonces, súbitamente, la explicación saltó a mi mente: el viento había provocado el desprendimiento de una rama del álamo, único árbol grande de la isla. Medio atrapada todavía por las otras ramas, caería a la próxima ráfaga y nos aplastaría; entre tanto, sus hojas rozaban y golpeteaban la hermética lona de la tienda. Levanté el bamboleante faldón y salí precipitadamente, gritando al Sueco que me siguiera.

Pero cuando estuve fuera y me puse de pie vi que nada constreñía la tienda. No había ninguna rama colgando sobre ella, ni lluvia o rociada, ni nada parecido.

Por entre los matorrales se filtraba una tenue luz grisácea que caía sobre la apenas reluciente arena. Las estrellas atestaban todavía el cielo justo encima de nosotros y el viento ululaba magníficamente; pero el fuego ya no despedía ningún resplandor y vi por entre los árboles que el cielo enrojecía por el este a franjas. Debían haber pasado varias horas desde que estuve aquí antes observando las figuras ascendentes y su recuerdo me asaltó de nuevo horriblemente, como un mal sueño. ¡Oh, cómo me fatigaba aquel incesante y fuerte viento! Sin embargo, aunque sentía el profundo cansancio de una noche en blanco, mis nervios estaban tensos a causa de un recelo igualmente incansable y descartaba rotundamente cualquier proyecto de reposo. Vi que el río había crecido aún más. Su estruendo henchía el aire y una fina rociada caló mi delgada camisa de dormir.

Sin embargo, por ninguna parte descubrí el más leve indicio de nada que pudiera alarmarme. La inquietud que sentía en mi corazón permanecía totalmente inexplicable.

Mi compañero no se había movido cuando le llamé y ahora ya no era necesario

despertarle. Miré atentamente en torno mío, tomando nota de todo: la piragua volcada, los remos amarillos —los dos, estoy seguro— el saco de las provisiones y el farol de repuesto que colgaba de un árbol, y, amontonándose por todas partes a mi alrededor, envolviéndolo todo, los sauces, aquellos infinitos sauces temblorosos. Un pájaro profirió su grito mañanero y una hilera de patos cruzó por encima con gran aleteo a media luz. El viento arremolinaba la arena, seca y áspera, en torno a mis pies desnudos.

Di una vuelta alrededor de la tienda y luego me interné un poco en la maleza, lo que me permitió ver, a través del río, el paisaje del otro lado. La misma sensación anterior de profunda aunque indefinible angustia se apoderó de mí al ver el interminable mar de arbustos que se extendía por el horizonte, fantasmales e irreales a la pálida luz del alba. Caminé en silencio de aquí para allá, desconcertado todavía con aquel extraño sonido de infinitos pasos y aquella presión sobre la tienda que me había despertado. *Debe* haber sido el viento —reflexioné—; el viento soplando sobre la cálida arena suelta y arrojando sus partículas secas contra la tensa lona; el viento abatiéndose pesadamente sobre nuestro frágil techo.

No obstante, a cada momento mi nerviosismo y malestar aumentaban considerablemente.

Crucé a la orilla opuesta y advertí cuánto se había alterado el litoral durante la noche y la gran cantidad de arena que el río le había arrebatado. Metí pies y manos en la helada corriente y me mojé la frente. Se veía ya el arrebol de la aurora en el cielo y se percibía el frescor exquisito del día entrante. A mi regreso, pasé deliberadamente bajo los mismos arbustos de donde había visto elevarse al aire la columna de figuras entremezcladas y a mitad de camino, entre los matorrales, repentinamente se apoderó de mí una inmensa sensación de terror. De entre las sombras surgió una enorme figura que se dirigió velozmente hacia mí. Alguien pasó a mi lado, de eso no hay la menor duda…

Una tambaleante ráfaga de viento me ayudó a seguir adelante y, en cuanto llegué a terreno más despejado, la sensación de terror disminuyó extrañamente. Los vientos rondaban en torno mío, recuerdo que me dije a mí mismo; pues a menudo se mueven bajo los árboles como si fueran grandes presencias. En suma, el miedo que se cernía sobre mí era tan enorme y de un género tan desconocido, tan distinto a cualquier otra cosa que hubiera sentido antes, que despertó en mí un sentimiento de asombro y extrañeza que contrarrestó sus peores efectos. Y cuando alcancé un lugar elevado en el centro de la isla desde donde podía ver un extenso tramo del río, que el alba teñía de carmesí, la mágica belleza de todo aquello me abrumó de tal forma que despertó en mí una especie de anhelo salvaje y casi hizo brotar un grito de mi garganta.

Pero ese grito no llegó a expresarse, pues mientras mi vista vagaba de la lejana llanura a la isla en donde me encontraba, pudiendo observar la pequeña tienda medio oculta entre los sauces, realicé un espantoso descubrimiento, comparado con el cual mi terror a los vientos andarines parecía una nadería.

Pues, pensé, de una forma u otra había ocurrido un cambio en la disposición del paisaje. No se trataba de que el lugar que ahora ocupaba me proporcionase una perspectiva diferente, sino que, por lo visto, se había llevado a cabo una alteración en las posiciones respectivas de la tienda y los sauces. Sin duda, los apiñados arbustos estaban ahora más cerca; innecesaria y desagradablemente más cerca. *Se habían aproximado*.

Arrastrándose silenciosamente sobre las arenas movedizas, acercándose imperceptiblemente mediante movimientos lentos y amortiguados, los sauces se habían ido aproximando durante la noche. Mas ¿fue el viento quien los había movido o se habían movido ellos por sí mismos? Me acordé del interminable ruido de golpecitos y de la presión ejercida sobre la tienda y sobre mi propio corazón, que me habían despertado sobrecogido de terror. Por un momento me incliné a causa del viento como si fuera un árbol, resultándome difícil mantener mi posición erecta sobre el altozano arenoso. Todo ello indicaba una mediación personal, una deliberada intencionalidad, una agresiva hostilidad, que me aterró hasta producirme una especie de rigidez.

Entonces reaccioné rápidamente. La idea era tan descabellada, tan absurda, que me sentí inclinado a reír. Pero la risa no me vino tan fácilmente como el grito, ya que, al darme cuenta de que mi mente era tan receptiva a tan peligrosas imaginaciones, experimenté el terror adicional de que el ataque vendría precisamente a través de nuestras mentes y no de nuestros cuerpos.

Mientras el viento me zarandeaba, me pareció que el sol adelantaba su salida por el horizonte, aunque eran ya más de las cuatro y debí haber permanecido en aquel pináculo arenoso más tiempo del que creía, por miedo a acercarme a los sauces. Regresé a la tienda cautelosamente, no sin antes mirar exhaustivamente a mi alrededor y —sí, lo confieso— tomar unas pocas medidas. Medí a pasos, sobre la arena caliente, las distancias entre los sauces y la tienda, tomando nota sobre todo de la distancia más corta.

Sigilosamente me deslicé entre las mantas. Mi compañero, según todas las apariencias, seguía durmiendo profundamente y me alegré de que así fuera. Dado que mis experiencias no habían sido corroboradas, tal vez encontrase, de una forma u otra, algún medio de negarlas. Al amanecer logré persuadirme de que todo había sido una alucinación subjetiva, una fantasía nocturna, una proyección de mi excitada imaginación.

Nada nuevo vino a perturbarme y casi instantáneamente caí dormido, totalmente exhausto, aunque con el temor todavía de volver a escuchar aquel misterioso ruido multitudinario de golpes, o de sentir de nuevo sobre el corazón aquella opresión que dificultaba mi respiración.

IV

El sol estaba en lo alto del cielo cuando mi compañero me despertó de un sueño profundo y anunció que las gachas estaban listas y era ya tiempo de bañarse. El grato olor a tocino frito entraba por la abertura de la tienda.

—El río sigue creciendo —dijo— y varias islas que había en mitad de la corriente han desaparecido del todo. Nuestra propia isla es mucho más pequeña ahora.

—¿Queda algo de leña? —pregunté, soñoliento.

—La leña y la isla se acabarán mañana a la par —rió—, pero hay suficiente para que nos dure hasta entonces.

Me zambullí en la corriente desde el promontorio de la isla, que, en efecto, había cambiado mucho de tamaño y forma durante la noche, y en un instante fui arrastrado hacia la orilla opuesta a la tienda. El agua estaba helada y desde ella veía pasar las riberas a toda velocidad como la campiña desde un tren expreso. Bañarse en semejantes condiciones era una actividad sumamente estimulante y el terror de la noche anterior parecía haberse evaporado de mi cerebro. El sol quemaba; no se veía una nube por ninguna parte; el viento, sin embargo, no había amainado un ápice.

Entonces, súbitamente, se me ocurrió el significado implícito de las palabras del Sueco, que demostraban que había cambiado de opinión, que ya no deseaba irse a toda prisa. «Suficiente leña hasta mañana»: daba a entender que pasaríamos otra noche en la isla. Aquello me pareció extraño. La noche anterior estaba tan seguro de lo contrario. ¿Cómo había sucedido el cambio?

Durante el desayuno se produjeron grandes derrumbamientos en las riberas, con abundantes salpicaduras y nubes de agua pulverizada que el viento introducía en nuestra sartén. Mi compañero de viaje hablaba sin parar de las dificultades que, con esta crecida, tendrían los vapores de la línea Viena-Pest para encontrar el cauce. Pero el estado de su mente me interesaba y preocupaba mucho más que el estado del río o las dificultades de los vapores. De algún modo había cambiado desde la noche anterior. Su actitud era diferente; estaba algo excitado, algo cauteloso, con una especie de recelo en su voz y en sus gestos. Ahora, en frío, apenas sé cómo describir aquello, pero a la sazón recuerdo haber estado completamente seguro de una cosa…: ¡había llegado a asustarse!

Desayunó muy poco y por una vez se olvidó de fumar su pipa. Tenía el mapa desplegado a su lado, y seguía estudiando sus notas.

—Más vale que nos vayamos rápidamente dentro de una hora —dije entonces, buscando a toda costa una oportunidad de sonsacarle una confesión parcial.

Su respuesta me desconcertó desagradablemente.

—¡Ya lo creo! Si nos dejan.

—¿Quién nos tiene que dejar? ¿Los elementos? —me apresuré a preguntar, con fingida indiferencia.

—Los poderes de este espantoso lugar, quienesquiera que sean —replicó, sin levantar los ojos del mapa—. Los dioses están aquí, si es que los hay en alguna parte del mundo.

—Los elementos son siempre los auténticos inmortales —le repliqué, riendo con toda la naturalidad de que fui capaz, aunque a sabiendas de que, cuando él levantó los ojos solemnemente y me habló a través del humo, mi rostro reflejaba mis verdaderos sentimientos.

—Tendremos suerte si conseguimos marcharnos sin más percances.

Eso era exactamente lo que yo había temido que dijese, por lo que me sobrepuse y abordé el asunto sin rodeos. Era como permitir al dentista que te extraiga una muela; de todos modos, a la larga *tenía* que ocurrir y todo lo demás eran pretextos.

—¡Más percances! ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

—En primer lugar… el canalete de gobernar ha desaparecido —dijo tranquilamente.

—¡El canalete de gobernar, desaparecido! —repetí, muy excitado, pues era lo que utilizábamos como timón, y sin él, navegar por el Danubio crecido era un suicidio—. Pero ¿qué…?

—Además la piragua tiene una grieta en el fondo —añadió, con un leve y sincero temblor en la voz.

Continué mirándole, incapaz de todo lo que no fuera repetir algo estúpidamente sus palabras en su propia cara. En eso, pese a hallarme a pleno sol, sobre aquellas arenas ardientes, me di cuenta de que nos rodeaba una atmósfera glacial. Me levanté para seguirle, pues él se limitó a asentir con la cabeza solemnemente, conduciéndome a la tienda, que se encontraba a unas pocas yardas al otro lado de la hoguera. La piragua seguía allí tal como la había visto por última vez la noche anterior, con el casco boca arriba y a su lado, sobre la arena, los canaletes, o mejor dicho, *el* canalete.

—Sólo hay uno —dijo, agachándose para cogerlo—. Aquí está la raja del fondo.

Estuve a punto de decirle que pocas horas antes había visto claramente *dos* canaletes, pero un segundo impulso me hizo pensármelo mejor y nada dije. Simplemente me acerqué a ver.

El fondo de la piragua mostraba una hendidura larga y nítida, como si la madera hubiera sido resquebrajada limpiamente a todo lo largo, al parecer a causa de una roca puntiaguda o un tronco a la deriva, y la posterior investigación mostró que el boquete atravesaba el fondo. De habernos lanzado al río con ella, nos habríamos ido a pique inevitablemente. Al principio, el agua habría hecho que la madera se hinchase, cerrando de esta forma el boquete; pero un vez en plena corriente la canoa habría hecho agua, y dado que su borda no sobresalía más de dos pulgadas de la superficie, se habría llenado y hundido con gran rapidez.

—He aquí, ya lo ves, un intento de conseguirse una víctima para el sacrificio —le oí decir, más para sí mismo que para mí—. Dos víctimas, mejor dicho —añadió, mientras se agachaba y comprobaba la raja con los dedos.

Comencé a silbar —cosa que suelo hacer inconscientemente cuando estoy anonadado— y deliberadamente dejé de prestar atención a sus palabras. Había resuelto considerarlas descabelladas.

—Anoche no estaba —dijo entonces, enderezándose tras el examen y mirando a todas partes menos a mí.

—Debimos hacer nosotros la raja al vararla, desde luego —dije, dejando de silbar —. Las piedras son muy puntiagudas.

Me detuve bruscamente, pues en aquel momento el Sueco se volvió y me miró cara a cara. Sabía tan bien como él lo inaceptable que era mi explicación. Para empezar, no había piedras.

—Y además todavía nos queda por explicar esto —añadió tranquilamente, alargándome el canalete y señalando la pala.

Un nuevo y curioso escalofrío me recorrió cuando cogí el canalete y lo examiné. La pala estaba completamente desgastada, como si alguien la hubiera lijado cuidadosamente hasta dejarla tan fina que a la primera palada enérgica se habría partido por el codo.

—Uno de nosotros debe ser sonámbulo y ha debido hacerlo —dije poco convincente—, o…, o tal vez se haya ido desgastando por el roce constante con partículas de arena impulsadas por el viento.

—¡Ah! —dijo el Sueco, dándose la vuelta sonriente—. ¡Tienes explicación para todo!

—El mismo viento que arrastró el canalete y lo llevó tan cerca de la orilla que cayó al agua en cuanto se derrumbó la siguiente porción de aquélla —le insistí, absolutamente decidido a encontrarle explicación a todo lo que él me mostrara.

—Ya veo —me gritó de nuevo, volviendo la cabeza antes de desaparecer entre los arbustos.

Una vez a solas con aquellas confusas pruebas de la intervención de alguien, creo que mi primer pensamiento consistió en lo siguiente: «Uno de nosotros tiene que haberlo hecho y yo, desde luego, no he sido». Pero mi segundo pensamiento me convenció de lo ridículo que era suponer, bajo cualquier circunstancia, que lo había hecho uno de nosotros dos. La posibilidad de que mi compañero, el fiel amigo de una docena de expediciones similares, hubiera intervenido deliberadamente en ello era algo que no podía sostenerse ni por un momento. Igual de absurda parecía la explicación de que aquel temperamento imperturbable y sumamente práctico hubiera enloquecido de repente y se entregara a locos propósitos.

Sin embargo, el hecho que más me preocupaba y que mantenía mi miedo en actividad, incluso ante aquel sol resplandeciente y aquella salvaje belleza, era la completa certeza de que había sucedido alguna curiosa alteración en su *mente*; que estaba nervioso, asustadizo, suspicaz, al corriente de cosas de las que no quería hablar, como si esperara acontecimientos secretos que hasta entonces no hubiera mencionado; en una palabra, esperando un desenlace que, según creía, llegaría muy pronto. Aquella certeza maduró en mi mente intuitivamente, sin saber apenas por qué.

Realicé un rápido examen de la tienda y de sus alrededores, pero las medidas coincidían con las tomadas la noche anterior. En esta ocasión observé por primera vez

que se habían formado en la arena unos hoyos profundos en forma de cuenco, cuyo tamaño y profundidad variaban del de una taza de té al de un tazón grande. El viento, sin duda, era el responsable de aquellos cráteres en miniatura, como también lo era del arrastre y caída al agua del canalete. La raja de la piragua era lo único que parecía totalmente inexplicable; después de todo, *era* concebible que hubiera sido alcanzada por algún agudo saliente cuando la varamos. El reconocimiento que hice de la orilla no confirmó esta teoría y sin embargo yo me aferré a ella con esa parte de mi inteligencia, cada vez más disminuida, que llamaba «razón». Era absolutamente necesario algún tipo de explicación, del mismo modo que es necesaria alguna explicación válida del universo —por absurda que sea— para la felicidad de todos aquellos individuos que procuran cumplir con su obligación y se enfrentan a los problemas de la vida. El símil me pareció entonces de un exacto paralelismo.

Inmediatamente me puse a calafatear la canoa y el Sueco se unió a mí en seguida, pero ambos sabíamos que, aun en las mejores condiciones del mundo, no estaría lista para su uso hasta el día siguiente. Casualmente, le llamé la atención acerca de los hoyos en la arena.

—Sí —dijo—, ya sé. Los hay por toda la isla. Pero, sin duda, *¡tú* puedes dar una explicación!

—El viento, desde luego —contesté sin vacilar—. ¿No has observado nunca esos pequeños remolinos que se suelen formar en la calle? Esta arena está lo bastante suelta como para ceder a los embates del viento; eso es todo.

No me respondió y durante un rato trabajamos en silencio. Le estuve observando todo el tiempo subrepticiamente y tuve la impresión de que él también me observaba a mí. Me pareció, así mismo, que estuvo todo el rato escuchando atentamente algo que yo no podía oír, o tal vez algo que él esperaba oír, pues no dejó de volverse una y otra vez y de mirar fijamente a los arbustos, al cielo en lo alto y al curso del río cuando era visible entre los sauces. A veces incluso se llevaba la mano a la oreja y la mantenía allí durante varios segundos. Sin embargo, no me dijo nada y yo tampoco le pregunté. Y mientras reparaba aquella piragua rota con la habilidad y destreza de un piel roja, me alegré de verle ensimismado en el trabajo, pues sentía un vago temor de que me comentase el cambio de aspecto de los sauces. Ya que, si *lo* había advertido, mi imaginación no podría seguir ofreciendo por más tiempo una explicación de aquel hecho.

Finalmente, después de una larga pausa, empezó a hablar.

—¡Qué raro! —añadió con voz apresurada, como si quisiera decir algo y se hubiera olvidado—. Me refiero a lo de la nutria de anoche.

Había esperado algo tan sumamente distinto que me cogió por sorpresa y bruscamente levanté los ojos.

—Eso demuestra lo solitario que es el lugar. Las nutrias son terriblemente tímidas…

—No me refiero a eso, por supuesto —me interrumpió—. Lo que quiero decir es

si crees… o creíste que realmente *se trataba* de una nutria.

—¿Qué otra cosa podría ser, en el nombre del Cielo?

—¿Sabes? Yo la vi antes que tú y al principio me pareció… *mucho* más grande que una nutria.

—Como mirabas río arriba, el crepúsculo exageraría su tamaño, o algo por el estilo —repliqué.

Me miró un instante distraídamente, como si su mente estuviera ocupada por otros pensamientos.

—Tenía unos ojos amarillos tan extraordinarios… —prosiguió, como hablando consigo mismo.

—También debió ser a causa del sol —me reí algo estrepitosamente—. Supongo que a continuación te preguntarás si aquel tipo del bote…

De repente decidí no terminar la frase. Él estaba de nuevo en actitud de escucha, con la cabeza vuelta hacia el viento, pero había algo en la expresión de su rostro que hizo que me detuviera. El tema de conversación se agotó y continuamos nuestro calafateado. Al parecer no había reparado en mi frase inconclusa. Sin embargo, cinco minutos después me miró a través de la piragua, con las manos llenas de humeante brea y el rostro extremadamente serio.

—Lo que me *preguntaba* más bien, si quieres saberlo —dijo lentamente—, es qué era aquello que iba en el bote. Recuerdo que entonces pensé que no era un hombre. La aparición pareció surgir repentinamente de las aguas.

Volví a reírme estruendosamente en su cara, pero esta vez de impaciencia y también de enojo.

—¡Mira ahora! —grité—. ¡Este lugar es ya lo bastante extraño sin necesidad de que nos tomemos la molestia de imaginar cosas! Tanto el bote como el hombre que iban en él eran normales y ambos se dirigían río abajo tan deprisa como podían. Y la nutria *era* una nutria. ¡Así que no te hagas el tonto!

Me miró fijamente con idéntica expresión de seriedad. No estaba enfadado en lo más mínimo. Su silencio me infundió valor.

—¡Por Dios! —proseguí—, no sigas fingiendo que oyes cosas porque con eso lo único que consigues es asustarme; no hay nada que oír salvo el río y este maldito viento atronador.

—¡Tú eres *tonto*! —contestó en voz baja, indignado—. Completamente tonto. Así es precisamente como hablan todas las víctimas. ¡Como si no comprendieras tan bien como yo! —dijo con voz desdeñosa y una especie de resignación—. Lo mejor que puedes hacer es estarte quieto y procurar conservar tu mente lo más firme posible. Esos intentos poco convincentes de engañarte a tí mismo únicamente sirven para hacer más dura la verdad cuando te veas obligado a enfrentarte con ella.

Mi pequeña tentativa se había acabado; no tenía más que decir; sabía demasiado bien que sus palabras eran ciertas y que yo era el *tonto*, no *él*. Hasta cierto punto, él me llevaba bastante ventaja en lo referente a aquella aventura y creo que me molestó

el sentirme excluido de ella, el haberme mostrado de esa manera menos psíquico, menos sensible que él ante aquellos extraordinarios acontecimientos y medio ignorante todo el tiempo de lo que estaba pasando en mis propias narices. Por lo visto, él *sabía* todo desde el principio. Pero, de momento, no entendía en absoluto el significado de sus palabras acerca de la necesidad de que hubiera una víctima y de que éramos precisamente nosotros los destinados a satisfacer esa necesidad. A partir de entonces renuncié a cualquier tipo de pretextos, pero del mismo modo mi miedo fue en constante aumento hasta llegar a su culminación.

—Tienes razón, sin embargo, en una cosa —añadió antes de que se desviase la conversación—; lo más sensato es no hablar de ello, ni siquiera pensar en ello; porque lo que uno *piensa* acaba por ser expresado en palabras, y lo que uno dice, sucede.

Mientras la piragua se secaba y endurecía, pasamos la tarde tratando de pescar, poniendo a prueba la vía de agua, recogiendo leña y observando la enorme crecida del río. A veces eran arrastrados hasta nuestra orilla cantidades de maderos a la deriva, que nosotros pescábamos con largas ramas de sauce. La isla se hacía sensiblemente más pequeña a medida que las riberas se desmoronaban y eran engullidas por las aguas entre grandes salpicaduras. El tiempo se mantuvo espléndido hasta más o menos las cuatro; entonces, por primera vez en aquellos tres días, el viento mostró señales de que iba a amainar. Empezaron a acumularse nubes por el sureste, que lentamente se extendieron por todo el cielo.

Aquella disminución del viento fue un gran alivio, pues sus incesantes bramidos, golpetazos y estruendos habían irritado nuestros nervios. Sin embargo, el silencio que sobrevino a eso de las cinco, cuando bruscamente cesó de soplar, fue igualmente opresivo en cierto modo. El bramido del río tenía todo a su favor: inundaba la atmósfera de graves murmullos, más musicales que el zumbido del viento, pero infinitamente más monótonos. El viento se servía de muchas notas, ascendentes, descendentes, marcando siempre una especie de melodía elemental; mientras que el rumor del río se apoyaba todo lo más en tres notas, sordas notas de pedal que poseían un timbre lúgubre ajeno al viento y que, por alguna razón, a mí me sonaron, dado mi estado nervioso de entonces, a maravillosa música de condenados.

Fue igualmente extraordinario cómo el repentino ocultamiento de la luz del sol privó al paisaje de todo lo que tenía de alegre; y dado que este paisaje en concreto se las había arreglado siempre para sugerir algo siniestro, el cambio fue, por supuesto, de lo más inoportuno y llamativo. Reconozco que el oscurecimiento del panorama me alarmaba cada vez más, y más de una vez, me sorprendí calculando cuánto tardaría la luna llena en elevarse por el este después de la puesta de sol y si el cúmulo de nubes interferiría mucho su resplandor sobre la pequeña isla.

Con aquella quietud absoluta del viento —que todavía se permitía, sin embargo, alguna breve ráfaga— me pareció que el río se oscurecía cada vez más y que los sauces estaban todavía más juntos. Estos últimos conservaban, además, una especie

de movimiento propio e independiente, que los hacía susurrar entre ellos aun cuando no los agitara el viento, y los zarandeaba extrañamente desde las raíces a la copa. Cuando a vulgares objetos como éstos se les llega a imputar una cierta aura de horror, estimulan la imaginación mucho más que las cosas de apariencia poco común; y esos arbustos que se apiñaban a nuestro alrededor adoptaban en la oscuridad para mí una apariencia extrañamente *grotesca* que les confería, de alguna manera, un aspecto de criaturas vivas y resueltas. Sentía que su misma mediocridad enmascaraba lo que más tenían de maligno y hostil para nosotros. Los poderes de la región se acercaban con la caída de la noche. Estaban concentrados sobre nuestra isla y, más concretamente, sobre nosotros mismos. Algo así eran, o al menos imaginaba, las sensaciones realmente indescriptibles que había experimentado en aquel extraordinario lugar.

Había dormido bastante a primeras horas de la tarde y de esa manera me había recuperado un poco del agotamiento de la agitada noche anterior; pero, al parecer, esto únicamente sirvió para volverme más susceptible que antes al obsesionante maleficio de aquel lugar encantado. Luché contra él y me reí de mis temores por absurdos e infantiles, dándome toda clase de explicaciones fisiológicas obvias; sin embargo, a pesar de todo, aumentaron en intensidad de manera que llegué a temer la noche como un niño perdido en un bosque teme la llegada de la oscuridad.

Durante el día habíamos cubierto cuidadosamente la piragua con una funda impermeable y el Sueco había atado sólidamente el canalete a la base de un árbol para que el viento no nos lo arrebatara también. De las cinco en adelante me ocupé del puchero y los preparativos de la cena, ya que esa noche me tocaba guisar a mí. Teníamos patatas, cebollas, tacos de tocino para dar sabor y un espeso residuo de guisos anteriores en el fondo del puchero; añadiéndole trozos de pan negro, el resultado sería excelente. Luego seguiría compota de ciruelas y una infusión de té bien fuerte con leche en polvo. Tenía un buen montón de leña al alcance de la mano y la ausencia de viento facilitaba mi labor. Mi compañero se había sentado perezosamente a observarme, repartiendo su atención entre limpiar su pipa y darme inútiles consejos, reconocido privilegio de cualquier hombre ocioso. Había estado muy callado toda la tarde, ocupado en calafatear de nuevo la piragua, tensar las cuerdas de la tienda y pescar maderos flotantes mientras yo dormía. No habíamos vuelto a sostener ninguna conversación más acerca de cosas indeseables y creo que los únicos comentarios que hizo tenían que ver con la gradual destrucción de la isla, que, según declaró, era ya por lo menos un tercio más pequeña que cuando desembarcamos por vez primera.

Nada más empezar a hervir el puchero, oí su voz que me llamaba desde la orilla, adonde se había marchado sin que yo me diese cuenta. Salí corriendo.

—Ven y escucha, a ver qué piensas —dijo, llevándose la mano a la oreja para enterarse mejor, como tantas veces había hecho antes.

—¿Oyes algo *ahora?* —preguntó, observándome con curiosidad.

Permanecimos allí de pie, escuchando con atención. Al principio únicamente oí el

profundo rumor de las aguas y los silbidos que se elevaban de su turbulenta superficie. Por una vez, los sauces estaban inmóviles y silenciosos. Entonces, casi imperceptiblemente, empezó a llegar a mis oídos un sonido peculiar, algo así como el zumbido de un lejano gong. Parecía llegar a nosotros a través de la oscuridad, procedente de las ciénagas y sauces de enfrente. Se repetía a intervalos regulares, pero no era, desde luego, ni el sonido de una campana ni el toque de sirena de un lejano vapor. No lo puedo comparar sino al sonido de un inmenso gong, suspendido muy alto en el cielo, que repitiese sin parar su amortiguada vibración metálica, sonora y musical, al ser reiteradamente golpeado. Mi corazón se aceleró al escucharlo.

—Lo he oído todo el día —dijo mi compañero—. Mientras dormías esta tarde llegó y rodeó toda la isla. Aunque lo perseguí, jamás pude acercarme lo suficiente para verlo…, para localizarlo con exactitud. Unas veces sonaba encima de mí; otras, parecía venir por debajo del agua. Además, una o dos veces podría haber jurado que no sonaba fuera, sino *dentro de mí…*, ya sabes… como se supone que llega el sonido en la cuarta dimensión.

Me encontraba demasiado desconcertado para prestar atención a sus palabras. Escuché con cuidado, procurando asociar aquello con cualquier otro sonido conocido que se me ocurriera; pero no tuve éxito. A veces cambiaba de dirección; se acercaba y luego desaparecía totalmente en la lejanía. No podría decir que fuera ominoso, ya que a mí me parecía claramente musical; sin embargo, debo admitir que me produjo una sensación de angustia que hizo que deseara no haberlo oído jamás.

—Es el viento soplando a través de esos embudos en la arena —dije, decidido a encontrar una explicación—, o quizás los arbustos frotándose unos contra otros después de la tormenta.

—Suena en toda la marisma —respondió mi amigo, haciendo caso omiso a mis explicaciones—. Viene de todas partes al mismo tiempo. No sé por qué, pero viene de los sauces enanos…

—Pero ahora el viento ha amainado —objeté—. ¿Acaso pueden hacer ruido los sauces por sí solos?

Su respuesta me asustó; en primer lugar, porque la estaba temiendo, y en segundo lugar, porque supe intuitivamente que era verdad.

—Lo oímos precisamente *porque* el viento ha amainado. Antes lo ahogaba. Creo que es el grito de…

Regresé a toda prisa a la hoguera, avisado por un borboteo de que el guiso corría peligro, pero al mismo tiempo decidido a librarme del resto de la conversación. Estaba resuelto a evitar, de ser posible, el cambio de impresiones. Temía, también, que comenzara de nuevo con los dioses o las fuerzas elementales, o cualquier otra cosa inquietante; y quería estar disponible por lo que pudiera suceder más adelante. Teníamos que pasar otra noche más antes de poder escapar de aquel angustioso lugar, y no sabíamos todavía lo que podría reservarnos.

—Ven y corta pedazos de pan para el puchero —le grité, removiendo

enérgicamente la apetitosa mezcla. Aquel puchero nos mantenía cuerdos a los dos y ese pensamiento me hizo reír.

Llegó despacio y cogió el saco de las provisiones del árbol, hurgando en sus misteriosas profundidades y vaciando luego todo el contenido sobre la tela impermeable que tenía a sus pies.

—¡Deprisa! —grité—; está hirviendo.

El Sueco prorrumpió en carcajadas que me sobresaltaron. Era una risa forzada, no exactamente artificial, pero sin alegría.

—¡Aquí no hay nada! —exclamó, manteniéndose en sus trece.

—Me refiero al pan.

—Ha volado. Aquí no hay pan. ¡Se lo han llevado!

Dejé caer la larga cuchara y corrí hacia él. El contenido del saco yacía sobre la tela impermeable, pero no había rastro de pan.

Todo el peso muerto de mi creciente miedo se abatió sobre mí, haciéndome temblar. Entonces, también yo prorrumpí en carcajadas. Era lo único que se podía hacer; además, el sonido de mi propia risa hacía que comprendiera la suya. El agotamiento producido por la tensión nerviosa era la causa de aquella doble explosión de risa afectada, que realmente constituía un intento de aliviar nuestras fuerzas reprimidas, era una transitoria válvula de escape. Y en ambos casos cesó súbitamente.

—¡Qué estúpido soy! —grité, decidido aún a mantenerme firme y a encontrar alguna explicación—. Me olvidé por completo de comprar una barra en Pressburg. La charla de aquella mujer me desconcertó tanto que debí dejarla sobre el mostrador o…

—La harina de avena también ha descendido mucho desde esta mañana —interrumpió el Sueco.

¿Por qué demonios tendría que llamar la atención sobre esto?, me pregunté enojado.

—Hay suficiente hasta mañana —dije, removiendo enérgicamente el guiso— y podremos conseguir mucho más en Komorn o Gran. Dentro de veinticuatro horas estaremos a muchas millas de aquí.

—Eso espero, Dios mío —murmuró, volviendo a meter las cosas en el saco—. A menos que antes seamos reclamados como víctimas para el sacrificio —añadió, riendo insensatamente. Luego arrastró el saco al interior de la tienda, para mayor seguridad, supongo, y le oí refunfuñar para sus adentros, aunque tan imprecisamente que me pareció completamente natural el ignorar sus palabras.

Aquella comida fue francamente deprimente; comimos casi en silencio, evitando mirarnos a los ojos y cuidando de que el fuego no se apagara. Luego fregamos y nos preparamos para pasar la noche; y después de fumar, libres ya de obligaciones concretas, el temor que había estado sintiendo todo el día se fue agudizando cada vez más. De momento no era verdadero miedo, creo; pero la misma vaguedad de su origen me angustiaba mucho más que si hubiera podido dilucidarlo y enfrentarme a él

cara a cara. El extraño sonido, que yo había comparado con la vibración de un gong, ahora era casi continuo y llenaba la quietud de la noche con una especie de tenue y persistente zumbido en lugar de una serie de notas concretas. Tan pronto sonaba detrás nuestro como delante. A veces tenía la impresión de que procedía de los arbustos a nuestra izquierda y, a renglón seguido, nuevamente pensaba que venía de los grupos de árboles a nuestra derecha. Más a menudo se cernía directamente sobre nuestras cabezas, semejante a un batir de alas. Realmente estaba en todas partes a la vez, detrás, delante, a los lados y encima, rodeándonos por completo. El sonido desafía realmente cualquier intento de descripción. Pues no sé de nada que se asemeje a ese amortiguado e incesante murmullo que se alzaba de aquel desierto de ciénagas y sauces.

Nos sentamos a fumar en relativo silencio y a cada instante aumentaba la tensión. Lo peor de nuestra situación me parecía que era no saber lo que iba a ocurrir y por lo tanto no poder hacer ningún tipo de preparativos para la defensa. Nada podíamos anticipar. Además, las explicaciones que ofrecí a pleno sol volvían ahora para atormentarme debido a lo ridículo y nada satisfactorio de su naturaleza. Cada vez tenía más claro que era inevitable que hablara francamente con mi compañero, me gustara o no. Después de todo, teníamos que pasar la noche juntos y dormir en la misma tienda, uno al lado del otro. Comprendí que no podría avanzar mucho más sin su ayuda y para eso se imponía, desde luego, una conversación sincera. Sin embargo, pospuse todo lo que me fue posible la llegada de ese momento y traté de ignorar o reír las ocasionales frases que lanzaba al vacío.

Algunas de aquellas frases, sin embargo, me resultaban condenadamente preocupantes, viniendo a corroborar gran parte de lo que sentía; corroboración que, además, me llegaba desde un punto de vista completamente distinto al mío, lo que la hacía mucho más convincente. Aquellas frases eran tan extrañas y él me las lanzaba de un modo tan inconexo que parecía como si el propio curso de sus pensamientos fuese secreto para él mismo, y aquellos fragmentos fueran trozos cuya digestión encontraba imposible. Expresándolos, se libraba de ellos. Hablar le aliviaba. Era como si estuviera enfermo.

—Estoy completamente seguro de que existen cosas a nuestro alrededor que causan desorden, desintegración y destrucción, *nuestra* destrucción —dijo en una ocasión, mientras entre él y yo ardía el fuego—. En alguna parte nos hemos desviado de la senda segura.

Y en otra ocasión en que el sonido del gong se había aproximado, resonando directamente sobre nuestras cabezas con mayor intensidad que antes, dijo, como hablando consigo mismo:

—No creo que ningún gramófono pueda grabarlo. El sonido no me entra por los oídos. Las vibraciones me llegan por otro procedimiento y parecen sonar dentro de mí, lo cual es precisamente como se puede suponer que un sonido se hace oír en la cuarta dimensión.

Deliberadamente no le respondí, pero me acerqué un poco más al fuego y miré con atención a las tinieblas de mi alrededor. Las nubes se amontonaban en el cielo, ocultando cualquier vestigio de la luna. Además, todo estaba en calma, de manera que el río y las ranas actuaban a su manera.

—Lo que ocurre —prosiguió— es que se aparta completamente de la experiencia ordinaria. Es una *incógnita*. Realmente sólo se puede describir así: no es un sonido humano; o sea, que es un sonido ajeno a la naturaleza humana.

Una vez liberado de tan indigesto bocado, el Sueco permaneció callado durante un rato. Sin embargo, había expresado mis propios sentimientos de manera tan admirable que fue un alivio haber exteriorizado aquel pensamiento y haberlo confinado mediante la limitación del lenguaje, evitando peligrosos desvaríos de la mente.

¿Podré olvidar algún día la soledad de aquella acampada junto al Danubio? ¿El sentimiento de sentirme totalmente solo en un planeta vacío? Mis pensamientos iban y venían incesantemente a las ciudades y lugares predilectos de los hombres. Hubiera dado mi alma, como suele decirse, por la «atmósfera» de aquellas ciudades bávaras que habíamos dejado atrás, por los tópicos humanos normales: campesinos bebiendo cerveza, mesas bajo los árboles, sol tórrido y un castillo en ruinas sobre un promontorio rocoso, detrás de la iglesia de tejado rojo. Hasta los turistas serían bien recibidos.

No obstante, el temor que yo sentía no era el habitual miedo a los fantasmas. Era infinitamente mayor, más extraño, y parecía originarse en algún oscuro y ancestral sentimiento de terror más hondamente inquietante que cualquier otro que hubiera podido conocer o imaginar. Nos habíamos «desviado», como había expresado el Sueco, a alguna región, o cúmulo de circunstancias, donde el riesgo era mayor, aunque incomprensible para nosotros; donde las fronteras de algún mundo desconocido se cerraban alrededor nuestro. Aquél era un lugar reservado a los moradores del espacio exterior, una especie de mirilla desde la cual podían espiar la Tierra sin ser vistos, un sitio en el que el velo que nos separa de otros mundos se había vuelto más tenue. Como consecuencia de una estancia demasiado larga en aquel lugar, seríamos llevados al otro lado de la frontera y seríamos privados de lo que llamamos «nuestras vidas», mediante procesos, no físicos, sino mentales. En ese sentido, como dijo él, seríamos víctimas de nuestra aventura…, seríamos sacrificados.

Cada uno de nosotros se lo tomó de diferente manera, de acuerdo con su sensibilidad y su capacidad de resistencia. Para mí se trataba de una vaga personificación de los elementos, extremadamente molestos y resentidos por nuestra audaz intrusión en su guarida, e investidos de un horroroso propósito, deliberado y maléfico. Mientras que a mi amigo le parecía que era una forma poco original de violación de algún antiguo santuario, de algún lugar donde todavía gobernaban los dioses antiguos, donde aún persistían los impulsos emocionales de los primitivos

adoradores; su parte ancestral se rendía al viejo encanto pagano.

De todas formas, era un lugar no contaminado por los hombres, que los vientos habían mantenido limpio de groseras influencias humanas, un lugar donde los agentes espirituales eran accesibles y agresivos. Nunca, ni antes ni después, había sido objeto de tan indescriptibles sugerencias acerca de una «región más allá», de otro esquema de vida, otra evolución sin paralelo con la humana. Y al final, nuestras mentes sucumbirían bajo el peso del atroz hechizo y nos veríamos forzados a traspasar la frontera de *su* mundo.

Pequeños detalles revelaban la asombrosa influencia de aquel lugar y, ahora, el silencio que rodeaba al fuego permitía que la mente reparase en ellos. Su misma atmósfera había resultado ser un instrumento magnífico para desvirtuar cada detalle: la nutria arrastrada por la corriente, el apresurado barquero haciendo señas, la agitación de los sauces, todas y cada una de esas cosas habían sido desprovistas de su caracterización natural y se manifestaban en parte bajo otro aspecto…, tal como existen más allá de la frontera en aquella otra región. Y yo tenía el presentimiento de que ese cambio de aspecto no solamente era nuevo para mí, sino también para toda la raza humana. Estábamos al borde de una experiencia completamente desconocida para la humanidad entera. Era una clase distinta de experiencia, en el verdadero sentido de la palabra *sobrenatural*.

—Ese propósito deliberado y calculador es lo que anula por completo el valor de uno —dijo el Sueco de pronto, como si realmente hubiese estado siguiendo el hilo de mis pensamientos—. Por lo demás, la imaginación podría valer para mucho. Pero el canalete, la piragua, la disminución de las provisiones…

—¿No te he explicado ya todo eso? —interrumpí, arisco.

—Lo hiciste —respondió secamente—, ya lo creo que lo hiciste.

Como de costumbre, hizo otros comentarios sobre lo que él llamaba la «evidente determinación de disponer de alguna víctima». Pero, una vez puestas en orden mis ideas, reconocí que sus palabras eran simplemente la respuesta airada de un alma asustada al darse cuenta de que estaba siendo atacada en una parte vital y que, de una forma u otra, sería atrapada o destruida. La situación exigía un valor y una serenidad que ninguno de nosotros podía lograr. Nunca hasta entonces había notado tan claramente la existencia dentro de mí de dos personas: una lo explicaba todo, y la otra, pese a estar terriblemente asustada, se reía de tan descabelladas explicaciones.

Mientras tanto, en aquella noche negra como la pez, el fuego agonizaba y la pila de leña menguaba. Ninguno de los dos nos movimos para reponer existencias y, en consecuencia, pronto nos envolvió la oscuridad. Unos pocos pasos más allá del círculo de luz de la lumbre todo estaba negro como la tinta. De vez en cuando, alguna ráfaga aislada de viento hacía temblar a los sauces alrededor nuestro; pero, aparte de aquel sonido, no demasiado bien recibido, reinaba un profundo y deprimente silencio, únicamente roto por el borboteo del río y el murmullo del aire encima de nosotros.

Ambos echábamos de menos, creo, la alborotada compañía de los vientos.

Finalmente, en el preciso momento en que una ráfaga aislada prolongó su duración, como si el viento fuese a levantarse de nuevo, alcancé mi punto de saturación, el punto en el que me era absolutamente necesario encontrar alivio a través de una conversación franca, o, de lo contrario, me traicionaría a mí mismo con alguna extravagancia histérica que nos causaría a ambos un efecto mucho peor. Removí el fuego con el pie y me volví bruscamente hacia mi compañero, el cual levantó los ojos sobresaltado.

—No puedo disimular por más tiempo —dije—; no me agrada este lugar, ni la oscuridad, ni los ruidos, ni las espantosas emociones que me embargan. Aquí hay algo que me deja completamente perplejo. Tengo un miedo cerval, ésa es la pura verdad. Si la otra orilla fuera… diferente, ¡te juro que habría estado dispuesto a salvarme a nado!

El rostro del Sueco se puso muy blanco bajo el intenso bronceado que el sol y el viento le habían procurado. Me miró fijamente a los ojos y contestó tranquilamente; pero, debido precisamente a esa fingida calma, su voz traicionó la enorme excitación que le embargaba. En cualquier caso, por el momento, él seguía siendo el más fuerte de los dos. Para empezar, era más flemático.

—No se trata de una circunstancia física de la que podamos librarnos huyendo —replicó, con el tono de un médico que diagnostica una grave enfermedad—. Debemos cruzarnos de brazos y esperar. Nos rodean fuerzas que podrían matar a un rebaño de elefantes en un segundo con la misma facilidad con que tú o yo podemos aplastar una mosca. No nos queda ninguna otra posibilidad sino quedarnos totalmente quietos. Tal vez pueda salvarnos nuestra misma insignificancia.

Mi rostro expresaba una docena de preguntas, pero no encontraba las palabras adecuadas. Era exactamente como escuchar la precisa descripción de una enfermedad cuyos síntomas me desconcertaban.

—Quiero decir que hasta ahora, aunque conscientes de nuestra presencia perturbadora, no nos han *encontrado…*, no nos han «localizado», como dicen los americanos —prosiguió—. Rondan a nuestro alrededor a ciegas, como hombres buscando una fuga de gas. Así lo demuestran el canalete, la piragua y las provisiones. Creo que nos *sienten*, aunque en realidad no pueden vernos. Debemos mantener nuestras mentes en reposo: son nuestras mentes lo que ellos sienten. Debemos controlar nuestros pensamientos o estamos perdidos.

—¿Te refieres a que podemos morir? —balbuceé, helado de horror por su sugerencia.

—Peor…, con mucho —dijo—. La muerte, según las creencias que uno tenga, significa aniquilación o liberación de las limitaciones de los sentidos; pero no implica ningún cambio de carácter. No *se* puede cambiar de pronto porque el cuerpo haya muerto. Pero esto otro significa una alteración radical, un cambio completo, una horrible pérdida de sí mismo por sustitución; algo mucho peor que la muerte, sin que suponga la aniquilación. Casualmente hemos acampado en un lugar en donde su

territorio linda con el nuestro, donde el velo que separa ambos mundos se ha vuelto más tenue —¡horror!, estaba utilizando mi propia frase, mis mismas palabras—. Por lo tanto se dan perfecta cuenta de nuestra presencia.

—Pero *¿quiénes* se dan cuenta? —pregunté.

Olvidé la agitación de los sauces pese a estar el viento en calma, la vibración por encima de nuestras cabezas, todo excepto que estaba esperando una respuesta que temía más de lo que es posible expresar.

Bajó la voz al mismo tiempo que me replicaba y se inclinó un poco hacia delante sobre la lumbre, con una indefinible expresión en su rostro que hizo que rehuyera sus ojos y bajara la vista al suelo.

—Toda mi vida —dijo— he sido muy consciente, de una manera extraña, de la existencia de otra región —no muy distante de nuestro propio mundo en cierto sentido, aunque muy diferente a él— donde continuamente ocurren grandes cosas, donde pululan enormes y terribles personajes, guiados por vastos propósitos comparados con los cuales los asuntos terrenos, el auge y decadencia de las naciones, los destinos de los imperios, la suerte de ejércitos y continentes, son como polvo en una balanza; es decir, vastos propósitos que se relacionan directamente con el alma y no indirectamente con meras expresiones del alma…

—Propongo ahora… —empecé a decir, tratando de interrumpirle como si me enfrentara con un loco. Pero él me intimidó inmediatamente con su torrencial descripción de lo que *tenía* que ocurrir.

—Tú piensas —dijo— que son los espíritus de los elementos y yo creía que tal vez fuesen los dioses antiguos. Pero ahora te digo que no son *ni una cosa ni otra*. Aquellos serían unas entidades comprensibles que tienen relaciones con los humanos, dependiendo de ellos en cuanto a culto o sacrificio; mientras que estos seres que ahora nos rodean no tienen absolutamente nada que ver con la humanidad y es mera casualidad que su espacio linde con el nuestro en este preciso lugar.

Aquella simple idea, que de algún modo sus palabras hacían más convincente, al ser escuchadas en la sombría inquietud de aquella isla solitaria, me hizo temblar un poco. Me resultaba imposible controlar mis movimientos.

—Y ¿qué es lo que se proponen? —comencé de nuevo.

—Un sacrificio, una víctima podría salvarnos, distrayéndoles hasta que lográsemos escapar —prosiguió—, igual que los lobos se detienen a devorar a los perros permitiendo que el trineo se vuelva a distanciar. Mas… por ahora no veo la posibilidad de que pueda haber ninguna otra víctima.

Le miré fijamente con los ojos desmesuradamente abiertos. El fulgor de sus ojos era espantoso. Luego continuó.

—Son los sauces, desde luego. Los sauces nos los *ocultan*, aunque ellos nos perciben a nosotros. Si dejamos que nuestras mentes traicionen nuestro miedo, estamos perdidos, irremisiblemente perdidos.

Me miró con una expresión tan sosegada, tan decidida, tan sincera, que no tuve ya

ninguna duda acerca de su cordura. Estaba tan cuerdo como el que más.

—Si somos capaces de resistir toda la noche —añadió—, al alba tal vez podamos pasar desapercibidos, o mejor, *sin ser descubiertos*.

—Pero ¿tú crees realmente que un sacrificio…?

Mientras yo hablaba, aquel zumbido como de gong sonó muy cerca por encima de nuestras cabezas; pero fue el rostro de mi amigo lo que realmente me hizo callar.

—¡Chsss! —susurró, levantando la mano—. No les menciones más que cuando no puedas evitarlo. No te refieras a ellos por *su nombre*. Nombrar es revelar: es una pista ineludible y nuestra única esperanza estriba en ignorarles, para que ellos puedan ignorarnos a nosotros.

—¿Ni siquiera mentalmente? —dije. Estaba extraordinariamente agitado.

—Sobre todo mentalmente. Nuestros pensamientos son como espirales en su mundo. Debemos mantenerles *apartados de nuestras mentes*, cueste lo que cueste.

Hurgué en el fuego para impedir que la oscuridad se adueñara de todo. Nunca anhelé el sol tanto como entonces en medio de la espantosa negrura de aquella noche de verano.

—¿Estuviste despierto toda la noche? —continuó de repente.

—Dormí un poco al amanecer, aunque malamente —repliqué evasivamente, tratando de seguir sus instrucciones que intuitivamente sabía que eran ciertas—. Pero el viento, desde luego…

—Ya sé. Pero el viento no justifica todos aquellos ruidos.

—Entonces, ¿tú también los oíste?

—Oí innumerables pasos que se multiplicaban —dijo, añadiendo tras una breve vacilación—: Y aquel otro sonido…

—¿Quieres decir el de encima de la tienda, la presión de algo tremendo y gigantesco?

Asintió con la cabeza significativamente.

—Era como el comienzo de una especie de sofocación interna —dije.

—En parte sí. Me parecía que la pesadez de la atmósfera se había alterado…, había aumentado enormemente, de tal modo que íbamos a ser aplastados.

—¿Y *eso?* —proseguí, decidido a poner las cosas en claro, señalando hacia arriba, donde sonaba sin cesar la vibración de gong, que aumentaba o disminuía como el viento—. ¿Qué te parece eso?

—Es *su* sonido —susurró gravemente—. Es el sonido de su mundo, el murmullo de su región. La separación es aquí tan tenue que, de una manera u otra, se filtra. Pero, si escuchas con cuidado, comprobarás que no viene de arriba, sino más bien de nuestro alrededor. Procede de los sauces. Son los propios sauces los que vibran, porque en este lugar se han convertido en símbolos de las fuerzas que están contra nosotros.

No pude comprender con exactitud lo que quería dar a entender con eso, aunque estaba fuera de toda duda que mis pensamientos coincidían con los suyos. Me daba

cuenta de todo lo mismo que él, sólo que con menor capacidad de análisis. Cuando estaba ya a punto de contarle por fin mi alucinación de las figuras ascendentes y los arbustos en movimiento, de pronto volvió a acercar su rostro a mí, al otro lado de la lumbre, y comenzó a hablar en voz bajá y muy seriamente. Admiré su calma y su valor, su aparente control de la situación. ¡Precisamente aquel hombre a quien durante tanto tiempo había considerado falto de imaginación y estólido!

—Escucha —dijo—. Lo único que podemos hacer es continuar como si nada hubiese sucedido, seguir con nuestras costumbres habituales, acostarnos y demás; aparentar que ni sentimos ni notamos nada. Se trata de una cuestión exclusivamente mental y cuanto menos pensemos en ellos, más posibilidades tendremos de escapar. Sobre todo no *pienses*, ¡lo que se piensa sucede!

—De acuerdo —logré replicar, casi sin aliento a causa de sus palabras y el misterio que las envolvía—. Está bien, lo intentaré, pero antes dime una cosa. ¿Qué piensas de esos hoyos en el suelo alrededor nuestro, esos embudos de arena?

—¡No! —gritó, olvidándose de susurrar a causa de su excitación—. No me atrevo, sencillamente no me atrevo a expresar en palabras lo que pienso. Me alegra que no lo hayas adivinado. No lo intentes. *Ellos* metieron en mi mente esa idea; haz todo lo posible por impedir que también la metan en la tuya.

Antes de terminar de hablar, bajó de nuevo la voz hasta convertirla en un susurro y ya no le pedí más explicaciones. Tenía ya dentro de mí casi todo el horror que era capaz de soportar. La conversación llegó a su fin y nos pusimos afanosamente a fumar nuestras pipas en silencio.

Entonces sucedió algo, aparentemente sin importancia, como suele ocurrir cuando los nervios están sometidos a una gran tensión; y ese pequeño incidente me proporcionó, durante un breve espacio de tiempo, un punto de vista completamente diferente. Casualmente bajé la mirada a mis playeras —calzado que usábamos en la piragua— y algo relacionado con el roto en la puntera me recordó la tienda de Londres donde las había comprado, las dificultades que tuvo el dependiente para ajustármelas y otros detalles de la poco interesante aunque práctica operación. Inmediatamente después siguió una saludable visión del escéptico mundo moderno en el que estaba acostumbrado a moverme. Pensé en carne de vaca asada con cerveza, automóviles, policías, bandas de música y otra docena de cosas que proclamaban la esencia de la mediocridad o el utilitarismo. El efecto fue inmediato y me asombró incluso a mí. Supongo que, psicológicamente, se trataba simplemente de una súbita y violenta reacción después de la tensión a que me había sometido aquel ambiente tan insoportable e increíble para una conciencia normal. Pero, cualquiera que fuese la causa, momentáneamente liberó mi corazón del hechizo y, durante el corto espacio de un minuto, me sentí libre y totalmente desprovisto de miedo. Miré a mi amigo, que se encontraba frente a mí.

—¡Maldito pagano! —grité, riéndome a carcajadas en sus barbas—. ¡Iluso idiota! ¡Idólatra supersticioso!…

Me detuve a la mitad, embargado de nuevo por el mismo horror de antes. Intenté ocultar el sonido de mi voz, que me parecía sacrílego. El Sueco, por supuesto, también oyó el extraño grito en la oscuridad por encima de nuestras cabezas y su repentina interrupción, como si alguien se estuviera acercando.

Pese a su bronceado, se había puesto blanco como la ceniza. Permanecía de pie frente al fuego, bien erguido, más tieso que un palo, mirándome fijamente.

—Después de eso —dijo de un modo desesperado y frenético— ¡debemos irnos! No podemos seguir aquí. Debemos levantar el campamento inmediatamente y continuar río abajo.

Me daba cuenta de que hablaba impetuosamente, que sus palabras las dictaba el más abyecto terror, ese terror al que tanto tiempo se había resistido, pero que al fin se había apoderado de él.

—¿A oscuras? —exclamé, temblando de miedo tras mi arrebato histérico, pero dándome cuenta todavía de nuestra situación mejor que él—. ¡Eso es una completa locura! El río está en plena crecida y sólo tenemos un canalete. Además, ¡lo único que conseguiríamos sería adentrarnos todavía más en su territorio! ¡No hay nada río abajo en cincuenta millas más que sauces, sauces, y más sauces!

Volvió a sentarse en un estado próximo al derrumbamiento. Nuestras posiciones, por uno de esos cambios caleidoscópicos que tanto gustan a la naturaleza, se habían invertido de repente y ahora el control de nuestras fuerzas pasaba a mis manos. Su mente había llegado por fin al límite y empezaba a flaquear.

—¿Qué demonios se ha apoderado de ti para que hagas semejante cosa? —susurró con verdadero terror en la voz y en el rostro.

Rodeé el fuego para ponerme a su lado. Tomé sus manos entre las mías, me arrodillé junto a él y le miré directamente a los ojos, que estaban bastante asustados.

—Alimentaremos el fuego por última vez —dije con firmeza— y luego nos recogeremos a pasar la noche. Al amanecer nos iremos a toda velocidad hacia Komorn. Ahora tranquilízate un poco y recuerda tu propio consejo de *no tener miedo*.

No dijo nada y comprendí que estaba de acuerdo y dispuesto a obedecer. En cierto modo, además, era una especie de alivio levantarse y hacer una incursión en las tinieblas en busca de leña. Permanecimos muy juntos, casi rozándonos, buscando a tientas por entre los arbustos y a lo largo de la margen. El zumbido sobre nuestras cabezas no cesó en todo ese tiempo, sino que me pareció que se intensificaba a medida que aumentaba nuestra distancia al fuego. ¡Fue un trabajo estremecedor!

Estábamos rebuscando en medio de un espeso grupo de sauces, entre cuyas ramas habían quedado atrapados algunos maderos flotantes de una crecida anterior, cuando algo me agarró y casi me hizo caer a la arena. Era el Sueco. Había caído sobre mí y se aferraba a mi cuerpo en busca de apoyo. Oí su respiración jadeante.

—¡Mira! ¡Por mi alma! —susurró, y por primera vez en mi vida supe lo que era una voz humana llorando lágrimas de terror. Señalaba hacia el fuego, a unos cincuenta pies de distancia. Seguí la dirección de su dedo y juro que mi corazón dejó

de latir.

Allí, ante el débil resplandor del fuego, *algo se movía*.

Lo vi un poco confusamente a través de un velo que colgaba ante mis ojos como uno de esos telones de gasa empleados como fondo en los teatros. No era ni una figura humana ni un animal. Me dio la extraña impresión de que era tan largo como varios animales agrupados, como dos o tres caballos moviéndose lentamente. El Sueco también vio lo mismo, aunque lo expresó de un modo distinto, pues le pareció que tenía la forma y el tamaño de un grupo de sauces de copas redondeadas que no dejaban de agitarse, «enroscándose sobre sí mismos como el humo», según dijo después.

—Le vi descender lentamente por entre los arbustos —me dijo sollozando—. ¡Mira! ¡Por Dios! ¡Viene hacia aquí! ¡Oh! ¡Oh! —profirió una especie de grito silbante—. *Nos han encontrado*.

Eché un vistazo, aterrorizado, lo que me permitió ver que la sombría forma se acercaba a nosotros por entre los arbustos, balanceándose; entonces, caí hacia atrás entre las ramas con gran estrépito. Aquéllas no lograron, por supuesto, soportar mi peso, de modo que, con el Sueco encima de mí, caímos ambos a la arena amontonados. Realmente apenas me di cuenta de lo que había sucedido. Fui consciente tan sólo de una especie de sensación envolvente de miedo cerval que parecía arrancar mis nervios de su envoltura carnosa, retorcerlos en todas direcciones y luego reponerlos en medio de grandes temblores. Había cerrado los ojos; algo me oprimía la garganta; sentía que mi conciencia se ensanchaba, se extendía por todo el espacio, lo que rápidamente daba lugar a otra sensación: la estaba perdiendo completamente y estaba a punto de morir.

Me traspasó un agudo espasmo de dolor y entonces me di cuenta de que el Sueco me había agarrado de tal forma que me lastimaba abominablemente. Al caer se había aferrado a mí de esa manera.

Pero fue aquel dolor, según declaró él más adelante, lo que me salvó; hizo que *les olvidara* y pensara en otra cosa, precisamente cuando estaban a punto de descubrirme. Aquello les ocultó mi mente en el momento del descubrimiento, justo a tiempo de evitar su terrible captura. Él mismo, según dice, se desmayó en aquel preciso momento y eso fue lo que le salvó.

Lo único que yo sé es que un rato después, que me es imposible precisar si fue largo o corto, intenté salir a gatas de la resbaladiza red de ramas de sauce y vi a mi compañero, erguido frente a mí, que me tendía una mano para ayudarme. Le miré un poco aturdido, mientras me frotaba el brazo que me había retorcido. No sé por qué, pero no se me ocurrió nada que decir.

—Perdí el conocimiento durante unos segundos —le oí decir—. Eso fue lo que me salvó. Hizo que dejara de pensar en ellos.

—Casi me partes el brazo en dos —contesté, expresando de momento mi único pensamiento coherente. Mientras tanto, me invadió el entumecimiento.

—¡Eso fue lo que *te* salvó! —replicó—. Hemos logrado, entre los dos, ponerles tras una pista falsa. La vibración sonora ha cesado. Ha desaparecido…, ¡al menos de momento!

Un nuevo acceso de risa histérica se apoderó de mí, alcanzando también en esta ocasión a mi amigo: tremendas y saludables ráfagas de desconcertantes carcajadas que traían consigo una gran sensación de alivio. Regresamos de nuevo al fuego y arrojamos en él la madera, que inmediatamente ardió. Entonces descubrimos que la tienda se había caído y yacía en el suelo formando un enmarañado montón.

La levantamos y, durante el proceso, tropezamos más de una vez y nuestros pies quedaron atrapados en la arena.

—Son esos embudos de arena —exclamó el Sueco, una vez que la tienda estuvo de nuevo en pie y la lumbre iluminaba el suelo varias yardas alrededor nuestro—. ¡Mira qué tamaño tienen!

En torno a la tienda, y cerca de la hoguera donde habíamos visto las sombras movedizas, había profundos hoyos en la arena en forma de embudo, exactamente iguales a los que habíamos encontrado antes en la isla, sólo que mucho más grandes y hondos, y en ocasiones lo suficientemente anchos como para engullir mi pie e incluso mi pierna.

Ninguno de los dos dijo una sola palabra. Ambos sabíamos que lo más prudente que podíamos hacer era dormir y en consecuencia nos fuimos a la cama sin más dilaciones, no sin antes haber apagado el fuego con arena y haber metido en la tienda el saco de las provisiones y el canalete. La piragua la apoyamos también en un extremo de la tienda, de manera que pudiéramos tocarla con los pies, con lo que el menor movimiento de la misma nos despertaría.

Por si fuera necesario, volvimos también a acostarnos vestidos, listos para partir lo más rápidamente posible.

V

Tenía la firme intención de mantenerme despierto y vigilante toda la noche, pero mi agotamiento nervioso y corporal decretó otra cosa bien distinta y al poco rato me invadió el sueño con su grato manto de inconsciencia. El hecho de que mi compañero también durmiera aceleró la llegada de este sueño. Al principio se impacientó y se estuvo incorporando continuamente, preguntándome si «oía esto» u «oía aquello otro». Daba vueltas y se agitaba en su colchón de corcho y afirmaba que la tienda se estaba moviendo y el río había crecido superando el promontorio de la isla. Pero cada vez que salía yo a mirar, regresaba con la información de que todo estaba en orden. Finalmente, se tranquilizó y permaneció inmóvil. Luego, su respiración se regularizó, por fin, y pude escuchar inconfundibles ronquidos; fue la primera y única vez en mi

vida que me alegré de oírlos por su efecto tranquilizante.

Recuerdo que ése fue mi último pensamiento antes de dormirme.

Me despertó un problema respiratorio y descubrí que la manta me tapaba el rostro. Algo más me estaba presionando además de la manta, y mi primer pensamiento fue que mi compañero se había caído de su colchón al mío mientras dormía. Le llamé y me incorporé; en ese mismo instante me di cuenta de que la tienda estaba *rodeada*. En el exterior volvían a oírse aquellos innumerables golpecitos, cuyo sonido llenaba de horror la noche.

Le volví a llamar, más fuerte que antes. No me contestó, pero al mismo tiempo eché de menos el ruido de sus ronquidos y me di cuenta también de que el faldón de la entrada estaba bajado. Era un fallo imperdonable. Gateé a oscuras hacia la entrada para volverlo a sujetar sólidamente y fue entonces cuando por vez primera advertí realmente que el Sueco no estaba allí. Se había ido.

Salí precipitadamente en una loca carrera, presa de una agitación espantosa, y una vez fuera, me vi sumergido en un torrente de vibraciones sonoras que me rodeaba por completo y procedía a la vez de todas partes. ¡Era el mismo zumbido de antes… pero enloquecido! Parecía como si me rodeara un enjambre de gigantescas abejas invisibles. Daba la impresión de que el sonido volvía más densa la misma atmósfera y sentía que mis pulmones funcionaban con dificultad.

Pero mi amigo estaba en peligro y yo no podía vacilar.

El alba estaba ya a punto de despuntar y una tenue luz blanquecina se extendía por encima de las nubes, procedente de una delgada franja de claridad en el horizonte. No hacía viento. Sólo se divisaban arbustos y, más allá, el río y los pálidos bancos arenosos. En mi excitación, corrí frenéticamente de un lado para otro en torno a la isla, llamándole por su nombre y gritando con todas mis fuerzas lo primero que se me ocurría. Pero los sauces apagaban mi voz y el zumbido la amortiguaba, de manera que mis gritos sólo llegaban a unos pasos a mi alrededor. Me precipité por entre los matorrales, dando traspiés, tropezando con raíces, arañándome la cara, mientras corría en todas direcciones obstaculizado por las ramas.

Entonces, inesperadamente, tropecé con el promontorio de la isla y vi una misteriosa silueta recortándose entre el agua y el cielo. Era el Sueco. ¡Y ya había metido un pie en el río! Un instante más y se habría zambullido.

Me abalancé sobre él, le pasé los brazos por la cintura y le arrastré hacia la orilla con todas mis fuerzas. Luchó frenéticamente, por supuesto, haciendo todo el tiempo un ruido parecido a aquel maldito zumbido y empleando, en su enojo, extrañas frases como «ir *dentro* de ellos» o «tomar el camino del agua y el viento» y sólo Dios sabe cuántas cosas más, que más tarde traté en vano de recordar, pero que al escucharlas me horrorizaron tanto como me asombraron. Finalmente, logré llevarle hasta la relativa seguridad de la tienda y arrojarle, sin aliento y maldiciendo, sobre el colchón, donde le retuve hasta que el ataque hubo pasado.

Creo que tal vez lo más extraño de todo el asunto fue lo repentinamente que

sucedió todo y lo pronto que el Sueco se tranquilizó, coincidiendo con el cese, igualmente brusco, del zumbido y el golpeteo en el exterior. Pues nada más abrir los ojos y volver su fatigado rostro hacia mí, el amanecer arrojó sobre él su pálida luz a través de la abertura de entrada, y dijo, exactamente igual que un niño asustado:

—Mi vida, viejo amigo…, te debo la vida. De todos modos, ahora todo ha terminado. ¡Han encontrado una víctima que nos sustituya!

Entonces, se dejó caer hacia atrás sobre sus mantas y se durmió literalmente delante de mis propios ojos. Simplemente se desvaneció y empezó de nuevo a roncar tan saludablemente como si nada hubiese sucedido y él nunca hubiese intentado ofrecer su propia vida en sacrificio ahogándose. Y cuando la luz del sol le despertó tres horas después —horas de continua vigilia para mí— fue tan evidente que él no recordaba absolutamente nada de lo que había intentado hacer, que consideré más sensato disfrutar de mi momentánea paz y no hacer preguntas peligrosas.

Se despertó fácilmente, como he dicho, cuando ya el sol estaba en lo alto de un cielo abrasador y sin viento, e inmediatamente se levantó y se puso a preparar el fuego para el desayuno. Le seguí con inquietud cuando fue a bañarse, pero no intentó sumergirse, simplemente se mojó la cabeza e hizo algunos comentarios acerca de la extrema frialdad del agua.

—El río está bajando por fin —dijo—. Me alegro.

—El zumbido también ha parado —dije.

Levantó los ojos y me miró en silencio con su expresión habitual. Evidentemente recordaba todo excepto su intento de suicidio.

—Todo se ha parado —dijo— porque…

Vaciló. Pero yo ya me sospechaba lo que iba a decir por el comentario que estuvo a punto de hacerme cuando se desmayó, y estaba decidido a enterarme de todo.

—¿Porque «han encontrado otra víctima»? —dije, forzando una risita.

—Exactamente —contestó—. ¡Exactamente! Estoy tan seguro de eso como si…, como si…, quiero decir que me siento de nuevo completamente a salvo —terminó.

Se puso a mirar a su alrededor con curiosidad. La luz del sol caía a plomo sobre la cálida arena. No había rastro de viento. Los sauces estaban inmóviles. Lentamente se puso en pie.

—Vamos —dijo—. Creo que si la buscamos, la encontraremos.

Salió corriendo y yo le seguí. Recorría las márgenes del río, hurgando con un palo entre las ensenadas arenosas, las cavernas y los remansos, pisándole yo siempre los talones.

—¡Ah! —exclamó de pronto—. ¡Ah!

El tono de su voz me recordó, de alguna manera, la intensa sensación de horror de las últimas veinticuatro horas, por lo que corrí a reunirme con él. Estaba señalando con su bastón un objeto grande y negro que yacía mitad en el agua, mitad en la arena. Parecía haber quedado atrapado entre algunas raíces de sauces retorcidas, de modo que el río no podía arrastrarlo. Unas pocas horas antes, aquel lugar debió haber estado

cubierto por las aguas.

—Mira —dijo tranquilamente— ¡ésta es la víctima que hizo posible nuestra escapatoria!

Y cuando miré por encima de su hombro, vi que su bastón se apoyaba en el cuerpo de un hombre. Le dio la vuelta. Era el cadáver de un campesino y su cara la ocultaba la arena. Evidentemente el hombre se había ahogado sólo unas horas antes, y su cuerpo debía haber sido arrastrado río abajo hasta nuestra isla a eso del amanecer…, al mismo tiempo que al Sueco se le *pasaba el ataque de locura*.

—Debemos enterrarle decentemente, ya sabes.

—Supongo que sí —repliqué. Me estremecí un poco a mi pesar, pues había algo en el aspecto de aquel pobre hombre ahogado que me dejó helado.

El Sueco me miró de repente, con una expresión indescifrable en el rostro, y empezó a descender a gatas por la margen. Le seguí sin prisas. La corriente, según pude observar, había arrancado gran parte de las ropas del cuerpo, de modo que el cuello y parte del pecho aparecían desnudos.

A mitad del descenso, mi compañero se detuvo de pronto y levantó la mano en señal de advertencia; pero, o bien mi pie resbaló, o llevaba demasiado impulso para poder detenerme rápidamente, lo cierto es que choqué con él y le empujé hacia delante en una especie de salto para protegerle. Caímos juntos sobre la dura arena, de modo que nuestros pies chapotearon en el agua. Y antes de que pudiéramos hacer nada, tropezamos con el cadáver.

El Sueco profirió un grito agudo y yo di un salto atrás como si me hubieran disparado.

En el momento en que tocábamos el cadáver, de su superficie se elevó un estrepitoso sonido, como de varios zumbidos a la vez, que pasó a nuestro lado con una considerable agitación como de aleteos en el aire y desapareció en lo alto del cielo, haciéndose cada vez más imperceptible hasta apagarse finalmente en la distancia. Era exactamente como si hubiéramos molestado a algunas criaturas vivas aunque invisibles mientras estaban ocupadas en algo…

Mi compañero se agarró a mí e imagino que yo también me agarraría a él; pero antes de que ninguno de los dos hubiera tenido tiempo de recobrarse de la inesperada impresión, vimos que la corriente había dado la vuelta al cadáver, de modo que éste quedó liberado de las raíces del sauce que lo sujetaban. Un instante después había girado por completo sobre sí mismo y su rostro muerto aparecía boca arriba, mirando al cielo. Se encontraba en el mismo borde de la corriente principal. Un instante más y sería arrastrado.

El Sueco se dispuso a recuperar el cadáver, gritando de nuevo algo que no entendí acerca de un «entierro adecuado»…, y luego, repentinamente, cayó de rodillas en la arena y se tapó los ojos con las manos. Inmediatamente llegué junto a él.

Vi lo que él había visto.

Pues, nada más girar el cuerpo hacia la corriente, la cara y lo que se veía del

pecho se volvieron completamente hacia nosotros, mostrando claramente cómo la piel y la carne habían sido carcomidas por una multitud de pequeños hoyos, bellamente formados y exactamente similares en forma y aspecto a los embudos de arena que habíamos encontrado por toda la isla.

—¡Su marca! —oí murmurar a mi compañero por lo bajo—. ¡Su atroz marca!

Y cuando aparté mis ojos del lívido rostro del Sueco y miré de nuevo hacia el río, la corriente había hecho ya su trabajo; el cuerpo había sido arrastrado al centro del río y se encontraba ya fuera de nuestro alcance y casi de nuestra vista, girando una y otra vez sobre sí mismo entre las olas como una nutria.

William Hope Hodgson

LA CASA EN EL CONFÍN DE LA TIERRA

(The House on the Borderland, 1908)

Mucho menos conocido que Machen, Blackwood o Dunsany pero de una influencia similar, si no mayor, en la obra de Lovecraft, especialmente en su ciclo de Cthulhu, es el oscuro escritor británico William Hope Hodgson (1875-1918), autor de cuatro novelas y otros tantos volúmenes de relatos en donde predomina lo macabro y lo terrorífico. Hijo de un clérigo de Essex, Hodgson abandonó su casa de muy joven para embarcarse, sirviendo durante ocho años en la marina mercante británica con la que recorrió todo el mundo. A su regreso a Inglaterra comenzó su carrera literaria con moderado éxito, alternando relatos «marítimos» a lo Conrad o Melville —recogidos poco antes de su muerte en las antologías «The Luck of the Strong» y «Captain Gault»— con verdaderas narraciones de terror cósmico —novelas como «Los botes del "Glen Carrig"» y «Los piratas fantasmas» y cuentos como «La nave abandonada», «Una voz en la noche» o los contenidos en la antología «Men of the Deep Waters»— donde el mar se convierte en una sobrecogedora fuerza elemental pavorosamente enfrentada a la pequeñez humana. La Primera Guerra mundial le sorprendió en Francia, pese a lo cual no dudó en alistarse. Pocos días antes del armisticio una granada acabó con su vida mientras servía como observador.

Su prematura muerte relegó injustamente al olvido su nada despreciable obra, en la que —aparte lo citado— destacan dos impresionantes novelas visionarias, «La casa en el confín de la Tierra» y «The Night Land», predilectas de Lovecraft, para el que Hodgson «solamente es superado por Algernon Blackwood en el tratamiento serio de lo irreal» y «pocos son los que pueden igualarle en cuanto a sugerir la proximidad de fuerzas innombrables y monstruosas entidades al acecho». «La casa en el confín de la tierra» es una curiosa amalgama de aventura galáctica, fantasía profética, visión apocalíptica y viaje alucinatorio, cuya importancia anticipatoria en la mejor ficción fantástica de este siglo (terror cósmico y ciencia ficción) es cada vez más reconocida. El extenso fragmento aquí seleccionado —que narra «los delirios del espíritu del narrador durante ilimitados años-luz del espacio cósmico y kalpas de eternidad, y su asistencia a la destrucción final del sistema solar»— es destacado especialmente por Lovecraft —«algo único en la literatura»— dentro de su elogio global de la novela, para él la mejor, con mucho, de todas sus obras.

LA CASA EN EL CONFÍN DE LA TIERRA[11]

(fragmento)

LA ROTACIÓN DECRECIENTE

«UN millón de años más tarde, quizá, observé, sin lugar a dudas, qué la sábana de fuego que iluminaba el mundo estaba efectivamente oscureciendo.

»Pasó otro enorme período de tiempo, y la inmensa llama adquirió una tonalidad cobriza. Oscureció gradualmente, de cobriza pasó a volverse roja, y de ahí tendió a una coloración oscura, pesada, purpúrea, con una extraña apariencia de sangre.

»Aunque la luz declinaba, no notaba que disminuyese la aparente velocidad del sol. Aún se desparramaba en forma de velo deslumbrante y vertiginoso.

»El mundo, lo que yo podía ver de él, se había sumido en una oscuridad terrible, lóbrega, como si, efectivamente, se aproximase el día final de los mundos.

»El sol estaba agonizando; de eso había poca duda. Y la Tierra siguió girando en el espacio durante evos y evos. Esta vez, recuerdo, me invadió una tremenda sensación de perplejidad. Después me di cuenta de que me hallaba inmerso mentalmente en un caos de fragmentarias teorías modernas y viejas historias bíblicas sobre el fin del mundo.

»Entonces, por vez primera, se me ocurrió la idea de que el sol, con su sistema de planetas, había estado y estaba viajando por el espacio a increíble velocidad. Y de repente, me vino la pregunta: *¿Hacia dónde?* Durante muchísimo tiempo medité sobre esta cuestión; pero finalmente, con cierta conciencia de que eran vanas mis conjeturas, dejé vagar mis pensamientos hacia otras cosas. Me pregunté cuánto tiempo más seguiría en pie este edificio. Me dije asimismo si estaría yo condenado a permanecer en la Tierra, incorpóreo, durante los tiempos de oscuridad que habían de venir. Tras estos pensamientos, me abismé de nuevo en lucubraciones sobre la probable trayectoria del sol a través del espació… y transcurrió otro larguísimo período.

»Gradualmente, en tanto el tiempo huía, empecé a sentir el frío de un invierno interminable. Entonces recordé que, tras la muerte del sol, el frío sería necesariamente intensísimo. Muy despacio, a medida que los evos discurrían hacia la eternidad, la Tierra se iba hundiendo en un crepúsculo denso y rojizo, y la mortecina llama del firmamento adoptaba un tono más apagado y sombrío y turbio.

»Entonces, finalmente, empecé a comprender que se había operado un cambio. El oscuro velo de llamas que se estremecía en el cielo meridional empezaba a hacerse

tenue, y a contraerse; y del mismo modo que se ven las rápidas vibraciones de una cuerda de arpa destensada, así vi temblar otra vez el río-sol, vertiginosamente, de norte a sur.

»Poco a poco fue desapareciendo el aspecto de sábana de fuego, y vi con claridad los bandazos del río-sol. Sin embargo, incluso entonces era inconcebible la velocidad de su oscilación. Y entre tanto, el resplandor del arco ígneo seguía disminuyendo de manera invariable. Abajo, el mundo, apenas iluminado, era una región confusa y espectral.

»Arriba, el río de llama se cimbreaba más despacio cada vez, hasta que, finalmente, osciló de norte a sur en grandes, pesadas vibraciones que duraban segundos. Transcurrió mucho tiempo, hasta que cada oscilación del inmenso arco se hizo de casi un minuto, de manera que, al cabo de mucho rato, dejé de percibirlo como un movimiento visible; y el río de fuego corrió como un caudal incalculable de oscura llama por el cielo mortecino.

»Transcurrió un período indefinido, y el arco de fuego empezó a volverse de bordes menos nítidos. Lo veía más borroso, y me daba la impresión de que, de vez en cuando, aparecían franjas negruzcas. Luego, mientras miraba, cesó el blando fluir, y se produjo un momentáneo aunque gradual oscurecimiento del mundo. Siguió aumentando, hasta que volvió la noche otra vez, aunque periódica, a intervalos, sobre la Tierra cansada.

»Las noches se fueron alargando cada vez más, de modo que, por último, el día y la noche alcanzaron una duración de varios segundos, y el sol se reveló de nuevo como una bola casi invisible y cobriza en la bruma incandescente de su trayectoria. En correspondencia con las líneas oscuras que a veces rayaban su estela, destacaron claramente sobre el sol, semivisibles, grandes franjas oscuras.

»Pasaron los años, uno tras otro, y los días y las noches se extendieron a minutos. El sol había perdido su aspecto de cola, y surgía y se ocultaba como un inmenso globo de color bronce incandescente, cruzado por franjas de un rojo sangre que formaban anillos en unas zonas, mientras que otras mostraban bandas oscuras, como ya he dicho. Estos círculos —rojos y negros— eran de una anchura variable. Durante algún tiempo, no supe a qué atribuirlos. Luego se me ocurrió que era poco probable que el sol se enfriase de manera uniforme, y que estas señales se debían quizá a diferencias de temperatura entre las diversas zonas; las rojas corresponderían quizá a regiones cuyo calor era todavía muy elevado, y las negras a las partes relativamente más frías.

»Pero me parecía raro que el sol se enfriase a franjas regulares y definidas; hasta que se me ocurrió que serían manchas aisladas, y que la enorme velocidad de su rotación les daba aspecto de cinturón. El sol mismo era mucho más grande que como lo había conocido yo en los viejos días terrestres; por lo que deduje que estaba sensiblemente más cerca.

»Algunas noches, aún aparecía la luna[12], aunque pequeña y remota. Y su luz era

tan mortecina y débil que parecía poco más que el fantasma confuso y minúsculo de la vieja luna que yo había conocido en otro tiempo.

»Los días y las noches fueron alargándose poco a poco, hasta durar algo menos que el espacio de una vieja hora terrestre; el sol salía y se ponía como un gigantesco disco de bronce rojizo, cruzado de franjas negras como la tinta. Y entonces descubrí que podía ver claramente los jardines otra vez. Porque el mundo se había quedado ahora muy quieto e inmóvil. Sin embargo, no soy exacto al decir «jardines», puesto que no existían…, ni existía nada que me fuese familiar o pudiese reconocer. En su lugar, había una inmensa llanura que se prolongaba hasta la lejanía. Un poco a mi derecha había una cadena de pequeñas elevaciones. En todas partes se extendía una capa blanca y uniforme de nieve que, en algunos puntos, se alzaba en montículos y crestas.

»Ahora me daba cuenta de lo grande que había sido la nevada. En algunas zonas era enormemente espesa, como lo indicaban las grandes, insalvables ondulaciones que se alzaban como colinas a mi derecha; aunque no es imposible que se debieran a algún accidente del suelo. Extrañamente, la cadena de bajas elevaciones a mi izquierda —que ya he mencionado— no estaba cubierta del todo por esta nieve universal, y en varios lugares asomaban sus peladas y oscuras laderas. Y en todas partes, y siempre, reinaba un increíble silencio y desolación. La inmutable, espantosa quietud de un mundo agonizante.

»Durante todo este tiempo, los días y las noches se iban alargando de forma perceptible. Ya, cada día duraba unas dos horas, quizá, del amanecer al crepúsculo. Por la noche, me había sorprendido descubrir arriba muy pocas estrellas; y las que había eran diminutas, aunque de extraordinaria brillantez; cosa que atribuí a la rara aunque evidente negrura de la noche.

»Hacia el norte se discernía una especie de nebulosa, no muy distinta de una pequeña porción de Vía Láctea. Puede que fuera un enjambre de estrellas muy remoto; o —esta posibilidad se me ocurrió de repente— tal vez un universo sidéreo que yo había conocido, y que ahora se quedaba muy atrás, para siempre… una pequeña, mortecina bruma de estrellas perdidas en las profundidades del espacio.

»Los días y las noches seguían alargándose lentamente. Cada vez, el sol salía más apagado de lo que se ocultaba. Y la anchura de sus cinturones oscuros seguía en aumento.

»Entonces sucedió algo nuevo. El sol, la tierra y el cielo se oscurecieron de repente, y desaparecieron durante un breve intervalo. Tuve una sensación, como una conciencia (muy poco era lo que podía percibir visualmente) de que la Tierra sufría una gran nevada. Luego, un instante más tarde, se disipó el velo que lo había oscurecido todo y volví a mirar al exterior. Mis ojos descubrieron un espectáculo maravilloso. La hondonada donde se alzaba este edificio con sus jardines estaba enteramente cubierta de nieve[13]. El alféizar de la ventana rebosaba. Por todas partes se extendía una inmensa colcha blanca que reflejaba melancólicamente los oscuros

resplandores cobrizos del sol moribundo. La Tierra se había vuelto lisa, sin sombras de horizonte a horizonte.

»Alcé los ojos hacia el sol. Brillaba con extraordinaria y pálida claridad. Lo miré como el que hasta ahora había podido mirarlo sólo a través de un medio parcialmente oscuro. A su alrededor, el cielo se había vuelto negro, de una negrura intensa, profunda, espantosa en su profundidad, en su infinita tiniebla, en su hostilidad absoluta. Durante un período inmenso, lo estuve observando asustado y sobrecogido. Estaba muy cerca. De haber sido niño yo, habría podido expresar mi impresión y mi angustia diciendo que el cielo había perdido su techo.

»Después, me volví y miré a mi alrededor, por la habitación. Todo estaba cubierto por el fino sudario blanco y omnipresente. Podía verlo, aunque de manera dudosa, debido a la luz difusa que ahora iluminaba el mundo. Parecía adherirse a los muros ruinosos; el espeso polvo de los años que cubría el suelo hasta las rodillas había desaparecido. La nieve había debido de entrar por los huecos de las ventanas. Sin embargo, no se había acumulado en los rincones, sino que se veía, suave y uniforme, en todos los puntos de la antigua y enorme estancia. Por otra parte, no había soplado viento en todos estos miles de años. Pero allí estaba la nieve, como he dicho.

»Y toda la Tierra estaba en silencio. Y reinaba un frío como ningún ser vivo habría podido experimentar jamás.

»Una luz mortecina, imposible de describir, iluminaba la Tierra ahora. Era como si contemplase una gran llanura a través de un mar de bronce.

»Evidentemente, el movimiento rotatorio de la Tierra disminuía de manera constante.

»Y de repente, llegó el final. La noche había durado más que nunca; y cuando al fin salió el sol agonizante por encima del mundo, me sentí tan cansado de oscuridad que lo saludé como a un amigo. Ascendió poco a poco, hasta unos veinticinco grados del horizonte. Entonces se detuvo súbitamente y, tras un extraño movimiento de retroceso, se quedó inmóvil como un gran escudo sobre el firmamento[14]. Sólo aparecía brillante el borde circular del sol; eso, y una delgada franja de luz cercana a su ecuador.

»Poco a poco, se apagó la hebra luminosa, y todo lo que quedó de nuestro grande y esplendoroso sol fue un inmenso disco muerto bordeado de un fino halo de luz rojiza.

LA ESTRELLA VERDE

»El mundo se había sumido en una lobreguez tenebrosa, fría, insoportable. Fuera, todo estaba inmóvil… ¡inmóvil! En la habitación a oscuras, detrás de mí, se oía algún que otro golpe[15] sordo de materiales al caer: eran fragmentos de piedra en

desintegración. Y pasó el tiempo, y la noche se apoderó del mundo, envolviéndolo en un sudario de tiniebla impenetrable.

»No había noche en el firmamento, tal como nosotros la conocemos. Incluso habían desaparecido definitivamente las pocas estrellas dispersas. Era como estar en una habitación cerrada y sin luz, a juzgar por lo que podía ver. Sólo ardía aquella inmensa hebra circular de fuego mortecino en medio de las tinieblas impalpables. Aparte de eso, ningún rayo había en toda la vastedad de la noche que me rodeaba, excepto, allá en el norte, un suave, brumoso resplandor que perduraba aún.

»Los años seguían transcurriendo en silencio. No sé el tiempo que pasó. Me pareció que, mientras esperaba, se deslizaban solapadamente eternidades, una tras otra; y seguí observando. A veces sólo podía ver el borde del sol; porque ahora había empezado a aparecer y desaparecer, encendiéndose un instante y apagándose a continuación.

»De repente, en uno de esos instantes de vida, surgió en la noche una llamarada: un resplandor vivo que iluminó brevemente la tierra muerta, ofreciéndome una visión de soledad uniforme. Aquella luz pareció provenir de algún lugar próximo a su centro, en diagonal. Durante unos segundos, me sentí asustado. Luego la llama disminuyó y volvió a reinar la oscuridad. Pero ahora no era tan absoluta; y el sol fue circundado por una fina raya de intensa luz blanca. Me fijé en ella con atención. ¿Habría surgido un volcán en la superficie del sol? Pero deseché tal idea tan pronto como se me ocurrió. La luz había sido intensísimamente blanca, y demasiado grande para que se debiese a eso.

»Se me ocurrió otra posibilidad: había caído sobre el sol uno de los planetas interiores, volviéndose incandescente a causa del impacto. Esta teoría me convenció más; era más verosímil, y explicaba de modo más satisfactorio el extraordinario tamaño y brillo de la llamarada que había iluminado el mundo muerto de forma tan inesperada.

»Lleno de interés y de emoción, miré atento, en medio de la oscuridad, aquella línea de fuego blanco que cortaba las tinieblas. Una cosa me revelaba de manera inequívoca: que el sol seguía girando a enorme velocidad[16]. Comprendí que los años transcurrían todavía a ritmo incalculable; aunque, por lo que a la Tierra se refería; la vida y la luz y el tiempo eran cosas que pertenecían a una etapa perdida en las largas edades del pasado.

»Tras esa llamarada solitaria, la luz se manifestó sólo como una franja circular de brillante fuego. Ahora, sin embargo, mientras miraba, empezaba a adquirir lentamente un matiz rojizo, y más tarde una coloración oscura, cobriza, igual que le había ocurrido al sol. Ahora se volvió más oscura, y, seguramente, comenzó a fluctuar, alternando períodos de resplandor y de absoluto oscurecimiento. Así siguió hasta que, al cabo de mucho tiempo, desapareció.

»Mucho antes de esto, el borde ardiente del sol se había fundido en las tinieblas. Y de este modo, en este tiempo supremamente futuro, la Tierra, oscura e

intensamente silenciosa, siguió describiendo su órbita en torno a la pesada masa del sol apagado.

»Me es difícil describir mis pensamientos en ese período. Al principio fueron caóticos e incoherentes. Pero más tarde, a medida que transcurrían los milenios, mi alma parecía absorber la misma esencia de la opresiva soledad y monotonía que dominaba la Tierra.

»Junto a esa sensación, me vino una maravillosa claridad de pensamiento; y me di cuenta, con desesperación, de que el mundo podía seguir vagando eternamente en esta noche interminable. Durante cierto tiempo me obsesionó esta horrible idea, con un sentimiento de tremenda desolación; de manera que pude haber llorado como un niño. Con el tiempo, no obstante, se me fue sosegando ese sentimiento sin darme cuenta, y una esperanza irracional fue naciendo en mí. Esperé pacientemente.

»De vez en cuando, me llegaba el ruido apagado de las partículas que se desprendían detrás, en la habitación. Una de las veces oí un estrépito, y miré instintivamente, olvidando que la noche impenetrable borraba todas las cosas. Después, mi mirada buscó el cielo, volviéndome inconscientemente hacia el norte. Sí, aún subsistía el brumoso resplandor. Casi podía imaginar que parecía algo más perceptible. Durante mucho tiempo permanecí con la mirada fija en esa dirección, sintiendo en mi alma solitaria que aquella suave neblina era, en cierto modo, un vínculo con el pasado. ¡Qué extraño, en qué insignificancias puede encontrar uno consuelo! Y no obstante, si hubiese sabido… Pero ya llegaré a eso en el debido momento.

»Durante un larguísimo período de tiempo estuve mirando sin experimentar ningún deseo de dormir, cosa que no habría tardado en hacer en los viejos tiempos terrestres. ¡Con qué placer habría recibido ahora ese sueño! De ese modo, al menos, habría pasado el tiempo ajeno a todas estas perplejidades y preocupaciones.

»De vez en cuando, el desagradable ruido producido por la caída de un gran trozo de albañilería me sacaba de mis meditaciones y, una o dos veces, me pareció oír un suspiro en la habitación, detrás de mí. Sin embargo, era totalmente inútil tratar de ver nada. Negrura como la que reinaba no podía concebirse. Era palpable y terriblemente brutal para los sentidos; parecía como si algo muerto pesara sobre mí, y me oprimiese… algo blando y frío como un témpano.

»Por debajo de todo esto, fue creciendo en mi espíritu una inmensa y abrumadora angustia; se me pasó, pero me sumió en desasosegada meditación. Comprendí que debía luchar contra esto; y entonces, con la esperanza de alejar mis pensamientos, me volví a la ventana y miré hacia el norte, buscando la brumosa blancura que aún me parecía el lejano resplandor del universo que había abandonado. Y nada más levantar los ojos, me estremecí, presa de una sensación de prodigio; porque ahora la luz difusa se había concretado en una estrella simple, grande, de vívida y verdosa luminosidad.

»Mientras la contemplaba asombrado, me asaltó la idea de que la Tierra debía de estar viajando hacia ella, no alejándose como yo había imaginado al principio. Luego

pensé que no podía ser el astro que la Tierra había dejado, sino, posiblemente, una estrella remota perteneciente a alguna constelación oculta en las enormes profundidades del espacio. Con una mezcla de pavor y oscuridad, me quedé observándola fijamente, preguntándome qué nuevo prodigio iba a desvelarse ante mí.

»Durante un rato me abismé en vagos pensamientos y especulaciones, mientras mi mirada permanecía insaciablemente atenta a aquella mancha de luz rodeada de insondable oscuridad. Renació en mi interior una esperanza que fue borrando la opresión y desesperación que me ahogaba. Fuera el que fuese el lugar hacia el que se dirigía la Tierra, al menos era una región de luz. ¡Luz! Había que pasarse una eternidad inmerso en la noche silenciosa para comprender el indecible horror de sentirse privado de ella.

»Lentamente, pero de manera invariable, la estrella fue aumentando de tamaño ante mi mirada, hasta que, al cabo de cierto tiempo, lució tan esplendorosamente como el planeta Júpiter en los viejos tiempos terrestres. Con el aumento de tamaño, su color se volvió impresionante: me recordó una inmensa esmeralda, emitiendo destellos de fuego en el vacío.

»Transcurrieron años en silencio, y la estrella verde se convirtió en una gran salpicadura sobre el cielo. Poco más tarde, vi algo que me llenó de estupefacción. Era la silueta espectral de un inmenso creciente en medio de la noche, una nueva luna gigantesca. Me quedé mirándola absolutamente perplejo. Parecía muy próxima relativamente, y me esforcé en comprender cómo se había acercado tanto a la Tierra sin que yo la hubiese visto antes.

»La luz de la estrella se volvió más viva, y descubrí que era posible percibir la forma de la Tierra de nuevo, aunque de manera vaga. Durante un rato, intenté distinguir algún detalle de la superficie del mundo, pero aquella luz era insuficiente. Poco después desistí, y miré otra vez hacia la estrella. Incluso en ese breve espacio en que había desviado la atención, había aumentado sensiblemente de tamaño, y ahora parecía, ante mis asombrados ojos, un cuarto de luna llena. Emitía una luz intensísima; sin embargo, su color era tan desconocido que lo que alcanzaba a ver del mundo resultaba irreal; parecía que tenía ante mí más bien un paisaje de sombras.

»Durante todo este tiempo, el gran creciente fue aumentando en esplendor, y empezaba a brillar ahora con una perceptible sombra verdosa. Entre tanto, la estrella fue aumentando de tamaño y brillantez, y alcanzó la mitad del volumen de la luna; y a medida que se hacía más grande y luminosa, más luz reflejaba el inmenso creciente de esa luna, más verdosa cada vez. Bajo el resplandor combinado de sus irradiaciones, el desierto que se extendía ante mí se fue volviendo más visible. Poco más tarde, pude ver el mundo —ahora bajo una extraña luminiscencia— terriblemente frío, y de una espantosa y lisa monotonía.

»Poco más tarde, me llamó la atención el hecho de que la gran estrella verde se desplazase de norte a este. Al principio, no podía creer que lo estaba viendo bien; pero no tardé en comprobar que era así. Se iba hundiendo gradualmente; y mientras

descendía, el enorme creciente de color verde brillante empezó a menguar hasta convertirse en un arco más apagado sobre el cielo lívido. Después se desvaneció, desapareciendo en el mismísimo lugar en que lo había visto surgir lentamente.

»Entre tanto, la estrella había llegado a unos treinta grados del horizonte. Ahora habría podido rivalizar en tamaño con la luna llena; aunque aún no podía distinguir con nitidez su disco. Este hecho me hizo pensar que se hallaba aún a considerable distancia; y si era así, sabía que su tamaño debía de ser descomunal, más de lo que el hombre puede comprender o imaginar.

»De repente, mientras miraba, desapareció el borde inferior de la estrella, cortado por una línea recta oscura. Transcurrió un minuto —o un siglo—, y se hundió más, y su mitad inferior quedó oculta a mi mirada. Muy lejos de la gran llanura, vi una sombra monstruosa que la oscurecía y avanzaba velozmente. Sólo un tercio de la estrella era visible. Luego, como un relámpago, descubrí la explicación de este extraordinario fenómeno. La estrella se hundía tras la inmensa masa del sol muerto. O, más bien, el sol —obedeciendo a su atracción— se elevaba hacia ella[17], arrastrando a la Tierra tras su estela. Mientras me pasaban todos estos pensamientos por la cabeza, desapareció la estrella, quedando oculta por el tremendo bulto del sol, y nuevamente cayó sobre la Tierra la noche ominosa.

»Con las tinieblas, me invadió una insoportable sensación de soledad y de terror. Pensé por vez primera en el Pozo y sus habitantes. Después se alzó en mi memoria la entidad, aún más terrible, que merodeaba por las orillas del Mar del Sueño y acechaba en las sombras de este viejo edificio. ¿Dónde estaban?, me pregunté… Y me estremecí ante estos desagradables pensamientos. Por una vez, el miedo se apoderó de mí, y recé frenética e incoherentemente por que surgiese algún rayo de luz que disipase la fría negrura que envolvía el mundo.

»Me es imposible decir el tiempo que esperé… Mucho, desde luego; hasta que vi surgir una diminuta lucecita en lo alto. Poco a poco se fue haciendo más distinta. Y de repente, un rayo de intensa luz verde rasgó las tinieblas. En ese mismo instante, vi una fina línea de fuego pálido, a lo lejos, en la oscuridad. En seguida se convirtió en un gran cuajaron de fuego; y debajo de él, surgió el mundo bañado en un resplandor de color verde esmeralda. Siguió aumentando gradualmente, hasta que, a continuación, apareció ante mí la estrella toda entera otra vez. Pero ahora casi no le encajaba ese nombre, ya que se había dilatado, haciéndose inmensamente más grande que el sol en sus tiempos antiguos.

»Mientras la observaba, descubrí que podía distinguir el borde del sol inerte que brillaba como un gran creciente lunar. Su iluminada superficie se ensanchó ante mí, hasta que se hizo visible la mitad de su diámetro, mientras la estrella empezaba a descender. Pasó el tiempo, y la Tierra siguió desplazándose, cruzando lentamente la superficie tremenda del sol muerto[18].

»Poco a poco, a medida que la Tierra avanzaba, la estrella fue descendiendo hacia la derecha, hasta que, al fin, brilló por detrás de la casa, enviando un haz de luz a sus

muros descarnados. Alcé los ojos y vi que gran parte del techo había desaparecido, lo que me permitió comprobar que las plantas superiores se hallaban aún más ruinosas. El tejado, evidentemente, había desaparecido por completo, de modo que se podía ver el fulgor de la estrella, que entraba sesgado.

EL FIN DEL SISTEMA SOLAR

»Desde el contrafuerte donde habían estado antes las ventanas, desde las que había presenciado aquel primer amanecer fatal, pude ver el sol, inmensamente más grande que cuando la Estrella había iluminado el mundo, al principio. Tan enorme era que su borde inferior parecía rozar el lejano horizonte. Y mientras estaba mirando, me pareció notar que se acercaba. El resplandor verde que iluminaba la Tierra helada seguía aumentando.

»Así siguieron las cosas durante mucho tiempo. Luego, de repente, el sol cambió de forma, y se redujo, exactamente como le había ocurrido tiempo atrás a la luna. Luego, sólo un tercio de su parte iluminada quedó vuelto hacia la Tierra. La Estrella se desplazaba hacia la izquierda.

»Poco a poco, mientras el mundo seguía su marcha, la Estrella fue a situarse frente a la casa, en tanto el sol aparecía como un gran arco de fuego verde. Un instante más tarde, el sol había desaparecido. La Estrella aún era plenamente visible. Luego, la Tierra se situó tras la negra sombra del sol, y cayó la noche. La noche intensa, rotunda, insoportable.

»En medio de un sinfín de pensamientos confusos, seguí observando en la oscuridad…, esperando. Debieron de transcurrir años. Luego, en la oscura casa que tenía detrás de mí, se quebró la helada quietud del mundo. Me pareció oír el rumor apagado de multitud de pies, y un débil susurro inarticulado que se fue haciendo perceptible a mis oídos. Miré la negrura de mi alrededor, y vi una infinidad de ojos. Los vi aumentar de tamaño, y parecieron acercarse a mí. Permanecí inmóvil un instante, incapaz de moverme. Y, de repente, sonó en la noche un horrendo gruñido de cerdos; entonces, sin pensarlo, salté por la ventana al mundo helado.

»Tengo la vaga idea de que transcurrió mucho tiempo; después, esperé… y esperé. Varias veces oí chillidos; pero siempre como a gran distancia. Aparte de eso, no tuve otra referencia de la situación de la casa. El tiempo seguía pasando. Yo no tenía conciencia de nada, excepto cierta sensación de frío, de desesperanza, de miedo.

»Transcurrió un siglo, según me pareció, y surgió una gran claridad que anunciaba la llegada de una luz. Aumentó lentamente. Luego —con un atisbo de esplendor extramundano—, el primer rayo de la Estrella Verde rozó el borde del sol oscuro e iluminó el mundo. Cayó sobre un edificio grande, ruinoso, situado a unos doscientos metros de mí. Era la casa. Al fijarme, vi una escena terrible: por sus muros

trepaba una legión de seres atroces que cubrían casi por completo el viejo edificio, desde sus torres vacilantes a sus cimientos. Podía verlos con toda claridad. Eran las Criaturas-cerdo.

»El mundo surgió a la luz de la Estrella, y la vi ocupar ahora una cuarta parte del cielo. El resplandor de su luz lívida era tan intenso que parecía llenar el cielo de llamas temblorosas. Luego vi el sol. Estaba tan próximo que la mitad de su superficie quedaba debajo del horizonte; y mientras el mundo giraba a su alrededor, él pareció elevarse en el cielo, inmenso, en forma de descomunal cúpula de fuego de color esmeralda. De vez en cuando, me volvía hacia la casa; pero las Criaturas-cerdo parecían ignorar mi proximidad.

»Transcurrieron los años lentamente. La Tierra casi había llegado al centro del disco solar. La luz del *Sol* Verde —como ahora debía llamarlo— brillaba a través de las grietas que se abrían entre los resquebrajados muros de la vieja casa, dándoles aspecto como de estar envueltos en llamas verdosas. Las Criaturas-cerdo seguían reptando por fuera.

»De repente, se elevó un bramido de voces de cerdo, al tiempo que del centro de la casa sin tejado brotaba una enorme columna de fuego rojo como la sangre. Vi cómo se incendiaban las torres y los torreones, aunque seguían conservando sus torcidas siluetas. Los rayos del Sol Verde incidían en la casa, y se mezclaban con sus fantásticas llamas, de modo que parecía un horno hirviente de fuego rojo y verde.

»Me quedé mirando, fascinado, hasta que atrajo mi atención una irresistible sensación de inminente peligro. Alcé los ojos y vi que el sol estaba mucho más cerca; tanto, que parecía cernerse sobre el mundo. Entonces —no sé cómo—, me sentí desplazado hacia las alturas…, flotaba como una burbuja en el espantoso resplandor.

»Debajo de mí, a gran distancia, vi la Tierra con la casa envuelta en una montaña de fuego constantemente en aumento. A su alrededor, el suelo parecía que estaba al rojo, y en algunos lugares se elevaban espesas espirales de humo amarillento. Daba la impresión de que el mundo se estaba volviendo incandescente, con aquella pestífera mancha de fuego. Con dificultad, pude distinguir a las Bestias-cerdo. Al parecer, eran totalmente inmunes al intensísimo calor. A continuación se hundió el suelo de repente, y la casa, con su cargamento de criaturas inmundas, desapareció en las profundidades de la tierra, despidiendo a las alturas una extraña nube roja. Recordé el Pozo infernal que se abría bajo la casa.

»Un rato después miré a mi alrededor. Por encima de mí se alzaba el enorme volumen del sol. La distancia entre la Tierra y él disminuía deprisa. Y de repente, la Tierra pareció precipitarse hacia él. Un instante después, había recorrido el trayecto que le separaba del sol. No oí ningún ruido; pero de la cara del sol brotó una larga lengua de llamas cegadoras. Pareció alcanzar casi al lejano Sol Verde, hender la luz esmeralda como una verdadera catarata de fuego cegador. Alcanzó su límite, y se apagó, quedando en el sol una mera salpicadura de fuego blanco: ésa fue la tumba de la Tierra.

»Ahora el sol estaba muy cerca de mí. En este momento, observé que me estaba elevando; hasta que, finalmente, me encontré sobre él, flotando en el vado. El Sol Verde era ahora tan grande que su volumen parecía llenar todo el firmamento que yo tenía delante. Miré hacia abajo, y vi que el sol pasaba justamente por debajo de mí.

»Debió de pasar un año —o un siglo—, mientras yo me encontraba suspendido, solo. El sol aparecía delante, a lo lejos; era una masa negra, circular, que se recortaba sobre el resplandor derretido del inmenso Orbe Verde. Cerca de uno de los bordes descubrí un resplandor pálido que señalaba el lugar donde se había estrellado la Tierra. Por ese resplandor pude averiguar que el sol, muerto, aún seguía girando, aunque con gran lentitud.

»Allá lejos, a mi derecha, me pareció percibir un débil fulgor de luz blanquecina. Durante muchísimo tiempo no supe si atribuirlo a mi imaginación. Así que estuve mirando fijamente, con nuevas dudas, hasta que por último comprobé que no era figuración mía, sino pura realidad. Se fue volviendo más brillante; y a continuación surgió del verde un globo pálido, dotado de suavísima blancura. Se acercó, y lo pude ver rodeado de un manto de nube levemente resplandeciente. Pasó un tiempo…

»Miré hacia el sol, cada vez más pequeño. Ahora era como una mancha oscura sobre la luz del Sol Verde. Mientras miraba, lo vi disminuir invariablemente, como si se dirigiese contra el orbe superior, a prodigiosa velocidad. Miré anhelante. ¿Qué pasaría? Experimenté una extraordinaria emoción al comprobar que iba a estrellarse contra el Sol Verde. No era ya más grande que un guisante, y me dispuse con toda el alma a presenciar el fin de nuestro sistema…, del sistema que había sostenido al mundo durante tantísimos evos, con su carga infinita de sufrimientos y alegrías; y ahora…

»De repente, algo cruzó ante mi mirada, ocultándome por completo el espectáculo que con tan vivo interés observaba. No pude presenciar lo que le ocurría al sol muerto; pero no tengo ningún motivo —a juzgar por lo que descubrí a continuación — para dudar de que cayó en el extraño fuego del Sol Verde, desapareciendo de ese modo.

»Y entonces, de súbito, me asaltó una singular pregunta: si no sería este portentoso globo de fuego verde el vasto sol *Central*, el gran sol en torno al que giraba nuestro universo e innumerables otros. Me sentí perplejo. Pensé en el probable fin del sol muerto, y me vino al pensamiento otra posibilidad. ¿Sería el Sol Verde la tumba de todas las estrellas apagadas? La idea no me pareció disparatada, sino más bien algo muy posible y probable.

LOS GLOBOS CELESTES

»Durante un tiempo, se me agolparon en el cerebro multitud de pensamientos, de

suerte que fui incapaz de hacer nada, salvo mirar de manera ciega ante mí. Me sentía inmerso en un mar de dudas e interrogantes y recuerdos dolorosos.

»Más tarde, salí de ese estado de perplejidad. Miré a mi alrededor, confundido. Entonces tuve una visión tan extraordinaria que, durante un rato, no fui capaz de creer que no me encontraba inmerso en el tumulto visionario de mis propias figuraciones. Del verde reinante había empezado a emerger una inacabable riada de globos de suave resplandor, cada uno de ellos envuelto en un maravilloso vellón de pura nube. Y desfilaban por debajo y por encima de mí, a incalculable distancia; y no sólo ocultaban el resplandor del Sol Verde, sino que proporcionaban en su lugar una delicada luminiscencia que difundía a mi alrededor una luz como jamás había visto hasta entonces, ni he vuelto a ver después.

»Al poco tiempo, observé que dichas esferas poseían una especie de transparencia, casi como si estuviesen hechas de brumoso cristal, en cuyo interior ardiera alguna fuente de suave y moderada luz. Desfilaban junto a mí, y seguían adelante, flotando, desplazándose no muy deprisa, sino más bien como si tuviesen por delante toda la eternidad. Estuve mirando mucho tiempo, sin ver el final de aquella larga fila. A veces me parecía distinguir rostros en el interior de la bruma, aunque muy imprecisos, como si fuesen en parte reales y en parte estuviesen formados por la misma niebla desde la cual se asomaban.

»Durante mucho tiempo, me limité a esperar pasivamente, con una creciente sensación de alegría. Ya no tenía la impresión de absoluta soledad; me sentí menos solo de lo que había estado durante millones de años. Este sentimiento de contento iba en aumento, de modo que habría deseado flotar eternamente en compañía de estos globos celestes.

»Transcurrieron siglos, y vi los rostros borrosos con mucha más frecuencia, y también con mayor claridad. No sabía si ello se debía a que mi alma estaba ahora más en armonía con su entorno…, probablemente era eso. Fuera como fuese, sólo estoy seguro del hecho de que iba teniendo conciencia de un nuevo misterio a mi alrededor que me indicaba que, efectivamente, había traspasado el confín de alguna región o lugar o forma de existencia intangible y sutil.

»El enorme caudal de esferas luminosas seguía desfilando sin parar junto a mí: eran innumerables, millones, y no se vislumbraba indicio alguno de que fueran a acabarse, o siquiera a disminuir.

»Entonces, mientras me hallaba flotando en silencio, inmóvil, en el éter, me sentí, de pronto, irresistiblemente impelido hacia delante, hacia uno de los globos que cruzaba ante mí. Luego me deslicé a su interior, sin notar resistencia ninguna. Durante un breve instante, no fui capaz de ver nada; y esperé con curiosidad.

»Y, de repente, tuve conciencia de un sonido que quebró el inconcebible silencio. Era como el murmullo de un mar inmenso en calma, un mar que respiraba aletargado. Gradualmente, la bruma que impedía mi visión comenzó a disiparse; y así, al poco tiempo, mi mirada volvió a posarse en la silenciosa superficie del Mar del Sueño.

»Durante unos breves momentos, me quedé observando, sin dar crédito a lo que veía. Luego miré a mi alrededor. El enorme globo de fuego pálido flotaba, como había visto yo antes, a poca distancia del horizonte borroso. A mi izquierda, en un punto lejano del mar, distinguí ahora una raya débil, como de leve bruma, y adiviné que era la playa donde mi Amada y yo nos habíamos encontrado durante aquellos maravillosos períodos de vagabundeo del alma de los que había gozado en los viejos tiempos terrestres.

»Me vino otro recuerdo inquietante: el de la Bestia Monstruosa que merodeaba por las playas del Mar del Sueño, guardiana de aquella región silenciosa y sin ecos. Recordé estos y otros detalles, y comprendí sin la menor duda que tenía ante mí el mismo mar. Junto con esta certeza, me sobrevino una abrumadora sensación de sorpresa y alegría y excitada expectación, al concebir la posibilidad de ver de nuevo a mi Amada. Busqué con la mirada a mi alrededor, pero no la vi por ninguna parte. Entonces, durante un rato, me sentí desesperado. Recé con fervor, y continué mirando ansiosa e intensamente… ¡Qué quieto estaba el mar!

»Allá lejos, debajo de mí, pude ver numerosas estelas de fuego cambiante que, al principio, me llamaron vagamente la atención; y me pregunté qué las ocasionaría. Recordé que había pretendido preguntar a mi Amada sobre las estelas, y sobre otras muchas cosas; pero me había visto obligado a dejarla antes de poderle hacer siquiera la mitad de las preguntas.

»Mis pensamientos retrocedieron al presente. Entonces, tuve conciencia de que algo me había rozado. Me volví con rapidez. Dios, eres verdaderamente misericordioso: ¡era Ella! Me miró a los ojos, anhelante, y yo la miré a mi vez con toda mi alma. Hubiera querido abrazarla; pero la gloriosa pureza de su rostro me contuvo. Luego extendió sus brazos delicados en la envolvente bruma, y su voz me llegó tenue como el rumor de una nube pasajera. “¡Amor mío!”, dijo; eso fue todo. Pero yo lo había oído y, un momento después, la tuve conmigo —como había pedido yo— para siempre.

»En muy poco tiempo me habló de infinidad de cosas, mientras yo escuchaba. Gustosamente habría pasado así todas las eras que están por venir. A veces susurraba yo algo; y en respuesta a mis palabras, se le encendía su rostro espiritual con un rubor indeciblemente delicado: el rubor de la enamorada. Más tarde, hablé con entera libertad; y ella escuchaba cada palabra mía, y respondía deliciosamente, de manera que me sentí en el paraíso.

»Estábamos ella y yo. Nada más había, excepto el mudo, inmenso vacío que nos miraba, y las quietas aguas del Mar del Sueño que nos escuchaban.

»Mucho antes, la flotante multitud de esferas envueltas en bruma se había desvanecido. Así que miramos sobre la superficie de las soñolientas profundidades, y comprobamos que estábamos solos, ¡solos, Dios mío; así hubiera querido seguir estando, y no habría sentido jamás la soledad! La tenía a ella; y más aún: ella me tenía a mí. Para siempre, durante evos y evos; y con este pensamiento, y quizá algún

otro, espero seguir existiendo los años que puedan quedar.

EL SOL OSCURO

»No sé decir cuánto tiempo estuvieron nuestras almas en brazos del gozo; pero, de repente, me despertó de mi felicidad una disminución de la luz pálida y suave que iluminaba el Mar del Sueño. Me volví hacia el orbe gigantesco y blanco con un presentimiento de inminente desventura. Uno de sus bordes se curvaba hacia dentro como si cruzase una sombra negra y convexa. Me volvió el recuerdo. Así fue como habían llegado las tinieblas, antes de nuestra última separación. Me volví hacia mi Amada inquisitivo. Con una súbita sensación de angustia, descubrí que se había vuelto vaga e irreal, aun en tan breve espacio. Su voz parecía llegarme de muy lejos. El contacto de sus manos no fue ya sino la blanda presión de una brisa de verano, y se hacía cada vez menos consistente.

»Ya la mitad del inmenso globo se hallaba envuelta en un sudario de tinieblas. Una sensación de desesperación se apoderó de mí. ¿Iba a abandonarme? ¿Tenía que irse, como se había ido la otra vez? Se lo pregunté ansioso, asustado; y ella, acurrucándose aún más junto a mí, me explicó que no tenía más remedio que abandonarme, antes de que el Sol de las Tinieblas —así lo llamó— ocultase la luz. Ante esta confirmación de mis temores, me sentí abrumado de desesperación; y sólo fui capaz de mirar, mudo, las quietas llanuras del silencioso mar.

»¡Qué deprisa se extendían las tinieblas sobre la superficie del Orbe Blanco! Sin embargo, el tiempo debió de ser muy largo en realidad; mucho más de lo que la capacidad humana puede comprender.

»Por último, sólo un creciente de fuego pálido iluminó el ahora confuso Mar del Sueño. Ella me había tenido durante todo este tiempo; pero con tan suave caricia, que apenas había tenido yo conciencia de ello. Esperamos juntos, los dos, mudos de dolor. Con aquella luz débil, su rostro se revelaba oscuramente…, se mezclaba con la niebla tenebrosa que nos envolvía.

»Después, cuando el mar sólo estuvo iluminado por una línea delgada, curva, de luz suave, me dejó, apartándose tiernamente. Sonó su voz en mis oídos: “No puedo quedarme más tiempo, Amor mío”. Terminó con un sollozo.

»Pareció alejarse flotando y hacerse invisible. Su voz me llegó de las sombras, débilmente, desde una distancia remota.

»—Dentro de poco… —se perdió en la lejanía. Un instante después, el Mar del Sueño se sumió en tinieblas. A lo lejos, a mi izquierda, me pareció ver brevemente un suave resplandor. Se desvaneció y, en ese mismo instante, me di cuenta de que no me hallaba ya sobre el mar inmóvil, sino suspendido de nuevo en el espacio infinito, con el Sol Verde —ahora oculto por una inmensa esfera oscura— ante mí.

»Totalmente abrumado, miré, casi sin ver, el anillo de llamas verdes que sobresalía del borde oscuro. Aun en el caos de mis pensamientos, me sentí maravillado ante las extraordinarias formas que adoptaban estas llamas. Se me ocurrieron multitud de interrogantes. Pensé en Ella una vez más: la había visto tan poco tiempo que todavía tenía su imagen ante mí. Mi pesar y la idea del futuro me angustiaban. ¿Estaba condenado a vivir definitivamente apartado de ella? En los viejos tiempos terrestres, también había sido mía sólo un breve momento; luego me había dejado, como creí entonces, para siempre. Después, sólo la había visto dos veces en el Mar del Sueño.

»Me dominó una oleada de sordo resentimiento, a la vez que se me agolpaban un sinfín de preguntas desdichadas. ¿Por qué no me había ido con mi Amada? ¿Por qué teníamos que separarnos? ¿Por qué debía seguir solo yo, mientras ella dormía durante años y años en el fondo imperturbable del Mar del Sueño? ¡El Mar del Sueño! Sin ninguna razón, mis pensamientos se desviaron de su cauce de amargura hacia nuevas y desesperadas cuestiones. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba? Al parecer, mi Amada se había separado de mí, en esta quieta superficie, y se había ido para siempre. ¡No podía ser lejos! ¡Y el Orbe Blanco que yo había visto ocultarse tras la sombra del Sol de las Tinieblas! Mis ojos se posaron en el Sol Verde eclipsado. ¿Qué era lo que lo eclipsaba? ¿Acaso una estrella muerta que lo circundaba? ¿Quizá el Sol *Central* —como ya había llegado a considerarlo— era una estrella doble? La idea se me ocurrió casi espontáneamente; sin embargo, ¿por qué no podía ser así?

»Mis pensamientos se volvieron hacia el Orbe Blanco. Resultaba extraño que hubiese sido… Me detuve. De pronto, se me había ocurrido una posibilidad. ¿Serían el Orbe Blanco y el Sol Verde una misma cosa? Mi imaginación retrocedió hacia el pasado, y recordé el globo luminoso hacia el que había sido tan inexplicablemente atraído. Era curioso que lo hubiese olvidado, aun momentáneamente. ¿Dónde estaban los demás? Me acordé del globo en el que había entrado. Pensé por una vez, y se me aclararon las cosas. Supuse que, al penetrar en aquel glóbulo intangible, había pasado a una dimensión ulterior hasta ahora imperceptible. Allí había seguido viendo el Sol Verde; pero como una prodigiosa esfera de pálida luz blanca, casi como si fuese su espectro, y no su ser material.

»Medité muchísimo tiempo sobre esta cuestión. Recordaba cómo, al entrar en la esfera, había perdido de vista las demás. Y durante un período muy largo seguí dándole vueltas a los diversos detalles.

»Después, mis pensamientos derivaron hacia otras cosas. Me fui adentrando más en el presente, y empecé a ver a mi alrededor. Por primera vez observé que un sinfín de rayos, de una tonalidad sutil, violeta, taladraban la extraña semioscuridad en todas direcciones. Brotaban del borde ígneo del Sol Verde. Parecían aumentar sensiblemente, de manera que poco después descubrí que eran innumerables. Y llenaban la noche… irradiando del Sol Verde en abanico. Deduje que podía verlos debido a que el resplandor del sol quedaba oculto por el eclipse. Estos rayos se

proyectaban hacia el espacio y desaparecían.

»Poco a poco, mientras miraba, me di cuenta de que los recorrían unos puntitos de luz intensamente brillantes. Muchos parecían desplazarse del Sol Verde hacia el espacio. Otros salían del vacío en dirección al sol; pero cada uno de ellos se mantenía estrictamente en el rayo por el que se desplazaba. Su velocidad era inconcebiblemente grande; y sólo cuando se acercaban al Sol Verde, o cuando se separaban de él, podía verlos yo como aisladas manchitas luminosas. A cierta distancia del sol, se convertían en finas líneas de fuego vivido dentro del violeta.

»El descubrimiento de estos rayos y estas chispas viajeras despertaron mi interés de manera excepcional. ¿Adónde se dirigían en tan abundante profusión? Pensé en el mundo del espacio… ¡Y aquellas chispas! ¡Mensajeras! Posiblemente, la idea era fantástica; pero a mí no me lo parecía tanto. ¡Eran mensajeras! ¡Mensajeras del Sol Central!

»Una idea fue adquiriendo forma en mi pensamiento lentamente. ¿Sería el Sol Verde la morada de alguna inmensa Inteligencia? El pensamiento era anonadante. De manera vaga, suscitó en mí visiones de lo Inefable. ¿Habría llegado efectivamente a la morada del Eterno? Durante un tiempo, rechacé esta posibilidad. Era demasiado prodigiosa. Sin embargo…

»Vagos, pavorosos pensamientos se removían en mi interior. De pronto, me sentí terriblemente desnudo. Y una espantosa Proximidad me hizo estremecer.

»Y, ¡Dios mío! ¿Era una ilusión?

»Mis pensamientos fluctuaban erráticos. El Mar del Sueño, ¡y ella! El cielo… De repente, volví al presente. De alguna parte del vacío que tenía detrás surgió un cuerpo inmenso, oscuro, impresionante, silencioso. Era una estrella muerta que se precipitaba hacia el cementerio de los astros. Pasó entre los Soles Centrales y yo…, obstruyendo mi campo de visión y sumiéndome en una noche impenetrable.

»Transcurrió un siglo, y volví a ver nuevamente los rayos violeta. Mucho tiempo después —evos debieron de pasar— comenzó a surgir un resplandor circular en el firmamento que tenía delante, y vi recortarse sobre él, oscuramente, el borde de la estrella viajera. Así que comprendí que se acercaba a los Soles Centrales. Ahora vi el espléndido anillo del Sol Verde brillando con claridad en la noche. La estrella había entrado en la sombra del Sol Muerto. Después, esperé. Transcurrieron lentos los años extraños, en tanto yo observaba con interés.

»Al fin aconteció lo que yo había esperado: súbitamente, espantosamente. Fue una descomunal llamarada de deslumbrante luz. Una explosión torrencial de fuego blanco en el oscuro vacío. Durante un tiempo, ascendió de manera incontenible, formando un gigantesco hongo de fuego. Y dejó de crecer. Luego, pasado un tiempo, comenzó a disminuir lentamente. Ahora vi que procedía de una enorme mancha brillante próxima al centro del Sol Oscuro. Aún se elevaban de ella inmensas llamaradas. Sin embargo, a pesar de su tamaño, la tumba de la estrella no era más grande que el resplandor de Júpiter sobre la superficie de un océano, comparado con

la inconcebible masa del Sol Muerto.

»Debo decir aquí, una vez más, que no hay palabras que puedan dar una idea del impresionante volumen de los Soles Centrales.

LA NEBULOSA OSCURA

»Los años se diluían en el pasado; y los siglos; y los milenios. La luz del astro incandescente disminuía, tornándose de un rojo violento.

»Más tarde vi una nebulosa oscura: al principio apareció como una nube tenue, a mi derecha. Fue espesándose gradualmente, hasta convertirse en un grumo de tinieblas en la noche. Es imposible decir el tiempo que la estuve observando; porque el tiempo, según lo computamos, era cosa del pasado. Se aproximó la informe, tremenda monstruosidad de tiniebla. Parecía avanzar a través de la noche, soñolienta, como una nube verdaderamente infernal. Poco a poco, se acercó, y se desplazó en el vacío, en el espacio entre los Soles Centrales y yo. Fue como si hubiesen corrido un cortinaje ante mí. Un miedo estremecedor se apoderó de todo mi ser, junto con una sensación de prodigio.

»El verde crepúsculo que había reinado durante tantos millones de años había dado paso ahora a una oscuridad impenetrable. Inmóvil, escudriñé a mi alrededor. Pasó un siglo, y me pareció descubrir algún ocasional destello rojo que cruzaba ante mí a intervalos.

»Miré con atención, y entonces distinguí unas como masas circulares, de un rojo turbio, en el interior de la negra bruma. Parecían surgir de la espesa tiniebla. Transcurrió algún tiempo, y, al habituárseme la vista, las vi con más claridad. Ahora podía distinguirlas con bastante nitidez: eran esferas rojizas, de tamaño semejante a los globos luminosos que había visto hacía muchísimo tiempo.

»Desfilaban flotando ante mí sin cesar. De manera gradual, me fue dominando una extraña inquietud. Tenía conciencia de una creciente repugnancia y temor. Me la producían aquellos orbes errantes, y parecía deberse a una impresión instintiva, más que a una causa o motivo real.

»Algunos de los globos eran más brillantes que otros; y de súbito, en uno de ellos asomó una cara. Una cara de rasgos humanos; pero tan torturada por el sufrimiento que al verla me quedé horrorizado. Jamás imaginé que existiese tanta aflicción hasta que la vi. Y aun experimenté un nuevo sentimiento de angustia al darme cuenta de que aquel orbe, tan tremendamente brillante, era ciego. Lo seguí con la mirada un poco más; luego se alejó, perdiéndose en la oscuridad envolvente. Después pasaron otros…, todos con la misma expresión de dolor desesperado y ciego.

»Transcurrió mucho tiempo, y tuve conciencia de que ahora me encontraba más cerca de los orbes. Esto aumentó mi inquietud; aunque sentía menos miedo de estos

glóbulos que antes, al ver a sus angustiados habitantes; porque la compasión moderaba mi miedo.

»Más tarde, no me cupo ninguna duda de que estaba siendo arrastrado hacia las esferas rojas, y al cabo de un tiempo me encontré flotando entre ellas. Vi venir una directamente hacia mí. Me esforcé inútilmente en apartarme de su camino. Un minuto después, según me pareció, se precipitó sobre mí, y me sumergí en una espesa bruma roja. Al disiparse, me encontré mirando confundido la inmensa Llanura del Silencio. Tal como la había visto la primera vez. Me di cuenta de que me desplazaba, continuamente, por encima de su superficie. Delante de mí, a lo lejos, brillaba el inmenso anillo rojo[19] que iluminaba toda la región. Por todas partes se extendía la extraordinaria desolación de la quietud que tanto me había impresionado en mis anteriores vagabundeos por este inmenso desierto.

»Ahora vi, elevándose en la rojiza oscuridad, los picos lejanos del imponente anfiteatro de montañas donde, innumerables milenios antes, había tenido mi primera visión de los terrores que subyacen debajo de muchas cosas, y donde, inmensa y callada, observada por mil dioses mudos, se alza la réplica de este edificio de misterios…, esta casa que he visto hundirse en el fuego infernal, antes de que la Tierra se estrellara en el sol y desapareciera para siempre.

»Aunque podía ver la cresta del montañoso anfiteatro, sin embargo transcurrió mucho tiempo antes de que se hiciera visible la parte inferior. Quizá se debía a la extraña niebla rojiza que parecía adherirse a la superficie de la Llanura, pero fuera como fuese, la vi al fin.

»Más tarde, me acerqué tanto a las montañas que parecieron cernerse sobre mí. Descubrí delante una gran hendidura, y me desplacé hacia ella sin desearlo.

»Posteriormente, salí a la inmensa extensión de arena. Allí, a unas cinco millas, se alzaba la Casa, enorme, gigantesca, silenciosa…, en el mismísimo centro de este anfiteatro prodigioso. Por lo que alcanzaba a ver, no había experimentado cambio alguno; parecía como si hubiese dejado de verla el día anterior. Las severas y oscuras montañas de su alrededor me miraban ceñudas desde su severo silencio.

»A mi derecha, entre los picos inaccesibles, destacaba la enorme silueta del gran Dios-asno. Más arriba, vi la forma horrenda de la diosa del miedo alzándose en la niebla roja, miles de brazas por encima de mí. A mi izquierda descubrí a la monstruosa Entidad-Sin-Ojos, inescrutable y gris. Más allá, tendida sobre su elevadísimo reborde, percibí la lívida figura del Gul: mancha de siniestro color entre las montañas oscuras.

»Lentamente, me adentré en la inmensidad de la arena…, flotando. Mientras avanzaba, fui distinguiendo las hoscas figuras de muchos de los otros Horrores que poblaban aquellas alturas supremas.

»Gradualmente, me aproximé a la Casa, y mis pensamientos retrocedieron vertiginosamente en el abismo de los siglos. Recordé el pavoroso Espectro del Lugar. Pasó un breve período de tiempo, y me sentí impelido directamente hacia la mole de

aquel edificio silencioso.

»A todo esto, tuve conciencia, aunque con indiferencia, de una creciente sensación de entumecimiento que me sustrajo al miedo que de otro modo habría sentido al acercarme al pavoroso Edificio. Lo miré, por así decir, como el que presencia un desastre entre las brumas de su tabaco.

»Poco tiempo después me había acercado tanto a la Casa que pude distinguir muchos de *sus* detalles. Cuanto más la miraba, más me confirmaba en mi antigua impresión de su semejanza con esta otra casa extraña. Salvo en sus inmensas proporciones, no encontraba diferencia alguna.

»De repente, mientras miraba, me vino una tremenda sensación de asombro. Había llegado al lado opuesto, donde se encuentra la puerta exterior de mi despacho. Allí, caída justamente en el umbral, había una gigantesca piedra de caballete, idéntica —salvo en tamaño y color— a la que se había desprendido durante mi lucha con las criaturas del Pozo.

»Me acerqué más, flotando, y mi asombro aumentó al observar que la puerta estaba parcialmente arrancada de sus goznes, precisamente del mismo modo que había sido forzada la puerta de mi despacho durante los asaltos de las Criaturas-cerdo. La visión desencadenó en mí un mar de pensamientos, y empecé a vislumbrar, oscuramente, que el ataque a *esta* casa podía tener un significado más hondo de lo que yo había supuesto hasta ahora. Recordé cómo hacía muchísimo, en los viejos tiempos terrestres, había medio sospechado que, de alguna inexplicable manera, la casa en la que vivía estaba en *rapport* —por emplear una expresión acuñada— con este tremendo edificio, tan remoto, en medio de esta incomparable Llanura.

»Ahora, sin embargo, empezaba a comprender vagamente lo que significaba mi sospecha. Empezaba a darme cuenta con claridad más que humana de que, de alguna extraordinaria manera, el ataque que yo había rechazado tenía relación con un ataque a este edificio también.

»Con singular incoherencia, mi pensamiento abandonó de repente esta cuestión para centrarse, maravillado, en el raro material con que estaba construida la Casa. Era —como he referido antes— de un color verde oscuro. Sin embargo, ahora que me había aproximado lo suficiente, veía que fluctuaba de vez en cuando, aunque levemente…, iluminándose y apagándose, a la manera de los vapores del fósforo cuando los frotamos con la mano en la oscuridad.

»Luego mi atención, al llegar a la entrada principal, dejó de fijarse en eso. Aquí, por primera vez, me sentí aterrado; porque, de improviso, se abrieron las enormes puertas de par en par, y las traspuse sin poder evitarlo. Tan pronto como crucé el umbral, las puertas se movieron de nuevo, silenciosamente, dejándome encerrado en el recinto tenebroso.

»Durante un rato, me pareció que flotaba inmóvil, suspendido en medio de la oscuridad. Luego tuve conciencia de que me desplazaba otra vez; no sabía hacia dónde. Entonces, debajo de mí, y a gran distancia, me pareció percibir un murmullo

como de risa de cerdo. Calló de repente, y el silencio que reinó a continuación pareció cargarse de horror.

»Luego se abrió una puerta en algún lugar, delante de mí; una luz blanca, difusa, salió de ella; me dirigí hacia allí, flotando lentamente, y entré en una habitación extrañamente familiar. Sonó un chillido desconcertante, terrible, que me ensordeció. Se alzó ante mí un espectáculo de visiones borrosas, llameantes. Mis sentidos quedaron ofuscados durante el espacio de un instante eterno. Luego recobré la visión. Pasó la brumosa, vertiginosa sensación, y pude ver con claridad.

PEPPER

»Me hallaba sentado en mi silla, otra vez en este viejo despacho. Mi mirada vagó por la habitación. Durante un minuto, tuve una visión extraña, temblona…, una visión inconsistente e irreal. Desapareció, y descubrí que nada había cambiado. Miré hacia la ventana del fondo: tenía abierta la celosía.

»Me levanté vacilante. Al hacerlo, un ligero ruido, procedente de la puerta, atrajo mi atención. Miré hacia allí. Por un momento me pareció que estaba entornada. Pero, al fijarme bien, comprobé que me había equivocado: tenía los cerrojos pasados.

»Con esfuerzo, me las arreglé para llegar a la ventana, y me asomé. El sol estaba saliendo, e iluminaba la enmarañada espesura de los jardines…»

Hanns Heinz Ewers

LA ARAÑA

(Die Spinne, 1908)

Pese a haber sido la principal impulsora del romanticismo y los primeros cuentos de miedo, Alemania no ha sido capaz de producir una ficción terrorífica equiparable a la inglesa o la americana. La rica tradición romántica, representada por Tieck, Hoffmann, Brentano, Arnim, Chamisso o Storm, que poco o nada tuvo que ver con el terror propiamente dicho (de hecho no existió una verdadera novela gótica germana), no ha encontrado apenas continuadores. Aparte del vienes Gustav Meyrick, la figura más relevante de la moderna literatura alemana ha sido el polifacético Hanns Heinz Ewers (1871-1943), que, además de una próspera carrera literaria, probó fortuna en el teatro y en el cine, para el que escribió el guión de «El estudiante de Praga», uno de los primeros logros del expresionismo cinematográfico, inspirado en «Peter Schlemil» y «El estudiante de Salamanca».

Nacido en Dusseldorf, toda su vida fue un viajero incansable y un estudioso del ocultismo (vinculado a los rosacruces alemanes), lo que no le impidió desarrollar una intensa actividad como escritor. Su variada obra, casi desconocida hoy en día por el olvido en que la sumió el nazismo al prohibirla en 1935, abarca poesía, fábulas para niños, cancioneros populares, libros de viajes, piezas teatrales y, sobre todo, las novelas fantásticas «El aprendiz de brujo», «Vampyr» y «Mandrágora» (llevada varias veces a la pantalla) y las colecciones de cuentos de terror «Das Grauen», «Die Besessenen», «Grotesken» y «Natchmahl». Del segundo de estos volúmenes (inéditos todos ellos en castellano) se ha extraído «La araña», verdadera joya del terror psicológico con espeluznantes ribetes del más negro pre-surrealismo, que Dashiell Hammett dio a conocer al público anglosajón en su célebre antología «Creeps by Night», editada por «Weird Tales» en 1931. Allí debió leerla Lovecraft, quien alaba su «nivel clásico», resaltando de su autor que «en su tenebrosa concepción pone de manifiesto un conocimiento efectivo de la moderna psicología».

LA ARAÑA[20]

Y en eso reside la voluntad, que no muere. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad, y su fuerza?

GLANVILL

CUANDO el estudiante de Medicina Richard Bracquemont decidió ocupar la habitación número 7 del pequeño hotel Stevens, en la *rue* Alfred Stevens, 6, tres personas se habían ahorcado en esa misma habitación colgándose del dintel de la ventana en tres viernes sucesivos.

El primero era un viajante de comercio suizo. Su cuerpo no se encontró hasta la tarde del domingo; pero el médico dedujo que su muerte debió haberse producido entre las cinco y las seis de la tarde del viernes. El cuerpo colgaba de un robusto gancho hincado en el dintel de la ventana, que normalmente se utilizaba para colgar ropa. La ventana estaba cerrada. El muerto había utilizado el cordón de la cortina. Como la ventana era bastante baja, sus piernas arrastraban por el suelo casi hasta las rodillas. El suicida debió desarrollar, por tanto, una considerable fuerza de voluntad para llevar a cabo su propósito. Se comprobó además que estaba casado y era padre de cuatro niños, así como que se encontraba en una situación completamente desahogada y segura, y que era de talante jovial y estaba casi permanentemente satisfecho. No se encontró ningún escrito que pudiera tener relación con el suicidio, ni testamento alguno. Tampoco había hecho jamás manifestación alguna en ese sentido a ninguno de sus conocidos.

El segundo caso no era muy diferente. El artista Karl Krause, empleado como equilibrista sobre bicicleta en el cercano circo Medrano, alquiló la habitación número 7 dos días más tarde. Al no comparecer el siguiente viernes para su actuación, el director envió al hotel a un acomodador, que se lo encontró colgado del dintel de la ventana, exactamente en las mismas circunstancias (la habitación no había sido cerrada por dentro). Este suicidio no parecía menos misterioso: el apreciado artista recibía un buen sueldo y parecía disfrutar plenamente de la vida, a sus veinticinco años. Una vez más no apareció nada escrito, ningún tipo de manifestación alusiva. Dejaba a una anciana madre, a la que acostumbraba enviar puntualmente los primeros días de cada mes trescientos marcos para su manutención.

Para la señora Dubonnet, propietaria del pequeño y barato hotel, cuya clientela estaba formada casi exclusivamente por miembros de los cercanos espectáculos de variedades de Montmartre, esta extraña segunda muerte en la misma habitación tuvo consecuencias ciertamente desagradables. Algunos de sus clientes se habían despedido y otros huéspedes habituales no habían vuelto. En vista de ello, acudió al

comisario del distrito IX, al que conocía bien, el cual le prometió hacer cuanto estuviera en su mano para ayudarla. Así pues, no sólo prosiguió las investigaciones, tratando de averiguar con especial celo las razones de los suicidios de ambos huéspedes, sino que puso a su disposición a un oficial, que se alojó en la misteriosa habitación.

Se trataba del policía Charles-Marie Chaumié, que se había ofrecido voluntariamente para el caso. Este sargento era un viejo lobo de mar que había servido durante once años en la infantería de marina, y durante muchas noches había guardado en solitario numerosos puestos en Tonkin y Annam, dando la bienvenida con un vivificante disparo de su rifle a cualquier pirata de río que se acercara furtivamente. Por lo tanto, se sentía perfectamente capacitado para hacer frente a los «fantasmas» de los que se hablaba en la *rue* Stevens. Se instaló, pues, en la habitación el domingo por la tarde y se retiró satisfecho a dormir, después de hacer los honores a la abundante comida y bebida que la señora Dubonnet le había ofrecido.

Cada mañana y cada tarde Chaumié hacía una rápida visita al cuartel de la policía para presentar un informe. Durante los primeros días los informes se limitaron a constatar, que no había advertido nada en absoluto fuera de lo normal. El miércoles por la tarde, sin embargo, anunció que creía haber encontrado una pista. Al pedírsele más detalles, suplicó permiso para guardar silencio por el momento. No estaba seguro de que lo que creía haber descubierto tuviera en realidad relación alguna con las muertes de ambos individuos, y temía hacer el ridículo y convertirse en el hazmerreír de la gente. El jueves parecía menos seguro, aunque más serio; una vez más no tenía nada de que informar. La mañana del viernes parecía en extremo excitado; opinaba, medio en broma medio en serio, que la ventana de la habitación indudablemente ejercía un extraño poder de atracción. No obstante, seguía insistiendo en que este hecho no guardaba relación con los suicidios, y que si decía algo más, sólo sería motivo de risa. Aquella tarde no se presentó en la comisaría de distrito: lo encontraron colgado del gancho en el dintel de la ventana.

También en este caso las circunstancias, hasta en los más mínimos detalles, eran las mismas que en los casos anteriores: las piernas se arrastraban por el suelo y como cuerda había empleado el cordón de las cortinas. La ventana estaba cerrada y no habían cerrado con llave la puerta. La muerte se había producido alrededor de las seis de la tarde. La boca del muerto estaba totalmente abierta y por ella le colgaba la lengua.

Como consecuencia de esta tercera muerte en la habitación número 7, todos los huéspedes abandonaron ese mismo día el hotel Stevens, a excepción de un profesor alemán de enseñanza superior que ocupaba la habitación número 16, el cual aprovechó la oportunidad para lograr la reducción de un tercio en el hospedaje. Fue un pobre consuelo para la señora Dubonnet que Mary Garden, la famosa cantante de la Ópera Cómica, se detuviera allí con su coche algunos días más tarde para comprar el cordón rojo de las cortinas, que consiguió por doscientos francos. En primer lugar

porque traía suerte y en segundo lugar… porque la noticia saldría en los periódicos.

Si esta historia hubiera sucedido en verano, por ejemplo en julio o agosto, la señora Dubonnet habría exigido por el cordón tres veces ese dinero. Con toda seguridad los diarios hubieran llenado sus columnas con el caso durante semanas. Pero en estas fechas tan agitadas del año —elecciones, desórdenes en los Balcanes, quiebra de bancos en Nueva York, visita de los reyes ingleses— realmente no sabrían de dónde sacar espacio. Como consecuencia, la historia de la *rue* Alfred Stevens obtuvo menos atención de la que probablemente merecía, y las noticias, breves y concisas, se limitaron casi siempre a repetir el informe de la policía, manteniéndose al margen de cualquier tipo de exageración.

A estas noticias se reducía todo lo que el estudiante de medicina Richard Bracquemont sabía acerca del asunto. Desconocía por completo un pequeño detalle, que parecía tan insignificante que ni el comisario ni ninguno de los restantes testigos lo había revelado a los periodistas. Tan sólo después, una vez pasada la aventura del estudiante, se recordó este detalle: cuando los policías descolgaron el cadáver del sargento Charles-Marie Chaumié del dintel de la ventana, de la boca abierta del muerto salió una enorme araña negra. El mozo del hotel la ahuyentó con los dedos, exclamando: «¡Demonios, otro de esos bichos!». En el curso de la siguiente investigación, es decir, la relacionada con Bracquemont, el mozo declaró que, cuando descolgaron el cadáver del viajante de comercio suizo, había visto deslizarse por su hombro una araña semejante… Pero de esto nada sabía Richard Bracquemont.

No ocupó la habitación hasta dos semanas después del último suicidio, un domingo. Lo que allí experimentó lo anotó meticulosamente en su diario.

DIARIO DE RICHARD BRACQUEMONT, ESTUDIANTE DE MEDICINA

Lunes, 28 de febrero.

Me instalé aquí la noche pasada. Deshice mis dos maletas, ordené unas pocas cosas y después me acosté. Dormí maravillosamente; acababan de dar las nueve cuando me despertó un golpe en la puerta. Era la patrona del hotel que me traía personalmente el desayuno. Indudablemente se muestra muy solícita conmigo, a juzgar por los huevos, el jamón y el exquisito café que me trajo. Me he lavado y vestido; después, mientras fumaba mi pipa, me he puesto a observar cómo hacía la habitación el mozo.

Aquí estoy, pues. Sé muy bien que este asunto es peligroso, pero también sé que si tengo suerte podré llegar al fondo. Y si antaño París bien valía una misa… ahora no se consigue tan barata…, y creo que bien puedo arriesgar mi miserable vida por ello. Ésta es mi oportunidad… y no pienso desaprovecharla.

A propósito: hubo otros que se creyeron tan listos como para intentar resolverlo.

Al menos veintisiete personas se esforzaron en conseguir la habitación, algunos por medio de la policía y otros a través de la patrona del hotel. Entre ellos había tres damas. Así pues, tuve bastantes competidores; probablemente todos ellos unos pobres diablos como yo.

Pero yo he conseguido el puesto. ¿Por qué? ¡Ah!, yo era probablemente el único que podía ofrecer una «idea» a la astuta policía. ¡Una hermosa idea! Por supuesto, fue un chasco.

Estas anotaciones van también dirigidas a la policía. Y me divierte decir a esos señores desde un principio que me he burlado de ellos. Si el comisario es sensato dirá: «¡Hum! Precisamente por eso, Bracquemont es el hombre adecuado». De cualquier forma, me tiene sin cuidado lo que diga después. Ahora estoy aquí, y me parece de buen agüero haber iniciado mi trabajo dando una buena lección a esos caballeros.

Primero hice mi petición a la señora Dubonnet, pero ésta me mandó a la comisaría de policía. Durante una semana anduve dando vueltas por allí todos los días; mi petición siempre «estaba sometida a estudio», y siempre me decían lo mismo, que volviera otra vez al día siguiente. La mayoría de mis competidores hacía tiempo que habían arrojado ya la toalla; probablemente encontraron algo mejor que hacer que esperar hora tras hora en el mugriento puesto de policía. Para entonces, el comisario estaba muy irritado a causa de mi obstinación. Por último me dijo claramente que era del todo inútil que volviera. Me estaba muy agradecido, así como a los demás, por mis buenas intenciones, pero no podía recibir ayuda de «legos aficionados». A menos que tuviera un plan cuidadosamente pensado…

Así pues, le dije que tenía esa clase de plan. Naturalmente, no tenía nada por el estilo y no hubiera podido brindarle ni un solo detalle. Pero le dije que mi plan era bueno, aunque bastante peligroso, que probablemente podría terminar como el sargento de policía, y que se lo explicaría tan sólo si me prometía llevarlo a cabo personalmente. Me dio las gracias por ello, expresando que, desde luego, no tenía tiempo para hacer una cosa así. Pero me di cuenta de que yo dominaba la situación cuando me preguntó si al menos podía adelantarle algo.

Y eso hice. Le conté una historia adornada, de la que ni yo mismo tenía idea unos minutos antes. No entiendo en absoluto cómo me vinieron de repente esos pensamientos tan extravagantes. Le dije que, entre todas las horas de la semana, había una que ejercía una misteriosa y extraña influencia. Se trataba de la hora en la que Cristo había abandonado su tumba para descender a los infiernos: la sexta hora de la tarde del último día de la semana judía. Y debería recordar que era a esa hora del viernes, entre las cinco y las seis, cuando se produjeron los tres suicidios. No le podía decir más, por el momento, pero le recordé el *Apocalipsis* de San Juan.

El comisario puso cara de haber entendido todo, me dio las gracias y me citó esa misma tarde. Entré en su despacho puntualmente; ante él, sobre la mesa, vi un ejemplar del *Nuevo Testamento*. Entre tanto, yo había hecho lo mismo: había leído el

Apocalipsis de cabo a rabo y… no había entendido ni palabra. De cualquier forma, me dijo, servicialmente, que creía comprender adónde quería yo ir a parar, a pesar de mis vagas indicaciones, y que estaba dispuesto a acceder a mi petición y a apoyarla en todo lo posible.

He de reconocer que su ayuda me ha facilitado mucho las cosas. Ha llegado a un acuerdo con la patrona para que, mientras dure mi estancia en el hotel, mi alojamiento sea totalmente gratuito. Me ha dado un estupendo revólver y una pipa de policía. Los agentes de servicio tienen órdenes de recorrer la pequeña *rue* Alfred Stevens cuantas veces les sea posible, y de subir a mi habitación a la menor indicación mía. Pero lo más importante ha sido que ha hecho instalar en mi habitación un teléfono de mesa, mediante el cual estoy directamente en contacto con la comisaría. Como ésta se encuentra tan sólo a cuatro minutos de aquí, podré disponer de ayuda inmediata. Por todo esto entiendo que no debo temer nada.

Martes, 1 de marzo.

Nada ha ocurrido ni ayer ni hoy. La señora Dubonnet ha traído de otra habitación un cordón nuevo para la cortina…, ¡bastantes tiene libres! Aprovecha cualquier ocasión para venir a verme y siempre me trae alguna cosa. He dejado que me contara otra vez lo sucedido con todo detalle. Pero no me ha aportado nada nuevo. Tiene sus propias opiniones respecto a los motivos de esas muertes. Referente al artista, piensa que se trataba de un amor desgraciado. Mientras fue su huésped el año anterior, había sido visitado frecuentemente por una joven dama, que este año ni apareció. Realmente no comprendía las razones que impulsaron al caballero suizo a tomar su decisión…, pero una no puede saberlo todo. Sin lugar a dudas, el sargento se había quitado la vida sólo para fastidiarla.

He de confesar que estas declaraciones de la señora Dubonnet son un poco mezquinas. Pero la dejé parlotear; eso al menos interrumpe mi aburrimiento.

Jueves, 3 de marzo.

Nada todavía. El comisario me llama un par de veces al día y yo le informo de que todo marcha maravillosamente. Evidentemente, esta información no le satisface del todo. He sacado mis libros de medicina y me he puesto a estudiar; así, al menos, tiene algún sentido mi retiro voluntario.

Viernes, 4 de marzo. 2 de la tarde.

He almorzado excelentemente. Además, la patrona me ha traído media botella de champán; ha sido una auténtica comida para antes de una ejecución. Me considera ya tres cuartas partes muerto. Antes de marcharse me suplicó, con lágrimas en los ojos, que me fuera de allí con ella; tenía miedo de que yo también me ahorcara «por fastidiarla».

He examinado el nuevo cordón de la cortina. ¿Así, pues, pronto tendré que colgarme con esto? ¡Hummm…!, no siento grandes deseos. Además, la cuerda es

tosca y dura y sería difícil hacer con ella un nudo corredizo…, necesitaría una considerable dosis de voluntad para seguir el ejemplo de los otros. Ahora estoy sentado en mi silla, con el teléfono a la izquierda y el revólver a la derecha. Miedo no tengo, pero siento curiosidad.

Seis de la tarde.

Nada ha ocurrido…, casi agregaría ¡desgraciadamente! La hora fatal llegó y se fue como todas las demás. Ciertamente no puedo negar que siento una especie de impulso a acercarme a la ventana… Ya lo creo, ¡pero por otras razones! El comisario llamó por lo menos diez veces entre las cinco y la seis; estaba tan impaciente como yo. Pero la señora Dubonnet está contenta: alguien ha logrado vivir en la habitación número 7 sin ahorcarse. ¡Fabuloso!

Lunes, 7 de marzo.

Ahora estoy convencido de que nada descubriré, y me inclino a pensar que los suicidios de mis predecesores han sido una rara coincidencia. He pedido al comisario que continúe con la investigación de los tres casos, pues estoy convencido de que dará finalmente con los motivos. Por mi parte, pienso quedarme aquí todo el tiempo que pueda. Probablemente no conquiste París esta vez, pero aquí vivo gratis y me alimento satisfactoriamente. Además, trabajo afanosamente y advierto que adelanto sobremanera. Finalmente, existe otra razón que me retiene aquí.

Miércoles, 9 de marzo.

Pues bien, he dado un paso más. Clarimonde…

Por cierto, todavía no he contado nada acerca de Clarimonde. Pues bien, ella es… mi «tercera razón» para seguir aquí. Precisamente ella es la causa por la que gustoso me hubiera acercado a la ventana en aquella hora fatídica… Pero no, ciertamente, para ahorcarme. Clarimonde… ¿Por qué la llamo así? No tengo ni idea de cómo se llama, pero tengo la sensación de que debo llamarla Clarimonde. Y apostaría a que algún día descubriré que ése es su verdadero nombre. Descubrí a Clarimonde los primeros días. Vive al otro lado de la estrecha calle y su ventana está exactamente frente a la mía. Está allí sentada, detrás de las cortinas. Por otra parte, debo señalarles que ella me vio antes de que yo la descubriera y que mostró visible interés por mí. No es extraño. La calle entera sabe que estoy aquí y por qué. De eso ya se ha ocupado la señora Dubonnet.

No soy, en modo alguno, de esas personas enamoradizas y mis relaciones con las mujeres han sido siempre muy ligeras. Cuando uno viene a París desde Verdún para estudiar Medicina, y apenas tiene suficiente dinero ni siquiera para comer decentemente cada tres días, tiene uno otras cosas en qué pensar antes que en el amor. Por lo tanto, no tengo mucha experiencia y quizá haya comenzado este asunto de un modo bastante estúpido. De todos modos me agrada tal y como es.

Al principio ni se me pasó por la cabeza establecer comunicación con mi extraña

vecina. Sencillamente decidí que, puesto que de cualquier manera estaba allí para hacer averiguaciones y que probablemente no había nada que descubrir, bien podía observar a mi vecina. Después de todo, uno no puede pasarse el día entero delante de los libros. Así pues, llegué a la conclusión de que Clarimonde vive aparentemente sola en el pequeño piso. Tiene tres ventanas, pero se sienta únicamente ante la que está enfrente de la mía; allí sentada, hila en su rueca pequeña y anticuada. En una ocasión vi una rueca semejante en casa de mi abuela, que ella ni siquiera había usado; la había heredado de su tía abuela. No sabía que aún hoy se utilizaran. Por cierto, la rueca de Clarimonde es un artefacto diminuto y muy delicado, blanco y aparentemente de marfil. Las hebras que hila deben ser extraordinariamente finas. Está todo el día sentada detrás de los visillos, trabajando incesantemente, y sólo abandona la faena cuando oscurece. Por supuesto, en una calle tan estrecha oscurece muy temprano estos días de niebla. A las cinco de la tarde ya tenemos un hermoso crepúsculo. Nunca he visto luz en su habitación.

¿Qué aspecto tiene? Eso no lo sé realmente. Tiene cabellos negros con rizos ondulados y es bastante pálida. Su nariz es estrecha y pequeña, con aletas que palpitan dulcemente. Sus labios son pálidos y me da la impresión de que sus pequeños dientes son puntiagudos como los de un feroz animal. Sus párpados arrojan profundas sombras, pero cuando los abre, brillan unos ojos grandes y oscuros. Todo esto, más que saberlo, lo presiento. Es difícil identificar algo con exactitud detrás de unos visillos.

Algo más: lleva siempre un traje negro, cerrado hasta el cuello, con grandes lunares color lila. Y siempre lleva largos guantes negros, posiblemente para no estropearse las manos mientras trabaja. Resulta curioso ver cómo esos delgados y negros dedos se mueven rápida y en apariencia desordenadamente, cogiendo y estirando los hilos…, realmente casi como los movimientos de los insectos.

¿Nuestras relaciones? He de confesar que son bastante superficiales, pero, aun así, me da la impresión de que son más profundas. Comenzaron verdaderamente cuando ella miró hacia mi ventana… y yo hacia la suya. Me miró y yo a ella. Y luego debí agradarle bastante, evidentemente, puesto que un día, mientras la observaba, me sonrió. Y yo a ella también. La cosa continuó durante unos días, sonriéndonos de esa manera, cada vez más a menudo. Más adelante me propuse saludarla a todas horas, pero no sé muy bien qué es lo que me impidió hacerlo.

Finalmente lo he hecho esta tarde. Y Clarimonde me ha devuelto el saludo. Casi imperceptiblemente, por supuesto; pero, a pesar de eso, he visto perfectamente cómo ha inclinado la cabeza.

Jueves, 10 de marzo.

Ayer estuve sentado largo tiempo ante mis libros. A decir verdad, no estudié mucho; estuve haciendo castillos en el aire y soñando con Clarimonde. Tuve un sueño muy agitado hasta muy entrada la mañana.

Cuando me acerqué a la ventana, allí estaba Clarimonde. La saludé y ella inclinó la cabeza. Sonrió y me miró durante largo tiempo.

Quería trabajar, pero no encontraba la tranquilidad necesaria. Me senté en la ventana y la miré absorto. Luego advertí que ella también ponía las manos en su regazo. Tiré de la cuerda y aparté las cortinas blancas, y… casi al mismo tiempo ella hizo lo mismo. Los dos sonreímos y nos miramos.

Creo que estuvimos sentados así quizá una hora.

Luego comenzó a hilar de nuevo.

Sábado, 12 de marzo.

Los días transcurren tranquilamente. Como y bebo y me siento ante la mesa de estudio. Entonces enciendo mi pipa y me inclino sobre los libros. Pero no logro leer una sola línea. Lo intento una y otra vez, pero sé de antemano que será inútil. Luego me acerco a la ventana. Saludo a Clarimonde y ella me devuelve el saludo. Sonreímos y nos miramos mutuamente… durante horas.

Ayer por la tarde, a eso de las seis, me sentí un poco intranquilo. Oscureció muy pronto y experimenté un miedo indescriptible. Me senté ante mi mesa y esperé. Sentía un impulso irresistible de acercarme a la ventana…, no para colgarme, por supuesto, sino para mirar a Clarimonde. Me puse de pie de un salto y me coloqué detrás de las cortinas. Tenía la impresión de que nunca la había visto con tanta claridad, a pesar de que había oscurecido ya bastante. Tejía, pero sus ojos me miraban. Sentí un extraño bienestar y un ligero miedo.

Sonó el teléfono. Me enfurecí contra el necio comisario que con sus estúpidas preguntas había interrumpido mis sueños.

Esta mañana ha venido a visitarme acompañado de la señora Dubonnet. Ella está satisfecha de mi trabajo: se conforma plenamente con que haya vivido dos semanas enteras en la habitación número 7. Pero el comisario quiere, además, resultados. Les insinué confidencialmente que estaba detrás de una pista muy extraña. El muy burro se creyó todo lo que le dije. En cualquier caso, podré quedarme aquí semanas… y ése es mi único deseo. No es por la comida y la bodega de la señora Dubonnet —¡Dios mío, qué pronto se vuelve uno indiferente hacia esas cosas cuando se tiene suficiente! — sino por su ventana, que ella tanto odia y teme, y yo tanto amo; la ventana que me muestra a Clarimonde.

Cuando enciendo la lámpara dejo de verla. He escudriñado a fondo para averiguar si sale de casa, pero nunca la he visto poner el pie en la calle. Dispongo de un cómodo sillón y de una lámpara de pantalla verde, cuya luz me envuelve con su cálido reflejo. El comisario me ha traído un paquete grande de tabaco; nunca he fumado nada mejor… y a pesar de eso no puedo trabajar. Leo dos o tres páginas y, cuando he terminado, me doy cuenta de que no he entendido ni palabra. Mis ojos leen las letras, pero mi cerebro rechaza cualquier concepto. ¡Qué extraño! Es como si mi cerebro hubiera puesto el letrero de «Prohibida la entrada». Como si no admitiera ya

otro pensamiento que no sea Clarimonde.

Finalmente he retirado los libros, me he recostado en el sillón y me he puesto a soñar.

Domingo, 13 de marzo.

Esta mañana he presenciado un espectáculo. Recorría el pasillo de arriba abajo, mientras el mozo ordenaba mi habitación. Junto a la pequeña ventana que da al patio cuelga una tela de araña con una enorme araña negra. La señora Dubonnet no permite que la quiten: las arañas traen suerte y bastantes desgracias ha tenido ya en su casa. Entonces vi que otra araña, mucho más pequeña, corría cautelosamente alrededor de la tela: un macho. Tímidamente, se acercaba un poco por los finos hilos hacia el centro, pero, apenas se movía la hembra, se retiraba apresuradamente. Daba la vuelta a la red e intentaba acercarse por otro extremo. Finalmente, la poderosa hembra pareció prestar atención a su pretendiente, desde el centro de su tela, y dejó de moverse. El macho tiró de uno de los hilos, primero suavemente y luego con más fuerza, hasta que toda la tela de araña tembló. Pero su adorada permaneció inmóvil. Entonces se aproximó rápidamente, aunque con suma prudencia. La hembra le recibió pacíficamente y se dejó abrazar serenamente, conservando una inmovilidad y una pasividad completas. Durante algunos minutos las dos arañas permanecieron inmóviles en el centro de la tela.

Luego observé que la araña macho se liberaba lentamente, una pata tras otra; parecía como si quisiera retirarse en silencio, dejando a su compañera sola en su nido de amor. De repente, se soltó del todo y corrió tan deprisa como pudo hacia un extremo de la red. Pero, en ese mismo momento, una furiosa vitalidad despertó en la hembra, que al instante le persiguió. El macho negro se descolgó por un hilo, pero su amada hizo lo mismo. Cayeron las dos en el alféizar de la ventana y la araña macho intentó, con todas sus fuerzas, huir. Demasiado tarde. Su compañera le tenía ya cogido con sus poderosas garras y se lo llevó de nuevo a la red, al mismo centro. Y ese mismo lugar, que había servido de lecho para sus lujuriosos apetitos, se convirtió en algo muy distinto. En vano agitaba el amante sus débiles patitas, intentando desembarazarse de aquel salvaje abrazo: la amada ya no le dejaba marchar. A los pocos minutos le tenía atrapado de tal forma que no podía mover un solo miembro. Luego introdujo sus afiladas pinzas en el cuerpo de su amante y sorbió con fruición su joven sangre. Incluso vi cómo, finalmente, dejaba caer el lastimoso e irreconocible montón —patas, piel y hebras— y lo arrojaba con indiferencia fuera de la red.

Así, pues, es el amor entre esas criaturas… En fin, estoy contento de no ser una araña macho.

Lunes, 14 de marzo.

Ahora ni siquiera echo una mirada a mis libros. Paso los días ante la ventana. Y sigo allí sentado incluso cuando anochece. Ella ya no aparece, pero cierro los ojos y

sigo viéndola.

¡Hummm…!, realmente este diario se ha convertido en algo muy distinto de lo que pensaba. Habla de la señora Dubonnet, del comisario, de arañas y de Clarimonde. Pero ni una sola palabra acerca del descubrimiento que me proponía hacer…, ¿tengo yo la culpa?

Martes, 15 de marzo.

Clarimonde y yo hemos descubierto un curioso juego; lo jugamos durante todo el día. Yo la saludo e inmediatamente ella me devuelve el saludo. Luego tamborileo con los dedos en el cristal de la ventana y ella, en cuanto lo ve, se pone también a tamborilear. Le hago señales y ella a su vez me las hace a mí. Muevo los labios como si hablara y ella repite lo mismo. Luego me echo hacia atrás con la mano el cabello de mis sienes, y en seguida su mano se dirige a su frente. Un auténtico juego de niños del que nos reímos. Es decir…, ella realmente no se ríe, es una especie de sonrisa sosegada, lánguida…, como supongo debe ser la mía.

Por cierto, todo esto no es tan tonto como puede parecer. No se limita a ser una simple imitación. Creo que, si así fuera, pronto nos cansaríamos los dos. En esto debe jugar un papel importante una especie de transmisión de pensamiento. Pues Clarimonde repite mis más insignificantes movimientos en una fracción de segundo; sin haber tenido tiempo siquiera de verlos, ya los está representando. A veces me parece que todo ocurre al mismo tiempo. Eso es lo que me estimula a hacer algo totalmente nuevo e insólito. Y es sorprendente cómo ella hace lo mismo simultáneamente. A veces intento tenderle una trampa. Hago una serie de movimientos diversos sucesivamente; luego los repito de nuevo una y otra vez. Finalmente repito por cuarta vez toda la serie, pero cambiando el orden o introduciendo alguno nuevo, o bien olvidándome de alguno. Algo así como el juego infantil «Lo que el jefe manda». Es notable que Clarimonde no haga un movimiento en falso ni una sola vez, a pesar de que yo los cambio con tal rapidez que casi no tiene tiempo de reconocer cada uno de ellos.

Así es como paso el día. Pero en ningún momento tengo la sensación de perder el tiempo. Por el contrario, tengo la impresión de no haber hecho nunca nada más importante.

Miércoles, 16 de marzo.

¿No es curioso que jamás se me haya pasado seriamente por la cabeza dar una base más sólida a mis relaciones con Clarimonde que esos juegos interminables? Anoche medité sobre ello. Sí, verdaderamente sólo tendría que tomar mi abrigo y mi sombrero, bajar dos pisos, cruzar la calle en cinco pasos y subir otra vez dos pisos. En la puerta hay una pequeña placa en la que pone «Clarimonde…». ¿Clarimonde qué? No lo sé. Pero sí pone Clarimonde. Después llamo y luego…

Hasta aquí me lo puedo imaginar todo fácilmente, puedo ver cada movimiento

que hago. Pero de ningún modo puedo imaginar lo que sucederá después. La puerta se abre, eso aún lo veo. Pero me quedo allí de pie y miro a través de la oscuridad que no permite reconocer nada en absoluto. Ella no viene…, nadie viene. En realidad allí no hay nada; tan sólo esa tenebrosa e impenetrable oscuridad.

A veces es como si sólo existiese la Clarimonde que veo allá, en la ventana, y que juega conmigo. No me puedo imaginar a esa mujer con sombrero y con otro vestido distinto del que lleva: negro con grandes lunares color lila. Ni siquiera me la imagino sin sus guantes. Si la viera por la calle, incluso en un restaurante comiendo, bebiendo, charlando… Tengo que reírme, pues la escena me parece imposible.

Hay veces que me pregunto si la amo. No puedo responder con certeza a esa pregunta, puesto que nunca he amado. Pero si el sentimiento que siento hacia Clarimonde es verdaderamente amor, entonces el amor es, sin duda, muy distinto de como yo lo veía en mis compañeros o de lo que me enseñaron las novelas.

Me es muy difícil definir mis emociones. Sobre todo me es difícil pensar en algo que no esté relacionado con Clarimonde…, o mejor dicho, con nuestro juego. Pues no he de negarlo: realmente ese juego es lo único que me preocupa…, nada más. Y eso es lo que menos concibo.

Clarimonde… Sí, me siento atraído por ella. Pero en esa atracción se mezcla otro sentimiento, algo así… como si la temiera. ¿Temor? No, tampoco es eso; tiene más que ver con la aprensión, un leve miedo ante algo que no conozco. Y es precisamente ese miedo —que encierra algo curiosamente atrayente, voluptuoso— lo que me mantiene a distancia y a la vez me atrae hacia ella. Es como si recorriera un amplio círculo en torno a ella, me acercara un poco más, me retirara otra vez, corriera de nuevo hacia ella y otra vez volviera a retroceder. Hasta que al final —y eso lo sé positivamente— tendría que volver a ella otra vez.

Clarimonde está sentada en la ventana e hila. Hilos largos, finos, infinitamente delgados. Está haciendo un tapiz; no sé exactamente de lo que se trata. Y no puedo comprender cómo puede hacer esa red sin enredar ni romper una y otra vez tan delicados hilos. Su fino trabajo está plagado de dibujos fantásticos…, animales de fábula y criaturas grotescas.

Pero… ¿qué estoy escribiendo? La verdad es que realmente no puedo ver lo que teje; los hilos son demasiado finos. Y, sin embargo, tengo la impresión de que su trabajo es exactamente como me lo imagino… cuando cierro los ojos. Exactamente. Una gran red con muchas criaturas, animales fabulosos y seres grotescos.

Jueves, 17 de marzo.

Me encuentro en un notable estado de excitación. Ya no hablo con nadie; apenas doy los buenos días a la señora Dubonnet o al mozo. Ni siquiera me tomo el tiempo para comer; ya sólo quiero sentarme frente a la ventana y jugar con ella. Es un juego inquietante; realmente lo es.

Y tengo el presentimiento de que mañana sucederá algo.

Viernes, 18 de marzo.

Sí, sí, tiene que ocurrir hoy. Me digo a mí mismo —bien alto, para oír mi voz— que para eso estoy aquí. Pero lo malo es que tengo miedo. Y ese miedo de que me pueda ocurrir en esta habitación lo mismo que a mis predecesores se confunde curiosamente con el otro miedo: el miedo a Clarimonde. Apenas puedo separarlos.

Tengo miedo. Quisiera gritar.

Seis de la tarde

Rápidamente, unas pocas palabras, con el sombrero y el abrigo puestos.

Cuando dieron las cinco mi fortaleza me había abandonado. ¡Oh!, ahora sé con toda seguridad que esta sexta hora de la tarde del penúltimo día de la semana es bastante extraña… Ahora ya no me río del truco que le hice al comisario. He estado sentado en mi sillón y me he aferrado a él con fuerza. Pero algo me arrastraba, tiraba materialmente de mí hacia la ventana… y otra vez surgió ese horrible miedo a la ventana. Los vi allí colgados. Al viajante de comercio suizo, grandote, de recio cuello y con barba de dos días. Y al esbelto artista. Y al sargento, bajo y fuerte. A los tres los vi, uno tras otro. Y luego los vi juntos en el mismo gancho, con las bocas abiertas y las lenguas fuera. Y luego me vi a mí mismo entre ellos.

¡Oh, este miedo! Sentí que era tan grande el temor que experimentaba hacia Clarimonde como el que me causaban el dintel de la ventana o el espantoso gancho. Que me perdone, pero es así. En mi vergonzoso terror, siempre la mezclaba a ella con las imágenes de los otros tres, colgando de la ventana, con las piernas arrastrando por el suelo.

La verdad es que en ningún momento sentí deseos o impaciencia por ahorcarme; tampoco tenía miedo de desearlo… No, tan sólo tenía miedo de la ventana… y de Clarimonde…, de algo terrorífico, incierto, que debía ocurrir ahora. Aun así, sentía el ardiente e invencible deseo de levantarme y acercarme a la ventana. Y tenía que hacerlo…

En ese momento sonó el teléfono. Tomé el auricular y, antes de que pudiera oír una sola palabra, grité: «¡Venga, venga en seguida!».

Fue como si ese estridente grito hubiera hecho desaparecer al instante todas las sombras por entre las grietas del pavimento. De momento estaba tranquilo. Me sequé el sudor de la frente y bebí un vaso de agua; después reflexioné sobre lo que le diría al comisario cuando llegara. Finalmente me acerqué a la ventana, saludé y sonreí.

Y Clarimonde saludó y sonrió.

Cinco minutos más tarde, el comisario estaba conmigo. Le dije que por fin había llegado al fondo del asunto y le rogué que por el momento no me hiciera preguntas, que pronto estaría en condiciones de poder hacerle una singular revelación. Lo extraño de todo es que, mientras le mentía, estaba completamente seguro de decirle la verdad. Y aún lo creo… en contra de mi mejor juicio.

Probablemente advirtió mi singular estado de ánimo, especialmente cuando me

excusé por mi grito de terror e intenté balbucear una explicación lo más razonable posible… sin que pudiera encontrar palabras. Muy amablemente me sugirió que no necesitaba preocuparme por él; que estaba a mi disposición; que era su deber. Que prefería realizar una docena de viajes inútiles a hacerse esperar una sola vez cuando fuera realmente necesario. Luego me invitó a salir con él aquella noche; eso me distraería; no era bueno que estuviera tanto tiempo solo. He aceptado, aunque me resultaba difícil: no me gusta separarme de esta habitación.

Sábado, 19 de marzo.

Estuvimos en el Gaieté Rochechouart, el Cigale y el Lune Rousse. El comisario tenía razón. Fue bueno para mí salir de aquí y respirar otra atmósfera. Al principio me sentí incómodo, como si estuviera haciendo algo malo, como si fuera un desertor que hubiera abandonado su bandera. Pero luego esa sensación desapareció; bebimos mucho, reímos y charlamos.

Cuando me asomé a la ventana esta mañana me pareció leer un reproche en la mirada de Clarimonde. Aunque quizá sólo fue una apreciación mía. ¿Cómo podía saber ella, de alguna manera, que yo había salido la pasada noche? De cualquier forma, aquello no duró más que un segundo, luego sonrió de nuevo.

Hemos jugado todo el día.

Domingo, 20 de marzo.

Hoy sólo puedo repetir lo que escribí ayer: hemos jugado todo el día.

Lunes, 21 de marzo.

Hemos jugado todo el día.

Martes, 22 de marzo.

Sí, y eso es lo que hemos hecho también hoy. Nada, absolutamente nada más. A veces me pregunto ¿para qué, realmente?, ¿por qué? O bien, ¿qué es lo que quiero en realidad?, ¿adónde me lleva todo esto? Pero no me contesto. Pues lo más seguro es que no quiera otra cosa. Y que lo que sucederá más adelante es lo único que anhelo.

Por supuesto que en todos estos días no nos hemos dicho ni una sola palabra. Algunas veces hemos movido los labios; otras, simplemente nos hemos mirado. Pero nos hemos entendido muy bien.

Tenía yo razón: Clarimonde me reprochaba el haberme ido el pasado viernes. Después le pedí perdón y le dije que reconocía que había sido tonto y poco amable de mi parte. Me ha perdonado y yo le he prometido que nunca más abandonaré esta ventana. Y nos hemos besado: hemos apretado los labios contra los cristales durante mucho tiempo.

Miércoles, 23 de marzo.

Ahora sé que la amo. Así debe ser, estoy impregnado de ella hasta la última fibra.

Es posible que el amor sea distinto en otras personas. Pero ¿existe, acaso, una cabeza, una oreja, una mano, igual a otra entre miles de millones? Todas son distintas. Por eso no puede haber un amor igual a otro. Mi amor es extraño, eso bien lo sé. Pero ¿es por eso menos hermoso? Casi soy feliz con este amor.

¡Si no fuera por ese miedo! A veces se adormece y entonces lo olvido. Pero sólo durante unos pocos minutos; luego despierta de nuevo y se aferra a mí. Es como una pobre ratita que luchase contra una enorme y fascinante serpiente para librarse de su poderoso abrazo. ¡Espera un poco, pobre y pequeño miedo, pronto te devorará este gran amor!

Jueves, 24 de marzo.

He hecho un descubrimiento: no juego yo con Clarimonde…, *ella es la que juega conmigo*.

Sucedió de este modo:

Anoche, como de costumbre, pensaba en nuestro juego. Escribí algunas complicadas series de movimientos, con los que pensaba sorprenderla esta mañana; cada movimiento tenía asignado un número. Los practiqué, para poder ejecutarlos lo más rápidamente posible, primero en orden y después hacia atrás. Luego solamente los números pares seguidos de los impares. Después sólo los primeros y últimos movimientos de cada una de las cinco series. Era algo complicado pero me producía gran satisfacción porque me acercaba más a Clarimonde, pese a no poder verla. Practiqué durante horas y al final los hacía con la precisión de un reloj.

Por fin, esta mañana me acerqué a la ventana. Nos saludamos. Entonces empezó el juego. Hacia delante, hacia atrás…, era increíble lo rápidamente que me entendía; repetía casi instantáneamente todo lo que yo hacía.

Entonces llamaron a la puerta; era el mozo que me traía las botas. Las cogí. Cuando regresaba a la ventana reparé en la hoja de papel en la que había anotado mis series. Y entonces me di cuenta de que no había ejecutado ni uno solo de esos movimientos.

Casi me tambaleé; me sujeté al respaldo del sillón y me dejé caer en él. No lo podía creer. Leí la hoja una y otra vez. La verdad es que había ejecutado en la ventana una serie de movimientos…, pero ninguno de los míos.

Y una vez más tuve la sensación de que una puerta se abría…, su puerta. Estoy de pie ante ella y miro a su interior…; nada, nada…, tan sólo esa oscuridad vacía. Entonces supe que si me marchaba en ese momento, estaría salvado. Y comprendí perfectamente que *podía* irme. Sin embargo no me fui. Y no lo hice porque tenía el presentimiento de que estaba a punto de descubrir el misterio. *París…* ¡iba a conquistar París!

Durante unos momentos París era más fuerte que Clarimonde.

¡Ay! Ahora ya casi no pienso en eso. Sólo siento mi amor y dentro de él ese miedo callado y voluptuoso.

Pero en aquel momento eso me dio fuerzas. Leí de nuevo mi primera serie y grabé en mi mente con exactitud cada uno de sus movimientos. Luego volví a la ventana.

Me fijé bien en lo que hacía: *ni uno solo de los movimientos estaba entre los que me proponía ejecutar*.

Decidí entonces tocarme la nariz con el dedo índice. Pero besé el cristal. Quise tamborilear sobre el alféizar de la ventana pero me pasé la mano por el cabello. Así, pues, era cierto: Clarimonde no imitaba lo que yo hacía; más bien era yo quien hacía lo que ella indicaba. Y lo hacía con la celeridad del relámpago y casi tan instantáneamente, que incluso ahora me parece como si lo hubiera hecho por mi propia voluntad.

Y soy yo, yo, que estaba tan orgulloso de haber influido en sus pensamientos, el que estoy total y completamente dominado. Sólo que… este dominio es tan suave, tan ligero. ¡Oh! No hay nada que pudiera hacerme tanto bien.

Todavía lo intenté otra vez. Metí ambas manos en los bolsillos y decidí firmemente no moverlas de ellos. La miré. Vi cómo levantaba la mano, cómo sonreía y cómo me recriminaba suavemente con el dedo índice. No me moví. Sentía que mi mano derecha quería salir del bolsillo, pero clavé profundamente los dedos en el forro. Seguidamente, pasados unos minutos, mis dedos se relajaron…, la mano salió del bolsillo y el brazo se elevó. La reprendí con el dedo y sonreí. Era como si no fuera yo el que hacía esas cosas, sino un extraño al que observaba. No, no, no era eso. Yo, era yo quien lo hacía… en tanto que un extraño me observaba a mí. Precisamente era ese extraño, tan fuerte, el que intentaba hacer un gran descubrimiento. Pero ése no era yo.

Yo…, ¿y a mí qué me importa ya el descubrimiento? Estoy aquí para hacer lo que quiera ella, Clarimonde, a la que amo con delicioso terror.

Viernes, 25 de marzo.

He cortado el cable del teléfono. No tengo ya ganas de que ese estúpido comisario me interrumpa, precisamente ahora que se acerca la hora fatal…

¡Dios mío! ¿Por qué escribo estas cosas? Nada de esto es cierto. Es como si alguien guiara mi pluma.

Pero yo quiero…, quiero…, quiero escribir lo que ocurre. Tengo que hacer un atroz esfuerzo. Pero quiero hacerlo. Si pudiera hacer tan sólo una vez más… lo que verdaderamente quiero hacer.

He cortado el cable del teléfono. ¡Ah!

Porque tenía que hacerlo. ¡Por fin lo he escrito! Porque tenía, tenía que hacerlo.

Esta mañana hemos estado jugando frente a la ventana. Nuestro juego ha variado desde ayer. Ella hace algún movimiento y yo me resisto todo lo que puedo, hasta que finalmente tengo que ceder, impotente, y hacer lo que ella desea. Y difícilmente puedo expresar el maravilloso placer que supone esa rendición…, esa entrega a sus

deseos.

Jugamos. Y, de repente, ella se levantó y retrocedió. Su habitación estaba tan oscura que casi ya no podía verla. Parecía haber desaparecido en la oscuridad. Pero pronto volvió, trayendo en sus manos un teléfono de mesa igual que el mío. Lo colocó, sonriendo, sobre el alféizar de la ventana, cogió un cuchillo, cortó el cable y se lo llevó de nuevo.

Durante un cuarto de hora me resistí. Mi temor era mayor que nunca, y esa sensación de sucumbir lentamente, cada vez más deliciosa. Finalmente traje mi teléfono, corté el cable y lo puse otra vez sobre la mesa.

Así es como sucedió.

Estoy sentado ante mi mesa. He tomado mi té y el mozo se ha llevado ya la bandeja. Le pregunté qué hora era, ya que mi reloj no va bien. Son las cinco y cuarto, las cinco y cuarto…

Sé que si miro ahora, Clarimonde estará haciendo algo. Estará haciendo algo que yo tendré que hacer también.

De todos modos, miro. Está allí, de pie y sonriente. ¡Si pudiera siquiera apartar mis ojos!… Ahora se acerca a la cortina. Coge el cordón…, es rojo, como el de mi ventana… Hace un nudo corredizo. Cuelga el cordón arriba, en el gancho del dintel de la ventana.

Se sienta y sonríe.

No, esto que experimento ya no puedo llamarlo miedo. Es un terror enloquecedor, sofocante, que aun así no cambiaría por nada del mundo. Es una fuerza de una índole desconocida, y no obstante extrañamente sensual en su ineludible tiranía.

Podría correr inmediatamente a la ventana y hacer lo que ella quiere. Pero espero, lucho, me resisto. Siento que esa atracción se va haciendo más apremiante cada minuto que pasa…

Así, pues, aquí estoy otra vez sentado. Corrí rápidamente e hice lo que ella quería: coger el cordón, hacer un nudo corredizo y colgarlo del gancho.

Y ya no quiero mirar más. Sólo quiero estar aquí y mirar fijamente el papel. Pues ahora sé lo que ella hará si la miro…; ahora, en la sexta hora del penúltimo día de la semana. Si la miro, tendré que hacer lo que ella quiera…, tendré entonces que…

No quiero mirarla.

Entonces me río… en alto. No, no soy yo el que se ríe, alguien lo hace dentro de mí. Y sé por qué: por ese «no quiero».

No quiero, y sin embargo sé con certeza que debo hacerlo. Debo mirarla, debo, debo mirarla… y después… todo lo demás. Espero tan sólo para prolongar esta tortura. Sí, eso es. Estos indecibles sufrimientos constituyen mi más sublime deleite. Escribo rápidamente para permanecer aquí más tiempo, con el fin de prolongar estos segundos de dolor que aumentan mi éxtasis amoroso hasta el *infinito*. Más, más tiempo…

¡Otra vez el miedo! Sé que la miraré, que me levantaré, que me ahorcaré. *Pero*

eso no es lo que temo. ¡Oh, no!… ¡Eso es bueno, es dulce!

Pero hay algo, algo más… que *ocurrirá después*. No sé lo que es… pero sucederá con toda seguridad. Pues el gozo de mis tormentos es tan inmensamente grande… ¡Oh! Siento, siento que ha de suceder algo terrible.

No debo pensar…

Debo escribir algo, cualquier cosa. Pero deprisa…, para no pensar.

Mi nombre… Richard Bracquemont, Richard Bracquemont, Richard… ¡Oh!, no puedo seguir… Richard Bracquemont, Richard Bracquemont… Ahora…, ahora tengo que mirarla… Richard Bracquemont tengo…, no, más, más… Richard… Richard Bracque…

Al no obtener respuesta alguna a sus repetidas llamadas telefónicas, el comisario del distrito IX entró a las seis y cinco en el hotel Stevens. Encontró en la habitación número 7 el cuerpo del estudiante Richard Bracquemont, colgado del dintel de la ventana, exactamente en la misma posición que sus tres predecesores.

Tan sólo su rostro tenía una expresión distinta. Estaba desfigurado, con una mueca de terrible horror, y sus ojos, abiertos, parecían salirse de sus órbitas. Los labios estaban separados y los dientes fuertemente apretados.

Y entre ellos, mordida y triturada, había una gran araña negra, con curiosos lunares violeta.

Sobre la mesa se encontraba el diario del estudiante. El comisario lo leyó y se acercó inmediatamente a la casa de enfrente. Descubrió que el segundo piso había estado vacío y deshabitado desde hacía meses…

M. P. Shiel

LA MANSIÓN DE LOS RUIDOS

(The House of Sounds, 1911)

Entre la pléyade de escritores «raros» e infravalorados que, como una maldición, pueblan la literatura fantástica, ocupa por méritos propios un puesto relevante el británico Matthew Phipps Shiel (1865-1947), de vida tan extravagante y fabulosa como su propia obra. Hijo de un predicador metodista irlandés, nació en la pequeña isla de Montserrat, en las Indias Occidentales, y a los quince años su padre le coronó rey del islote de Redonda, investidura que la corona británica jamás llegó a reconocer, lo que no le impidió otorgar títulos de nobleza a sus amigos (entre ellos Machen, Dylan Thomas, Lawrence Durrell o Henry Miller) y nombrar sucesor a su biógrafo y albacea John Gawsworth.

Iniciada en Barbados, su educación se complementaría en Inglaterra, donde además de aprender varios idiomas (ocasionalmente trabajó como intérprete) se interesó sucesivamente por las matemáticas y la medicina, disciplinas que abandonaría definitivamente para consagrarse a la literatura, por la que siempre se había sentido fuertemente atraído: a los doce años escribió su primera novela, a los trece editaba su propio «fanzine» «a mano» y a los quince publicó un serial en un periódico local.

Su primer éxito literario fue la novela detectivesca «Prince Zaleski», escrita bajo el influjo de Poe. También fueron muy populares en su tiempo sus seriales para «People», «Chronicle», «Leader» o «Red», en especial «Yellow Danger», de tema bélico. Otras obras suyas de interés son «The Lord of the Sea», «How the Old Woman Got Home», «The Black Box», «Children of the Wind» (su favorita) y la más conocida de todas (llevada al cine en 1959), «La nube púrpura», verdadera joya de la literatura fantástica y visionaria, y claro precedente de la ciencia ficción. Precisamente es en el dominio de la fantasía donde hay que buscar lo más valioso y perdurable de su obra, muy alabada por H. G. Wells.

Aparte de la citada novela, hay que destacar sus numerosos relatos de horror mágico (para Dashiell Hammett, Shiel era sencillamente «un mago»), recogidos en varias colecciones: «Shapes in the Pire», «The Pale Ape» o «Invisible Voices». El mejor de todos ellos es, sin duda, «La mansión de los ruidos», vagamente inspirado en «La caída de la casa Usher». Publicado por vez primera en 1896 bajo el título de «Vaila», posteriormente fue revisado a fondo y retitulado para ser incluido en su segundo volumen de relatos, publicado en 1911. Allí fue donde lo descubrió alborozado Lovecraft, quien lo calificó de «mejor relato de terror de su generación», declarándose totalmente incapaz de describir su «insidiosa locura…, su singular

delirio de desolaciones árticas, mares titánicos, insensatas torres de bronce, amenazas seculares, frenéticas olas y cataratas, y sobre todo ese insistente sonido cósmico, espantoso y paralizante».

LA MANSIÓN DE LOS RUIDOS[21]

E caddi come l'uom cui sonno piglia
DANTE

HACE un buen número de años, cuando estudiaba en París y todavía era joven, conocí al gran Carot, y fui testigo a su lado de muchos casos de las enfermedades mentales que analizaba con indiscutible maestría. Recuerdo a una criadita del Marais que, hasta los nueve años, no se diferenciaba de sus compañeras de juegos, pero que una noche, tumbada en la cama, le susurró a su madre al oído: «Mamá, ¿no oyes *el ruido del mundo?*». Parece ser que acababa de aprender en sus clases de geografía que nuestro globo gira en su órbita alrededor del Sol a enorme velocidad; y aquel *ruido del mundo* era, simplemente, un murmullo al oído, escuchado en el silencio de la noche. Pero seis meses después estaba más loca que una cabra.

Hablé de ese caso con mi amigo Haco Harfager, que, por entonces, ocupaba conmigo en la *rue* St. Germain una vieja mansión, rodeada por una valla y una jungla de arbustos. Haco me escuchó con singular interés, y después permaneció durante un buen rato sumido en la melancolía.

Hubo otro caso que también le impresionó mucho: el de un joven, fabricante de juguetes de St. Antoine, enfermo de tisis —pero serio y trabajador—, que, al volver una tarde a su buhardilla, tuvo la ocurrencia de comprar uno de esos periódicos facciosos que circulan por los bulevares a la luz de los faroles. Aquel acto tan sencillo fue el comienzo de su perdición. Nunca se había dedicado a leer: sabía muy poco de la agitación y desorden del mundo. Pero a la noche siguiente compró otro periódico. Pronto estuvo al corriente de la política, de los grandes movimientos, del tumulto de la vida, y ese interés se hizo absorbente. Todas las noches, hasta muy tarde, se quedaba reflexionando sobre el caos de las acciones humanas, sobre la pasión impresa. Se despertaba enfermo, pero vigoroso de espíritu, y compraba un diario de la mañana. Y cuanto más rechinaba los dientes, menos los utilizaba para comer. Se hizo negligente, irregular en el trabajo y se pasaba días enteros en la cama. Le alcanzó la miseria. A medida que aquel gran interés se enseñoreaba de su alma frágil, todos los restantes, menos importantes, le iban fallando. Llegó un día en que dejó de interesarse por su propia vida; y otro en que se arrancó los cabellos a puñados.

Acerca de este último individuo el gran Carot me dijo:

—A decir verdad, no se sabe si reír entre dientes o echarse a llorar ante casos semejantes. Fíjese, por un lado, en cuán diversamente están hechos los hombres. Hay mentes con la sensibilidad exacta de un hilo de plomo fundido: *el menor* soplo los inquieta y acongoja; y ¿qué decir del huracán? A tales personas la presente

organización de las cosas no les proporciona, está bien claro, una morada adecuada, sino una Máquina de Muerte, una funesta Inmensidad. Para algunos, el violento alarido del Ser resulta *demasiado* cruel: no soportan el mundo. Que cada uno se fije bien en su trocito de existencia, digo yo, y ¡deje en paz al monstruoso Autómata! Por lo que hace a ese pobre fabricante de juguetes, tiene usted delante un caso del oído: no es más que la neurosis por un exceso de acuidad. Grandioso fue el mito griego de las arpías: *ellas* arrebataron a esa criatura, o digamos mejor que uno de sus miembros se enganchó en las ruedas del universo y fue así como pereció. Es un mutis francamente distinguido: ¡transportado en un carro de fuego! Pero recuerde que el miembro atrapado en primer lugar fue el *pabellón de la oreja* al inclinarse a escuchar el aullido del mundo, y que él mismo terminó lanzando alaridos. ¡Lo que separa del caos la suela de nuestros zapatos, se lo aseguro, es una capa de poquísimo espesor! Conocí a un hombre que tenía una curiosa peculiaridad auditiva: todos los sonidos le proporcionaban algún conocimiento de la materia que los causaba; así, por ejemplo, una barra de aleación de cobre y estaño golpeando sobre otra de hierro y plomo, no sólo le informaba de la proporción de los metales en las dos barras, sino que también le suministraba algún conocimiento sobre el significado esencial y el espíritu, por así decirlo, del cobre, del estaño, del hierro y del plomo. ¡También a ése las arpías lo arrebataron hacia lo alto!

Ya he mencionado que informé de algunos de aquellos casos a mi amigo Harfager, y me asombraron los evidentes esfuerzos que realizó para ocultar su interés y la involuntaria dilatación de las ventanas de su nariz…

Desde el día en que empezamos a asistir al mismo seminario en Estocolmo había surgido entre nosotros una intimidad que no iba acompañada de los signos ordinarios de la amistad. Harfager era el ser más tímido y propenso a estar solo que pueda imaginarse. Aunque llevábamos ya varios meses compartiendo casa (situación provocada por un encuentro casual en una *séance* a medianoche), nada sabía de sus planes. Durante el día leíamos juntos: él, inmerso en el pasado, y yo, absortó en el presente; avanzada ya la noche nos recostábamos sobre sofás en el amplio espacio incluido bajo la campana de una chimenea *Louis Onze*, y fumábamos en silencio cerca del fuego agonizante. De vez en cuando una *soirée* o conferencia lograba sacarme de nuestra casa; excepto en una ocasión, no me consta que Harfager la abandonara nunca. Pero un día que caminaba con prisa por la *rue* St. Honoré, donde la avalancha del tráfico retumba sobre los viejos adoquines allí conservados, me tropecé con él. En medio del tumulto permanecía en actitud de escuchar, y durante unos instantes no me reconoció.

Incluso muy de muchacho ya había advertido yo que mi amigo era un verdadero patricio; no porque su personalidad diese la menor impresión de altivez o de opulencia: más bien al contrario. Sí sugería, sin embargo, la idea de una antigüedad incalculable; y no he conocido noble alguno que tuviera tan marcado en su semblante la certeza de quien se sabe príncipe por derecho propio, consciente de que su pálida

floración es de ayer y perecerá mañana, pero también de que sus raíces se pierden en la noche de los tiempos. Sabía eso al menos de Harfager; también que en una u otra de ciertas islas al norte de las Shetland vivían su madre y una tía; y que él era hasta cierto punto sordo, pero susceptible de mil tormentos y deleites ante ciertos sonidos, como el gemido de una puerta o el trino de un pájaro…

Harfager era de estatura un poco por debajo de la media e inclinado a la corpulencia. Su nariz se alzaba decididamente aquilina, naciendo de ese tipo de frente a la que se denomina «musical», es decir, con sienes que sobresalen por encima de los pómulos y que hacen sitio para la base del cerebro, mientras, por su parte, los ojos de abultados párpados y las cejas formaban líneas en pronunciado descenso desde la nariz hasta los lados de la cara. Mi amigo también usaba perilla, pero lo más llamativo de su rostro eran las orejas, casi circulares, muy pequeñas y planas, sin esa curva externa llamada hélice. Llegué a saber que aquello era un rasgo de su raza desde hacía mucho tiempo. En todo el pálido rostro de mi amigo estaba impresa una expresión de dolorosa impotencia, de total aflicción sin esperanza: se le podría comparar con Sardanápalo, último vástago delicado de la raza de Nemrod.

Cierta noche, al cabo de un año, mientras permanecíamos recostados en nuestro refugio bajo la campana de la chimenea, tuve que mencionar a Harfager mi intención de abandonar París. Su respuesta a mi noticia fue un cortés «¡Vaya!», mientras seguía disfrutando del calor del hogar; pero al cabo de una hora se volvió hacia mí y dijo:

—¡Qué dura es la vida!

Alguna vez había oído salir de su boca lugares comunes con el mismo tono de quien hace un descubrimiento, pero la intensidad de su mirada y el desánimo que reflejaba me asombraron.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Por favor, amigo mío, ¡no me abandones! —me respondió, abriendo los brazos.

Entonces me enteré de que era objeto de una diabólica malevolencia; de que estaba expuesto a una horrible tentación. De que un señuelo, una mano invitadora, un apetito al acecho, al que llevaba toda la vida haciendo esfuerzos por sustraerse (y al que se hallaba especialmente expuesto en la soledad), le atraía perpetuamente; y que había sido así casi desde el día en que, a la edad de cinco años, su padre le había hecho partir de su desolado hogar en el océano.

¿De quién procedía la malevolencia?

Me explicó que de su madre y su tía.

¿Y en qué consistía la tentación?

Me respondió que era la tentación de regresar, de volver con la precipitación que produce el hambre, a aquel hogar abandonado.

Quise saber por qué motivo y de qué manera se manifestaba la malevolencia de su madre y de su tía. Me contestó que, en su opinión, no había ningún motivo definido; se trataba tan sólo de algo inevitable; y que, en lo referente a su manifestación, se concretaba en las súplicas y órdenes con que le abrumaban para que

regresara a la mansión de sus antepasados.

Yo no entendía nada de todo aquello, y así se lo dije. ¿En qué consistía ese magnetismo, y ese peligro, de su mansión ancestral? Harfager no respondió a esta última pregunta, y, levantándose del asiento, desapareció tras las cortinas que aislaban el espacio en torno al hogar de la chimenea y abandonó el apartamento. Cuando regresó, lo hizo provisto de un tomo en cuarto, encuadernado en piel, que resultó ser la *Crónica de las familias nórdicas*, en caracteres de imprenta góticos. El pasaje que me señaló decía lo siguiente:

«De aquellos dos hermanos, Harold, el mayor, hombre eminente y valeroso, fue en peregrinación a Dinamarca, de donde regresó de nuevo a su hogar en Hjaltland (Shetland), llevando consigo como esposa a la dulce Thronda, hija de la sangre regia de Dinamarca. Y su hermano menor, Sweyn, un hombre triste y afable, pero mucho más astuto, le recibió con grandes manifestaciones de alegría.

»Pero poco después Sweyn cayó enfermo como consecuencia del mucho amor que sentía por Thronda, la mujer de su hermano. Y mientras el buen Harold se afanaba en torno al lecho donde yacía Sweyn, he aquí que éste le golpeó violentamente con una espada, y sin dilación lo ató de manos y lo arrojó a una mazmorra. Y como Harold no accediera a renunciar a su autoridad sobre su esposa, Thronda, Sweyn le cortó las orejas y le sacó un ojo; y después de otros tormentos parecidos estaba ya dispuesto a acabar con él. Pero un día el valiente Harold, rompiendo sus ataduras y llegando al cuerpo a cuerpo con su adversario, logró superarle y escapar gracias a su habilidad en la lucha. Sin embargo, le faltaron las fuerzas cuando llegó a Somburg Head, no lejos del castillo, y, aunque era muy veloz, no pudo correr más, ya que se hallaba muy debilitado por los largos tormentos padecidos a manos de su hermano. Y mientras se encontraba allí, desfallecido, le alcanzó Sweyn y, después de atravesarle con un dardo, lo arrojó al mar desde Somburg Head.

»No mucho después, lady Thronda (aunque ignorante de la manera en que había muerto su esposo y señor y hasta, a decir verdad, de si estaba vivo o muerto) recibió favorablemente a Sweyn, y entre grandes regocijos y resonar de trompetas se convirtió en su esposa. E inmediatamente después partieron los dos para una estancia en tierras lejanas.

»Pero sucedió que Sweyn supo por un sueño que debía construir una gran mansión en Hjaltland para el regreso al hogar de lady Thronda, por lo cual hizo llamar a un hábil maestro de obras y lo envió a Inglaterra para reclutar operarios que construyeran aquella sólida casa, mientras él seguía con su esposa en Roma. Más adelante llegó también a Londres cierto arquitecto, pero en la travesía hasta Hjaltland se ahogó, junto con todos sus compañeros.

»Y al cabo de dos años, que era el tiempo señalado, Sweyn Harfager envió una carta a Hjaltland para informarse de cómo iba su gran casa, porque no estaba enterado de la desaparición del arquitecto; y poco después recibió respuesta de que la casa *iba*

bien, y se estaba construyendo en la isla de Rayba. Pero no era ésa la isla designada por Sweyn, por lo que tuvo miedo, y casi cayó muerto del susto cuando, al examinar la carta, vio que estaba escrita con la letra de su hermano Harold. Y dijo para sí: “Sin duda Harold está vivo, ya que, de lo contrario, esta carta ha sido escrita por la mano de un fantasma”. Y estuvo afligido muchos días, sintiéndose víctima de un golpe mortal.

»Después decidió volver a Hjaltland para saber cómo estaban las cosas, y he aquí que el viejo castillo en Somburg Head había sido demolido. Entonces Sweyn se llenó de indignación y exclamó: “¡Dios de los cielos!, ¿qué se ha hecho de la gran casa de mis padres? ¡Ay de mí, a quien el destino ha deparado día tan funesto!”. Y uno de los presentes le dijo que una cuadrilla de trabajadores venidos de tierras lejanas lo había derribado. Y él preguntó: “¿Quién se lo había ordenado?”, pero nadie supo responder. Luego dijo: “¿No está vivo mi hermano Harold? Porque he visto su letra”. Pero tampoco a eso pudo responder nadie. De manera que se trasladó a Rayba, y vio que allí se alzaba una gran mansión, y al contemplarla, dijo: “Con toda seguridad la ha construido mi hermano Harold, tanto si está muerto como si aún sigue con vida”. Y allí habitó, con su esposa y los hijos de sus hijos hasta ahora: porque la casa es cruel y despiadada, y se dice que de todos los que habitan en ella se apodera una perversa locura y una lasciva angustia; y que por mediación del oído beben el cáliz de la furia del desorejado Harold, hasta que la mansión cumpla su tiempo.»

Cuando terminé de leer el relato a media voz, sonreí, diciendo:

—Como relato novelesco por parte del buen Gascoigne está muy bien, Harfager, pero no parece que tenga mucha relación con hechos históricos.

—*Es historia,* sin embargo —replicó mi amigo.

—¿Tú lo crees así?

—La casa sigue sólidamente en pie en la isla de Rayba.

—¿Y tú crees que en la Edad Media los fantasmas dirigían la construcción de sus mansiones familiares?

—Gascoigne no dice eso en ningún sitio —respondió—. Porque ser atravesado por un dardo no significa necesariamente morir; ni, en el caso de que lo dijera, tengo yo ningún conocimiento sobre esa cuestión.

—Y, dime, ¿cuál es la naturaleza de esa «locura perversa» y de esa «lasciva angustia» de que habla Gascoigne?

—¿A mí me lo preguntas? —dijo, abriendo los brazos—, ¿cómo quieres que lo sepa? ¡Yo no sé nada! Me desterraron a la edad de cinco años. Pero los gritos de ese lugar todavía me retumban en la cabeza. Y ¿acaso no te he hablado de las angustias, incluso dentro de mí mismo, que nacen de anhelos y odios heredados…?

De todas formas, yo *tenía* que ir precisamente entonces a Heidelberg; de manera que me mostré dispuesto a acortar mi viaje al máximo y a reunirme con él a las pocas semanas. Interpreté su melancólico silencio como muestra de conformidad y poco después me ausenté.

Pero tardé en regresar más de lo previsto, y cuando volví a nuestra vieja casa la encontré vacía. Harfager se había marchado.

Tan sólo al cabo de doce años me fue remitida una carta —una carta bastante extraña y terriblemente larga— de puño y letra de mi amigo. Estaba fechada en Rayba. Por la forma de estar escrita, concluí que había sido redactada *con furiosa urgencia*, y de ahí mi gran asombro ante lo trivial de su contenido. En la primera media página, Harfager hablaba de nuestra vieja amistad y me preguntaba si quería visitar a su madre, que se estaba muriendo; el resto de la misiva consistía en un análisis del árbol genealógico de la anciana señora, sin otra finalidad aparente que demostrar su condición de auténtica Harfager y prima lejana de su padre. A continuación procedía a comentar la gran fecundidad de su raza, mencionando que desde el siglo XIV habían existido más de *cuatro millones* de sus vástagos, de los cuales —creía él— sólo sobrevivían tres en el momento presente. Precisado ese punto, la carta concluía bruscamente.

Influido por todo aquello, me puse en viaje hacia el norte y llegué a Caithness; pasé las tormentosas islas Oreadas y alcancé Lerwick; y desde Unst, la más septentrional y desolada de las Shetland, conseguí, a fuerza de sobornos, oponer las cualidades marineras de un barquito pesquero de seis remos y vela al tercio (idéntico a las antiguas embarcaciones de los vikingos) a un mar muy revuelto y un cielo amenazador. Según me explicaron, el viaje presentaba ciertos riesgos en aquella época. Estábamos en el sombrío diciembre de aquellos mares; y el tiempo, me dijeron, sin ser nunca demasiado frío, apenas producía otra cosa que una sucesión de tempestades. La niebla se extendía sobre las olas, encerrando nuestro barco en una bóveda de lúgubre crepúsculo; y había un algo fantasmal en el aspecto del silencioso mar y del melancólico cielo que provocaba en mí la sensación de un viaje al exterior de la naturaleza, de un crucero más allá del mundo. De tanto en tanto, sin embargo, pasábamos cerca de uno de esos arrecifes o montones de rocas, cuyas escarpadas paredes, erosionadas por los embates de la corriente del golfo en lucha con el mar del Norte, hacían pensar en ruinas y espantosos estragos. Pero sólo llegué a divisar tres de aquellos, porque antes de que el día gris hubiera completado siquiera la mitad de su curso, una repentina oscuridad cayó sobre nosotros; y, con ella, una de esas tormentas de las que el invierno es una larga sucesión en ese mar semiártico. Durante el siguiente día, en el que no cesó de llover, vislumbramos muy pocas veces el incierto horizonte, pero antes de que la noche cayera por completo, mi capitán (que hablaba continuamente con un camarada de focas, caballitos de mar y *grülies)* hizo un alto para señalarme un montículo de gris más oscuro sobre la amura de barlovento que, dijo, debía ser Rayba.

Rayba, añadió, era el centro de todo el conjunto de los remolinos y contracorrientes que las mareas arrojan en complicadas turbulencias entre todas las islas, pero que en Rayba se entremezclan con más furia de la habitual, debido al círculo de acantilados que la rodea; por ello el acceso era difícil en todo momento y

temerario de noche. A pesar del mar agitado, logramos acercarnos lo bastante para ver la gorguera de espuma en torno a la costa. Los golpes de mar, según me explicó el capitán, tenían con frecuencia más eficacia que descargas de artillería, lanzando toneladas de piedras hasta lugares de la isla a doscientos metros de altura.

Cuando al día siguiente el sol se asomó sobre el horizonte, estábamos muy cerca de la costa; y fue entonces cuando tuve por primera vez la impresión de una especie de movimiento giratorio de la isla (debido probablemente a los arremolinamientos del agua). Desembarcamos en un *voe*, o estrecho brazo de mar, en la costa occidental, porque la oriental, aunque era mi objetivo, quedaba descartada debido al oleaje. Encontré allí, en dos *skeoes* (o barracas), cubiertas con pieles, cinco o seis marineros que se ganaban la vida suministrando comestibles a la gran mansión situada al este, y, después de apalabrar a uno de ellos como guía, inicié la ascensión a la isla.

Durante la noche, en el barco, había advertido ya una resonancia en los oídos que ni siquiera el rugido del mar en torno a la costa bastaba para explicar; esa resonancia fue aumentando de manera descomunal a medida que avanzábamos y, junto con ella, una vez más, mi convencimiento interior de que se producían movimientos *giratorios*. En seguida descubrí que Rayba era una tierra de precipicios graníticos y lajas de gneis; hacia el centro, sin embargo, nos encontramos con una meseta, inclinada de oeste a este, y cubierta por una gran cantidad de lagos comunicados entre sí. Yo no llegaba a ver una orilla oriental de aquella sucesión de masas de agua y, a fuerza de gritar al guía y de prestar especial atención a sus gritos de respuesta, llegué a saber que no *había* tal orilla; hablo de *gritos* porque ninguna otra cosa podría haberse oído en medio del continuo mugir como de diez mil bisontes que nos rodeaba ya por todas partes. También se advertía con nitidez cierto temblor de la tierra. Mientras tanto, la vista trataba en vano de posarse en algún árbol o matorral, porque ningún tipo de vegetación, con excepción de los depósitos de turba, podía desafiar durante un solo día la tempestad perenne de aquella isla sumida en la oscuridad. Media hora después del mediodía empezó a caer la noche, y muy poco más tarde el guía me indicó con la mano un desfiladero cerca de la costa oriental y, girando en redondo, apresuró el paso para volverse por donde había venido. Le hice una pregunta a grandes voces mientras se alejaba, pero en aquel sitio la voz de los mortales había cesado por completo de ser audible.

Con corazón apesadumbrado y una singular sensación de vértigo descendí por el desfiladero y, al llegar a su término, salí a una cornisa rocosa estremecida por los directos ataques del mar, aunque toda aquella parte, de la isla era además presa de una fiebre no producida por los grandes cañones del océano. Abrazado a un saliente de la roca para protegerme contra las ráfagas de viento, pude contemplar un escenario tan extrañamente lúgubre como cualquier melancólico paraje de los sueños de Dante. Tres islotes rocosos, con formaciones tan fantásticas y retorcidas como los dedos de la mano de una bruja, que servían de hogar a ejércitos de quebrantahuesos y cormoranes, focas y morsas, se alzaban a poca distancia y, después de cruzar a gran

velocidad entre ellos, el mar, con la palidez de una cólera tumultuosa, aunque inaudible, semejante a un ejército con estandartes, se precipitaba contra la tierra. Abandonando el saliente que me protegía, recorrí a trompicones cierta distancia hacia la izquierda, con lo que se abrió de repente ante mí un anfiteatro y apareció delante de mis ojos un panorama tan increíblemente majestuoso como nunca me hubiera atrevido a imaginar.

He dicho «anfiteatro», pero lo que vi tenía más bien forma de puerta románica. Imagínese, tumbada, una puerta así, de casi un kilómetro de anchura, con el arco en la parte más alejada del mar; colóquese a su alrededor una pared rocosa perpendicular de cuarenta metros de altura; dentro de esa abertura en forma de puerta, y *en toda su extensión*, déjese en libertad al rugiente océano para mover su tonelaje con espumajeante furia, y entonces podrá entenderse el estupor con que contemplé aquel espectáculo, y después mi encogimiento y, finalmente, el impulso de salir huyendo.

Era allí donde desaguaban los lagos de Rayba.

Y dentro de la curva de aquella catarata románica, envuelta en el mundo de sus neblinas y en la espuma que se alzaba a gran altura al estallar las olas, se hallaba una estructura de latón.

Casi habían desaparecido ya los últimos rayos de luz diurna, pero aún me era posible distinguir, a través de la neblina que desoladamente lo aureolaba como con lágrimas, que el edificio era de escasa altura en relación con la amplitud de su circunferencia; que estaba coronado con una cúpula; y que contaba con dos hileras de ventanas románicas, las más altas de menor tamaño que las inferiores. Ciertos indicios me llevaron a suponer que la casa se había cimentado sobre un lecho de roca, circular y separado, dentro de la curva donde caía la catarata; pero esa superficie no aparecía en ningún sitio entre las aguas: porque todo el suelo que tenía ante mí arrojaba un río humeante hacia el mar desprovisto de playa, y el paso hasta la mansión sólo era posible gracias a un enorme puente-carretera, con numerosos arcos, todos ellos cubiertos de algas.

Descendiendo de mi cornisa, fui recorriendo el puente, dejándome empapar por la espuma de las olas, y, a medida que me acercaba, pude ver que la casa, hasta la mitad de su altura, se hallaba más recubierta de percebes y de todas las variedades imaginables de brillantes algas que el casco de un viejo buque; advertí también —lo que resultaba muy sorprendente— que desde muchos puntos en lo más alto de la pared de latón, poderosas cadenas, igualmente cubiertas de vegetación marina, se extendían hacia el mar como si fueran rayos de luz, de manera que el edificio tenía aspecto de arca con muchas anclas. Pero sin detenerme a mirar con detenimiento, seguí adelante y, acelerando la marcha para atravesar la continua cascada que caía desde el techo a todo alrededor de la casa, entré en el recinto por uno de sus numerosos pórticos.

Me encontré rodeado por la oscuridad… y el ruido. Tuve la impresión de hallarme en el centro de algún planeta vociferante, en medio de un estrépito

semejante al resonar de muchos miles de cañones, interrumpidos por extraños estrépitos de estallidos y roturas. Entonces una gran tristeza se apoderó de mí y advertí que estaba al borde de las lágrimas. «Éste —me dije— es el lugar del llanto; no se halla en ningún otro sitio el valle de los suspiros». Seguí adelante, sin embargo, atravesando una sucesión de salones, y me preguntaba ya dónde iría después, cuando vi que una figura espantosa, con una lámpara en la mano, se dirigía hacia mí golpeando con fuerza el suelo al andar. Mi primera reacción fue de miedo. Parecía el esqueleto de un hombre muy flaco envuelto en una mortaja, pero el brillo de un ojo diminuto y la presencia de una capa de piel sobre una porción de su rostro me tranquilizaron. En cuanto a orejas, no daba la menor señal de tenerlas. Su nombre, supe más adelante, era Aith; y su aspecto se explicaba por su alegación (cierta o falsa) de que, en cierta ocasión, había sufrido *quemaduras* hasta casi quedar convertido en cenizas, si bien después había logrado curarse de algún modo. Con expresión malévola y gestos llenos de agitación, me precedió hasta una cámara del piso alto donde, después de encender una vela y de señalarme una mesa con alimentos, desapareció.

Permanecí solo durante largo tiempo, consciente de las vibraciones de la mansión, aunque todas las sensaciones quedaban sumergidas y confundidas en una impresión total de ruido. Agua, el mundo era agua: una pesadilla dentro de mi pecho, una necesidad de jadear para recobrar el aliento, un hormigueo en los nervios, una sensación de ahogarme infinitamente y de ser enterrado por incontables diluvios; y cuando también aumentó el vértigo, me incorporé de un salto y empecé a caminar…, hasta que me detuve de repente, enfadado conmigo mismo sin saber muy bien por qué. En realidad me había sorprendido andando con cierta *precipitación*, cosa nada habitual en mí, algo ajeno a mi forma de ser. De manera que hice un esfuerzo para detenerme y fijarme en las características de aquel húmedo salón, de tan grandes dimensiones que los muebles, lujosos, aunque muy deteriorados, parecían perderse en él; el centro estaba ocupado por una tumba que llevaba el nombre de un Harfager del siglo XIV, y tenía las paredes cubiertas por viejos paneles de roble. Después de haber visto sin interés aquellas cosas, seguí esperando con un intolerable sentimiento de soledad; pero poco después de medianoche se agitó uno de los tapices y mi amigo Harfager entró a buen paso en el aposento.

Doce años habían bastado para convertirlo en un anciano. Mostraba, es cierto, tendencia a la gordura, pero un ojo atento advertía en seguida que se encontraba en realidad débil, desnutrido. Llevaba el cuello doblado hacia delante y su espalda tenía esa inclinación que de ordinario suele producir la edad; los cabellos, por su parte, flotaban en torno a la cabeza y los hombros en un frenesí de espantosa blancura, al tiempo que una perilla también blanca le caía sobre el pecho. Vestía una túnica de bayeta que, al caminar, ondeaba sobre sus peludas espinillas; como calzado utilizaba esas zapatillas blandas que reciben el nombre de *rivlins*.

Con gran sorpresa por mi parte, se puso a hablar. Cuando le grité con gran energía

que me era imposible captar ninguno de los sonidos producidos por su boca, se tapó los oídos, y luego trató una vez más de hacerse entender, pero también sin resultado, por lo que, con un colérico movimiento de la mano, recogió la vela y salió de la estancia.

Había algo llamativamente anormal en su comportamiento, algo que me hizo pensar en Aith, el esqueleto: un exceso de celo, una fiebre, una rabia, una intensidad, una impaciencia en el modo de andar, un gran derroche de gestos. Con la mano se apartaba constantemente mechones de pelo de un rostro en el que la amarillenta palidez de la muerte convivía con unos ojos enrojecidos, de pesados párpados, con una fijeza que sólo le permitía mirar hacia abajo y hacia un lado. Cuando regresó junto a mí llevaba colgados del cuello una lámina de marfil y un trozo de grafito y rápidamente escribió unas frases para pedirme que, si no estaba demasiado cansado, participara junto a él en el funeral de su madre.

Grité para manifestarle que accedía a su deseo.

Una vez más se tapó los oídos con las manos y después escribió: «No grites: ni el más mínimo susurro en el rincón más apartado del edificio escapa a mis oídos».

Recordé entonces que en sus años mozos estaba ligeramente *sordo*.

Atravesamos juntos muchos apartamentos; Haco protegía la vela con una mano, precaución necesaria, porque, como descubrí en seguida, en ningún lugar del estremecido edificio permanecía el aire en estado de reposo, sino en perpetuo movimiento, presa de una extraña agitación, a manera de débiles ráfagas de viento o eco de tempestades, que comunicaba un nerviosismo perenne a las cortinas. Por todas partes encontrábamos la misma grandeza del pasado convertida en decadencia y andrajos. En muchos de los aposentos había tumbas; una de las estancias era un museo abarrotado de objetos de bronce, pero rotos, enmohecidos, goteando humedad: como si la mansión, con dolores de parto, sudara; y los miasmas de descomposición infectaban el aire.

Seguí a Harfager por aquel laberinto con alguna dificultad, porque avanzaba con gran rapidez; sólo se detuvo una vez cuando, con gesto desgarbadamente frenético por encima del resplandor de la vela, alzó los dedos y dejó escapar una sola palabra; por la posición de los labios deduje que había sido «¡Escucha!». Poco después entramos en una cámara muy larga en la que, colocado sobre sillas junto a un lecho, se hallaba un ataúd muy hondo, rodeado de velas, con la peculiaridad de que le faltaba la tabla de los pies, de manera que, al acercarnos, veíamos las plantas del cadáver. Advertí, también, la presencia de tres barras rectas, sujetas a uno de los lados del ataúd, cada una de ellas provista en el extremo superior de una campanilla de plata, como las utilizadas en algunos trajes típicos ingleses, que colgaba de un muelle flexible. Y a la cabecera de la cama, Aith, con aspecto irascible, se paseaba de aquí para allá en un espacio muy reducido, golpeando el suelo con los pies al andar.

Harfager depositó la vela sobre una mesa de piedra y se inmovilizó junto a los restos mortales de su madre, cavilando con fijeza de demente. Yo también me quedé

quieto y contemplé el cadáver más terrible y severo que creo haber visto nunca. El ataúd parecía enojadamente lleno de enmarañados mechones grises, ya que la difunta dama era de edad muy avanzada, huesos prominentes y nariz ganchuda; el rostro, por su parte, se estremecía en solemne acorde con las vibraciones del edificio. Me fijé en que, sobre el cuerpo, se habían colocado tres puentes, semejantes a los de los violines, con los extremos encajados en ranuras hechas a los lados del ataúd, y la parte superior con la forma adecuada para ajustarse a la inclinación de sus dos medias tapas cuando estuviera cerrado. Uno de los puentes pasaba sobre las rodillas de la anciana; otro, sobre su estómago, y el tercero, sobre el cuello. En cada uno había un agujero por el que subían sendos cordeles hasta las tres campanillas de plata situadas encima, con lo que cada agujero quedaba dividido en dos semicírculos. Antes de que pudiera entender el significado de todo aquello, Harfager bajó las medias tapas del ataúd, que tenían pequeños agujeros para que pasara cada grupo de tres cordeles. Luego giró la llave en la cerradura y pronunció una palabra que interpreté como «Ven».

Aith sujetó el ataúd por un saliente en la parte delantera, y de las zonas en sombra de la estancia se adelantó una dama vestida de negro, alta, pálida y de aspecto imponente; y por la curvatura de la nariz y las orejas circulares deduje que se trataba de lady Swertha, tía de Harfager. Tenía los ojos muy enrojecidos, pero no sabría decir si a causa del llanto.

Harfager y yo, cada uno a un lado, sujetamos también el ataúd cerca del extremo posterior, y una vez que lady Swertha se situó delante de nosotros con uno de los candeleros negros, empezaron las exequias. Al llegar al umbral, advertí la presencia en un rincón de otros dos ataúdes, con los nombres de mi amigo y de su tía. Desde allí bajamos por una amplia escalera circular a un piso inferior; y luego, descendiendo aún por estrechos escalones de latón, llegamos a un pórtico de metal donde la señora, depositando el candelero, nos dejó.

La cámara mortuoria en la que introdujimos el cuerpo tenía como pared exterior el muro circular de latón común a todo el edificio y estaba situada en un punto muy cercano a la catarata, por lo que quedaba sin duda profundamente sumergida en el mundo exterior del oleaje, de manera que allí las vibraciones eran aún más acusadas. En aquel aposento se acumulaban los ataúdes por todos lados, situados en anaqueles a lo alto y ancho; y el tremendo ruido de precipitadas carreras que siguió a nuestra entrada puso de manifiesto que era el paraíso de ejércitos de ratas. Como resultaba inconcebible que se hubieran abierto camino royendo un espesor de cinco metros de latón —porque allí incluso el suelo era de latón—, concluí que alguna pareja fecunda tenía que haber encontrado en el edifico, durante su construcción, un arca donde refugiarse de las aguas. Pero incluso esa suposición, sin embargo, parecía descabellada; y Harfager, más adelante, me confesó su sospecha de que, por alguna razón, el primitivo constructor las había *colocado* allí.

Depositamos nuestra carga sobre un banco de piedra en el centro, después de lo

cual Aith se ausentó lo más deprisa que pudo. Harfager recorrió repetidas veces el lugar de un extremo a otro, agachándose y poniéndose de puntillas para escudriñar los anaqueles y sus apoyos. ¿Era posible, llegué a preguntarme, que dudase de su solidez? De hecho, la humedad y el deterioro lo invadían todo. Un trozo de madera que toqué se convirtió en polvo bajo la presión de mi pulgar.

Mi amigo me hizo señas en seguida y, después de otra parada y otro «¡Escucha!», atravesamos la casa hasta llegar a mi habitación; al quedarme solo estuve paseando de un lado a otro, agitado por una vaga irritación, hasta que me hundí en un penoso sueño intranquilo.

En las zonas más interiores de la mansión ni siquiera la turbia luz diurna de aquella tierra de desolación llegaba nunca a triunfar sobre la oscuridad; pero yo era capaz de calcular la hora de levantarme gracias a un reloj situado en mi cámara; en otras ocasiones me despertaba Harfager, con quien en muy poco tiempo renové nuestra antigua amistad, profundizándola incluso. Es curioso que hable de *profundizar*, pero así *fue*; y ello queda probado por el hecho de que llegamos a tomarnos, y a disculpar, libertades de palabra y comportamiento que, por ser ambos personas con una tendencia más que ordinaria a la reserva, nunca hubiéramos soñado con permitirnos en otros tiempos. En una ocasión, por ejemplo, durante nuestros veloces recorridos sin objeto por pasadizos que se perdían en sombras y distancias de remotas perspectivas, escribió en su lámina de marfil que yo andaba con excesiva lentitud. Repliqué que avanzaba a la velocidad que se ajustaba a mi estado de ánimo en aquel momento. Harfager escribió a continuación: «Advierto en ti una tendencia a *estar preocupado*». Me sentí muy ofendido y dije: «Si quieres que te sea franco, ¡hay más de un dedo en el mundo en el que encaja *ese* anillo!»

Otro día, cuando traté de revelarle el secreto de la sobrehumana agudeza de su oído…, ¡y del mío!, su comportamiento conmigo no merece mejor calificativo que el de grosero. Porque también, para consternación mía, empezaba yo, con el paso del tiempo, a captar indicios de fuertes sonidos. La causa podía encontrarse, afirmaba yo, en una excitación del nervio auditivo que el rugido del océano y el estrépito de la tempestad perpetua que nos rodea habrían bastado por sí solos para provocar incluso en ausencia de la catarata; el oído interno de Harfager, dije, debía de estar tan inflamado que alcanzaba una fiebre muy elevada; y expliqué que esa enfermedad recibía el nombre de «Paracusis Wilisü». Mi amigo manifestó su desacuerdo frunciendo el entrecejo, pero yo, sin amilanarme, procedí a relatar el caso de una señora muy sorda (episodio del que había sido testigo presencial) que, en el interior de un tren en marcha, oía el ruido de un alfiler al caer[22]; y acto seguido Harfager me respondió con estas palabras: «¡De entre todas las personas ignorantes estoy convencido de que los científicos profesionales se llevan la palma!»

Pero yo, por mi parte, consideraba simplemente inverosímil que desconociera realmente el estado patológico de su oído. El mismo Harfager, por lo demás, me confesó su tendencia, y también de Aith y de lady Swertha, a padecer paroxismos de

vértigo. Fue grande mi sobresalto al oírselo decir, porque hacía muy poco me había despertado en medio de la noche con sensación de náusea y de que me daba vueltas la cabeza, y con el convencimiento de que la habitación giraba furiosamente sobre sí misma y yo con ella. La impresión terminó por desaparecer y la atribuí, quizá precipitadamente, a algún trastorno de las terminaciones nerviosas del laberinto u oído interno. En el caso de Harfager, sin embargo, el convencimiento de los movimientos giratorios de la casa y del mundo alcanzaba un grado tan terrible de certeza, que sus efectos se parecían a veces a los de la locura o la posesión diabólica. Me dijo que la sensación de mareo nunca le desaparecía por completo; y muy pocas veces la de que se hallaba ya, con los brazos extendidos y los pies medio dispuestos, al borde de algún abismo invitador. En una ocasión, mientras caminábamos, se vio arrojado al suelo como por poderes sobrenaturales, y allí permaneció durante una hora, tendido cuan largo era, bañado en sudor, con la mirada, que presenciaba el galopar de los muros, colmada de enloquecida confusión y asombro. Por otra parte, le atormentaba de continuo la percepción de ruidos de naturaleza tan peculiar que sólo soy capaz de explicarlos partiendo del supuesto de un fortísimo zumbido puramente subjetivo. A través del fragor que nos rodeaba, me contó que le visitaban a veces los trinos de algún ave y que, del estribillo de su canción, llegaba a deducir que el pájaro procedía de algún país muy remoto, y también la blancura nívea de su plumaje, coronado por una cresta de color malva. O bien tomaba conciencia de una acumulación de voces humanas, distantes pero inteligibles, compitiendo afanosamente en volumen, y resolviéndose al final en una mezcla de movimientos musicales. O, en otras ocasiones, recibía el impacto sonoro de un choque de infinitas proporciones, como el monstruoso estrépito de la rotura de un universo de loza junto a sus oídos. Me contó además que con frecuencia veía, más que oía, a una gran profundidad, dentro de la negra oscuridad del rugido de la catarata, los complicados temas de una intrincada música de las esferas. Esas impresiones, cuya naturaleza puramente subjetiva yo no me cansaba de afirmar, tenían a veces sobre él un efecto placentero, y podía suceder que se quedara inmóvil largo tiempo, con una mano alzada, escuchándolas; pero otras, sin embargo, provocaban en él una enloquecida indignación. Yo suponía que ésas eran las causas de los «¡Escucha!» que a intervalos de una hora aproximadamente brotaban inexorablemente de sus labios. Pero en eso me equivocaba, porque pronto llegué a saber la verdad, que provocó en mí un profundo sentimiento de consternación.

Sucedió, cuando en cierta ocasión pasábamos junto a una puerta de hierro en el piso inferior, que mi amigo se detuvo a escuchar y estuvo durante varios minutos lanzando penetrantes miradas de soslayo llenas de astucia. Un momento después la exclamación «¡Escucha!» brotó de sus labios; en seguida se volvió hacia mí y escribió en la lámina de marfil: «¿No has oído?». Yo sólo había oído el rugido constante de la catarata; y él aulló en mi oído, con sonidos que esta vez me resultaron audibles, pero como si se tratase de un eco que me llegara en sueños desde muy lejos,

«Vas a verlo».

Harfager recogió el candelero, sacó una llave del bolsillo de su túnica, abrió la puerta de hierro y entramos en una habitación, con techo en forma de cúpula —muy alto en relación con las proporciones de aquella parte del edificio—, completamente vacía si se exceptúa una breve escalera de mano junto a la pared y la presencia, en el centro de su suelo de mármol, de una piscina, semejante a un *impluvium* romano, aunque redondo como la estancia; una piscina a todas luces muy profunda, llena de un espeso líquido del color de la tinta. Me sorprendió mucho su aspecto en aquel momento, porque al alumbrar con la vela su superficie, observé que había sido *agitada* muy recientemente, de una manera qué los estremecimientos de la casa no bastaban para explicar, puesto que *ondulaciones* de cieno se desplazaban en círculos desde el centro hasta el borde. Cuando volví la vista hacia Harfager en busca de una explicación, me hizo gesto de que esperase; y por espacio de una hora aproximadamente, con las manos a la espalda, se paseó por la estancia, hasta que por fin hizo una pausa, y los dos nos inmovilizamos junto al borde de la piscina, contemplando el agua. De repente creció la presión de su mano sobre mi brazo y vi, con un escalofrío de horror, cómo caía del techo una bola diminuta, probablemente de plomo, pero teñida de rojo sangre por alguna sustancia química, y se hundía en el centro de la piscina. Al entrar en contacto con el agua produjo una nubecilla de vapor de agua junto con un chisporroteo.

—Por todos los demonios del infierno —susurré—, ¿qué ha sido eso?

Harfager, después de hacerme de nuevo una perentoria y enérgica señal de que esperase, acercó la escala de mano al borde de la piscina y me tendió la vela. Una vez que hube subido y manteniendo en alto la luz, vi, colgando de entre las nieblas de la cúpula, una esfera de cobre viejo, alargada mediante una especie de cuello hasta adquirir forma de globo pilotado, a cuyo extremo pude distinguir un agujero diminuto. Escrito con letras de imprenta rojas, se distinguía con dificultad sobre la superficie de la esfera el siguiente letrero:

«MANSIÓN HARFAGER: 1389-188»

¡Bajé mucho más deprisa de lo que había subido!

—Pero ¿qué quiere decir?

—¿Has visto lo que está escrito?

—Sí; pero ¿qué quiere decir?

—Comparando a Gascoigne con Thrunster, he comprobado que la mansión se *construyó* alrededor de 1389 —escribió Harfager.

—Pero ¿y las otras cifras?

—Después del último 8 —replicó—, hay otro número casi completamente

borrado por una mancha.

—¿Qué número? —pregunté.

—No es posible leerlo, pero sí conjeturarlo. Como el año 1888 ha terminado ya prácticamente, sólo puede tratarse de un 9.

—¡Tienes una mente depravada! —exclamé, muy irritado—; tus conclusiones y tus *afirmaciones* son algo que no puede soportar con paciencia ninguna inteligencia educada para basar sus conclusiones en hechos.

—Y tú te muestras irracional —escribió—. Imagino que conoces la fórmula de Arquímedes mediante la cual, conocido el diámetro de una esfera, se conoce también su volumen. Pues bien: sé que el diámetro de esa esfera que cuelga de la cúpula es de un metro y treinta y siete centímetros; y el diámetro de las bolas de plomo de unos ocho milímetros. Suponiendo que 1389 fuera el año en que la esfera estaba llena de bolas, se puede calcular en seguida que no son muchas las que todavía quedan dentro, además de los cuatro millones y pico que han caído desde entonces al ritmo de una por hora. La caída de las bolas *no puede* durar otro año. No nos queda, por tanto, más remedio que aceptar el número 9.

—¡Pero estás sacando conclusiones gratuitas, Harfager! —exclamé—. ¡Hazme caso, amigo mío, todo eso no es más que un desenfreno de perversidad! ¿Qué álgebra de desesperación te permite saber que cada una de las bolas representa un vástago de tu casa, o que se quiso hacer corresponder esa última fecha con el momento en que se detuviera el reloj? E incluso aunque así fuera, ¿qué significado podría tener? ¡No puede tener *ninguno!*

—¿Es que quieres que me vuelva loco? —gritó. Luego escribió con furia—: ¡Juro que no sé nada acerca de su significado! Pero ¿no te resulta evidente que ese aparato es un gran reloj de arena, pensado para contar las horas, no de un día, sino de un ciclo? ¿Y de un ciclo de quinientos años?

—Pero toda esa maquinación —grité apasionadamente—, ¡no es más que una tétrica invención de nuestros cerebros! ¿Cómo se regula la caída de las bolas? Lo siento, amigo mío, desvarías…, tu mente se ha pervertido con este continuo alboroto de las aguas.

—No he llegado a averiguar —me replicó— cuál es el mecanismo interno, o elemento viscoso, o muelle espiral, ligado probablemente para su funcionamiento con las vibraciones de la mansión, por el que se regula la caída de las bolas; pero se trata de un problema que sin duda estaba en condiciones de resolver el artesano medieval que inventó el reloj; aunque por lo menos hay algo claro: uno de los elementos que intervienen es la pequeñez de la abertura por la que tienen que pasar las bolas; y ese elemento, como sabemos por las leyes de la estática, cesará de operar cuando no queden más que tres bolas; y, por consiguiente, las tres últimas caerán casi al mismo tiempo.

—¡En el nombre del cielo! —exclamé, despreocupado ya de las locuras que salieran de mi boca—; ¡recuerda que tu madre ha muerto! ¿O vas a negar que sólo

quedáis tú y lady Swertha?

Una mirada de desprecio fue toda la respuesta que recibí de él.

Pero al día siguiente me confesó que las gotas de plomo suponían un constante sufrimiento para sus oídos; que, hora tras hora, su vida no tenía otra finalidad que la espera anhelante de su caída; que, incluso durante los breves períodos que consagraba al sueño, se despertaba, infaliblemente sobresaltado, con cada descenso; que fuera cual fuese la zona de la mansión donde se hallara, el ruido llegaba hasta él con una *intensidad* atronadora; y que cada choque le martirizaba con una punzada de angustia dentro del oído. Por consiguiente, fue grande mi escándalo cuando declaró que esas caídas se habían convertido ya para él en la vida de su vida; que habían llegado a entrelazarse tan íntimamente con su estado de ánimo, que su interrupción podría provocarle incluso el vértigo de la razón; y al confesármelo, sollozó, ocultando el rostro, apoyado en una columna. Cuando superó aquella crisis, le pregunté si desechaba por completo la posibilidad de prescindir de una vez por todas de la fascinación del reloj de arena y escapar conmigo de aquel lugar.

—Una cuerda de *tres* cabos no se rompe fácilmente —fue la misteriosa respuesta que procedió a escribir.

—¿Por qué de tres cabos? —le pregunté, sobresaltado.

—Estar enamorado del dolor…, anhelar el sufrimiento… ¿no es eso una locura perversa?

¡Quedé mudo de asombro al advertir que había citado a Gascoigne sin darse cuenta! «¡Una locura perversa!» «¡Una lasciva angustia!»

—Has visto el rostro de mi tía —prosiguió—; tenías los ojos enturbiados si no advertiste en él una calma impía, el regocijo de una paciencia blasfema, una mueca detrás de su sonrisa desafiante.

A continuación me habló de una posibilidad tan terrible que le llenaba el alma de terror, pero que, al mismo tiempo, reía a veces en su corazón en forma de *esperanza*. Se trataba de la posibilidad de un considerable aumento del volumen de ruido cerca de sus oídos. Ante *eso*, dijo, el cerebro debe tambalearse. La noche de mi llegada, el ruido de mis botas y, después, las ocasiones en que le hablaba en voz más alta, le habían producido un dolor muy intenso. Para un oído así, entendí que decía, la tortura exquisita que suponía un gran aumento de los ruidos tenía un atractivo que ninguna virtud humana sería capaz de rechazar; y cuando dije que me resultaba imposible imaginar siquiera semejante aumento, y mucho menos aún los medios para lograrlo, Harfager sacó de los archivos de la mansión algunos de los anales conservados por los cabezas de familia de su raza. En ellos se contaba que las tempestades que azotaban constantemente la latitud de Rayba siempre acababan por dar paso, a distancia de algunos años, a una locura descomunal, a un Sansón entre los filisteos, a un Sirio entre los soles. En esos períodos caían las lluvias —y llegaban las inundaciones— como si se tratara del primer diluvio universal; los remolinos que siempre rodeaban Rayba, desdeñando entonces las bandas de espacio lateral,

estallaban en el aire en un torbellino de chorros de agua, para danzar sobre el reducido territorio en el que, al converger, algunos de ellos descargaban sus aguas; y los lagos que desembocaban en la catarata multiplicaban así su volumen y retumbaban con redoblada energía. Harfager añadió que resultaba milagroso que por espacio de dieciocho años no hubiera tenido lugar en Rayba ningún gran acontecimiento como ése.

—¿Y cuál —pregunté—, además de las bolas que caen y de la posibilidad de un aumento en la intensidad de los ruidos, es el tercer hilo de ese *cordel de tres cabos* del que me has hablado?

Por toda respuesta me condujo a un aposento circular que, según había descubierto, ocupaba el centro de la mansión. La sala era tan grande —creo no haber visto nunca otra mayor—, que la porción de pared iluminada en cada momento por la vela parecía casi plana; y la mayor parte de su extensión, desde el suelo hasta el techo, estaba ocupada por una columna de latón, con un espacio tan reducido entre pared y columna que sólo admitía un brazo extendido.

—Esta columna —escribió Harfager— sube hasta la cúpula y prosigue más allá; desciende hasta el piso más bajo y lo atraviesa; de allí baja al suelo de latón de los sótanos y *lo atraviesa* hasta llegar a la roca firme. Se extiende por debajo de cada suelo, ayudando a sujetarlo. ¿Cuál es exactamente la naturaleza de la impresión que he causado a tu mente con esta descripción?

—No lo sé —contesté, apartándome de él—; no me interrogues sobre ninguno de tus enigmas, Harfager. Siento vértigo…

—Pero respóndeme —dijo—: considera *lo insólito* de ese último suelo de latón que, según he descubierto, tiene un espesor de unos dos metros y cuya superficie inferior, tengo mis razones para pensarlo, está de algún modo *por encima* de la roca firme; recuerda que la estructura no se halla *sujeta* a la columna en ningún punto; piensa en las *cadenas* que salen del muro exterior, *anclando*, al parecer, la casa a la tierra firme. Cuéntame, ¿qué impresión te he producido *ahora?*

—¿Y es *eso* lo que estás esperando? —exclamé—. ¡Es posible que no haya habido en absoluto una intención malévola! ¡Sacas conclusiones precipitadas! ¡Cualquier edificio establecido en una tierra y un lugar como éste se hallaría expuesto en cualquier época a ser derribado por alguna tempestad descomunal! ¿Y por qué no habría sido la intención del constructor que en tal caso se rompieran las cadenas y el edificio, por el hecho de ceder, se salvara?

—Al menos no puede decirse que te falte caridad —replicó; y acto seguido volvimos al libro que estábamos leyendo juntos.

Mi amigo no había perdido por completo el antiguo hábito del estudio, aunque no fuese ya capaz de *sentarse* para leer; de manera que con un volumen en la mano (que muchas veces terminaba por arrojar) se paseaba por la reducida zona iluminada; o yo mismo, sin preocuparme de mi voz, me dedicaba a leerle. Por un capricho de su estado de ánimo, los pocos libros que quedaban dentro de los límites marcados por su

paciencia tenían en común algo relacionado con la picaresca o con las teorías más extravagantes: leímos así el *Buscón* de Quevedo o el sistema de Tycho Brahe; y por encima de todo *Poder y providencia de Dios*, de George Hakewill. Un día, sin embargo, mientras yo leía, me interrumpió, sin que viniera a cuento, con la frase:

—Lo que no entiendo es que tú, siendo un hombre de ciencia, creas que la vida se extingue al cesar la respiración —y a partir de ese momento cambió el tono de nuestras lecturas, porque me llevó a los sótanos de la biblioteca, en la parte inferior del edificio, y, hora tras hora, con un frenesí triunfal, me abrumó con libros que probaban la prolongación de la existencia después de la «muerte».

Quiso saber cuál era mi opinión sobre el relato del barón Verulam acerca del muerto a quien se oyó recitar una oración; o sobre los movimientos de vientre de un condenado después de su ejecución. Al manifestar mi incredulidad, pareció sorprenderse, y me recordó el retorcerse de las cobras una vez muertas o el prolongado latir del corazón de una rana después de su «muerte». «No está muerta —citó—, sino que duerme». La idea de Bacon y de Paracelso de que el principio de la vida reside en un humor o fluido era para él prueba suficiente de que ese fluido no puede, por su naturaleza misma, sufrir una *repentina* aniquilación mientras subsistan los órganos que impregna. Cuando le pregunté qué límite fijaba él en ese caso a la persistencia de «vida» en los «muertos», respondió que sólo cuando la descomposición había avanzado tanto que no se podía seguir llamando nervios a los nervios, o cuando el cerebro quedaba desconectado del cuerpo a la altura del cuello en razón, por ejemplo, del roer de las ratas, la reina de las tinieblas se proclamaba realmente reina. Con una falta de discreción ajena a mí antes de mi llegada a Rayba, dejé escapar la pregunta de si con todo aquello se estaba quizá refiriendo a su madre. Durante un rato estuvo cavilando y luego escribió: «Incluso aunque no hubiera tenido razones para creer que mi vida y la de Swertha pendían de algún modo de la definitiva cesación de la suya, habría tomado precauciones para averiguar los progresos en el deterioro de su organismo y, de hecho, no ha de faltarme en ningún momento la información más exacta». A continuación explicó que las ratas que acampaban a sus anchas por el lugar donde se guardaba a los muertos completarían el trabajo a su debido tiempo, pero que les resultaría imposible alcanzar la zona de la garganta sin abrirse camino primero a través de los tres cordeles tensados que cruzaban los agujeros de los puentes dentro del ataúd, permitiendo con ello que las tres campanillas de plata iniciaran sus tintineos.

Había pasado el solsticio de invierno y empezaba un nuevo año. Dormía yo una noche profundamente cuando Harfager se presentó en mi cámara y me zarandeó. Su rostro tenía un aspecto cadavérico bajo el resplandor de la vela. En muy poco tiempo se había producido en él un cambio importante. Puede decirse que casi no era ya la misma persona, sino, más bien, algún pobre hombre cuyos sorprendidos ojos han recogido de noche la imagen de un terror arcano.

Dijo que notaba tirones y crujidos que le producían una sensación de estar

suspendido en espacios abiertos por un hilo que terminaría por romperse a causa de su peso; y me suplicó, por el amor de Dios, que le acompañase a ver los ataúdes. Atravesamos juntos la mansión, con un Harfager acobardado, ojeroso, de andares cada vez más indecisos, hasta llegar a la cámara de los muertos, donde mi amigo fue de aquí para allá sigilosamente examinando los anaqueles. Del ataúd sin pie de la viuda, que temblaba sobre su banco, vi salir deslizándose una rata de agua; y al pasar Harfager bajo uno de los anaqueles más pequeños, que soportaba solo el peso de un ataúd, repentinamente cayó desde lo alto a sus pies, convirtiéndose en polvo. Mi amigo dejó escapar un grito de criatura asustada, se tambaleó, buscando mi apoyo, y tuve que prestarle ayuda para regresar a la parte alta del palacio.

Se quedó sentado, oculto el rostro, en un rincón de un pequeño aposento, temblando, abatido, digámoslo así, por el terrible peso de la edad, sin señalar ya con sus «¡Escucha!» la caída de las gotas de plomo. A mis amonestaciones respondía tan sólo con un «¡Tan pronto!» en forma de gemido. Cada vez que lo busqué, lo encontré allí, su virilidad convertida en una sucesión de escalofríos. No creo que durmiera durante aquel período.

Durante la segunda noche, mientras me acercaba a él, se incorporó de repente gritando:

—¡La primera campana está sonando!

Cuando apenas había salido de su boca aquella exclamación, llegó hasta mi enfebrecido cerebro, desde algún lugar remoto, un débil gemido, que en su lugar de origen debía de ser horrísono alarido. Harfager, por su parte, se tapó los oídos y, seguido muy de cerca por mí, echó a correr por el oscuro laberinto de la mansión, hasta que llegamos a una cámara que contenía un candelabro y estaba tapizada de rojo descolorido. En el suelo yacía desmayada lady Swertha, con los desordenados cabellos de color gris oscuro envolviéndola como un mar enfurecido; algunos mechones estaban esparcidos por la estancia, arrancados de raíz; y en su garganta se advertían las huellas de dedos estranguladores. La trasladamos a su lecho y, al encontrar yo algo de tintura en un armario, se la administré, aun sin lograr que separase los dientes. Por su aire ensimismado vi que la muerte no había llegado aún; y, como descubría un no sé qué de horrible en su aspecto, muy poco después la dejé en compañía de Harfager.

Cuando volví a ver a mi amigo sus modales habían sufrido un cambio que sólo puedo describir como espantoso. Su nueva manera de comportarse recordaba la presunción oficiosa que adopta una persona de escasa inteligencia al espolearse con la idea de que «¡Hay que trabajar!, ¡queda muy poco tiempo!»; por otra parte, su manera de andar me angustiaba al advertir en ella un indicio de ataxia locomotriz. Cuando le pregunté por su tía, por el significado de las señales de violencia en su cuerpo, e incliné la cabeza para oír su voz grave y untuosa, escuché esta frase:

—Aith, el esqueleto, ha tratado de poner fin a su vida.

Pero no pareció compartir mi asombro ante aquel suceso, ni fue capaz de darme

una respuesta clara en cuanto a sus razones para conservar a semejante criado, o sobre los motivos para haberlo contratado. Mi amigo me explicó que se le había admitido en el palacio durante sus años de ausencia, y sabía muy poco de él, aparte de que estaba dotado de una fuerza extraordinaria. *De dónde* había venido, o cómo, nadie, excepto lady Swertha, estaba enterado: y ella, al parecer, temía compartir con Haco aquel misterio, o al menos se había resistido siempre a hacerlo. Harfager añadió que, de hecho, desde el día de su vuelta a Rayba, su tía se había impuesto, por algún motivo, una total mudez sobre cualquier tema, silencio al que nunca había renunciado, si se exceptúa alguna nota que escribía de vez en cuando.

Con una extraña energía atáxica, con el aspecto de un borracho que se obliga a llevar a cabo acciones previamente determinadas, Harfager se consagró a la realización de una multitud de cosas triviales: reunió crónicas y las colocó por orden de fecha; rotuló o etiquetó paquetes de documentos; insistió en que yo le ayudara a volver todos los cuadros de cara a la pared. Se veía, sin embargo, constantemente interrumpido en sus actividades por ataques de vértigo, que lo arrojaban al suelo hasta seis veces en el transcurso de una hora, acompañados con frecuencia por hemorragias en los oídos. Se me quejó, con la voz convertida en quejumbroso lamento, de los requerimientos tentadores de un flautín de plaza que le seducía continuamente. Mientras se inclinaba, sudando, sobre sus trascendentales naderías, sus manos temblaban como gelatina. También eran notorios la agitación de su boca gimoteante y el continuo lagrimeo de sus ojos hundidos: su juventud se había convertido de repente en senilidad.

Pero un día se desprendió por completo de todo aquello y fue joven de nuevo. Entró en mi habitación, me sacó del sueño y observé en sus ojos el éxtasis de la locura al mismo tiempo que su boca susurraba en mi oído:

—¡Levántate! *¡La tormenta!*

¡Ah! Me había percatado de ello durante las pesadillas de la noche. Lo sentía en el aire de la habitación. Había llegado la tormenta. La veía, en todo su horror, gracias a la luz de la lámpara, en el infierno del rostro de Harfager.

Un extraño júbilo brotó al instante en mi interior, mientras me levantaba de un salto de la cama y miraba al reloj: eran las ocho… de la mañana. Harfager, con el paso firme de algún profeta enloquecido, se había puesto ya en marcha; y yo le seguí de inmediato. Se sentía con claridad una nota más grave en el temblor del edificio; de cuando en cuando todo se detenía por completo durante un segundo, como si la casa escuchara conteniendo el aliento; y había una alteración en su atmósfera producida por ráfagas de viento de origen impreciso. A veces llegaba hasta mí, por así decirlo, el ruido de alguna remota lamentación y voz en Ramá[23], pero no podría decir si aquello estaba en mi oído o en los alaridos de la galerna; y también en otros momentos oía el claro acorde de un órgano con toda su potencia. Hacia el mediodía vi a Harfager que, empuñando una luz, corría descalzo por un pasillo. Al encontrarnos me miró, pero casi sin reconocerme, y siguió adelante; pero se detuvo

otra vez y volvió para gritarme al oído: «¿Te gustaría *verla?*». Entonces me indicó que le siguiera y fui tras él a una abertura muy pequeña en el muro exterior, cerrada con una plancha de latón. Al descorrer el pestillo, la plancha saltó hacia el interior con un instantáneo ímpetu y lanzó a Harfager bastante lejos, al mismo tiempo que la fuerza de la tempestad, bramando por el tubo de latón con extraordinaria violencia, me empujó y sujetó contra un rincón de la pared, y a lo largo de todo el corredor se fue escuchando el prolongado estrépito de multitud de cuadros y lechos. Sin embargo, logré abrirme camino hasta el ombligo del orificio. Desde allí el mar debería de ser visible; pero mis sentidos no encontraron más que la visión de unas agitadas tinieblas, y una impresión general de movimiento en círculos. El sol de Rayba se había esfumado. Aprovechando un momento favorable, nuestras fuerzas aunadas nos permitieron volver a cerrar el ventanuco.

—¡Ven! —Harfager había conseguido de nuevo una luz y me hacía señas—; vayamos a ver cómo se portan los muertos ante la gran desolación.

Echamos a correr, pero cuando apenas habíamos llegado a la mitad de la escalera, me estremecí al notar una enorme sacudida, la nota grave de un ruido sordo que únicamente el desplomarse de todo el conjunto de ataúdes podría haber causado. Busqué a Harfager con la mirada y durante un momento sólo vi sus talones alejándose a gran velocidad, acosado por el pánico, los oídos tapados y la boca abierta. Entonces, efectivamente, también yo fui presa del miedo: un estremecimiento en medio de la audacia de mi *corazón*; la idea de que, en cualquier caso, debía abandonar a mi amigo en aquella situación extrema y buscar mi propia salvación. Estaba, sin embargo, lleno de dudas cuando me puse a buscarle con ánimo de decirle adiós; unas dudas que no me parecían generosas, sino egoístas y morbosas. Vagué por la oscuridad buscando luz y, al tropezarme con una lámpara, me dispuse a encontrar a Harfager. Transcurrieron varias horas de esta manera, durante las cuales no me fue posible dudar, por el estado del aire dentro de la casa, de que, a nuestro alrededor, la violencia de los elementos era cada vez mayor. Ruidos como de chillidos —tan irreales como alaridos de demonios— llegaban ahora hasta mis oídos. Al hacerse de noche empecé a detectar en la voz cada vez más sonora de la catarata un rasgo nuevo —una estridencia—, un zumbido de éxtasis —un rencor—, la amenaza de una rabia ciega y sorda. Debían de ser alrededor de las seis cuando encontré a Harfager. Se hallaba en una habitación oscura con la frente inclinada, las manos en las rodillas, el rostro cubierto por sus propios cabellos y sangre brotándole de los oídos. Se le había rasgado la manga derecha de la túnica en algún renovado intento, imaginé, de dominar una ventana; y un brazo bastante magullado colgaba laciamente del hombro. Durante algún tiempo permanecí inmóvil, contemplándole mientras pronunciaba palabras entrecortadas; pero ahora que lo había encontrado no dije nada sobre mi marcha. Al cabo de un rato alzó bruscamente la vista, exclamando al mismo tiempo «¡Escucha!», palabra que repitió con impaciencia, para añadir en seguida un grito: «¡La segunda campana!». Y, *de nuevo*, inmediatamente después de su grito, se oyó un

gemido, vago, pero real, por toda la casa. Harfager cayó instantáneamente al suelo, dominado por el vértigo, pero yo, apoderándome de una luz, salí corriendo, tembloroso pero decidido. Los enloquecidos lamentos se prolongaron durante algún tiempo (en la realidad o por acción refleja en mi oído); y mientras corría en dirección al aposento de lady Swertha, vi frente a él la puerta abierta de un depósito de armas en el que penetré, apoderándome de un hacha, y me disponía a correr en ayuda de la dama, cuando Aith, con ojos encendidos, salió huyendo de la estancia. Levanté el hacha y, gritando, di un salto para derribarlo; pero por alguna razón se me cayó la luz y antes de que pudiera reaccionar el hacha se me escapó de la mano y fui arrojado hacia atrás con desusado vigor. Era suficiente, sin embargo, la luz que salía del aposento para permitirme ver que el esqueleto había entrado velozmente en el depósito de armas, de manera que cerré inmediatamente con llave la puerta más cercana, que me había permitido apoderarme del hacha, y, corriendo hacia la otra, la cerré también, con lo que Aith se convirtió en prisionero. Penetré acto seguido en la cámara de lady Swertha, que yacía sobre su lecho, y al acercar el oído advertí los estertores de la agonía. Una mirada a su garganta destrozada me convenció de que eran aquéllos sus últimos momentos. La coloqué lo mejor que pude sobre la cama, disponiendo a su alrededor, a modo de cortinas, los sueltos jirones de las negras colgaduras, e inmediatamente aparté la vista de tan abominable espectáculo. Sobre un escritorio cercano descubrí una nota cuyo destinatario era, al parecer, su sobrino: «Me propongo el desafío y la huida; no a causa del miedo, sino por la satisfacción del desafío mismo. *¿Puedes* venir?». Cogiendo una vela del candelabro la abandoné a su soledad y a la angustia de la muerte.

Ya había hecho parte del camino de vuelta cuando me sobresaltó un extraño ruido —un retumbo—, parecido a un redoble de tambor; y como lo oía con notable claridad, significaba un prodigioso despliegue de energía. Al cabo de dos minutos volvió a escucharse y luego siguió repitiéndose a intervalos regulares, con un efecto doloroso sobre mi organismo; gradualmente llegué a la conclusión de que Aith había descolgado de sus soportes dos de los antiguos escudos de latón y se dedicaba a entrechocarlos con la mayor violencia imaginable, para expresar de esa manera el frenesí que le dominaba. Cuando logré por fin regresar junto a Harfager, la intensidad del sufrimiento le obligaba a pasearse por la estancia; agitaba la cabeza como un caballo castigado con violencia, tratando de evitar que llegara hasta su oído el entrechocar de los escudos de latón.

—¿Cuándo, cuándo… —gimió roncamente en mi oído— cesarán los estertores de su garganta? Yo mismo, te lo aseguro, *con mi propia mano*, Dios Todopoderoso…

Desde el comienzo del día, su fiebre auditiva (como de hecho también la mía) parecía haber aumentado en proporción directa al rugiente y chirriante caos que nos rodeaba; y el combate mortal en la garganta de lady Swertha servía para rellenar amargamente los intervalos que dejaba el espantoso entrechocar de los escudos manejados por Aith. Al cabo de un momento alzó las manos en un gesto rapidísimo y,

con los brazos extendidos, se perdió en la oscuridad.

De nuevo lo busqué y, durante mucho tiempo, lo hice una vez más en vano. A medida que pasaban las horas y el día se encaminaba hacia la funesta medianoche, el furor de la reforzada catarata, junto con el volumen y majestad de la tormenta en su fase culminante, creaban un *alarido* demasiado deliberado para que pudiera tolerarlo razón alguna. Mi propia mente escapó a mi dominio, yéndose por su lado: porque en aquel semillero de fiebre la mía era aún mayor. Erré de estancia en estancia, apresurado, poseído por el vértigo que proporcionaba la despreocupación de la alegría. Mi situación era la de «un hombre de quien se apodera el sueño». Sin embargo, cuando pasé cerca de la zona donde se encontraba el depósito de armas, los extasiados escudos de Aith siguieron entrechocándose débilmente en mi oído. A Harfager no me fue dado verlo, porque también él, sin duda, vagaba por el mundo de la casa como un Asuero enloquecido. Sin embargo, cerca de la medianoche, al observar el brillo de una luz a través de una puerta del piso bajo, crucé el umbral y lo vi allí: estábamos en la cámara del reloj que contenía las bolas de plomo. Harfager se hallaba sentado en la escalera de mano, rodeado el pecho con los brazos y contemplando la melancólica piscina. Las últimas luces del alboroto de la jornada parecían agonizar en sus ojos; y ni siquiera me miró cuando entré corriendo. Sus manos, el brazo descubierto, estaban cubiertos de sangre recientemente derramada; pero tampoco parecía darse cuenta de ello; los jadeos le obligaban a mantener la boca abierta. Mientras le contemplaba, dio de repente un gran salto, palmeando con violencia al tiempo que gritaba: «¡Está sonando la última campanilla!». Y a continuación salió corriendo, presa del desvarío, lo que le impidió ver (aunque tal vez se percatara de ello mediante el oído) algo que yo sí pude contemplar con temeroso asombro; y fue que cayó del reloj una bola, acompañada de un silbido y de una nubecilla de vapor al entrar en contacto con el líquido de la piscina; y mientras el reloj de pared hacía tic-tac cayó una segunda y, con el siguiente tic-tac, ¡la tercera! Y el vaho de la primera no se había difuminado aún cuando el de la tercera, mezclándose con él, ascendió hacia la cúpula. Comprendiendo que el tiempo de la mansión había llegado a su término, también yo, alzando los brazos, escapé de aquel lugar; pero me vi repentinamente detenido en mi huida por la sensación de algún formidable destino derramando su cólera sobre el edificio; y tuve conciencia, por un estruendoso crujido, como de muchos disparos de mosquetería, encima de mi cabeza, y por el derramarse de un universo de agua, que una tromba marina, en sus giros y revueltas, había lanzado toda su masa sobre nosotros, atravesando la cúpula. En aquel momento vi a Harfager corriendo en mi dirección, con las manos en la cabeza; al pasar velozmente a mi lado le sujeté, gritando:

—¡Harfager, ponte a salvo! Las fuentes mismas, Harfager…, por Dios Todopoderoso —le susurré en lo más hondo del oído—, *¡las fuentes mismas del Gran Abismo…!*

Me lanzó una mirada colérica y siguió su camino, mientras yo, entrando a toda

prisa en una habitación, cerré la puerta. Allí esperé algún tiempo, notando que me temblaban las rodillas; pero la frenética impaciencia que me dominaba me obligó a salir de nuevo, encontrándome todos los corredores invadidos por el agua hasta la altura del muslo, al tiempo que retazos de la tormenta, penetrando con arrogancia por el agujero de la cúpula, bramaban ahora por toda la casa. Al instante se apagó mi luz; pero me vi sorprendido por la presencia de *otra* luz —más fantasmal, melancólica y azulada, tenue y fantástica al mismo tiempo— que invadía triunfante toda la casa. Me había detenido el asombro ante este último fenómeno cuando una ráfaga de una pasión todavía más desmedida recorrió velozmente la mansión y, con ella, me di cuenta de que algo se había *roto* en algún sitio. Siguió un minuto de espera infinita…, y luego…, deprisa…, cada vez más deprisa…, llegó el estremecimiento, la rotura, el estallido, en majestuosa sucesión, ante el hombro apresurado del huracán, de las cadenas de anclaje de la mansión. Y *de nuevo* un segundo de intensa inmovilidad…, y luego…, lentamente…, llegó el momento…, la casa se movió. Mi carne hizo lo que hacen los gusanos que se retuercen. La mansión se movió lentamente y se detuvo…, luego vino un movimiento amplio…, un giro… ¡y otra pausa! A continuación se repitió el mismo ciclo. Después sentí una continua insistencia sobre el eje de latón, semejante a la manera en que el labrador camina pesadamente junto a la grada; después un brío renovado, luego intensidad y por fin la viva ligereza del vuelo. Y una vez más, mientras, entre tambaleos y zambullidas, empecé a girar, me vino por un momento la idea de escapar, pero esta vez levanté al cielo un puño rebelde. «No, gran Dios, no, no», jadeé, «no me marcharé de aquí: ¡permítaseme valsar en este carnaval de torbellinos, en esta anarquía de truenos!»…, y eché a correr a trompicones. Pero la memoria tiene que buscar a tientas en un crepúsculo más gris para poder explicar todo lo que vino después. Tuve que luchar para subir por la escalera, ya convertida en río, y durante un buen rato corrí tambaleándome y cayéndome, mascullando palabras incoherentes, entre restos de techos y paredes. Caía agua por todas partes, porque el viento había arrancado todo el tejado, excepto tres de los pares; y bajo la luz azulada de la luna las colgaduras ondeaban y restallaban con violencia tras la casa en movimiento, como los cabellos de algún faquir vociferante que se tambaleara al atacarle las tarántulas de la distracción. En el punto donde sobresalía el mayor de los pórticos, la mansión empezó a estremecerse a cada giro al chocar con algún obstáculo: tropezó una vez, y mientras los labios decían uno, dos, tres, volvió a tropezar. ¡Era el frenesí de las grandes masas! Rápida…, cada vez más rápida, la mansión se precipitaba en una fiebre de convulsiones, cada pórtico una vela en la tempestad, reduciendo a fragmentos su ciclópea estructura. Al pasar junto a la puerta de una habitación con el suelo cubierto por los restos de un muro, vi, bajo la pálida luz de la luna, a Harfager sentado sobre un sepulcro; sostenía un palo con una mano ensangrentada y, aunque débilmente, golpeaba con insistencia un tambor a su lado. La velocidad de la casa ladeada había alcanzado ya la fase del *sueño*, ese último grado de la peonza que gira; y de repente Harfager apartó las greñas que le ocultaban

el rostro, se puso en pie de un salto, extendió los brazos y empezó a girar, como si estuviera mareado, en el mismo sentido de la casa…, tan sumergido en el sueño como ella, con los cabellos al viento y temblándole las mejillas… Huí de aquel espectáculo con repugnancia; y a trompicones, zambulléndome a veces, me encontré al poco tiempo frente a uno de los pórticos, donde al derrumbarse ante mí una de las puertas exteriores, el soplo de la tempestad me golpeó con violencia, y un impulso, más de cordura que de demencia, me aguijoneó el alma; hice un esfuerzo para llegar más allá del umbral, y dejé que el caos exterior me llevara en su remolino.

El río me arrastró inmediatamente hacia el mar, aunque incluso allí, en lo profundo de aquella vorágine, un clamor estridente, como el agrietarse de un mundo, me llegó a los oídos. Apenas había concluido cuando mi cuerpo tropezó en su camino con uno de los arcos, almohadillado con algas, de la carretera elevada, que no se había derrumbado totalmente. Tampoco yo había perdido por completo el sentido. Al engancharme con algo, pude sacar la cabeza del agua y, finalmente, incorporarme hasta salir por completo del agua. Después me fui arrastrando bajo los golpes del viento y la violencia de la lluvia, que cruzaba el aire con un resplandor como de seda, hasta el saliente de roca por donde había venido, dado que el puente seguía intacto. Al advertir a mi alrededor el mismo extraño resplandor que se había introducido en la mansión a través de la cúpula rota, volví la vista atrás y comprobé que la morada de los Harfager era un recuerdo del pasado; después alcé los ojos, y por todo el cielo del norte, hasta el cenit, brillaba un océano de abigarrados esplendores: la aurora boreal, que se movía en veloz desorden debido a la tempestad. Ante la grandeza del espectáculo se abrió en mis ojos la fuente de las lágrimas. ¡Y con ellas se interrumpió el sueño! ¡Pasó la obcecación! Una mano pareció borrar de mi cerebro las apariencias y los instrumentos de la alucinación; y, puesto de rodillas, alcé las manos al cielo en acción de gracias por el milagro de haberme rescatado de todas las tentaciones, las tribulaciones y el desastre de Rayba.

Lord Dunsany

LA CASA DE LA ESFINGE
y
CÓMO LLEGÓ UNO, COMO SE HABÍA PREDICHO, A LA CIUDAD DE NUNCA JAMÁS

(The House of the Sphinx y How One Come, as Was Foretold, to the City of Never, 1912)

En el otoño de 1919 llegó a las manos de Lovecraft un ejemplar de «Cuentos de un soñador». Aunque no ignoraba la celebridad de su autor —al que poco después tendría la ocasión de conocer personalmente, cuando asistió a una conferencia suya en un hotel de Boston— todavía no había leído ninguno de sus libros. «El primer párrafo me paralizó como una descarga eléctrica —confesaría más tarde a su amigo Ashton Smith— y con sólo dos páginas me convertí de por vida en devoto de Dunsany».

Nacido en Londres de familia irlandesa y criado en el castillo de sus antepasados normandos, Edward John Moreton Drax Plunkett (1878-1957), decimoctavo barón Dunsany (uno de los más antiguos títulos nobiliarios de las Islas Británicas), fue un personaje bastante inusual. Educado exquisitamente para ser «lord» en Eton y en la academia militar de Sandhurst, su versatilidad y su vigor, tanto físico como mental, le convirtieron en el aristócrata ideal, por mucho que fuera considerado el hombre peor vestido de Irlanda. Trotamundos, soldado (oficial de fusileros en la guerra de los boers y en la primera mundial), políglota, ajedrecista (campeón de Irlanda), cazador (zorros en su tierra natal, cabras salvajes en el Sahara y leones en Sudáfrica), deportista (cricket y tiro con pistola), traductor de Horacio, conferenciante, profesor de literatura inglesa (en Atenas)…, Dunsany aún tuvo tiempo para escribir (con pluma de ave) más de sesenta volúmenes, entre relatos y novelas fantásticas, poesía, teatro, novelas policiacas y autobiografía.

De su intensa actividad literaria destaca sobre todo su faceta fantástica, precursora de Tolkien y la fantasía heroica, sin contar con su influencia en Lovecraft. «Obra altiva y singular —según Gimferrer—, desdeñosa de lo contemporáneo en la misma medida en que apeló a las raíces últimas de lo mítico», abarca tres novelas: «Don Rodríguez», «La hija del rey de los elfos» y «The Chawoman's Shadow», y, en especial, varias piezas teatrales breves (la primera de ellas, «The Glittering Gate», estrenada en el Abbey Theatre a petición de Yeats, anticipa en cierta manera a Beckett) e innumerables cuentos distribuidos en varias colecciones. «La belleza más que el terror es la clave de la obra de Dunsany», afirma Lovecraft, que se deshace en elogios a su «primo Ned» (también encontró un Moreton entre sus ancestros), a

quien califica de «inventor de una nueva mitología y tejedor de un folclore sorprendente», así como de «talismán y llave que abre ricas reservas de ensueños y recuerdos fragmentarios a los verdaderamente imaginativos». «Dunsany —acabaría por confesar H.P.L.— está más cerca de mi propia personalidad y comprensión [que ningún otro escritor fantástico]…, es como "yo mismo", pero con un estilo y una cultura infinitamente mayores.»

La reciente publicación de sus cuatro primeros libros de relatos —«Los dioses de Pegana», «El tiempo y los dioses», «La espada de Welleran» y «Cuentos de un soñador»— aconsejó incluir aquí dos pequeñas muestras de su prácticamente inédito «Book of Wonder» cuya brevedad no impide apreciar el gran acento lírico de su autor, ni el «hechizo insuperable de su prosa cristalina y musical».

LA CASA DE LA ESFINGE[24]

CUANDO llegué a la Casa de la Esfinge era ya de noche. Me dispensaron una ansiosa acogida. Y yo, a pesar de la proeza, me alegré de encontrar refugio en medio de aquel bosque tenebroso. En seguida comprendí que había habido una proeza, aunque un velo hacía por ocultarla todo lo que puede hacer un velo. El mero nerviosismo del recibimiento me hizo sospechar de aquel velo.

La Esfinge estaba muda y taciturna. Yo no había ido allí a husmear en los secretos de la Eternidad ni a fisgar la vida privada de la Esfinge, así que tenía poco que decir y poco que preguntar. Pero, a lo que dije, la Esfinge permaneció hoscamente impasible. Estaba claro que recelaba que hubiera ido a averiguar los secretos de alguno de sus dioses, o que fuera demasiado inquisitivo sobre sus tratos con el Tiempo; o era, quizá, que estaba absorta pensando en la proeza.

En seguida comprendí que esperaban una visita distinta de la mía: lo adiviné por la rapidez con que miraron de la entrada a la proeza, y de ésta otra vez a la entrada. Y el recibimiento que preparaban era la puerta cerrada con llave. ¡Pero qué cerradura y qué puerta! El orín y la herrumbre y el moho llevaban instalados en ellas demasiado tiempo, y no eran ya una barrera siquiera para un lobo decidido. Y al parecer se trataba de algo peor que un lobo lo que temían.

Poco después comprendí, por lo que dijeron, que un ser despótico y horrendo andaba buscando a la Esfinge, y que algo que había sucedido confirmaba que iba a llegar. Al parecer, le habían dado a la Esfinge una bofetada para sacarla de su apatía, y que rezara a uno de los dioses paridos por ella en la morada del Tiempo; pero su hosco silencio era invencible, y su apatía oriental, desde que tuvo lugar la proeza. Y cuando vieron que no podían hacerla reaccionar, no se les ocurrió otra cosa que prestar inútiles atenciones a la herrumbrosa cerradura de la puerta, y mirar la proeza con asombro, y hasta fingir esperanzas, y decir que tal vez, después de todo, no trajera a aquel ser fatal de la selva al que nadie nombraba.

Puede que se diga que escogí un albergue espantoso, aunque no si describiese la selva que había dejado atrás; necesitaba un lugar donde descansase mi cerebro de pensar en ella.

Me pregunté qué criatura podía llegar a causa de la proeza; pero dado que yo había visto ya aquella selva —tú no, querido lector—, tenía la ventaja de saber que podía ser cualquier cosa. De nada servía preguntar a la Esfinge: como su amante el Tiempo, rara vez revela nada (en cuanto a los dioses, son como ella); y mientras se hallase sumida en aquel estado de ánimo, su hermetismo era seguro. Así que me puse a dar aceite, sin decir nada, a la cerradura de la puerta. Y cuando ellos vieron este gesto sencillo, me gané su confianza. No es que mi trabajo fuera de alguna utilidad: debió hacerse mucho antes; pero en este momento había mostrado interés por lo que

ellos consideraban vital. Entonces se apiñaron a mi alrededor. Me preguntaron qué opinaba de la puerta, y si las había visto mejores, y si las había visto peores. Les hablé de todas las puertas que conocía, y les dije que las del baptisterio de Florencia eran las mejores puertas, y que las hechas por cierta empresa londinense eran las peores. Luego les pregunté qué era lo que iba a venir por la Esfinge a causa de la proeza. Al principio no quisieron decírmelo, y dejé de dar aceite a la puerta; entonces dijeron que era el gran inquisidor de la selva, indagador y vengador de todos los seres silvestres; y por todo lo que contaron de él, pensé que era una entidad muy blanca, una especie de locura que se apoderaría de la casa, una especie de bruma en la que la razón no podría sobrevivir. Y era el miedo a esto lo que les hacía manotear nerviosamente la cerradura de aquella puerta carcomida. Pero en el caso de la Esfinge, no era tanto su miedo como su visión profética lo que ensimismaba.

La esperanza que todos trataban de mantener residía, por supuesto, en aquella cerradura; aunque yo no la compartía. Estaba claro que el ser que les atemorizaba era corolario de la proeza: cosa que se evidenciaba más en la resignación que reflejaba el rostro de la Esfinge que en la angustiosa ansiedad que les producía la puerta.

Suspiró el viento, vaciló la luz de los grandes hachones, y el silencio de la Esfinge y el miedo irreprimible de todos se hicieron más patentes que nunca en la atmósfera; los murciélagos cruzaron inquietos el aire tenebroso que agitaba las llamas.

Entonces chillaron unos seres a lo lejos; luego otros, un poco más cerca. Algo venía hacia nosotros riendo horriblemente. Golpeé con la punta del dedo la puerta que ellos guardaban; mi dedo se hundió fácilmente en su madera deshecha: no había posibilidad de que resistiese. No había tiempo para observar el terror de los que me rodeaban; pensé en la puerta de atrás, porque era preferible la selva a seguir allí; sólo la Esfinge permanecía enteramente impasible: había mirado hacia el futuro, y había visto su destino; de manera que ningún nuevo ser podía turbarla.

Pero por escalas de podridos barrotes, viejas como el Hombre, por los bordes resbaladizos del abismo espantoso, con un vértigo insuperable en el corazón y una sensación de horror en las plantas de los pies, trepé de torre en torre, hasta que encontré la puerta que buscaba; se abría frente a una de las ramas superiores de un pino sombrío y gigantesco, por el cual me descolgué hasta el suelo de la selva. Me alegré de encontrarme otra vez en la espesura de la que había huido.

En cuanto a la Esfinge de la casa amenazada, no sé qué fue de ella, si sigue contemplando eternamente, sin consuelo, la proeza —presente sólo en su memoria atormentada— que hoy miran con burla los niños pequeños, cuando sabe que antaño estas cosas aterraban a los hombres, o si escapó finalmente y, trepando de abismo en abismo, llegó por último hasta los seres superiores, y es sabia y eterna aún. Porque ¿quién sabe de la locura si es divina o si procede del abismo?

CÓMO LLEGÓ UNO, COMO SE HABÍA PREDICHO, A LA CIUDAD DE NUNCA JAMÁS[25]

NO sabía el niño que jugaba en las terrazas y jardines a la vista de las colinas de Surrey que era él quien llegaría a la Ciudad Última; no sabía que vería los Pozos Inferiores, las barbacanas, y los sagrados minaretes de la ciudad más poderosa que se conocía. Ahora pienso en él, de pequeño, con una regaderita roja, jugando en los jardines un día de verano que iluminaba los cálidos campos del sur, absorta su imaginación en todos los cuentos de aventuras menudas, mientras le era reservada esa proeza que causa asombro entre los hombres.

Mirando en otras direcciones, lejos de las colinas de Surrey, vio durante toda su infancia ese precipicio que, pared sobre pared y montaña sobre montaña, se alza en el borde del Mundo, y envuelto en perpetuo crepúsculo, solo con la Luna y el Sol, sostiene la inconcebible Ciudad de Nunca Jamás. Estaba destinado a pisar sus calles; la profecía lo decía. Estaba en posesión del dogal mágico: la soga vieja y gastada que una anciana vagabunda le había dado. Esta soga tenía el poder de someter cualquier animal cuya especie no conociese la cautividad, como era el caso del unicornio, del hipogrifo Pegaso, de los dragones y las quimeras; en cambio, no servía para el león, la jirafa, el camello o el caballo.

¡Cuántas veces hemos visto esa Ciudad de Nunca Jamás, maravilla de las naciones! No cuando es de noche en el Mundo y no alcanzamos a ver más allá de las estrellas, no cuando brilla el sol sobre el lugar que habitamos y deslumbra nuestros ojos; sino cuando el sol se pone, un día de tormenta, arrepentido de pronto al atardecer, revelando esos relucientes acantilados que casi semejan nubes, y es el crepúsculo para nosotros como lo es eternamente para ellos; entonces vemos brillar sobre sus cumbres esas cúpulas doradas que miran el Mundo desde arriba, y parecen danzar serenas y dignas en esa luz suave de atardecer que es patria natal del Prodigio. Entonces la Ciudad de Nunca Jamás, inasequible y remota, contempla largamente a su hermano el Mundo.

Estaba escrito que iría allí. Se sabía ya cuando se formaron los guijarros, y antes de que las islas de coral fueran dadas al mar. Y así llegó a cumplirse la profecía, y pasó a la historia, y después fue a parar al Olvido —del que la saco yo ahora al verla pasar flotando—, donde caeré yo también un día. Los hipogrifos danzan, antes del alba, en las regiones aéreas superiores; mucho antes de que los primeros destellos del sol bañen la yerba de nuestros campos, brillan ellos con una luz que aún no ha llegado al Mundo, y mientras el amanecer asciende por los montes abruptos, y perciben las estrellas que van declinando hacia tierra, hasta que el sol roza las copas de los árboles más altos; y los hipogrifos se posan en tierra con ruido de plumas, y pliegan las alas, y galopan y se alejan brincando hasta que topan con alguna de esas

ciudades prósperas y ricas y destacables; entonces saltan al aire, se elevan y se pierden de vista, y huyen perseguidos por el humo espantoso de esa ciudad, hasta llegar nuevamente al aire puro y azul.

El que anunciaba la vieja profecía que llegaría a la Ciudad de Nunca Jamás se acercó con su dogal mágico, una noche, a la orilla del lago donde los hipogrifos bajaban al alba, porque allí el césped era suave y podían hacer largas galopadas sin tropezar con ninguna ciudad, y esperó allí, oculto, cerca de las huellas de sus pezuñas. Y palidecieron las estrellas y se desdibujaron; pero aún no había aparecido ningún otro signo del amanecer, cuando surgieron a lo lejos, de las profundidades de la noche, dos minúsculas manchitas color azafrán, luego fueron cuatro, y cinco: eran hipogrifos danzando y girando alrededor del sol. A ellos se unió otra bandada, y su número se elevó a doce; y danzaban, centelleando sus colores al sol, descendiendo lentamente en curvas inmensas; los árboles, en el suelo, recortaban contra el cielo, negras como el azabache, cada una de sus ramas delicadas; una estrella desapareció de un enjambre, luego otra; y llegó el amanecer como una música, como una nueva canción. Salieron disparados unos patos, en dirección al lago, de los trigales todavía sumidos en la oscuridad; sonaron voces lejanas; comenzó a asomar un color en la superficie del agua. Mientras, los hipogrifos seguían girando exultantes en la luz, deleitándose en el cielo. Pero cuando se agitaron las palomas en las ramas, y alzó el vuelo el primer pajarillo, y se atrevieron a salir las pequeñas fojas, bajaron de pronto los hipogrifos, con tronar de plumas; y al llegar a tierra de sus celestes alturas, bañados por la primera claridad matinal, el hombre cuyo destino era desde antiguo llegar a la Ciudad de Nunca Jamás saltó de repente y cazó al último con el mágico dogal. Se zambulló, pero no pudo zafarse, porque los hipogrifos son de raza no capturada, y la magia tiene poder sobre la magia; así, pues, montó el hombre sobre él, y se elevó de nuevo a las alturas de las que había descendido como regresa a sus parajes un animal herido. Pero cuando llegaron arriba, este jinete venturoso vio a su izquierda, inmensa y hermosa, la predestinada Ciudad de Nunca Jamás; y contempló las torres de Lel y de Lek, Neerib y Akathooma, y las paredes del monte Toldenarba centelleando en el crepúsculo como una estatua de alabastro del Anochecer. Hacia allá torció el dogal, hacia Toldenarba y los Pozos Inferiores; las alas del hipogrifo rugían cada vez que el dogal las doblaba. ¡Quién es capaz de hablar de los Pozos Inferiores! Su misterio es secreto. Sostienen algunos que son los manantiales de la noche, y que de ellos mana la oscuridad que llega al mundo al anochecer, en tanto otros insinúan que el conocimiento de éstos podría arruinar nuestra civilización.

Allí le observaron sin pestañear, desde los Pozos Inferiores, los ojos cuya misión era ésa; de más abajo y más adentro, los murciélagos que habitan esas regiones alzaron el vuelo al percibir la sorpresa en los ojos; los centinelas, en lo alto de los baluartes, advirtieron aquel fluir de murciélagos y alzaron sus lanzas dispuestos a la guerra. Sin embargo, cuando vieron que no venía hacia ellos la guerra por la que vigilaban, volvieron a bajarlas y le dejaron entrar; y cruzó con un ruido de alas la

entrada que daba acceso a la tierra. Y así, como estaba escrito, llegó a la Ciudad de Nunca Jamás, en lo alto de Toldenarba, y vio el crepúsculo sobre aquellos pináculos que no conocen otra luz. Todas las cúpulas eran de cobre, pero las agujas que descollaban por encima de ellas eran de oro. Había pequeños peldaños de ónice que iban en una y otra dirección. Sus calles, empedradas con ágatas, eran todo esplendor. En las casas, los moradores miraban a través de pequeños rectángulos de cristal de cuarzo rosa. Contemplado desde aquí, el Mundo exterior les parecía feliz. Aunque vestida siempre esta ciudad con un mismo ropaje, de crepúsculo, su belleza sin embargo igualaba a tan excelsa maravilla: ciudad y crepúsculo no tenían par, salvo el uno para el otro. Sus bastiones, construidos con una piedra desconocida en el Mundo que pisamos, extraída de no sabemos dónde, pero que los gnomos llaman *abyx*, devolvían de tal modo al crepúsculo sus esplendores, color por color, que nadie sabe dónde se hallaban sus límites, y cuáles son los del crepúsculo eterno, y cuáles los de la Ciudad de Nunca Jamás: son hermanos gemelos, los hijos más hermosos que el Prodigio haya engendrado. El Tiempo había estado allí, aunque no para llevar la destrucción: rozó una de las hermosas cúpulas verde pálido de cubierta de cobre; el resto lo había dejado intacto, él, el destructor de ciudades, no sé a cambio de qué soborno. Sin embargo, se lloraba a menudo en Nunca Jamás, por el cambio y la muerte y las catástrofes luctuosas de otros mundos, y se construían templos, a veces, a estrellas destruidas que caían de la Via Láctea envueltas en llamas, tributándoles culto, aun después de haberlas olvidado nosotros hace mucho. Tienen otros templos… ¡dedicados quién sabe a qué divinidades!

Y el que era el único hombre destinado a llegar a la Ciudad de Nunca Jamás se sintió muy feliz de verla, cabalgando al trote por la calle de ágata, su hipogrifo con las alas replegadas, observando a uno y otro lado maravilla tras maravilla que la misma China ignora. Luego, al acercarse a la muralla del otro extremo, donde ningún habitante transitaba, y mirar en una dirección a la que no daban fachada las casas de rosadas ventanas, descubrió de repente, en la remota lejanía, una ciudad más grande aún que empequeñecía las montañas. No sabía si aquella ciudad se levantaba sobre el crepúsculo o desde los litorales de otro mundo. Viendo que dominaba la Ciudad de Nunca Jamás, quiso llegar a ella; pero ante esta inmensa morada de colosos desconocidos el hipogrifo se encabritó frenéticamente, y ni el mágico dogal ni ninguna otra cosa pudieron hacer que el monstruo cabalgase en su dirección. Por último, el jinete dio la vuelta en aquel extremo solitario de la Ciudad de Nunca Jamás por el que nadie transitaba, y se dirigió lentamente hacia la tierra. Ahora sabía por qué todas las ventanas miraban hacia aquí: los habitantes del crepúsculo contemplaban el Mundo, no lo que era superior a ellos. Luego el hombre se arrojó, a lomos de su monstruo alado, desde el último peldaño de la escalera que descendía hacia la tierra, desde el eclipsado esplendor de la dorada Ciudad de Nunca Jamás y el perpetuo crepúsculo, cruzando como el plomo los Pozos Inferiores, precipitándose frente a la cara reluciente de Toldenarba, hacia abajo: el viento, que en este momento

dormía, se levantó de un salto, como un perro, ante tal embestida, profirió un grito y los pasó corriendo.

Abajo, en el Mundo, era madrugada; la noche se alejaba arrastrando su manto tras ella, revolviendo blancas neblinas a su paso; el orbe era gris, aunque brillaba. En las ventanas parpadeaban sorprendentemente luces; las vacas salían de las casas a los prados borrosos y mojados: incluso a esta hora volvieron a tocar la yerba las pezuñas del hipogrifo. Y en el instante en que el hombre descabalgó y le quitó su mágico dogal, el hipogrifo se alejó volando con ruidosos aletazos, y regresó a algún lugar donde su pueblo danzaba.

Y el que coronó el reluciente Toldenarba, y fue único en visitar la Ciudad de Nunca Jamás, goza de fama y renombre entre las naciones; pero él y la gente de esa ciudad del crepúsculo saben dos cosas de las que nadie tiene la más leve sospecha: ellos, que hay una ciudad más hermosa que la suya; él…, que hay una proeza que no ha realizado.

Walter de la Mare

DE PROFUNDIS

(Out of the Deep, 1923)

A la proverbial perspicacia de Lovecraft no se le podía escapar un escritor tan singular e individualista como el británico Walter de la Mare, básico en el desenvolvimiento del moderno cuento de miedo, el cual «alcanza con él su perfección —en palabras de Louis Vax— del mismo modo que la tragedia lo hace con Racine». Descendiente de hugonotes como Maturin, De la Mare nació en Kent en 1873. A los dieciocho años entró a trabajar en las oficinas de una compañía petrolífera, donde permaneció durante veinte años, al cabo de los cuales se dedicó de lleno a escribir hasta su muerte acaecida en 1956. Conocido sobre todo por su abundante y exquisita obra poética y sus celebrados cuentos para niños, De la Mare practicó también el ensayo, publicó personalísimas y originales antologías («Come Hithen» o «Behold, this Dreamer!»), escribió varias novelas más o menos fantásticas («The Return» o «Memoirs of a Midget») y revolucionó el cuento de miedo en una serie de volúmenes cuya última entrega publicó con ochenta años cumplidos.

Heredero de la tradicional poética de Coleridge y Poe, pero también del «nonsense» de Lewis Carroll o Edward Lear, De la Mare posee una rara habilidad para evocar en sus páginas una sutil atmósfera de misterio que logra hacer palpable el lado oculto de las cosas más triviales, mediante sugestivas imágenes que las transfiguran mágicamente. Sus relatos fantásticos rompen con todas las convenciones del género y desdeñan los motivos y personajes tradicionales. En ellos no hay ni suspense ni clímax; sólo indicios de una visión «distinta» del entorno cotidiano, cuyo verdadero sentido el autor nos deja en libertad de imaginar. Como afirma Vax, De la Mare «es el poeta del misterio en estado puro: nadie sabe, nadie sabrá, nadie puede saber lo que hay en el fondo». El elemento terrorífico nunca es dominante en sus cuentos, aunque, como bien señala H.P.L., «se encuentra entre esos contados autores para quienes la irrealidad tiene una presencia palpitante, y como tal, es capaz de imprimir a sus ocasionales estudios del miedo una enorme fuerza, como sólo un maestro puede lograr».

Entre todos sus libros de relatos, el más valioso en lo referente al tema que nos ocupa es «The Riddle & Other Stories», donde figura «La tía de Seaton», tal vez el más conocido de todos sus cuentos de miedo, junto al aquí seleccionado, que en nada le desmerece, «De Profundis», para el mencionado Vax «el más original y emocionante de su autor». Como la mayoría de ellos, se trata de un relato en el que siempre está a punto de ocurrir algo pero en realidad nada llega a concretarse, lo único tangible es ese peculiar «toque» de terror metafísico que desciende hasta las

raíces mismas del ser y que ningún otro escritor inglés ha podido jamás igualar.

DE PROFUNDIS[26]

LA acerada luz del amanecer, aumentando en volumen e intensidad a medida que el oriente se ampliaba con el día, mostró por fin con claridad que el enorme aunque elegante lecho árabe se hallaba vacío. Lo que podría haber acunado con ternura el dormir de alguna exquisita hada novelesca carecía de humano ocupante. La inmensa habitación —su atmósfera tan seca y tenue como si hubiera ardido— disfrutaba de la paz de los sepulcros.

A la derecha de la cama se alzaba un voluminoso armario profusamente tallado. A la izquierda, una majestuosa chimenea de piedra flanqueada por sus morillos representando perros de congelada sonrisa. Unos cuantos oscuros óleos de gran tamaño colgaban de las paredes. Y, como las colgaduras de un escenario, a ambos lados de los dos ventanales las cortinas con flecos y guardamalletas derramaban su inmóvil catarata carmesí.

Habían permanecido descorridas toda la noche, y sin embargo daban a la escena una ligera teatralidad, una teatralidad que las pintadas ninfas que se divertían en el techo no puede decirse que ayudaran a disipar.

Y no es que aquellos remilgados, aunque insinuantes rostros, sugiriesen vestigio alguno de pesar por la ausencia del joven que por espacio de unas semanas había compartido con ellos las largas noches. Sencillamente, seguían sonriendo. Porque, después de todo, la inquieta cabeza de Jimmie, en reposo sobre la almohada, no había estado nunca en armonía con su pomposo entorno inanimado: ni la nariz delgada y prominente, como el espolón de un pequeño barco, entre los párpados cerrados y las mejillas estrechas, ni la frente de pájaro, ni la concha de la oreja ligeramente en punta. En el caso de que, inspiradas por la distante música de las esferas, las pintadas criaturas hubieran prorrumpido en cánticos al despuntar de aquel nuevo día, no habrían utilizado ciertamente la melodía de «¿Dónde, ah, dónde se ha marchado mi perrito?». Y aún era más remota la posibilidad de que la voz de Jimmie se incorporase desde lejos a los acordes.

Y, sin embargo, a juzgar por las apariencias, la lengua que encerraba aquella boca podía haber sido la de un conversador extraordinariamente animado, si bien, dejando a un lado a la señora Thripps, sus charlas de aquellos últimos días las había celebrado en su mayor parte consigo mismo.

Efectivamente, como uno de sus amigos había señalado: «No lo creas. Jimmie tiene muchísimas cosas que decir, aunque no las diga. Eso es lo que hace de él un perdedor fuera de serie». De todos modos, si Jimmie *hubiera* tenido la costumbre de conversar consigo mismo, se habría encontrado a veces en extraña compañía.

Noche tras noche había permanecido allí, tumbado boca arriba y con las manos cruzadas sobre el pecho, postura que nunca dejaba de divertirle. Una suave

prominencia en la lujosa colcha de color oscuro indicaba a sus ojos atentos la situación de los dedos de los pies. Las horas habían sido pesadas, interminables, pero, después de todo, sólo hay aproximadamente unas doce de completa oscuridad en la más tediosa de las noches, y a la larga los maitines tintinean. Con excepción de la última —una noche que ya, al parecer, había terminado para siempre—, Jimmie había ocupado aquella cama majestuosa por espacio de unas seis semanas, aunque ni una sola vez podría haber confesado que se sentía de verdad a gusto en ella.

No la había elegido por ningún impulso o capricho particular ni menos aún, desde luego, porque dominase la habitación en la que su tío Timothy en persona había dormido nada menos que cuarenta años seguidos, para acabar muriendo en ella. La había elegido porque, con las venecianas levantadas hasta esconderse bajo la decorada cornisa, tenía toda la luz que era capaz de darle el cielo de Londres en abril, y porque…, bueno; porque una simple mirada desde el estrecho umbral en el piso alto le había convencido de que el ático en el que acostumbraba a dormir de pequeño quedaba irremediablemente descartado. Una densa y oscura oleada de rabia le recorrió al verlo: nunca se había percatado con tanta claridad de las abominaciones de aquel pasado remoto. Para un niño abandonado y perdido cualquier refugio es, por supuesto, un regalo del cielo, pero incluso aunque la tía Charlotte, viuda de su tío Timothy, le hubiera dejado (o más bien abandonado) aquel enorme y suntuoso caserón, era imposible describir a Jimmie —ni en sus momentos más disolutos— como una persona sin hogar.

Más bien sin amigos, pero eso por propia elección deliberada. No mucho tiempo antes, efectivamente, había prescindido de todo ser vivo, varón o mujer, al que pudiera aplicarse, con un poco de elasticidad, el término «amigo». Una pequeña cuestión oficial, por decirlo cortésmente, había facilitado su desaparición. Y acto seguido, aquella residencia vacía. De hecho, durante los dos o tres últimos años, le hubiera bastado con pedir la casa (ocupada únicamente por una antigua criada al servicio de los abogados de su tía) para conseguirla; pero retrasó sistemáticamente la toma de posesión hasta que no le quedó prácticamente otra posibilidad.

Las circunstancias hacen que hasta un joven se acostumbre a muchos inconvenientes, pero, de todas formas, habría sido demasiado quijotesco dormir en la calle, incluso aunque la casa de su tío Timothy, en cuanto «propiedad», resultase tan útil como un antipático elefante blanco. No podía venderla, es decir, no podía hacerlo *en masse*. Y también era más que dudoso que estuviera legalmente autorizado a desprenderse de los objetos que contenía.

Pero, dejando aparte la total aversión que le inspiraban los objetos valiosos de su tío Timothy, no era posible comerse las antigüedades, aunque sí subsistir de ellas. Quizá sir Richard Grenville —un héroe por quien Jimmie sentía todo el respeto imaginable— estuviera acostumbrado a comerse las copas de vino después de ingerir su contenido, pero eso sólo debía sucederle cuando se dejaba arrastrar por sus impulsos y no en obediencia al instinto de conservación. Jimmie hubiera preferido sin

duda poner en equilibrio una silla sobre el pie de la cama árabe de su tío y lanzar saludos a los sonrientes labios de las pintadas ninfas del techo, aunque incluso ese experimento le habría dejado un sabor a tierra en la boca. En cualquier caso, disponer de algo proporciona todas las ventajas, excepto el derecho mismo, y la necesidad es enemiga mortal del convencionalismo. Jimmie ignoraba tener ni el más mínimo escrúpulo en ese sentido.

Sus escrúpulos, en realidad, se orientaban en otra dirección. Tan sólo unos días antes —el día anterior, de hecho, a su primera debilidad en la extraña experiencia de tirar de la campanilla— se había lanzado a la calle con la bolsa de cuero negro de su tía Charlotte notablemente abultada por la presencia en su interior de una pareja de candelabros de Bow, un misal iluminado, mudamente exquisito, con sus azules y dorados y carmesíes, y un diminuto joyero antiguo con baño de plata. Jimmie era un joven de aversiones absurdamente impulsivas, y el comerciante a quien presentó aquel nuevo cargamento de despojos era el objeto de una de ellas.

Después de un rápido examen despreciativo, el caballero extendió las manos, se encogió de hombros y propuso una suma que habría hecho removerse en la tumba incluso a expertos más flemáticos que el tío Timothy.

Y Jimmie replicó, malpronunciando las erres con todo cuidado:

—Eso es imposible, señor Fulano de Tal. Sin duda esos objetos tienen un valor artificial, pero no para mí. Debo pedirle como favor especial que me dé sólo la mitad de la suma que acaba de mencionar tan amablemente. Antes que aceptar su cifra, ¿sabe usted?, haría…, bueno, quizá resultara poco correcto decirle lo que preferiría hacer. *Dies irae, dies illa*, y todo lo demás.

El comerciante se sonrojó, aunque al parecer no tuvo inconveniente en aceptar el trato que se le ofrecía. No era una persona a quien un buen cliente pudiera insultar con facilidad. Y las depredaciones de Jimmie eran metódicas. Con toda la delicadeza de un experto seleccionaba entre los excepcionales y costosos objetos de la casa lo que era ligero y fácil de transportar y cuya ausencia no resultaba llamativa. Las disponibilidades, se daba cuenta —aunque sin ningún perceptible entusiasmo—, podían fácilmente durarle hasta el final de su vida.

No sería así, ciertamente. Después de haber decidido aceptar la hospitalidad póstuma de su tío Timothy, no era previsible que la verdadera dificultad fuesen sus escrúpulos de conciencia. Eran sencillamente los esfuerzos para acostumbrarse a la casa —la odiada casa— lo que resultaba cada vez más y más arduo y desmentía su esperanza de que, como otras experiencias, aquélla probaría únicamente ser la más gustosa, precisamente por su peligrosidad. Días y momentos volando velozmente…, tan sólo su vieja y curiosa asistenta, la señora Thripps, él y el pasado.

Después de detenerse durante un rato en el melancólico y polvoriento portal, Jimmie tomó posesión de su herencia la última tarde de marzo. El viento había amainado; empezaba a caer el día; una fría luz cristalina llenaba la escalera. Sin otro impulso que la fuerza de una costumbre olvidada, subió de inmediato al ático donde

dormía de niño.

Deteniéndose en el umbral, Jimmie contempló el interior, no tan consciente de los pocos muebles familiares —la cama baja con ruedas, la gastada tira de alfombra de Bruselas, la jofaina y el aguamanil desportillados y con franjas azules, los textos iluminados que colgaban enmarcados de las paredes— como de todo un enjambre de detestables recuerdos.

Aquel armario tan alto del rincón, del que solían brotar ciertas formas incorpóreas e inclinarse sobre él, aterrorizándole mientras dormía; el papel de la pared con dibujos de cangrejos que cobraban vida al mirarlos; la frialdad de la ventana con sus amenazadoras estrellas; los agujeros de los ratones; la oxidada parrilla de la chimenea (trompeta de todos los vientos que soplan en el cielo): todos aquellos objetos empezaron en seguida a gritarle con fuerza en sus propias lenguas.

Al margen de sí mismo, le recordaron incidentes y experiencias que en su momento difícilmente pudieron ser tan repugnantes como le parecían ahora retrospectivamente. Jimmie se descubrió dominado por el resentimiento incluso ante lo que debieron de ser buenas intenciones. Se acordó de cómo su tía Charlotte solía leerle, y también recordó sus mejillas hinchadas, sus manos regordetas cargadas de anillos y los globos en movimiento de sus ojos que aparecían por debajo de las gafas.

No era exactamente que Jimmie acusara al pasado. Ni siquiera cuando llevaba sus primeros pantalones fue nunca lo que suele llamarse un chiquillo encantador. Nunca se había mostrado sumiso y reverente ante ninguno de sus superiores (por lo menos en su ausencia). Sin embargo, lo que se agitó en su pecho mientras contemplaba aquel escenario desechado no fue en ningún caso remordimiento.

Recordaba cuán cuidadosamente y con qué extraños ruidos respiratorios su tío Timothy sacaba el microscopio del estuche de madera; y cómo, después de la necesaria manipulación del instrumento, se le invitaba a subir a un taburete y fijar sus deslumbrados ojos en los portaobjetos llenos de lentos o velocísimos horrores, parte de la «vida» microscópica ampliada. Y cómo, después de una larga parrafada de incomprensibles explicaciones con voz cansina y frecuentes carraspeos, su tío hacía ondear de repente un enorme pañuelo de seda como señal de que los niños nerviosos a quienes se les traba la lengua no eran más que miserables reptiles lentos o veloces, y que su sobrino pertenecía a la más deplorable categoría de niñitos de corta edad.

Jimmie recordaba también que en una ocasión le había preguntado al anciano caballero, de piel fláccida y tan curvado como un arco, mientras estaba sentado en su sillón, si podía hacer girar él mismo la rueda del microscopio; y su tío Timothy le había replicado, alzando sonoramente la voz y casi como si estuviera pronunciando un discurso, «Hummm…, debo decir que ¡No! a esa pregunta, muchacho». El tío Timothy decía ¡No! a la mayoría de las cosas, y siempre de aquella manera, si es que se dignaba contestar de palabra.

Y además estaba la iglesia los domingos; y su aro los días de diario en una calle cercana; y los días en que, sin nada que hacer, el pequeño Jimmie se sentaba a ver la

fría lluvia plateada que caía del otro lado de la ventana, mientras el cuerpo que ocupaba su espíritu se iba congelando lentamente hasta convertirse en un budín de sebo rancio. También las mañanas, cuando su tía Charlotte le hablaba con voz nasal sobre cristianismo; o cuando se le permitía ayudar a su tío y a una doncella alta y muy asustada a limpiar el polvo y volver a ordenar el contenido de una vitrina o una cómoda. El olor del aire, el trapo del polvo con su dibujo a cuadros, los odiosos *objets d'art* y el provecto anciano resoplando y con el aspecto de un Sileno jubilado junto a la pulcra y asustada doncella; resultaba curioso que, si bien la muerte le había hecho señas ya con su siniestra sonrisa, el tío Timothy aún siguiera allí, tan vivo como siempre.

Y cuando, entre todas aquellas reflexiones, los ojos de Jimmie se detuvieron por fin en el deshilachado cordón que colgaba del techo sobre la cama de ruedas fue porque ya había explorado todo lo que en aquellos años significó el apellido Soames. Soames el mayordomo: un individuo pomposo vestido de negro y de tripa prominente que podría haber sido el primo carnal venido a menos de su tío Timothy o su hermanastro ilegítimo: Soames; Soames.

Soames retorcía con frecuencia las prominentes orejas de Jimmie. Soames le denunciaba sistemáticamente y, con una expresión de compasivo refocilo en su rostro de facciones caídas, se encontraba invariablemente presente en el ulterior castigo. Soames solía llenarle el plato con trozos de grasa que ni siquiera el destino había previsto nunca que se asociaran con pierna alguna de cordero ni solomillo de buey: *pepitas* de grasa de aspecto gelatinoso que se enfriaban rápidamente. Y Soames siempre le traía arroz con leche frío cuando había bollos calientes de jengibre.

Jimmie recordaba los surcos que descendían desde los lados de su larga y pálida nariz. Sus impecables patillas, reflejadas en el espejo del aparador mientras trinchaba el asado dominical enfundado en su frac.

¡Pero aquel cordón verde de la campanilla! El primer vislumbre le había despertado *docenas* de peculiares y agitados recuerdos. En primer lugar, y quizá no demasiado peculiar, le recordaba una ocasión en la que, mientras se hallaba delante del escabel de su tía para darle las buenas noches, las pupilas llenas de resentimiento habían descendido visiblemente desde detrás de los párpados, al salir de una cabezada, para adquirir fijeza de nuevo y mirarle por fin como si ni él ni ella, ni en éste ni en ningún otro mundo, se hubieran siquiera visto una sola vez. Quizá el rostro de Jimmie, aunque no muy hinchado, tenía aquella noche una apariencia desacostumbradamente cérea y pálida, con las pronunciadas ojeras que incluso en la actualidad añadían viveza y brillo a sus ojos extraordinariamente claros. Y su tía Charlotte le había preguntado por qué era un muchacho tan cobarde y le asustaba tan terriblemente la oscuridad.

—Sabes perfectamente que tu querido tío no consiente que se instale gas en el ático, de manera que no sirve de nada pedirlo. Confío en que no tengas ningún peso sobre tu conciencia. ¿Acaso has estado hablando con los criados?

Mentiroso consumado, Jimmie negó con la cabeza. Y en respuesta su tía Charlotte también movió la cabeza en su dirección.

—No te va a servir de nada que me mires con esa expresión rebelde y malhumorada. Ya te he dicho muchas veces que si de verdad necesitas algo, toques la campanilla para llamar a Soames. Un niño bueno al que no le remuerde la conciencia *sabe* que Dios cuida de él. Confío en que te estés esforzando por ser un niño bueno. Hasta la indulgencia de tu tío tiene límites.

A decir verdad, era una pena, se dijo con una sonrisa, que su tía Charlotte no pudiera ver el dormitorio de su tío Timothy en la primera celebración del regreso del sobrino pródigo. La primera iniciativa de Jimmie había consistido en recorrer la casa desde el ático al sótano (donde se detuvo a descansar) en busca de velas. Y aquella noche algo así como seis docenas de la «mejor cera» cuidaron de sus pesados y tensos sueños en el lecho árabe. La tía Charlotte, bastante más acostumbrada ya a la oscuridad que el mismo Jimmie, habría abierto mucho los ojos ante *aquello*.

Los jugadores son gente supersticiosa por naturaleza, pensaba Jimmie; pero aquél era el rasgo más extraño de todo el asunto. No se había planteado ni la más mínima aprensión o conjetura. Más que cualquier tipo de presentimiento había sido un rasgo de humor subido de tono lo que había encendido aquellas auténticas constelaciones de velas, como si se tratara del funeral de cuerpo presente de un príncipe o de un cardenal principesco.

Y le había llevado además muchísimo tiempo. El oporto de su tío Timothy no había perdido nada de su fuerza durante el largo período de maduración, y la mano que sostenía la vela temblaba bastante. Sin embargo, también había resultado ser una ceremonia divertida. Casi infantil. Hacía años que Jimmie no se reía tanto. Es cierto que hasta entonces no había tenido conciencia ni del más mínimo o insignificante indicio de nada extraño —aparte de los viejos recuerdos— en la casa. Y sin embargo…, a decir verdad incluso el primer absurdo e impulsivo experimento que siguió logró conmocionarle.

Su resultado habría sido menos inesperado si Jimmie no hubiera insistido (convirtiéndolo casi en un deber) en hacer de continuo la ronda de la horriblemente vieja y vacía mansión londinense. En los últimos tiempos apenas pasaba un día —y, además, no tenía nada mejor que hacer— que no lo encontrara ocupado en sus rondas. Jimmie no esperaba nada (excepto, quizá, la hora en la que ya no tendría que esperar más). Sin embargo, fiel como el centinela de las viejas murallas de Elsinor, se hallaba día tras día pasando de manera casi gatuna de habitación en habitación, inspeccionando su paradójica herencia, preparando una lista cuidadosamente ordenada de los próximos «sacrificios», haciendo muecas a las divinidades Ming y saludando con un palmo de narices a los retratos colgados de las paredes.

A veces, intercambiaba unas pocas palabras —animadas, incluso— con la señora Thripps, y quizá si hubiera podido convencerse de hablar «razonablemente» y sin gesticular, de no reír tan fácilmente hasta acabar en ataques de tos, la buena mujer

habría resultado mejor compañía. Porque la señora Thripps era asombrosamente sincera y puntual y silenciosa; y Jimmie no era capaz de explicarse por qué una mujer con tan excelentes cualidades tenía que lucir de ordinario aquel destello de pánico en sus inmóviles ojos descoloridos y mostrarse tan estúpidamente tímida y nerviosa en su compañía.

En cualquier caso se le pagaba un sueldo nada despreciable; y, como es lógico, Jimmie no era consciente de tener ninguna arraigada convicción en contra de que otras personas robaran; por lo menos, si conseguían hacerlo con tanta habilidad como él. Pero, al parecer, la señora Thripps nunca había sido capaz de aprovecharse de ninguna situación. Era sencillamente una criatura «maternal» con toca de crespón, sin demasiada inteligencia ni mucha rapidez para entender las cosas. Fue, precisamente, su terror cuando le preguntó si por casualidad había advertido la presencia de un joven por la casa lo que le irritó, aunque, por supuesto, difícilmente podía considerarse razonable no explicar el motivo de la pregunta. Porque se trataba de algo perfectamente simple. Todo había sucedido de la siguiente manera…

Durante años —siglos, en realidad— Jimmie había dormido, excepto en determinadas situaciones poco corrientes, extraordinariamente mal. Todavía le disgustaba profundamente dormir a oscuras. Pero una multitud de velas en distintos grados de consunción proporciona una compañía bastante animada cuando uno está sufriendo los efectos de la bodega de su tío Timothy. E incluso los vinos de mejor calidad pueden ser somníferos poco eficaces. Y, además, Jimmie tenía la molesta costumbre de dar muchas vueltas a las cosas.

Incluso de pequeño había pensado mucho sobre su tío y su tía, sobre Soames, la casa, el reverendo Grayson, fantasmas, maestros, ninfas pintadas, escapadas al mar, objetos curiosos, silencio total y los primeros años de su infancia. Y aunque desde entonces otros enigmas habían llamado su atención, esa automática y agotadora actividad de la mente aún persistía.

En algunos aspectos y en secreto Jimmie había sido más bien un niñito santurrón, aunque su piedad fuera más fruto del miedo que del amor. ¿No le habían expulsado de Mellish casi únicamente por esa razón? ¿Para qué demonios azotar repetidamente a un niño cuando el verdugo sabe sin lugar a dudas que el reo ha mentido únicamente por el terror que le inspira su voz rugiente y su horrible cara blanca?

Pero eso era lo que pasaba; si hubiera tenido a alguien con quien hablar no hubiera conversado tanto consigo mismo. No se habría pasado las noches pensando, como una rata pillada en una trampa. Pensar era como una fuente. Una vez que funciona a cierta presión resulta casi imposible cerrarla. Y, ¡ya lo creo que sí!, ¡qué cosas tan extrañas aparecen junto con el agua!

En aquella noche particular a la que me estoy refiriendo, a pesar de las velas y de los ratones y de la luna, Jimmie estaba muy necesitado de compañía. En un momento de humor anhelante aunque cansado, se había limitado a seguir el consejo de su tía Charlotte. Es cierto que la suntuosa cinta plisada de seda carmesí que colgaba como

una serpiente con una gruesa borla a manera de cráneo por encima de la almohada de su tío Timothy era un instrumento mucho más formidable que el metro o dos metros de cordón verde deshilachado en el ático. Su finalidad, sin embargo, era la misma. Su tío tenía que haber alzado muchas veces en aquella dirección una mano grande y rugosa cuando tuviera necesidad de los servicios nocturnos de Soames. Pero, desgraciadamente, hacía ya tiempo que amo y criado habían pasado a mejor vida. No es posible, al parecer, tirar de la campanilla dentro del propio ataúd.

Pero Jimmie no se encontraba aún en esa situación, y tan pronto como sus dedos abandonaron la suave cinta de la campanilla, el problema, en abstracto, por así decirlo, empezó a fascinarle. Con las manos —tan frías como una piel de rana— cruzadas sobre un hermoso pijama de color morado oscuro con bordados, estuvo contemplando la borla carmesí hasta que vio proyectarse hacia él en rápido parpadeo los escondidos colmillos.

El esfuerzo exigió sin duda cierta dosis de valor. Tal vez hizo falta incluso una brizna de inspiración. No se trataba en absoluto de un desafío. De hecho, Jimmie preferiría seguir solo antes que llamar al azar…, a *cualquier* reliquia (en otro tiempo animada) del pasado remoto. Pero, evidentemente, la manera más práctica de probar —aunque sólo fuera a sí mismo— que podía estar satisfecho de sus reconocimientos de la casa en la quietud de la noche era demostrarse que, aunque se solicitase ayuda, nadie acudía a prestarla.

Hasta tal punto se había dejado llevar por la imaginación. Ante el prolongado, vibrante, apagado y distante tintineo, Jimmie se recostó sobre la almohada con una absurda risita, como la de un niño desobediente haciendo una trastada. Pero la seriedad se impuso inmediatamente. Las personas que duermen mal deben procurar serenarse. Manipular indebidamente el espacio vacío, remover ecos en abismos de oscuridad tan negros como el alquitrán resulta muy poco sedante. Y luego, mientras Jimmie se esforzaba con extraordinario fervor por no escuchar y por concentrar toda su mente en el ropero y apartar los ojos de la puerta, esta última debió de abrirse suavemente.

Debió de abrirse y volverse a cerrar en completo silencio, porque un joven de aspecto más o menos normal, en apariencia de la misma edad que Jimmie, se encontraba en la habitación. Casi podría decirse que se había filtrado en el dormitorio, aunque es cierto que los criados competentes están acostumbrados a trasladar su cuerpo y extremidades con elogiable discreción. También estaba presente en la actitud de aquel joven esa ligera y familiar inclinación de quien se disculpa, mientras permanecía allí, solitario, con su traje negro, en aquel terrorífico resplandor de luz de velas. Y durante todo un minuto el ocupante del lecho árabe dejó por completo de pensar.

Cuando una persona pega la cara, por así decirlo, contra la cristalina ventana de los ojos, su mente se vuelve propensa a convertirse en un vacío perfecto. Y el primer rápido e instintivo «¿Quién demonios…?» de Jimmie nunca llegó a oírse.

En el curso de los siguientes días Jimmie se familiarizaría (al menos de memoria) con el aspecto de aquel nuevo mayordomo o ayuda de cámara todavía joven. Pero las primeras impresiones son de ordinario las más intensas. Los ojos de color gris azulado oscuro, la nariz prominente, la sonrisa apenas perceptible, la ligera inclinación de los hombros…, no cabía duda. Había allí presente un regusto, una chispa de semejanza consigo mismo. Aunque él nunca hubiera podido hacer tan buen papel ni presentar una figura tan respetuosa y respetable. ¡Y la sonrisa! Aquel individuo parecía estar meditando sobre un millar de ambiguos secretos largo tiempo enterrados, secretos tales que uno debe sacar a la luz con cierta cautela incluso para compartirlos consigo mismo.

Jimmie giró la cabeza sobre la almohada y, a través de un aire tan visiblemente transparente como una lámina de cristal, contempló detenidamente al extraño personaje convocado por el repique de la campanilla; y, en respuesta, el examinado ni siquiera movió los fríos ojos relucientes. El silencio que persistía entre los dos acabó por tener un extraño efecto sobre Jimmie. La servidumbre, por regla general, no debe tener una personalidad tan marcada. Sin duda, su discreción no debe subrayar su inmanencia. Fue Jimmie quien primero apartó los ojos, tan sólo para encontrarlos una vez más fijos en los de su visitante como por obra de un hechizo.

Sin embargo, no había nada ofensivo en el semblante o actitud de aquel joven. No parecía estar siquiera respondiendo a los pensamientos del usuario de la campanilla, sino que daba la impresión de limitarse a aguardar órdenes. Sin embargo, el corazón de Jimmie empezó de inmediato a latir de nuevo precipitadamente bajo sus manos heladas. Y, finalmente, le dio una respuesta perfectamente estúpida.

Después de agitar la cabeza sobre la almohada, se volvió bruscamente de espaldas.

—Era sólo para decirle que no necesitaré nada más esta noche —dijo.

¡Cielo santo! ¡Qué frase tan necia! Jimmie deseaba, ansiaba docenas y docenas de cosas. En comparación con la suya, la codicia de Aladino era semejante a la de un pobre bobo. Tiempo, y el pasado, por ejemplo, y la capacidad para respirar de nuevo con tanta facilidad como si fuese algo natural, tan natural como el proceso de la digestión. Sin ir más lejos, en el caso de que alguien deseara tan sólo un poco de camaradería inocente, una o dos de las ninfas del techo serían unas acompañantes bastante más entretenidas que la señora Thripps. Es decir, si —además de suspirar acompañándose con sus arpas y violas— se las hubiera podido convencer para que fregaran y barriesen. Jimmie no quería otro tipo de ayuda. Existe una belleza que no llega más abajo de la piel.

En conjunto, había distado mucho de ser una experiencia satisfactoria. Jimmie se sentía molesto. Lo afectado de su tono de voz aún resonaba en sus oídos, y sin duda había dado la impresión de que no estaba acostumbrado a criados varones, cordones de campanilla ni ambientes suntuosos. ¡Y el individuo aquel le había cogido la palabra al instante! Una leve pero solemne inclinación, bastante agradable y

escasamente servil, de la nada hostil cabeza…, y había desaparecido.

Y allí quedaba Jimmie, completamente exhausto, con un violento ataque de tos y totalmente incapaz de saber si el nuevo mayordomo era una criatura real o soñada. Bien, bien, bien: eso no tenía nada de nuevo. Tal era precisamente la manera en que las cosas le sorprenden a uno en los momentos de debilidad a altas horas de la noche. Sin embargo, la experiencia había tenido al parecer un efecto sedante. Jimmie durmió como un niño el resto de la noche.

La mañana lo encontró lleno de curiosidad. Se detuvo tan sólo el tiempo suficiente para asearse de manera extraordinariamente descuidada antes de iniciar su habitual vagabundeo por la casa. Los fríos y tranquilos reflejos de la luz diurna permiten desechar casi cualquier experiencia nocturna como un sueño si, de todas formas, la propia temperatura durante las horas nocturnas está de ordinario por encima de lo normal. Pero Jimmie no podía, o no quería, decidir de manera taxativa. El visitante había dejado una imagen tan clara en su memoria que incluso se descubrió (exactamente igual que un especialista auscultando a un enfermo en busca de los secretos estragos de la tisis)…, que incluso llegó a descubrirse golpeando a escondidas los muros del sótano…, ¡como si estuviera buscando una despensa oculta! Una manera de proceder muy estúpida si uno no desea llamar la atención de los vecinos.

Después de convencerse a la larga —de manera bastante confusa— de que cualquier suplente de Soames que pudiera compartir con él la casa de madrugada tenía que pertenecer a una especie migratoria, Jimmie empezó a experimentar con las campanillas. Subido a una silla de la cocina, con un cepillo para limpiar techos en la mano, se vio sorprendido por la señora Thripps, con sus silenciosas botas, mientras se dedicaba a golpear suavemente una a una las dieciocho campanillas de la larga hilera verdosa y torcida que colgaba con la boca abierta por encima del inmenso armario de la cocina.

La señora Thripps le sorprendió con las manos en la masa, y Jimmie, una vez más, ejercitó su acostumbrada y locuaz presencia de ánimo.

—Deberían estar colocadas formando escala, ¿no le parece, señora Thripps? Porque en ese caso podríamos tener «¡Hogar, dulce hogar!» y todo tipo de repiques complicados incluso los días de entre semana. Y si estuviéramos en peligro por cualquier posible fuego (cosa que a *usted* no le sucederá nunca), podríamos tocarlas a la inversa, ¿no es cierto, señora Thripps? Y no es que la calidad sea excepcional: no hay en *ellas* el menor tono o timbre de monasterio medieval. Además, están un poco mohosas y no es posible distinguirlas unas de otras. ¡Bien diferentes de la campana de St. Faith! Cualquiera reconocería ese viejo cencerro incluso amortajado ya, ¿verdad que sí, señora Thripps? ¿Se le ha ocurrido alguna vez que la verdadera intención del primer campanólogo no era tanto llamar a la feligresía como hacer aparecer…, bueno…, lo que la feligresía busca?

—Sí, señorito —asintió la señora Thripps, los empañados ojos grises fijos en el

joven situado en las alturas—. Pero da lo mismo cuál de ellas toque usted, porque contestaré a cualquiera…, por lo menos mientras esté en la casa. Me parece que se preocupa usted demasiado. Mi chico, por ejemplo, está en la marina…

Pero con un elegante ademán Jimmie hizo repicar con su cepillo de mango largo toda la hilera, de oriente a poniente.

—No lo haga —gritó—; no debe usted. ¡Una vez a bordo del lugre quedan libres! Son ustedes, *las madres…* —suavemente agitó su peculiar varita mágica en dirección a la anciana que parecía tan pequeña vista desde arriba—. No, señora Thripps; a quien yo busco es al que está aquí, *¡aquí!, couchant, perdu, en su guarida,* en estas mismas bóvedas subterráneas, mientras usted y yo permanecemos cómodamente acostados. ¡Un joven muy bien hablado! ¡Y *no* está en la marina, señora Thripps!

Antes de que la anciana señora tuviera ocasión de retomar alguno de aquellos seductores hilos de conversación, Jimmie la obsequió con su habitual esplendorosa sonrisa o mueca, y muy poco después abandonó la casa para comprar una gruesa o dos de velas.

Mientras empujaba amable y furtivamente medio soberano —no como propina, sino sencillamente de amigo a amigo— hacia el otro lado del mostrador, también sonrió de manera similar al viejo y reservado dependiente de la acreditada tienda de ultramarinos del West End.

—No; no creo que *pueda* usted acordarse de mí. Todos cambiamos y envejecemos. Compramos en otros sitios. Pero, de todas formas, le deseo un feliz año nuevo…, si es que el próximo llega alguna vez, ya sabe.

—Compréndalo usted, señor —arguyó el anciano del delantal tieso con el mismo tono confidencial—, lo más importante no son los cambios, que resultan, podríamos decir, inevitables. Es la corriente. Aquí, detrás del mostrador, somos como rocas en la corriente. Pero si bien de momento no soy capaz de ligar su cara con ningún recuerdo…, aunque noto que algo se agita dentro de mí, por así decirlo, lo haré sin duda en el futuro. Puede usted contar con ello. Y yo también le deseo un feliz año; y otros muchos más en lo sucesivo.

Por alguna razón, la vanidad de Jimmie se sintió halagada por aquel pequeño despliegue de sentimientos ceremoniosos; y ello incluso antes de que hubiera sonreído una vez más a la joven con el pelo de color azafrán que se ocupaba de la caja.

«La verdad es, amigo mío», comentó consigo mismo mientras subía una vez más al oscuro y deprimente portal, «que cuando empiezas a manipular las cosas, acabas por no saber dónde estás. Te lo digo en serio».

Y aquella noche permaneció sobriamente tumbado, en un peculiar estado de quietud física y autosatisfacción, con los brillantes ojos azules paseándose de ninfa en ninfa, las manos juntas sobre el pecho por debajo de la ropa de la cama y el corazón persistiendo en sus habituales costumbres. Sin embargo, la fuente de sus pensamientos siguió derramándose suavemente en la gastada taza. Con los oídos bien

aguzados, Jimmie disfrutó del aire reseco, gastado, brillante.

Y cuando sintió en los dedos el primer leve hormiguillo incitándole a experimentar una vez más con el tirador de la campanilla, se levantó de la cama, repasó apresuradamente el contenido de un pequeño estuche secreto donde su tío guardaba sus libros de cabecera, y en seguida volvió a acostarse armado con un ejemplar —grueso y de reducidas dimensiones— de *Los misterios de París* en su versión original francesa.

Al día siguiente descendió sobre él una terrible lasitud. Durante casi una hora estuvo mirando la calle desde la ventana del salón. Hasta que por fin, con un bostezo que era casi un gruñido, y con un esfuerzo absurdamente desproporcionado, se dio la vuelta. Pesadamente colgaban las doradas arañas en la larga perspectiva de la habitación; los muebles dorados añadían una profunda nota de tristeza. Apenas distinguible en la oscuridad de la pared más lejana, le contemplaba, desde un espejo, lo que quizá pudiera ser un vago reflejo de sí mismo. Con lo que seguía siendo total desgana, Jimmie mantuvo los ojos fijos en aquella distante irrealidad, sin darse apenas cuenta de su increíble decisión de —en el caso de que sorprendiera en ella el más mínimo movimiento independiente— cantarle a Soames, el joven, cuatro verdades de las que sacan ronchas…

Debía llevar muchas horas completamente dormido cuando, una o dos noches después, se despertó de pronto, el sudor corriéndole a chorros por el cuerpo, la boca abierta hasta formar una «O» muy larga y angosta y agarrado con la mano derecha a la cinta de la campanilla con la intensidad de quien se agarra a un clavo ardiendo.

La habitación se hallaba inundada de luz. Todo estaba inmóvil. Los pasajeros horrores entre el sueño y la vigilia se disolvían ya en el aire. A través de su creciente transparencia, Jimmie contempló una vez más lo sustancial, lo familiar. Respiraba con dificultad, como si recorrieran su pecho ráfagas de viento sobre un mar tempestuoso; y, sin embargo, se sentía envuelto en una profunda paz y tranquilidad. Su boca relajada sonreía ya levemente. No llegaba hasta allí el menor sonido; ni el más débil, distante tintineo no intencionado ascendía trémulamente del abismo. Y durante un segundo o dos el joven ocupante del lecho se abstuvo incluso de volver la cabeza hacia el silencioso abrirse y cerrarse de la puerta.

Siguió tumbado plenamente consciente de que no estaba solo; que unos ojos tranquilos lo contemplaban con fijeza. Pero su inteligencia, como un ejército de ratas, se había puesto ya en movimiento. Auténtico alivio al librarse de los terrores del sueño, vergüenza por su situación de apuro y debilidad, un enconado sentimiento de humillación…; sí, tenía que quedar bien a cualquier precio. Tenía que poner en su sitio a aquel ridículo ayuda de cámara dedicado al espionaje. Extrañamente, por otra parte, desde lo más profundo se había impuesto inexplicablemente, hasta hacerse consciente, la peculiar visión de un recuerdo. Sería un rasgo de ingenio muy a tener en cuenta.

—Están terriblemente fuera de temporada, desde luego —empezó a murmurar

afectadamente en medio del silencio—; terriblemente. Pero lo que de verdad me apetece es un ramillete de prímulas… Una prímula junto al borde del río…, *debe* ser un poco conservador —su voz se fue transformando una vez más en llorosa somnolencia. Se despertó haciendo un esfuerzo, y con un giro extraordinariamente brusco de cabeza se volvió para enfrentarse con su visitante.

Pero la habitación estaba vacía, la puerta entreabierta, y los párpados de Jimmie caían ya para cerrarse sobre sus cansados ojos como persianas de plomo que ningún poder sobre la tierra podría detener o estorbar, cuando, ante el debilísimo y remoto indicio de un sonido, volvieron a separarse —quedando casi increíblemente abiertos — para absorber al máximo el espectáculo de una niñita de extraño aspecto que en aquel momento había adquirido corporeidad en el umbral de la puerta.

La recién llegada parecía no tener la menor intención de devolver el cumplido. Toda la atención de sus ojos, y de su rostro de piel blanca y trenzas rubias, se concentraba en el tosco cuenco de cocina con franjas azules que sujetaba con extraordinario cuidado y precaución entre sus diminutas manos. Sin duda, los idiotas de abajo lo habían llenado de agua hasta el borde, porque las pálidas flores de grandes pétalos y gruesas hojas rizadas que contenía se movían de aquí para allá mientras ella colocaba sucesivamente un pie delante del otro, con todos sus sentidos concentrados en la tarea que se le había encomendado.

Una niña corriente pero de tez extraordinariamente clara, tan clara como las mismas prímulas bajo el océano de luz de velas que inmóvilmente inundaba la estancia; una criaturita de pecho de pájaro y barbilla puntiaguda que había crecido desproporcionadamente para sus fuerzas. Jimmie estaba muy acostumbrado a tomar las cosas tal como venían; y su breve permanencia en la casa de su tío en su estado actual de salud había servido ya para ampliar los límites del término «cosas». En cualquier caso, la niña suponía un alivio en comparación con el ayuda de cámara.

De manera que se encontró contemplando a aquella nueva visitante sin el menor rastro de asombro o incluso de sorpresa. Y mientras examinaba cuidadosamente a la niña, fue incapaz de decidir si se parecía más a Soames, el joven, o a la señora Thripps. De lo único que estaba completamente seguro era del «aire de familia». Y eso ya, por sí solo, suponía una extraña coincidencia, por cuanto, se pensara lo que se pensase acerca de Soames, el joven, la señora Thripps era un ser real, tan real, por lo menos, como su cepillo de fregar y su eficaz jabón maloliente.

De hecho, Jimmie estaba haciendo grandes esfuerzos para dominarse. Su mente podía compararse metafóricamente con un tranquilo valle lleno de verdor, entre escarpadas colinas rocosas, en el que se libra una violenta batalla —estandartes y jinetes y humo y terror y violencia— sin acompañamiento alguno de sonido.

Muy en lo profundo de su ser, Jimmie quería mostrarse realmente amable con la niña, que no tenía malas intenciones: era una criatura recatada, distante, de aspecto inofensivo. Mucho tiempo atrás… Por otra parte, daría cualquier cosa porque le dejaran en paz. Aquello era un verdadero acoso. Sabía perfectamente lo lejos que se

había dejado ir, y lamentaba amargamente la renovada interferencia. Y si había algo que aborrecía era que lo pusieran en ridículo: «Confío en que te estés esforzando por ser un niño bueno… ¿Acaso has estado hablando con los criados?». Ese tipo de cosas.

Cuando oyó su propia voz, apagada pero despreciativa, insinuándose en el silencio, lo hizo, por consiguiente, con sentimientos contradictorios y cierta vergüenza:

—Y ¿qué es lo que puedo hacer por ti, señoritinga?… *Qué*, date cuenta; he dicho *Qué* y no *Cómo* —el tono de desprecio se transformó en un gruñido.

Pero la niña no se alteró perceptiblemente. Su rostro pareció alargarse un poco, pero tal vez se debiera a sus esfuerzos por entregar el cuenco sin derramar su contenido. Porque finalmente lo logró, y casi antes de que Jimmie tuviera tiempo de retirarse bruscamente de la mesita con cerco dorado donde la niña depositó el tosco recipiente. Con aquel vestido, trenzas y manos enrojecidas, parecía una criatura todo lo «real» que pueda desearse. Pero Jimmie siguió contemplándola burlonamente. Por desgracia, las prímulas carecen de aroma, de manera que no podía recurrir a su nariz para confirmar el testimonio de los ojos. Y en el verde valle seguía desarrollándose la batalla con toda intensidad.

La niña se detuvo. Las manos caídas se mantenían en la postura de alguien acostumbrado a servir; y sus pálidos ojos azules estaban fijos en el rostro de Jimmie de esa manera exasperante que sugiere que su propietario está ocupado en otra cosa. No es que aquella criatura le mirase sin verle. Ni las más brillantes de sus «amigas del sexo femenino» habían podido presumir nunca de ese pequeño triunfo. La niña miraba hacia él; y le miraba como si Jimmie ocupara un lugar en el tiempo y no en el espacio. ¿O tal vez, se burló de nuevo aquella cansada voz interior, estaba sencillamente esperando una propina?

—Escúchame —dijo Jimmie, incorporándose hábilmente sobre el codo en la inmensa almohada con orla de encaje—; está todo muy bien; lo has hecho admirablemente, si se tiene en cuenta tu edad y la estación, y todo lo demás. Pero yo no he pedido prímulas, he pedido violetas. Es un truco muy viejo…, pero que muy viejo.

Durante un momento más, el rostro moreno y el pálido, el astuto y el bobalicón, permanecieron en comunión el uno con el otro. Pero la sonrisa de uno se había transformado en profunda contemplación como de niño. Y luego fue tan rápida e imperceptible la desaparición de la visitante, que el espacio mismo ocupado por ella pareció quedar dibujado en el aire durante algún tiempo…, como una nebulosa concha de vacío. Al parecer, tenía que haberse deslizado *de espaldas* para cruzar la puerta, porque Jimmie estaba completamente seguro de no haber visto sus trenzas por detrás.

En el mismo instante, las rocosas laderas interiores resonaron con furioso estrépito —grandes voces, gritos y alaridos— y Jimmie, el rostro lívido de rabia y

casi cegado por la ira, abandonó de un salto el gran lecho como para lanzarse a una persecución homicida. Debía de haber, sin embargo, más fiebre de lo ordinario en sus venas aquella noche, dada la rapidez de su reacción. Porque, tan pronto como estuvo en pie, una autocompasión casi insoportable se apoderó de él. ¡Tomar tan al pie de la letra lo que decía un pobre diablo! ¡Pillarle completamente desprevenido; no darle ni la más mínima oportunidad de recobrar el equilibrio, de explicar, de responder! Malditas prímulas.

Pero no había tiempo que perder.

Estrujando nerviosamente el pijama con una mano y con el cuenco en la otra, Jimmie abandonó el resplandor del dormitorio para asomarse a la fría oscuridad de la amplia escalera de piedra.

—Escuchen —llamó con voz baja pero beligerante—; óiganme. ¡Ustedes! Pueden hacer todas las trampas que quieran una y otra vez, pero medio estrangular a una persona cuando está durmiendo y luego enviarle a la gangosa hija de la guardesa… ¡No y no!… La próxima vez, sepan ustedes, viejos falsarios, que preferimos una compañía un poco más…, un poco más *apropiada*.

Jimmie se tambaleó ligeramente, haciendo muecas hacia la oscuridad con la mirada perdida y escuchando sus propias palabras tan distraídamente como pueda atender un sonámbulo al lejano rugido de una catarata. Y a continuación, pobre criatura ignorante, trató de escupir, pero como tenía los labios y la lengua completamente secos se le evitó aquel insulto concreto.

Después de agacharse con dificultad, dejó el cuenco de arcilla sobre la alfombra persa en lo alto de la escalera, y, mientras se felicitaba por haber regresado al escenario de inmóvil esplendor que se había atrevido a abandonar durante aquel interminable minuto, oyó, procedente de debajo y detrás de él, una especie de desmañada agitación y un sonido como de animal de torpes pezuñas, pero persistente, subiendo con dificultad, por la falta de costumbre, la escalera de mármol abrillantada con jabón.

Al parecer, estaban dispuestos a devolver golpe por golpe. La miserable casa había dado suelta a todas sus fieras. Se trataba de eso. Iban a experimentar con todos los trucos de ratones, armarios y ojos de cerradura de su infancia. Jimmie se estremeció violentamente; los dedos mismos de sus pies se aferraron a la alfombra en la que se hallaba.

Tambaleándose un poco y arrojando al mismo tiempo una tensa mirada a aquella habitación en la que cada objetó descansaba bajo la luz como si hubiera estado así desde toda la eternidad, se quedó escuchando muda y pálidamente.

Incluso un amplio dormitorio, cinco veces más grande que el cuartito de un niño en el ático, ofrece muy poco horizonte para un fugitivo, y cerrar los ojos, oscurecer el exterior del propio rostro, no es una posibilidad de escape. Había sido una estúpida fanfarronada, tenía que reconocerlo, aquel desafío, aquel «atreveos» en la escalera; un alarde de idiota. Porque la «compañía apropiada» que había conseguido subir a

trancas y barrancas la resbaladiza escalera de mármol estaba ya en el umbral.

Reinaba un silencio absoluto. No había ningún signo claro de peligro. Lo que le contemplaba fijamente desde la oscuridad más allá de la puerta era simplemente una confusa forma blanquecina de aspecto bestial y ojos quietos, pasivos, casi muertos, en su inmenso rostro inmóvil. Un objeto perfectamente ridículo…, en teoría, pero tan nauseabundo para el cuerpo y el espíritu, y con una expresión de glotonería tan obscena en su inmóvil mueca de cerdo, que, con un vertiginoso remolino, las velas de Jimmie describieron en su mano una curva semejante a una carrera lateral de atropellados planetas hasta desaparecer en la oscuridad exterior.

Si sus sudorosos dedos no hubieran encontrado a tientas uno de los tallados pedestales de la cama de su tío, Jimmie habría caído al suelo; habría encontrado, de hecho, el nivel corporal de aquella cosa.

Por mucho que lo intentó, en los días que siguieron nunca llegó a explicarse con claridad por qué no se había lanzado desesperadamente una tercera vez en busca del cordón de la campanilla. La cosa aquella tenía que haber sido el emisario de Soames, el joven, incluso aunque la pequeña fregona de cara de pájaro que le había traído las prímulas no fuese también parte de la «servidumbre».

Que hubiera desistido simplemente para evitar la posibilidad de que la niña, al acudir en respuesta a su llamada, se encontrara con el falso animal mientras subía la oscura escalera parecía literalmente demasiado «bueno» para ser verdad. Jimmie no sólo era muy poco dado al sentimentalismo, sino que aquella especie concreta de bondad, incluso disfrutando de un estado de ánimo perfectamente tranquilo y sosegado, no era uno de sus rasgos característicos.

Sin embargo, los hechos son los hechos…, incluso los tranquilizadores. Y, a no ser que su memoria no fuese en absoluto digna de crédito, Jimmie recordaba que había logrado de algún modo restablecer su equilibrio corporal. De hecho, consiguió salir de la habitación con el candelabro en la mano e inclinar la morena cabeza por encima de la barandilla en busca de lo que, inexplicablemente, *no* esperó para entablar una relación más estrecha. Y había lanzado —había tenido que lanzar— el sólido recipiente de franjas azules (prímulas incluidas) directamente escaleras abajo en la dirección de cualquier clase de blanco dotado de sentidos que pudiera cruzarse en su camino.

—Debe usted comprender, señora Thripps —había explicado después con tono solemne—, que no me gusta ser molestado, sobre todo de noche. Cualquier desperdicio hay que hacerlo desaparecer de inmediato, como es lógico. Así es como tienen que funcionar las cosas en una casa bien organizada; como funcionan de hecho. Ya veo que ha repuesto usted en la vitrina de la escalera uno o dos pequeños objetos que estuve examinando. Cosas bonitas, ciertamente; aunque usted no tuvo la suerte de estar al servicio de su difunto propietario, mi tío, como me sucedió *a mí*. Además, por supuesto, es imposible evitar que se rompa alguna cosa. En eso, se lo aseguro, disfruta usted de completa libertad. Polillas y orín, señora Thripps. No; todo

lo que me interesa en este momento es ese cuenco particular. Se produjo un accidente anoche…, prímulas y todo eso. Y cualquiera podría haber esperado, podría haber jurado casi, señora Thripps, que por lo menos uno o dos fragmentos, como dice el salmista, habrían quedado bien visibles incluso aunque el agua se hubiera secado por completo. No es que yo oyera el golpe, tengo que reconocerlo. No llego tan lejos como todo eso. Ni estoy haciendo insinuaciones *de ningún tipo*. Usted es la mejor persona del mundo, se lo digo de todo corazón…, y no está bien que me mire usted como la paciencia sobre su pedestal; porque en el momento presente la vida es real y la vida es una cosa seria. Todo lo que quiero decir es que si por un solo momento uno deja de guiar su conducta por líneas razonables, termina por darse un batacazo indescriptible, señora Thripps. Igual que el cuenco.

La gris y descuidada cabeza de la señora Thripps permaneció extrañamente erguida sobre el cuerpo durante aquella arenga.

—No, señorito —repitió una vez más—. He buscado por toda la casa de arriba abajo, y no hay rastro de eso a lo que se está usted refiriendo, ni el menor rastro. Y se lo pido por favor una vez más, señorito; déjeme que llame al doctor Stokes. Es un caballero encantador; y una persona que guarda tan para sí mismo lo que se debe guardar como, por su deber, considera justo y adecuado. Perseguir y alborotar arriba y abajo por todos esos tramos de escaleras, a altas horas de la noche, no es una ocupación adecuada para usted, en *su* estado. Y a mí no me gusta cargar con la responsabilidad. Primero fueron las velas, luego las campanillas, después la cocina y a continuación el cuenco: sé de lo que estoy hablando, señorito, porque he perdido dos, y uno de ellos en el mar.

—Pues supongamos, querida mía —Jimmie había sonreído casi tan brillantemente como en sus mejores momentos—, supongamos que todos nosotros estamos «en el mar». ¿Qué sucede entonces?

—En ese caso, señorito —replicó valientemente la señora Thripps—, preferiría irme al fondo. Han sido demasiados los problemas y los sufrimientos y los equilibrios para salir adelante a lo largo de *mi* vida como para darle mucha importancia a tener que dejarla. Lo digo con todo el respeto por lo que es correcto y digno de aprecio; pero no hay una sola mañana en que al bajar esos escalones no tenga el corazón en un puño con el miedo de no encontrar en la casa más que algo incapaz de responder. Me ha costado mucho trabajo seguir viniendo, señorito; y usted es un caballero todo lo generoso que pueda desearse, si siempre conservara el calor y el aspecto natural en su cama una vez que está en ella.

Un goteo interior de algo semejante a la risa mantuvo ocupado a Jimmie mientras contemplaba cómo la vieja boca, paciente e informe, pronunciaba aquellas últimas palabras.

—De eso se trata precisamente, señora Thripps —replicó dulcemente—. En todos los años de mi insignificante existencia, ninguna otra persona de la que tenga ganas de acordarme me ha llevado la casa tan eficazmente como usted. Se lo aseguro —

Jimmie tocó incluso la mano curvada sobre el mango del cepillo como la garra de un ave—. De hecho, ¿sabe usted? (he de confesarlo tan agradecidamente como se merece), *todos* ellos están trabajando para mí lo mejor que pueden. No me quejo, no me quejo en absoluto. Todo lo que podría preguntar es ¿cómo demonios…? O, diciéndolo cortésmente, ¿cómo, por el amor del cielo, puede uno saber quién es quién? En mi caso particular, parece ser el molinero quien controla el viento: no, por supuesto, porque tenga ningún grano concreto que moler. Ni siquiera avena loca[27], mi divertida y anciana madre de un juvenil marino[28]. No, no, no. Incluso el hecho de que quizá no hubiera ningún cuenco después de todo, entiéndalo usted, no prueba definitivamente que tampoco hubiera ninguna prímula. Y antes de que el próximo enero cumpla cuatro meses estaremos al final de otro abril. Por lo menos —y una especie de palidez casi azulada se extendió como una sombra por su rostro—, por lo menos estará usted. Todo ello sólo tiene por objeto decir, querida señora, como Beaconsfield hizo notar a Old Vic, que le estoy dando las gracias *ahora*.

Ante lo cual la señora Thripps cayó inmediatamente de rodillas sobre su almohadilla de criada y sumergió las manos en su cubo de cinc, para inmediatamente después sentarse sobre los talones, con las flacas manos en el delantal de lona.

—Todo lo que digo es que hago lo que puedo; y nunca he trabajado para un caballero más amable, si se toman las cosas tal como aparecen. Pero servidora no quiere llamar demasiado la atención del público. A pesar de las muchas casas en las que he trabajado, y completamente sola, no me gustaría tener que servir en otra más extraña, por decirlo de alguna manera, que ésta. Todo lo que estaba diciendo, y no se lo diría a nadie más que a usted, es que tengo los nervios de punta. Cuando esa puerta de ahí se cierra detrás de mí, aunque cada día prolongo más el trabajo como puede usted ver, sin mirar siquiera el reloj, me digo a mí misma: Bueno; mejor ese pobre joven solo ahí de noche, con su tos y todo lo demás, que yo. No dormiría en esta casa, señorito, aunque me ofreciera usted un plato lleno de soberanos… A no ser que me pida usted que me quede.

Al pensar después en ello, Jimmie decidió que casi había hecho una excelente figura al replicar alegremente, aunque con extraordinaria sobriedad:

—Tendrá usted una bandeja repleta antes de que acabemos, señora Thripps…, con un cucharón para la salsa. Pero le aseguro, bajo juramento, que no hay absolutamente nada ni nadie en este viejo caserón, que es como un museo, excepto usted y yo. Nadie, a no ser, por supuesto, que a uno se le ocurra tirar de la campanilla. Y eso no es probable que lo hagamos a plena luz del día. ¿No es así, señora Thripps? —Después de lo cual se había apoderado de la bolsa de su tía para salir y enfrentarse con una mañana mucho más desolada y quizá también más amplia de lo que estaba capacitado para soportar con buen ánimo.

Durante algún tiempo Jimmie dejó las cosas tal como estaban. De hecho, si se hubiera tratado de una simple cuestión de elegir, se habría dedicado con mucho más entusiasmo a mantener amistosas y divertidas conversaciones con su anciana

asistenta que a los interminables monólogos en los que se encontraba sumergido en otras ocasiones. Una tarde a primera hora, por ejemplo, las tres y media por su reloj, sentado junto a un pequeño fuego en el gran salón con los muebles tapados, había llegado definitivamente, después de mucho pensar, a la conclusión de que era necesario tomar una determinación acerca de sus relaciones con la servidumbre nocturna de su tío Timothy.

Estaba muy claro que *su* visita llegaría pronto a su término. Pasar fuera todas las noches hasta quedar casi demasiado exhausto para descender a la calzada desde su cabriolé —la primera plata abrileña de la aurora difuminando los desnudos y vacíos cañones de las chimeneas— había demostrado ser una gris y tediosa alternativa. El simple espectador de la alegría, concluyó, mientras contemplaba el inmenso cuadro del Coliseo que colgaba de una pared de la casa de su tío, puede aburrirse tanto como debieron de aburrirse los esclavos que limpiaban las jaulas de los leones que se comían a los cristianos. Y lanzar insultos a antiguos amigotes que no podían evitar que sus rostros resultaran tan poco estimulantes como una cochiquera blanqueada dejó muy pronto de interesarle.

Jimmie, por supuesto, estaba acostumbrado a prescindir de las cosas que no le interesaban; pero personas muy respetables lograban eso mismo con la misma solvencia. Lo que le irritaba casi más allá de lo soportable era su creciente incapacidad para mantener fija la atención en lo que estaba realmente *allí*, en lo que al menos todas esas personas respetables, cabía suponer, coincidirían unánimemente en reconocer que estaba allí.

Una momentánea detención de la mirada, y de inmediato se descubría escuchando sin pausa, unas veces con el creciente temor de que en alguna parte, allá abajo, estuvieran pasando muchas cosas que requerían una atención casi constante, otras con la repentina alarma de que, en realidad, no sucedía absolutamente nada. Una y otra vez, en pleno recogimiento, se había asomado a la escalera en tinieblas esperando, en un paroxismo de presentimientos, el estallido de un aterrorizado chillido infantil, tan agudo como el de un conejo, que habría demostrado…, bueno, *¿qué* habría demostrado? ¡Dios del cielo, qué mundo! No era posible demostrar nada.

El hecho de que estuviera casi seguro de que ningún chillido intolerablemente indefenso había llegado nunca hasta él desde aquel pozo de oscuridad sólo le proporcionaba un consuelo parcial. No había sido intención suya portarse como un bruto. Era sólo su chistosa manera de ser. Y había que ser el mayor cerdo entre los cerdos para castigar a una niña —por desprovista de sustancia que estuviera— con la náusea y el vértigo que había sentido él en presencia de aquel incalificable monstruo. Todo el asunto se había convertido en una absurda obsesión. Si, al parecer, uno permanecía lo suficientemente solitario y apartado de todo, y permitía que su mente vagabundeara a su manera, era casi seguro que el problema llegara a convertirse, si no en la única, sí en la principal preocupación del interesado. A no ser que una persona estuviera excepcionalmente ocupada e interesada en otras cosas, era

imposible vivir un día tras otro en una casa encantada sin acordarse de cuando en cuando de sus fantasmas.

Descartar el problema como pura ilusión —la espectral representación de la espasmódica fiebre vital— podía estar muy bien…, si se tenía sangre de pez, claro está. Pero ¿quién, sobre la faz de la tierra, había descubierto que fuese fácil y agradable despedirse del mundo por el simple hecho de ser a todas luces «verdadero», cualquiera que sea el significado de esa palabra? Simplemente porque no hacía nada que uno deseaba que hiciera a no ser que se le pagara muy generosamente; o a no ser que se aceptara lo que ofrecía con una hospitalidad tan sincera como la que Jimmie había practicado con sus nocturnos peregrinos. Y no es que se sintiera muy motivado —por insistente que fuera la invitación— para abandonar su cuerpo y entrar en un mundo mejor o, si vamos a eso, incluso peor.

Años atrás, arriba, bajo el techo de la casa, Jimmie, todavía niño, habría preferido morir de miedo antes que tocar el cordón que colgaba sobre los barrotes de su cama, simplemente porque sabía que Soames, el viejo, se hallaba al otro extremo. Jimmie odiaba a Soames, mientras que el vacío de sus horas nocturnas sólo le inspiraba miedo. Pero supongamos que Soames hubiera sido otro tipo de mayordomo. Debe de haber casi tantos tipos como seres humanos. Supongamos que su tío Timothy y tía Charlotte hubieran elegido al suyo un poco menos de acuerdo con su idiosincrasia; ¿qué hubiera sucedido entonces?

De todas formas, en cierto sentido Jimmie no lamentaba que la vida le hubiera deparado algunas emociones durante aquellas últimas semanas. ¡Cuán extraño que lo que le dejaba a uno sin aliento de noche o en sueños, pudiera divertirle durante el día como una novela sensacionalista! La seguridad de la luz del día: mecido por la cadencia misma de las palabras en su mente, mientras permanecía sentado en el «salón» de su tía, con las extremidades muy cerca del fuego de la chimenea, encendida por la señora Thripps, la mirada de Jimmie volvió a perderse. Estaba otra vez escuchando. ¿Era verdad que si alguien veía «en la propia mente» *cualquier* habitación o lugar distantes, ese sitio tenía realmente que contener a ese individuo, algo de su personalidad, algún «cuerpo astral»? En caso de respuesta afirmativa, ¿no tendría, lógicamente, esa persona que *oírse* cuando se trasladara por el otro sitio?

Aquella tarde soplaba un ligero viento quejumbroso en la calle, del otro lado de la ventana mojada por la lluvia, y una vez más a Jimmie le cruzó por la cabeza la brillante idea de subir las escaleras sigilosamente antes de que anocheciera y, desde el lecho árabe, cortar el tirador de la campanilla, de una vez por todas. Pero ¿bastaría eso para despedir definitivamente a la servidumbre? ¿Definitivamente? Su mirada se posó sobre la discreta «S» de otro tirador: el que adornaba la pared detrás de la amplia repisa de la chimenea de mármol blanco.

Jimmie vaciló. No había la menor duda de que su mente se había vuelto irremediablemente alérgica a todas las cuerdas que hacían sonar campanas: tanto si no conseguían llevarle a uno a la iglesia como si se empeñaban en convocarle a un

agujero de dos metros en un cementerio. Su tío Timothy descansaba en un mausoleo. Por otra parte, estaba totalmente convencido de que un caballero lo es por lo que hace, y que uno tenía realmente el deber de tratar a *todos* los que respondieran a la llamada de la campanilla con razonable cortesía. Prescindiendo de quién, cuándo y dónde. Una regla universal como ésa es una verdadera bendición del cielo. Si no contestaban, entonces no estaba en tu mano hacer nada. O, más bien, tendrías que hacértelo tú todo.

Aquel escalofrío era puramente físico. Cuando alguien, está tan delgado que casi oye el entrechocar de sus costillas cuando se agacha para coger un atizador, no hay que extrañarse de un síntoma como ése. Todavía quedaban una o dos horas de luz a pesar de que las nubes sólo permitieran que se derramase un resplandor grisáceo sobre el mundo, y a pesar de que la casa de su tío Timothy fuese por naturaleza amiga de la penumbra. En aquel momento el edificio entero parecía colgar sobre sus hombros como una inmensa concha imponderable. En la chimenea las llamas susurraban, revoloteaban y quedaban suspendidas como pájaros —felices en otro tiempo— que jugaran caprichosamente.

Suponiendo que, incluso en contra de su propia opinión, se inclinara hacia adelante en la silla y —lo que era infinitamente más convencional y en cierto sentido más adecuado que convocar imprevisibles entidades junto al propio lecho— diera simplemente un discreto tironcito a aquel pequeño tirador de porcelana, ¿qué pediría? No necesitaba pedir nada. Podía actuar. Si estuviera completamente seguro de que algún monstruoso espíritu maligno con apariencia de cerdo, semejante a las formas que reviste una pesadilla infantil, iba a surgir de las profundidades a requerimiento suyo…, de acuerdo: aceptaría el riesgo. Se enfrentaría con aquella bestia. Aún era de día.

Aún era de día. Pero ¿existía, quizá, la posibilidad de que los oídos de visitantes más agradables advirtieran el amortiguador tintineo? No había ya en la mente del joven la más mínima intención jocosa. En un momento de optimismo había pensado en comprarle al viejo dependiente de tieso delantal, en la tienda de ultramarinos que ya frecuentara su tía Charlotte, una descomunal caja de bombones. Y aquel pequeño cuenco de *familia rosa* que estaba allí cerca podía cambiarse por el más bonito collar de aljófares. La niña lo había hecho lo mejor posible, con sus exiguos hombros, su trenza diminuta y sus manos enrojecidas por la sosa. ¡Trenza! Pero no; hay que tirar para que suene una campana de verdad: tirar de unas trenzas dudosamente auténticas le parecía ya un chiste sin gracia. El Jimmie a quien le gustaba aquel tipo de bromas era cosa del pasado.

Aparte de cerdos y criaditas, la exhausta imaginación de Jimmie sólo alcanzaba a imaginar débilmente qué otras peculiares emanaciones responderían en el futuro a sus llamadas. Durante algunos minutos el moderno San Antonio permaneció solitario en el vasto salón londinense casi en penumbra, mientras formas e imágenes y apariciones procedentes de memoria y poesía adquirían una tenue existencia en su

mente para desaparecer acto seguido. No, no.

Cierra el Libro; apaga las velas;
Toca la campana. Amén, amén.

Había terminado con todo aquello. Maldiciones y anatemas sólo servían para confundir las cosas.

De manera que cuando finalmente —la luz de las llamas interpretando su muda melodía sobre su flaco cuerpo inclinado— volvió bruscamente la cabeza para mirar al lejano espejo, sus ojos exhaustos se fijaron con avidez no en la criadita de apariencia completamente sólida en otro tiempo, sino, por así decirlo, en su imagen consecutiva o posterior.

Allí estaba: en el lugar en que Soames, el joven, había adoptado más de una vez su obsequiosa postura. Y sonreía: si es que podía hacerse tal afirmación en una habitación casi completamente a oscuras; y no al vacío, sino a Jimmie. Tenía la tez más blanca que nunca, más blanca que la más rubia de las ninfas del techo de su tío, más blanca que la más pelirroja de las jóvenes de la más respetable tienda de ultramarinos, más blanca incluso que…

Jimmie se regaló con aquella simple visión como el rico Epulón con el espectáculo de la felicidad de Lázaro. Inmediatamente, por supuesto, después del primer suspiro de alivio y bienvenida, empezó a preparar un desenvuelto discursito sugiriendo indulgencia: olvidemos viejos encuentros, ese tipo de cosas. Pero al instante apareció en su mente —dando casi la sensación de invadir también su cuerpo — el extrañísimo convencimiento de que la niña esperaba algo distinto. Sí, sonreía como con esperanza. Estaba esperando a que le dijeran que se fuera. Jimmie no era padre. No quería tener demasiados miramientos con aquella tosca criaturita, no quería aferrarse a su compañía excepto unos pocos minutos más, con vistas a que se le pagara con la misma moneda. No; nada de eso. «¡Dios mío, Dios mío!», gimió una voz en su interior, pero no por ninguna inaudita punzada de dolor.

La niña seguía esperando. Completamente inmóvil: como si se tratara de una sombra, de un secreto y oscuro rayo de luz. Y Jimmie tuvo la impresión de que sobre su paciente rostro se superponían velo tras velo de innumerables rostros del pasado —en pintura, piedra, reales, soñados— que él había mirado o sobre los que había cavilado en la enorme historia de su vida: Quizá, también, que había ambicionado. Y dentro de lo que sus rebeldes facciones podían y querían, le respondió con una sonrisa.

—Lo entiendo muy bien, cariño —separó los secos labios para explicárselo—. Perfectamente. Y has sido un dechado de cortesía al presentarte sin que te hubiera llamado. Porque no he llamado. Únicamente le saqué la lengua a ese viejo tirador sonriente… Pero basta ya de eso. No se debe hablar por el simple placer de emitir sonidos. De lo contrario, qué sentido tienen todos esos viejos trapenses…, aunque

ninguno de ellos es tan saco de huesos como yo, puedes estar segura. Pero bromas aparte, sabes…

De nuevo una distante voz interior le habló al oído:

—Es importante —dijo—. Has de tener la lengua quieta hasta que…, bueno, hasta que se quede quieta por su cuenta —pero el rostro de Jimmie siguió sonriendo.

Y luego, de repente, desapareció de sus facciones hasta el último vestigio de regocijo. Contempló con franqueza, casi vacíamente, a la tenue compañera de su soledad.

—Todo lo que me queda por decir —murmuró— es esto: tengo a la señora Thripps. No he cortado en absoluto el cordón. Quiero estar solo. Pero *si* toco la campanilla, no estoy *pidiendo* nada, ¿Comprendes? Con el tiempo quizá sea capaz de saber lo que quiero. Pero en este momento lo que tiene importancia es que tus prímulas, cariño, eran tan poco «reales» como aquel maldito cerdo. ¿Te das cuenta? Las cosas *tienen* que ser reales. Y, ahora —había empezado otra vez a tiritar—, imagino que tienes que irte a…, tienes que irte. Pero ¡escucha!, ¡escucha! ¡Nos separamos amigos!

Los carbones de la chimenea, con un ruido apenas audible, cambiaron de posición para terminar de consumirse.

Si en un sitio no había nada, no se podía decir que hubiera desaparecido algo del sitio donde nada había. Sin embargo, Jimmie se sintió infinitamente más frío e inconmensurablemente más solo cuando su boca quedó de nuevo en silencio; y se notó tan vacío y completamente exhausto que su único temor fue el de no ser capaz de subir las escaleras para acostarse. No existía la menor duda: su ultimátum había tenido un efecto instantáneo. La casa entera se hallaba ya excepcionalmente desierta. Ni siquiera hacía falta escuchar para comprobarlo. Era tan absoluta aquella quietud que todo lo impregnaba, que cuando por fin reunió todos sus huesos en el esfuerzo para levantarse, a juzgar por el color de las escorias y cenizas de la chimenea, debía de haber dormido varias horas y estar ya cerca el amanecer.

Finalmente consiguió realizar la proeza, recogió la manta escocesa de viaje que había extendido sobre sus rodillas de espantapájaros y encendió la única vela de la palmatoria de cristal en el salón de su tía Charlotte. Y fue un Jimmie casi quijotescamente calmo aunque lleno de presentimientos quien, paso a paso, completamente inmóvil la fuente de sus pensamientos, su mente nocturna tan transparente y centelleante como una caverna adornada con estalactitas y estalagmitas, trepó laboriosamente por la escalera, superando uno a uno los amplios escalones de mármol.

Hizo una pausa en el corredor del primer piso. Pero las ninfas del dormitorio —musas, gracias, parcas y otras cosas por el estilo— hicieron sonar en vano su mudo señuelo. El lecho árabe de su tío Timothy le ofreció inútilmente sus suaves abrazos. Ante la puerta de par en par esgrimió su vela derretida en un último sonriente gesto

de despedida y siguió adelante.

Ésa es la razón de que cuando la señora Thripps, a la mañana siguiente, después de dejar atrás un resonante chaparrón sesgado, penetró en la casa por la puerta de servicio, encontrase al joven en la cama con ruedas del ático, todavía con la ropa puesta y muy profundamente dormido. Tenía las manos no sólo cruzadas, sino convulsamente apretadas sobre el pecho en esa posición. Y debido a ciertas dolorosas indicaciones podía deducirse que había tenido que luchar con ahínco para no dar un ciego y violento tirón al trozo de cuerda, recogido formando un círculo, que colgaba por encima de su cabeza.

De hecho, a la desordenada mente de la anciana asistenta no se le ocurrió reflexionar sobre si Jimmie había llegado a hacer o no aquel último intento. O si se había conformado con esperar simplemente a un Soames que quizá, como todos los buenos criados, podía aparecer más cuando se le necesitaba que cuando se le llamaba. Todos sus modestos conocimientos sobre los Soames, aunque sin suponerle muchas incomodidades, habían sido adquiridos de segunda mano.

Tampoco la señora Thripps perdió tiempo en hacer suposiciones sobre cómo Jimmie podía haberse autoconvencido para recoger la cuerda de aquella manera, poniéndola fuera de su alcance, a no ser que previamente se hubiera sentido abismalmente descontento con sus pequeños, primitivos y tardíos conocimientos de campanología.

La señora Thripps se limitó a contemplar lo que quedaba de él, con el ajado rostro casi cómicamente paralizado en una simultánea expresión de piedad, horror, asombro y curiosidad.

Clark Ashton Smith

EL FINAL DE LA HISTORIA

(The End of the Story, 1930)

Entre todos los escritores americanos de su generación practicantes del género terrorífico, el favorito de Lovecraft fue, sin duda, su amigo tardío Clark Ashton Smith (Klarkash-Ton en su abundante correspondencia), de constitución enfermiza como él y con quien compartió una admiración incondicional por Dunsany y una existencia austera y recluida.

Nacido en Auburn (California) de padre inglés, Smith pasó casi toda su vida (1893-1961) en una granja de pollos que aquél regentaba cerca del pueblo. Atraído desde muy joven por la lírica, abandonó la escuela sin graduarse y se convirtió en un poeta autodidacta. Sus primeros poemas comenzaron a aparecer en 1910 en revistas y periódicos californianos y fueron muy bien acogidos por la crítica, que le comparó con Byron, Keats y Swinburne. Su fama se acrecentó a raíz de la publicación de «The Hashish Eater», convirtiéndose en un laureado vate local cuya presencia se disputaban los clubes de damas de todo el Estado. Su posterior actividad plástica como dibujante, pintor y escultor le llevaría, pasados los treinta años, a escribir relatos fantásticos en donde, a la manera dunsaniana, soñó con nuevos continentes y civilizaciones desaparecidas, trasladando al lector a otras dimensiones y a otras épocas ya olvidadas.

Casi toda su obra —que él mismo calificó de «historias de belleza exótica, horror, terror, maravilla, ironía y sátira»— está vinculada a la legendaria revista «Weird Tales», la única en su género que logró sobrevivir más de tres décadas (1923-1904). Allí se publicaron completas sus famosas series fantásticas «Hyperbórea», «Zothique», «Xiccarph», «Poseidonis» y «Averoigne». A esta última pertenece «El final de la historia», inspirado vagamente en la «Vida de Apolonio de Tiana» de Filóstrato, a través de Burton («Anatomía de la melancolía») y Keats («Lamia»). La elegante prosa poética de Smith, no exenta de afectación, despliega todo su fervor lírico en esta historia ambientada en un bosque de fábula cuya atmósfera encantada nos trae reminiscencias de Nerval, sin que por ello falte la consabida nota de horror cósmico, que él logra pulsar, según H.P.L., «Como ningún otro de los escritores americanos más jóvenes».

EL FINAL DE LA HISTORIA[29]

EL relato que se recoge a continuación se encontró entre los papeles de Christophe Morand, un joven que estudiaba derecho en Tours, después de su inexplicada desaparición durante una visita a la casa de su padre, cerca de Moulins, en noviembre de 1789:

Un siniestro crepúsculo otoñal de tonalidades moradas y parduscas, que hizo su aparición antes de tiempo por la inminencia de una repentina tormenta, se había adueñado del bosque de Averoigne. Los árboles a los lados de la carretera no eran ya más que masas de ébano, y el camino, que se me aparecía pálido y espectral en la oscuridad, cada vez más densa, daba la impresión de agitarse y temblar ligeramente, como con la vibración de algún misterioso terremoto. Espoleé a mi caballo que, lastimosamente cansado por un viaje iniciado al alba, había adoptado desde hacía horas, en señal de protesta, un trote desganado, y emprendimos el galope por la carretera oscurecida, entre enormes robles que, a medida que pasábamos, parecían inclinarse hacia nosotros con ramas como dedos ganchudos.

La noche se nos vino encima con terrible rapidez, y la negrura se convirtió en un velo tangible, pegado al cuerpo; una confusión y desesperación propias de una pesadilla me empujaron a espolear de nuevo a mi montura con mayor violencia aún; mientras avanzábamos, los murmullos lejanos de la tormenta se mezclaron con el estrépito de los cascos de mi caballo, y los primeros resplandores de los relámpagos iluminaron nuestro camino que, para sorpresa mía (puesto que me creía en la principal arteria que atraviesa Averoigne), se había estrechado inexplicablemente hasta convertirse en un simple sendero, aunque, eso sí, con evidentes señales de ser muy frecuentado. Convencido de haberme perdido, pero poco deseoso de volver grupas ya de noche cerrada y viniéndoseme encima los nubarrones de la tormenta, apresuré el paso, con la esperanzaren apariencia razonable, de que una senda tan frecuentada me condujera, a la larga, hasta alguna casa o castillo donde pudiera encontrar refugio para pasar la noche. Mi esperanza resultó bien fundada, porque a los pocos minutos divisé un resplandor entre la espesura del bosque y llegué de repente a un claro donde, sobre una suave elevación, se ofreció a mi vista un edificio de grandes proporciones, con varias ventanas iluminadas en el piso bajo, y una parte superior que casi resultaba indistinguible entre la masa de apresurados nubarrones.

«Sin duda un monasterio», pensé, mientras tiraba de las riendas; luego, apeándome de mi exhausta montura, alcé el pesado llamador de latón con forma de cabeza de perro y lo dejé caer sobre la puerta de roble. El ruido resultó inesperadamente sonoro, con resonancias casi sepulcrales, y me estremecí involuntariamente, con una sensación de sorpresa y de extraña consternación que, sin embargo, se disipó por completo un momento después, cuando se abrió la puerta y

apareció ante mí, al alegre resplandor de las lámparas de aceite que iluminaban el espacioso vestíbulo, un monje de rubicundas facciones.

—Sea usted bienvenido a la abadía de Perigon —dijo con voz grave y bien timbrada; y antes de que terminara de hablar apareció otro monje encapuchado que se hizo cargo de mi caballo. Mientras yo murmuraba mis gracias y reconocimiento, estalló la tormenta y un tremendo chaparrón, acompañado de truenos cada vez más próximos, se precipitó con furia diabólica sobre la puerta que acababa de cerrarse a mi espalda.

—Ha tenido usted suerte encontrándonos en el momento en que lo ha hecho —comentó mi anfitrión—. No es bueno que un jinete y su montura estén a la intemperie con este tiempo infernal.

Adivinando al instante que tenía hambre además de estar fatigado, el monje me condujo al refectorio y me ofreció una generosa mesa bien provista de cordero, pan moreno, lentejas y un excelente vino tinto de muchos grados.

El monje se sentó frente a mí mientras comía y, cuando hube calmado un poco mi apetito, consagré algunos instantes a examinarlo con atención. Era un hombre alto y corpulento y sus facciones, con una frente que competía en amplitud con la firmeza de su mandíbula, revelaban inteligencia junto con el aprecio por la buena vida. De todo él emanaban cierta delicadeza y refinamiento, así como un aire erudito, de buen gusto y buena educación, que me llevaron a pensar: «Probablemente este monje es tan excelente conocedor de libros como de buenos vinos». Sin duda mi expresión puso de manifiesto mi creciente curiosidad, porque mi acompañante, como respondiendo a una pregunta, dijo:

—Mi nombre es Hilaire, y soy el abad de Perigon. Somos una orden benedictina que vive en amistad con Dios y con todos los hombres, y estamos lejos de creer que el espíritu se enriquezca mediante la mortificación o las privaciones corporales. En nuestras despensas tenemos abundancia de alimentos sanos y en nuestras bodegas los mejores y más añejos vinos del distrito de Averoigne. Y, en el caso de que le interesen esas cuestiones, como tal vez sea el caso, también contamos con una biblioteca que atesora raros volúmenes y preciados manuscritos, entre los que figuran las obras más destacadas del paganismo y de la cristiandad, incluidos ciertos escritos singulares que se salvaron del holocausto de Alejandría.

—Aprecio en lo que vale vuestra hospitalidad —respondí con una inclinación de cabeza—. Me llamo Christophe Morand y soy estudiante de Derecho; vengo de Tours, en camino hacia las posesiones de mi padre, cerca de Moulins. También yo soy un amante de los libros, y nada me produciría mayor placer que el privilegio de examinar una biblioteca tan notable y tan curiosa como la que usted acaba de describir.

Acto seguido, mientras yo terminaba de comer, pasamos a hablar de los clásicos, a citar pasajes, y a completar los ya iniciados, de autores latinos, griegos y cristianos. Mi anfitrión, como descubrí muy pronto, era un erudito de extraordinaria categoría,

con unos conocimientos y una familiaridad con la literatura antigua y moderna que, por comparación, me colocaba en la situación de simple principiante. El abad, sin embargo, tuvo la amabilidad de elogiar mi latín, que dista mucho de ser perfecto, y cuando terminé la botella de vino tinto charlábamos ya con la confianza de viejos amigos.

Mi cansancio se había disipado por completo, sustituido por una extraordinaria sensación de bienestar físico y de agudeza mental. De manera que cuando el abad sugirió que hiciéramos una visita a la biblioteca, acepté con entusiasmo.

Recorrimos un largo corredor, a cuyos lados se hallaban las celdas de los hermanos de la orden, hasta llegar frente a una puerta que mi anfitrión abrió con una voluminosa llave de latón que colgaba de su cinto. La estancia en la que penetramos era muy amplia, de elevado techo y con varias ventanas muy profundas. El abad no había exagerado al hablar de la biblioteca, porque las largas estanterías estaban repletas de libros, y había incluso muchos volúmenes apilados sobre las mesas o amontonados en los rincones. Vi también rollos de papiro, pergamino y vitela; extrañas biblias bizantinas o coptas; viejos manuscritos árabes y persas con tapas floreadas o piedras preciosas engastadas; docenas de incunables de las primeras imprentas; e innumerables copias de autores antiguos hechas por monjes y encuadernadas en madera o marfil, con delicadas ilustraciones y rótulos que, con frecuencia, eran por sí solos auténticas obras de arte.

Con un cuidado que demostraba al mismo tiempo afecto y meticulosidad, el abad Hilaire fue ofreciéndome volumen tras volumen para que los examinara. Muchos no los había visto nunca; algunos me resultaron desconocidos, sin que hubiera tenido noticia suya por la fama o el rumor. Mi creciente interés, mi sincero entusiasmo agradaron evidentemente a mi anfitrión, porque, finalmente, apretó un oculto resorte en una de las mesas de la biblioteca y me mostró un largo cajón en el que, dijo, se hallaban ciertos tesoros, reservados para la edificación o el deleite de unos pocos, y cuya existencia los restantes monjes ni siquiera imaginaban.

—Aquí —continuó— tenemos tres odas de Catulo que no encontrarás en ninguna de las ediciones de sus obras. Un manuscrito original de Safo, copia completa de un poema del que sólo se conservan breves fragmentos; dos de las perdidas fábulas milesias, una carta de Pericles a Aspasia, un diálogo inédito de Platón y una antigua obra árabe de astronomía, de autor desconocido, que se adelanta a las teorías de Copérnico. Y, finalmente, también poseemos la *Histoire d’Amour*, de Bernard de Vaillantcoeur, obra en cierto modo escandalosa, que fue destruida nada más publicarse, y de la que sólo se sabe que exista otro ejemplar.

Mientras contemplaba con una mezcla de asombro y curiosidad los extraordinarios, los inauditos tesoros que Hilaire desplegaba ante mí, vi en un extremo del cajón lo que parecía ser un exiguo volumen sin título, encuadernado con gran sencillez en cuero oscuro. Me aventuré a cogerlo y descubrí que contenía unas cuantas hojas manuscritas, con letra muy pequeña y apretada, en francés antiguo.

—¿Y esto? —quise saber, volviéndome hacia Hilaire, cuyo rostro, para sorpresa mía, había cobrado de repente una expresión preocupada y melancólica.

—Sería mejor no preguntar, hijo mío —se santiguó al tiempo que hablaba, y su voz se volvió áspera, agitada, llena de dolorosa inquietud—. Las páginas que tienes entre las manos están malditas: un encantamiento diabólico, un poder infernal está ligado a ellas, y quien se aventura a leerlas queda expuesto a un terrible peligro tanto para el cuerpo como para el alma —mientras hablaba tomó de mis manos el pequeño volumen y volvió a guardarlo en el cajón, santiguándose de nuevo mientras lo hacía.

—Pero, padre —me atreví a protestar—, ¿cómo es posible una cosa así? ¿Cómo puede haber peligro en unas cuantas hojas de pergamino?

—Hay cosas, Christophe, que van más allá de tu entendimiento, cosas que sería mejor que no supieras. El poder de Satanás se manifiesta de modos engañosos, de maneras diversas; existen otras tentaciones que no son las del mundo y la carne; peligros tan sutiles como irresistibles, herejías ocultas y nigromancias que no son las que practican los brujos.

—¿De qué se ocupan, entonces, esas páginas, para que tan sutil peligro y poder tan infernal se oculte en ellas?

—Te prohíbo que me lo preguntes —su tono era de gran firmeza, con una determinación tal que no me atreví a insistir.

—Para ti, hijo mío —continuó—, el peligro sería mucho mayor, porque eres joven, ardiente, lleno de deseos y curiosidades. Créeme; es mejor olvidar que has visto ese manuscrito —cerró el cajón oculto y, al hacerlo, su expresión dejó de ser de preocupada melancolía y recuperó su anterior benevolencia.

—Ahora —dijo, volviéndose hacia una de las estanterías—, voy a enseñarte el ejemplar de Ovidio que fue propiedad del poeta Petrarca —era de nuevo el sereno erudito, el huésped amable y jovial, y, evidentemente, no volveríamos a hablar del misterioso manuscrito. Pero su extraña inquietud, las oscuras y terribles insinuaciones que había dejado caer, los términos vagos pero terroríficos de su prohibición, habían servido para despertar al máximo mi curiosidad y, aunque advertía que mi obsesión era muy poco razonable, no fui capaz de pensar en otra cosa durante el resto de la velada. Toda clase de teorías, fantásticas, absurdas, extravagantes, ridículas, terribles, desfilaron por mi cerebro mientras admiraba debidamente los incunables que, para mi deleite, el abad bajaba con tanto cariño de las estanterías.

Finalmente, próxima ya la medianoche, Hilaire me llevó a mi habitación, una estancia reservada para los visitantes y con más comodidades —por el lujo en los tapices, en las alfombras y por la calidad del lecho— que las que se permitían en las celdas de los monjes o del mismo abad. Incluso después de despedirnos hasta el día siguiente y de comprobar, para satisfacción mía, la blandura de la cama que se me había asignado, mi cerebro seguía convertido en un torbellino de preguntas relativas al manuscrito prohibido. Aunque había pasado ya la tormenta, tardé mucho en dormirme; pero el sueño, cuando finalmente se presentó, fue profundo y tranquilo.

Al despertarme, un río de luz de sol tan resplandeciente como oro molido penetraba por mi ventana. La tormenta había desaparecido por completo y no quedaba en el azul pálido del cielo de octubre ni la más leve sombra de una nube. Corrí a la ventana y contemplé un mundo de bosques y campos otoñales, resplandecientes con los diamantes de la lluvia. Todo era hermoso; todo era idílico hasta un grado que sólo podía apreciar debidamente alguien que, como yo, había vivido largo tiempo entre los muros de una ciudad, con edificios altos en lugar de árboles y con calzadas adoquinadas donde debería crecer la hierba. Pero, a pesar de su encanto, el primer término del paisaje sólo retuvo mi atención unos momentos, porque, en seguida, más allá de las copas de los árboles divisé una colina, a poco más de un kilómetro de distancia, en cuya cumbre se alzaban las ruinas de algún viejo castillo, con unas murallas tan desmoronadas y en tan malas condiciones que su estado se apreciaba perfectamente desde lejos. Aquellas construcciones llamaron mi atención irresistiblemente, con una sensación arrolladora de atracción romántica que, por alguna razón, me pareció tan natural, tan inevitable, que no me paré a analizarla o a extrañarme; y una vez que las hube visto, me fue imposible apartar la mirada, y me quedé junto a la ventana, no sé por cuánto tiempo, examinando tan a fondo como me fue posible los detalles de cada torreón y fortificación agrietados por los años. Alguna inexplicable fascinación estaba unida a la forma misma, a la extensión y colocación de aquel montón de piedras: una fascinación semejante sin duda a la que ejerce un pasaje musical, la mágica combinación de palabras en una poesía, los rasgos de un rostro amado. Mientras lo contemplaba me perdí en ensoñaciones que después no fui capaz de recordar, pero que dejaron en mí la misma sensación embriagadora de placer inefable que nos invade a veces después de algún sueño nocturno que tampoco recordamos.

Volví a la realidad de la existencia al oír que alguien llamaba suavemente a mi puerta, y advertí entonces que había olvidado vestirme. Era el abad, que venía a saber cómo había pasado la noche, y a decirme que podía desayunar en cualquier momento que eligiera para levantarme. Por alguna razón me turbó, incluso me avergonzó, que se me hubiera sorprendido soñando despierto; y, aunque sin duda resultaba innecesario, pedí disculpas por mi tardanza. Tuve la impresión de que Hilaire me lanzaba una mirada inquisitiva y penetrante que retiró en seguida mientras, con la afable cortesía de un buen anfitrión, me aseguró que mis disculpas eran totalmente innecesarias. Después de desayunar dije al abad que había llegado el momento de reanudar el viaje, acompañando mi anuncio con muchas expresiones de gratitud por su hospitalidad. Pero su pesar fue tan sincero, tan cordial, tan llena de verdadero interés su invitación a que me quedara por lo menos otra noche, que acepté. A decir verdad, no fue necesario que insistiera mucho, porque, aparte de la simpatía que él mismo me inspiraba, el misterio del manuscrito prohibido se había apoderado por completo de mi imaginación, y me contrariaba mucho la idea de partir sin averiguar algo más. Por otra parte, para un joven estudioso, la utilización de la biblioteca del

monasterio era un privilegio singular, una oportunidad inapreciable que no se podía dejar pasar.

—Me gustaría —dije— proseguir algunos estudios mientras estoy aquí, con la ayuda de vuestra incomparable colección.

—Hijo mío, es una gran satisfacción para mí que te quedes todo el tiempo que quieras y, por supuesto, podrás consultar mis libros siempre que la necesidad o tu inclinación lo requieran —mientras hablaba se sacó del cinturón la llave de la biblioteca y me la entregó—. Ciertos deberes —continuó— exigen que hoy me ausente del monasterio durante algunas horas, y sin duda desearás consagrarte al estudio durante mi ausencia.

Poco después se excusó y salió de la abadía. Felicitándome por la anhelada oportunidad que tan convenientemente se me venía a las manos, apresuré el paso hacia la biblioteca, con la idea fija de leer el manuscrito prohibido. Sin apenas lanzar una mirada a las repletas estanterías, localicé la mesa con el cajón secreto y busqué a tientas el resorte. Al cabo de unos momentos de ansiedad logré apretar en el sitio adecuado y abrir el cajón. Me empujaba un impulso que se había convertido en verdadera obsesión, una fiebre de curiosidad que no andaba lejos de la locura, y aunque de ello hubiera dependido la salvación de mi alma, no habría sido capaz de rechazar el deseo que me obligaba a sacar del cajón el exiguo volumen encuadernado con gran sencillez y sin rótulo alguno.

Después de sentarme en una silla cercana a una de las ventanas, empecé a examinar las páginas, seis en total únicamente. La escritura era peculiar, con una caligrafía fantástica que nunca había encontrado, y el francés no sólo antiguo, sino casi bárbaro en su extraña singularidad. A pesar de lo difícil que me resultaba descifrar aquellas palabras, un extraño estremecimiento se apoderó de mí al entender las primeras, y seguí leyendo con la misma sensación de un hombre que está hechizado o ha bebido un filtro de asombroso poder.

Se trataba de una narración sin título ni fecha, que empezaba casi tan abruptamente como terminaba. Su protagonista era un tal Gerard, conde de Venteillon, que, la víspera de su matrimonio con Eleanor des Lys, una señorita tan bella como conocida, había encontrado en el bosque vecino a su castillo una extraña criatura sólo a medias humana, con pezuñas y cuernos. Gerard, como explicaba el relato, era un joven caballeresco de valor demostrado, además de un auténtico cristiano; de manera que, en el nombre de Jesucristo, nuestro Salvador, pidió a la criatura que se detuviera y le explicase quién era.

Riendo desenfrenadamente a la luz del crepúsculo, el extraño ser hizo una cabriola delante del joven y exclamó:

—Soy un sátiro, y tu Cristo significa para mí menos que las malas hierbas que crecen en vuestros muladares.

Horrorizado ante aquella blasfemia, Gerard hubiera desenvainado la espada para matar a quien la había proferido, pero el sátiro siguió hablando:

—Quédate conmigo, Gerard de Venteillon, y te contaré un secreto que, cuando lo conozcas, hará que renuncies a adorar a Cristo, que te olvides de esa hermosa novia con la que ibas a casarte mañana y que vuelvas la espalda al mundo y al mismo sol sin la menor vacilación ni pesar.

De manera que, casi a regañadientes, Gerard accedió a escuchar al sátiro, que se acercó y le susurró al oído. No se sabe lo que le dijo, pero antes de desaparecer entre las sombras del bosque, cada vez más oscuras, el sátiro habló una vez más en voz alta y dijo:

—El poder de Cristo se ha enseñoreado como una helada de todos los bosques, los campos, los ríos, las montañas donde habitaban felices las alegres diosas e inmortales ninfas de antaño. Pero todavía, en las secretas cavernas de la tierra, en lugares muy profundos, como el infierno que vuestros sacerdotes han inventado, mora la belleza pagana, se escuchan los éxtasis paganos —y con esas últimas palabras la criatura rió de nuevo con su extraña risa inhumana y desapareció entre los oscurecidos troncos de los árboles crepusculares.

A partir de aquel momento se operó un cambio en Gerard de Venteillon. Regresó a su castillo con expresión abatida, y no dijo una sola palabra alegre o afectuosa a sus criados, como era habitual en él, sino que se sentó y paseó en silencio, sin prestar apenas atención a los alimentos que le pusieron delante. Tampoco fue aquella noche a visitar a su futura esposa, como había prometido, sino que, hacia medianoche, cuando se alzó en el cielo una luna menguante tan teñida de rojo como si saliera de un baño de sangre, se ausentó clandestinamente por la poterna del castillo y, siguiendo una antigua senda, medio borrada, a través de los bosques, encontró el camino hasta las ruinas del castillo de Faussesflammes, que se alza en una colina frente a la abadía benedictina de Perigon.

Sucede que esas ruinas (explicaba el manuscrito) son muy antiguas y, desde hace mucho tiempo, las evitan los habitantes del distrito, porque la leyenda les atribuye horrores inmemoriales, y se dice que sirven de morada a espíritus malignos y de lugar de cita a brujos y súcubos. Pero Gerard, inconsciente de su mala reputación, o lleno de audacia, se introdujo como alguien a quien lleva el diablo entre las sombras de las murallas medio derruidas y se dirigió, buscando con el cuidado de quien sigue unas instrucciones precisas, al extremo norte del patio. Allí, exactamente debajo y entre las dos ventanas más centrales que, posiblemente, daban luz al aposento de olvidadas castellanas, hizo presión con el pie derecho en una losa que se diferenciaba de las demás por su forma triangular. La losa se movió y, al inclinarse bajo su pie, puso al descubierto un tramo de escalones de granito que llevaba hacia el interior de la tierra.

Luego, encendiendo una vela que llevaba consigo, descendió por los escalones y, tras él, la losa volvió a colocarse en su sitio primitivo.

A la mañana siguiente su prometida, Eleanor des Lys, y todo su séquito nupcial, le esperaron en vano en la catedral de Vyones, ciudad principal de Averoigne, donde había de celebrarse la boda. Y desde entonces ningún hombre ha vuelto a ver su

rostro, ni ha llegado a oídos de los vivos ni el más vago rumor acerca de Gerard de Venteillon o de la suerte que le deparó el destino…

Tal era el meollo del manuscrito prohibido, que concluía como acaba de explicarse. Ya he dicho antes que no llevaba fecha, ni había nada que indicase quién era su autor ni cómo había llegado a manos del escritor la información sobre los sucesos relatados. Pero, curiosamente, yo no tuve ni un momento de duda acerca de su veracidad; y el interés que había sentido por el contenido del manuscrito se vio reemplazado ahora por un ardiente deseo, mil veces más intenso, más obsesivo, de descubrir el final de la historia y saber qué había encontrado Gerard de Venteillon al descender los escalones ocultos.

Mientras leía el relato se me había ocurrido, como es lógico, que las ruinas del castillo de Faussesflammes, allí descrito, eran las mismas que había visto por la mañana desde la ventana de mi habitación; y, cavilando sobre ello, cada vez me sentí más y más poseído por una fiebre demencial, por una frenética e infernal emoción. Después de devolver el manuscrito al cajón secreto, abandoné la biblioteca y me paseé durante algún tiempo sin rumbo fijo por los corredores del monasterio. Al encontrarme de manera casual con el mismo monje que se había hecho cargo de mi montura la tarde anterior, me aventuré a pedirle, lo más discretamente que pude, alguna información sobre las ruinas visibles desde las ventanas de la abadía.

Se persignó al oír mi pregunta y en su ancho rostro apacible apareció una expresión de miedo.

—Esas ruinas son las del castillo de Faussesflammes —replicó—. Durante innumerables años, según dicen las gentes, han sido la guarida de espíritus infernales, de brujas y demonios; y dentro de sus muros se han celebrado fiestas que no deben ni describirse ni aun nombrarse. Ningún arma conocida de los seres humanos, ni exorcismo ni agua bendita, ha logrado nunca vencer a esos demonios; muchos valientes caballeros y monjes han desaparecido entre las sombras de Faussesflammes para no regresar nunca. Y en una ocasión, según se cuenta, un abad de Perigon fue allí para guerrear contra el poder del mal; pero nadie sabe ni ha hecho conjeturas sobre la suerte que corrió a manos de los súcubos. Hay quien dice que los demonios son brujas abominables cuyos cuerpos terminan en anillos de serpiente; otros aseguran que se trata de mujeres de belleza sobrehumana, cuyos besos proporcionan un deleite diabólico que consume la carne de los hombres con la intensidad del fuego del infierno… Por lo que a mí respecta, no sé si esas historias son ciertas; pero nunca me atrevería a aventurarme entre los muros de Faussesflammes.

Antes de que el monje hubiera terminado de hablar, había nacido en mi mente una decisión plenamente formada; comprendí que tenía que ir al castillo y enterarme por mí mismo, si era posible, de lo que realmente sucedía entre sus muros. Sentí un deseo inmediato, irresistible, arrollador; e incluso aunque lo hubiese querido, me habría resultado tan imposible luchar contra él como si se tratara de la malquerencia de algún brujo. La prohibición del abad Hilaire, el extraño relato inacabado del viejo

manuscrito, las leyendas a las que el monje había aludido…, todo ello, pensaría cualquiera, deberían haber bastado para asustarme y hacerme desistir de semejante aventura; sin embargo, muy al contrario, por alguna curiosa inversión del pensamiento, parecían ocultar algún delicioso misterio, apuntar hacia un mundo de escondidas cosas inefables, de vagos placeres inimaginables que me abrasaban el cerebro y hacían que me latiera el pulso como en pleno delirio. No sabía, era incapaz de concebir, en qué consistirían esos placeres; pero de alguna manera intuitiva estaba tan seguro de su realidad como el abad Hilaire lo estaba del paraíso.

Decidí ir aquella misma tarde, aprovechando la ausencia de Hilaire, quien, lo comprendía instintivamente, sospecharía de mis intenciones y haría sin duda todo lo posible por contrariar mis deseos.

Mis preparativos fueron muy sencillos: me guardé en el bolsillo una vela pequeña que había en mi cuarto y el cantero de una hogaza de pan que cogí en el refectorio; y después de asegurarme de que la pequeña daga que siempre llevaba conmigo estaba en su vaina, salí del monasterio. Al encontrarme en el patio con dos de los hermanos les dije que iba a dar un breve paseo por el bosque de los alrededores. Me despidieron con un jovial «*pax tecum*» y siguieron su camino muy de acuerdo con el espíritu de sus palabras.

Dirigiéndome lo más directamente que pude hacia Faussesflammes, cuyos torreones perdía de vista con frecuencia detrás de ramas muy altas y frondosas, me introduje en el bosque. No había caminos, y con frecuencia me vi obligado a dar breves rodeos y a desviarme a causa del espesor de los matorrales. En mi impaciencia por alcanzar las ruinas, me pareció que tardaba horas en llegar a Faussesflammes, pero probablemente no fueron mucho más de treinta minutos. Al trepar por la última pendiente de la ladera salpicada de piedras, el castillo apareció de repente ante mis ojos, casi al alcance de la mano, en el centro de la meseta que formaba la cumbre. En los agrietados muros habían enraizado algunos árboles, y la puerta en ruinas que daba al patio se hallaba medio obstruida por matorrales, zarzas y ortigas. Tuve que abrirme paso, no sin dificultad, y llegué, como Gerard de Venteillon en el antiguo manuscrito, al extremo norte del patio con las señales que dejaron en mi ropa las espinas de las zarzas. Entre las losas crecían malas hierbas de grandes dimensiones y aspecto siniestro, con grandes hojas carnosas que habían adquirido unos melancólicos colores marrones y morados con el comienzo del otoño. Pero en seguida encontré la losa triangular indicada en el relato, y sin la menor tardanza o vacilación hice presión sobre ella con el pie derecho.

Un extraño estremecimiento, un escalofrío de triunfo mezclado con algo de inquietud, recorrió todo mi cuerpo cuando la gran losa se inclinó con suavidad bajo mi pie, mostrándome unos oscuros escalones de granito, exactamente igual que en el relato. Durante un momento, los horrores vagamente esbozados de las leyendas monacales adquirieron consistencia real en mi imaginación, e hice una pausa delante de la negra abertura por la que iba a sumergirme, preguntándome si algún maleficio

satánico no me habría conducido hasta allí para exponerme a terrores desconocidos de inaudita gravedad.

Pero sólo vacilé unos instantes. Después la sensación de peligro se esfumó, los horrores monacales se convirtieron en sueños fantásticos, y el atractivo de cosas inexplicables, pero cada vez más cercanas, ahora fácilmente alcanzables, tomó cuerpo a mi alrededor, semejante al contacto de unos brazos amorosos. Encendí la vela, bajé los escalones y, también como en el caso de Gerard de Venteillon, la piedra triangular recuperó silenciosamente su sitio en el enlosado del patio por encima de mi cabeza. Sin duda se ponía en movimiento gracias a algún mecanismo, en uno de los escalones, que respondía al peso de un hombre; pero no me paré a considerar el *modus operandi*, ni a preguntarme si habría alguna manera que permitiera accionarlo desde abajo para permitir mi regreso.

Descendí quizá una docena de escalones, hasta alcanzar una mohosa cripta, estrecha y baja, vacía de todo lo que no fueran telarañas cubiertas de polvo. A su final una puertecita me condujo a una segunda cripta que sólo se diferenciaba de la primera por su mayor tamaño y abundancia de polvo. Atravesé varias criptas semejantes y al cabo me hallé en un largo pasadizo o túnel, obstruido a medias en algunos sitios por grandes piedras o montones de cascotes producidos por derrumbes laterales. Había mucha humedad, y era muy intenso el desagradable olor a aguas estancadas y moho subterráneo. Mis pies chapotearon más de una vez en pequeños charcos, y desde arriba me cayeron gotas de un líquido tan espeso y fétido, como si rezumara de un osario. Más allá del oscilante círculo de luz que me proporcionaba la vela, tenía la impresión de que en la oscuridad, al acercarme yo, se deslizaban, alejándose, los borrosos anillos de espectrales serpientes; pero no podía estar seguro de que fueran realmente ofidios y no simples sombras que retrocedían, vistas por unos ojos todavía poco acostumbrados a la oscuridad de las criptas.

Al llegar a una repentina curva en el pasadizo, vi la última cosa que hubiera soñado ver: el brillo del sol en lo que parecía ser el final del túnel. No sé qué es lo que esperaba encontrar, pero semejante posibilidad no había cruzado en absoluto por mi imaginación. Apresuré el paso, sin saber muy bien qué pensar, y salí al exterior dando traspiés, para encontrarme casi cegado por los rayos de un sol en todo su esplendor.

Incluso antes de serenarme lo suficiente y de acostumbrar de nuevo los ojos a la luz, advertí una extraña circunstancia: aunque estábamos aún en las primeras horas de la tarde cuando entré en el subterráneo, y pese a que no podía haber tardado en recorrerlo más allá de unos pocos minutos, el sol se encontraba muy cerca ya del horizonte. Advertí también una diferencia en su luz, que era al mismo tiempo más brillante y más suave que la del sol que yo había visto sobre Averoigne; y el cielo mismo era de un azul muy intenso, sin indicio alguno de palidez otoñal.

En seguida, con asombro cada vez mayor, empecé a mirar a mi alrededor sin descubrir nada familiar, o incluso creíble, en el escenario donde ahora me hallaba.

Contrariamente a toda razonable expectativa, no existía la menor semejanza con la colina donde se alzaba Faussesflammes ni con los campos de los alrededores; en torno a mí se extendía una plácida extensión de prados ondulados, entre los que discurría un río de reflejos dorados camino de un mar de un azul intensísimo, visible más allá de las copas de los laureles… Aunque esos árboles no se encuentran en Averoigne, y el mar está a cientos de kilómetros; considérese, por tanto, mi completa confusión y pasmo.

El paisaje era de una belleza como nunca había tenido ocasión de contemplar. La hierba en contacto con mis pies era más suave y más lustrosa que el terciopelo esmeralda, y estaba llena de violetas y de asfódelos de muchos colores. El verde oscuro de las encinas se reflejaba en el río dorado, y a lo lejos divisé el pálido resplandor de una acrópolis de mármol sobre una pequeña eminencia. Todo hacía pensar en una suave y clemente primavera que se encaminara hacia un opulento verano. Tuve la impresión de haberme adentrado en las tierras de los mitos clásicos, de la leyenda griega; y poco a poco, la sorpresa y el preguntarme cómo era posible que hubiera llegado hasta allí dieron paso a una sensación de éxtasis cada vez mayor ante la completa e inefable belleza del paisaje.

Muy cerca, en un bosquecillo de laurel, un tejado blanco reflejaba los últimos rayos de sol. Me sentí llevado hacia él por la misma atracción, aunque mucho más fuerte y apremiante, que había sentido al ver el manuscrito prohibido y las ruinas de Faussesflammes. Allí, supe con misteriosa certeza, culminaría mi búsqueda; allí me esperaba la recompensa a mi enloquecida y tal vez impía curiosidad.

Al penetrar en el bosquecillo oí entre los árboles risas que se fundían armoniosamente con el suave murmullo de las hojas al contacto con la brisa perfumada. Me pareció ver unas formas vagas que se disolvían entre los troncos al acercarme; y en una ocasión una criatura peluda, con aspecto de cabra, pero con cuerpo y cabeza humanas, se cruzó en mi camino, como si persiguiese a una ninfa. En el corazón del bosquecillo encontré un palacio de mármol con un pórtico de columnas dóricas. Al acercarme, me saludaron dos mujeres vestidas con el traje de las antiguas esclavas; y aunque mis conocimientos del griego son muy escasos, no tuve dificultad alguna para entender su habla, de gran pureza ática.

—Nuestra señora, Nycea, os espera —me dijeron.

Me resultaba ya imposible asombrarme de nada, y aceptaba mi situación sin preguntas ni conjeturas, como alguien que se resigna al desarrollo de algún delicioso sueño. Probablemente, pensé, no se trata más que de un sueño, y aún sigo tumbado en mi lecho del monasterio; pero lo cierto es que nunca había disfrutado de visiones nocturnas de semejante nitidez ni de tan sobrehumana belleza.

El interior del palacio estaba adornado con un lujo que rozaba la desmesura y que sin duda pertenecía al periodo de la decadencia griega, con su entremezclarse de influencias orientales. Se me condujo a través de un vestíbulo, en el que brillaban el ónice y el pórfido pulimentado, hasta una estancia amueblada con opulencia, donde,

sobre un lecho adornado con espléndidas telas, estaba recostada una mujer tan bella como una diosa.

Al verla, empecé a temblar de pies a cabeza por la violencia de una extraña emoción. Había oído hablar de los repentinos amores enloquecidos que a veces se apoderan de los hombres al contemplar por vez primera un determinado rostro o figura; pero nunca había experimentado una pasión tan intensa, un ardor tan devorador, como el que concebí inmediatamente por aquella mujer. De hecho, me pareció que la amaba desde hacía mucho tiempo, sin saber que era a ella a quien amaba, y sin ser capaz de reconocer la naturaleza de mi emoción ni de orientar aquel sentimiento en una dirección precisa.

No era de elevada estatura, pero estaba formada con una exquisita pureza voluptuosa de línea y contorno. Sus ojos eran de un intenso azul zafiro, con líquidas profundidades en las que el alma anhelaba hundirse como en los dulces abismos de un océano estival. La curva de sus labios era enigmática, un poco triste y tiernamente seria como los labios de una antigua Venus. Los cabellos, de color castaño claro más que rubios, le caían sobre el cuello, las orejas y la frente en deliciosas ondas, recogidas con una sencilla cinta de plata. En su expresión había una mezcla de orgullo y voluptuosidad, de autoridad regia y flexibilidad femenina. Sus movimientos eran tan fáciles y llenos de gracia como los de una serpiente.

—Sabía que vendrías —murmuró en el mismo griego de suaves vocales que había oído de labios de las criadas—. Llevo mucho tiempo esperándote; pero cuando te refugiaste de la tormenta en la abadía de Perigon, y viste el manuscrito en el cajón secreto, supe que se acercaba la hora de tu llegada. ¡Ah! ¡No soñaste que el hechizo que te empujaba de manera tan irresistible, con tan inexplicable fuerza, era el hechizo de mi belleza, la atracción mágica de mi amor!

—¿Quién eres? —quise saber. Hablé sin esfuerzo en griego, algo que me hubiera sorprendido en gran manera una hora antes. Pero ya estaba preparado para aceptar cualquier cosa, por muy fantástica o absurda que pareciese, como parte de mi suerte milagrosa, de la increíble aventura que me estaba sucediendo.

—Soy Nycea —respondió ella—. Te amo, y la hospitalidad de mi palacio y de mis brazos está a tu disposición. ¿Es necesario que sepas más?

Las esclavas habían desaparecido. Me postré junto al lecho y besé la mano que me ofreció, entre protestas que resultaban sin duda incoherentes pero tan llenas, sin embargo, de ardor, que Nycea me sonrió tiernamente.

Mis labios sintieron el frescor de su piel, y aquel simple contacto bastó para encender mi pasión. Me atreví a sentarme a su lado en el lecho y ella no puso reparos a aquel gesto de familiaridad. Mientras una suave luz crepuscular empezaba a inundar los rincones de la estancia, conversamos alegremente, diciendo una y otra vez todas las dulces y absurdas letanías, todas las oportunas nimiedades que acuden instintivamente a los labios de los amantes. La sentí increíblemente suave entre mis brazos, y casi pareció que lo absoluto de su entrega no se veía entorpecido siquiera

por la presencia de huesos en su adorable cuerpo.

Las sirvientas entraron en silencio para encender lujosas lámparas de oro delicadamente trabajado y colocar ante nosotros una comida de carnes sazonadas, sabrosas frutas desconocidas y vinos embriagadores. Pero fue muy poco lo que comí y, mientras bebía, anhelaba el vino mucho más dulce de la boca de Nycea.

Ignoro cuándo nos dormimos, pero sé que la velada voló, como transformada en un instante de hechizo. Colmado de felicidad, me dejé llevar por una suave ola de somnolencia, y las lámparas doradas y el rostro de Nycea se confundieron en una maravillosa niebla hasta desaparecer por completo.

De repente, de las profundidades de un olvido más allá de todos los sueños, algo me obligó a despertarme con brusquedad. Durante unos instantes ni siquiera me di cuenta de dónde estaba, y menos aún de qué era lo que me había despertado. Luego oí pasos que se acercaban a la puerta abierta de la estancia y, al mirar por encima de la cabeza de Nycea, que seguía durmiendo, vi, a la luz de las lámparas, al abad Hilaire, detenido en el umbral. Había en su rostro una expresión de absoluto horror y al divisarme empezó a farfullar en latín, con tonos en los que el miedo se mezclaba con un aborrecimiento y un odio fanáticos. Vi que llevaba en la mano una botella y un hisopo. Tuve la seguridad de que la botella estaba llena de agua bendita y adiviné, por supuesto, el uso al que se la destinaba.

Al mirar a Nycea, vi que también ella estaba despierta, y supe que se daba cuenta de la presencia del abad. Me sonrió extrañamente con una mezcla de afectuosa compasión y deseo de tranquilizarme, como podría hacerlo una mujer con un niño asustado.

—No temas por mí —susurró.

—¡Espantoso vampiro! ¡Maldita lamia! ¡Serpiente infernal! —exclamó de repente el abad con voz de trueno, mientras cruzaba el umbral, alzando el hisopo. En el mismo instante Nycea se deslizó del lecho con increíble rapidez de movimientos y desapareció por una puerta exterior que daba al bosque de laureles. Su voz flotó junto a mi oído, como si viniera desde una inmensa distancia:

—Hasta pronto, Christophe. No tengas miedo. Volverás a encontrarme si tienes valor y paciencia.

Al tiempo que terminaban sus palabras, el agua bendita cayó en el suelo de la estancia y en el lecho donde Nycea había yacido junto a mí. Se oyó un estrépito como de muchos truenos, y la luz de las lámparas de oro se convirtió en una oscuridad que parecía llena de polvo y de fragmentos de piedra que caían de lo alto. Perdí el sentido y, al recobrarlo, me encontré tumbado sobre un montón de cascotes en una de las criptas que había atravesado anteriormente. Con una vela en la mano y expresión de gran solicitud e infinita piedad en el rostro, Hilaire estaba inclinado sobre mí. Junto a él se hallaban la botella y el hisopo todavía goteante.

—Doy gracias a Dios, hijo mío, por haberte encontrado a tiempo —dijo—. Al volver por la noche a la abadía me informaron de que te habías marchado, y supuse

en seguida lo que había sucedido. Comprendí que habías leído el manuscrito maldito y que te hallabas bajo su funesto hechizo, como les sucedió a muchos otros, incluido cierto reverendo abad, uno de mis predecesores. Todos ellos, desgraciadamente, empezando hace cientos de años con Gerard de Venteillon, cayeron víctimas de la lamia que mora en estas criptas.

—¿La lamia? —pregunté, sin entender apenas sus palabras.

—Sí, hijo mío, la hermosa Nycea que has tenido esta noche entre tus brazos es una lamia, un antiguo vampiro, que conserva en estas fétidas criptas su palacio de beatíficas ilusiones. No se sabe cómo llegó a instalarse en Faussesflammes, porque su llegada antecede a la memoria de los hombres. Es tan vieja como el paganismo: los griegos la conocieron; Apolonio de Tiana la exorcizó; y si pudieras contemplarla tal como realmente es, verías, en lugar de su cuerpo voluptuoso, los pliegues de una horrible y monstruosa serpiente. A todos aquellos a los que ama y admite a su hospitalidad, acaba devorándolos, después de haberles consumido vida y fuerzas con el diabólico placer de sus besos. La llanura con bosquecillos de laurel, el río con encinas en las orillas, el palacio de mármol y todo el lujo que contiene no eran más que un engaño de Satanás, una encantadora pompa de jabón nacida del polvo y el moho de una muerte inmemorial, de una antiquísima corrupción, que se derrumban ante el beso del agua bendita que he traído conmigo al seguirte. Pero Nycea, desgraciadamente, ha escapado, y temo que sobreviva para reconstruir su palacio de demoníacos hechizos y cometer de nuevo la incalificable abominación de sus pecados.

Presa todavía de una especie de atontamiento ante la destrucción de mi felicidad recién encontrada y ante las singulares revelaciones del abad, le seguí obedientemente mientras me conducía a través de las criptas de Faussesflammes. Hilaire subió por la escalera por la que yo había descendido y, al acercarse al final y verse obligado a agacharse un poco, la gran losa giró hacia arriba, abriendo paso a un frío chorro de luz de luna. Salimos al exterior y le permití que me llevase de nuevo al monasterio.

A medida que mi cerebro empezó a aclararse y desapareció la confusión que me tenía inmovilizado, creció en mí el resentimiento, las más viva cólera por la intromisión de Hilaire. Prescindiendo de que me hubiera salvado o no de terribles peligros físicos y espirituales, lamentaba que me hubiese privado de tan hermoso sueño. Los besos de Nycea ardían suavemente en mi memoria, y sabía que, fuera quien fuese —mujer, demonio o serpiente—, no había nadie en todo el mundo que pudiera despertar jamás en mí el mismo amor ni proporcionarme el mismo placer. Me cuidé mucho, sin embargo, de revelar mis sentimientos a Hilaire, consciente de que la confesión de aquellas emociones serviría únicamente para que me considerase un alma perdida para siempre y sin esperanza de redención.

A la mañana siguiente, aduciendo la urgencia de mi regreso a casa, abandoné Perigon. Ahora, en la biblioteca de mi padre cerca de Moulins, escribo este relato de

mis aventuras. El recuerdo de Nycea posee una mágica nitidez, me resulta tan indeciblemente amable como si ella aún estuviera a mi lado, y todavía veo las lujosas colgaduras de un aposento iluminado a medianoche por lámparas de un oro curiosamente trabajado, y oigo sus palabras de despedida:

—No temas. Volverás a encontrarme si tienes valor y paciencia.

Pronto volveré a visitar las ruinas del castillo de Faussesflammes y bajaré de nuevo a las criptas ocultas bajo la losa triangular. Pero, a pesar de su proximidad a Perigon, a pesar de la estima en que tengo al abad, de mi gratitud por su hospitalidad y de mi admiración por su incomparable biblioteca, no creo que vuelva a visitar a mi buen amigo Hilaire.

Howard Phillips Lovecraft

EL HORROR DE DUNWICH

(The Dunwich Horror, 1929)

Como broche final a esta antología, Lovecraft (1890-1937) queda representado por uno de sus más significativos relatos perteneciente a los Mitos de Cthulhu (apelativo inventado por August Derleth, ya que H.P.L. únicamente hablaba de su «Yog Sothothería»), la parte más original e influyente de toda su obra, que marca una decisiva inflexión en el género del horror sobrenatural al racionalizar los contenidos clásicos mediante la adopción de un ropaje materialista y científico que incorpora materiales propios de la ciencia ficción.

«El horror de Dunwich», como la mayoría de los relatos de los mitos, se publicó en «Weird Tales» en abril de 1929. Escrito en Providence un año antes, a partir de un cuento que escuchó en casa de una amiga de Massachusetts, este relato largo o novela corta no sólo le reportó a su autor el cheque más elevado que recibiera en toda su vida, 240 dólares, sino que más tarde se convertiría en uno de sus trabajos más celebrados, siendo incluso llevado al cine en 1970 con relativo éxito aunque escasa inspiración.

Al igual que en la casi totalidad de sus obras de madurez, en «El horror de Dunwich» destaca el marcado tono realista de la narración, en contraste con el onirismo dunsaniano de sus comienzos. Reaparece aquí una vez más su Nueva Inglaterra natal, que H.P.L. convertiría, como antaño hiciera Hawthorne, en escenario predilecto de sus fantasías cosmogónicas: una sabia mezcla de realidad (profusas descripciones de zonas rurales) y ficción (ciudades inventadas y fenómenos locales reinterpretados, como el círculo de piedras de los brujos) que desembocaría en una peculiar geografía anímica donde la imaginación sigue siendo soberana. En este caso, la acción se desarrolla alrededor de la mítica universidad de Miskatonic, donde se conserva una traducción latina del célebre libro prohibido «Necronomicon» del árabe loco Abdul Alhazred, que el monstruoso engendro de los Whateley trata de robar para cotejarlo con el ejemplar bastante deteriorado que hereda de su padre el Brujo.

EL HORROR DE DUNWICH[30]

Las Gorgonas, las Hidras y las Quimeras, las terroríficas leyendas de Celeno y las Arpías, pueden reproducirse en el cerebro de las mentes supersticiosas…, pero ya estaban allí desde mucho antes. Son meras transcripciones, tipos; los arquetipos están dentro de nosotros y son eternos. De lo contrario, ¿cómo podría llegar a afectarnos el relato de lo que sabemos a ciencia cierta que es falso? ¿Será que concebimos naturalmente el terror de tales entes en tanto que pueden infligirnos un daño físico? ¡No, ni mucho menos! Esos terrores están ahí de antiguo. Se remontan a antes de que existiese el cuerpo humano… No precisan siquiera de él, pues habrían existido igualmente… El hecho de que el miedo de que tratamos aquí sea puramente espiritual —tan intenso en proporción como sin objeto en la tierra— y que predomine en el período de nuestra inocente infancia, plantea problemas cuya solución puede aportarnos una idea de nuestra condición previa a la venida al mundo o, cuando menos, un atisbo del tenebroso reino de la preexistencia.

CHARLES LAMB «Witches and Other Night-Fears»

I

CUANDO el que viaja por el norte de la región central de Massachusetts se equivoca de dirección al llegar al cruce de la carretera de Aylesbury nada más pasar Dean's Corners, verá que se adentra en una extraña y apenas poblada comarca. El terreno se hace más escarpado y las paredes de piedra cubiertas de maleza van encajonando cada vez más el sinuoso camino de tierra. Los árboles de los bosques son allí de unas dimensiones excesivamente grandes, y la maleza, las zarzas y la hierba alcanzan una frondosidad rara vez vista en las regiones habitadas. Por el contrario, los campos cultivados son muy escasos y áridos, mientras que las pocas casas diseminadas a lo largo del camino presentan un sorprendente aspecto uniforme de decrepitud, suciedad y ruina. Sin saber exactamente por qué, uno no se atreve a preguntar nada a las arrugadas y solitarias figuras que, de cuando en cuando, se ve escrutar desde puertas medio derruidas o desde pendientes y rocosos prados. Esas gentes son tan silenciosas y hurañas que uno tiene la impresión de verse frente a un recóndito enigma del que más vale no intentar averiguar nada. Y ese sentimiento de extraño desasosiego se recrudece cuando, desde un alto del camino, se divisan las montañas que se alzan por encima de los tupidos bosques que cubren la comarca. Las cumbres tienen una forma demasiado ovalada y simétrica como para pensar en una naturaleza apacible y normal, y a veces pueden verse recortados con singular nitidez

contra el cielo unos extraños círculos formados por altas columnas de piedra que coronan la mayoría de las cimas montañosas.

El camino se halla cortado por barrancos y gargantas de una profundidad incierta, y los toscos puentes de madera que los salvan no ofrecen excesivas garantías al viajero. Cuando el camino inicia el descenso, se atraviesan terrenos pantanosos que despiertan instintivamente una honda repulsión, y hasta llega a invadirle al viajero una sensación de miedo cuando, al ponerse el sol, invisibles chotacabras comienzan a lanzar estridentes chillidos, y las luciérnagas, en anormal profusión, se aprestan a danzar al ritmo bronco y atrozmente monótono del horrísono croar de los sapos. Las angostas y resplandecientes aguas del curso superior del Miskatonic adquieren una extraña forma serpenteante mientras discurren al pie de las abovedadas cumbres montañosas entre las que nace.

A medida que el viajero va acercándose a las montañas, repara más en sus frondosas vertientes que en sus cumbres coronadas por altas piedras. Las vertientes de aquellas montañas son tan escarpadas y sombrías que uno desearía que se mantuviesen a distancia, pero tiene que seguir adelante pues no hay camino que permita eludirlas. Pasado un puente cubierto puede verse un pueblecito que se encuentra agazapado entre el curso del río y la ladera cortada a pico de Round Mountain, y el viajero se maravilla ante aquel puñado de techumbres de estilo holandés en ruinoso estado, que hacen pensar en un período arquitectónico anterior al de la comarca circundante. Y cuando se acerca más no resulta nada tranquilizador comprobar que la mayoría de las casas están desiertas y medio derruidas y que la iglesia —con el chapitel quebrado— alberga ahora el único y destartalado establecimiento mercantil de toda la aldea. El simple paso del tenebroso túnel del puente infunde ya cierto temor, pero tampoco hay manera de evitarlo. Una vez atravesado el túnel, es difícil que a uno no le asalte la sensación de un ligero hedor al pasar por la calle principal y ver la descomposición y la mugre acumuladas a lo largo de siglos. Siempre resulta reconfortante salir de aquel lugar y, siguiendo el angosto camino que discurre al pie de las montañas, cruzar la llanura que se extiende una vez traspasadas las cumbres montañosas hasta volver a desembocar en la carretera de Aylesbury. Una vez allí, es posible que el viajero se entere de que ha pasado por Dunwich.

Apenas se ven forasteros en Dunwich, y tras los horrores padecidos en el pueblo todas las señales que indicaban cómo llegar hasta él han desaparecido del camino. No obstante ser una región de singular belleza, según los cánones estéticos en boga, no atrae para nada a artistas ni a veraneantes. Hace dos siglos, cuando a la gente no se le pasaba por la cabeza reírse de brujerías, cultos satánicos o siniestros seres que poblaban los bosques, daban muy buenas razones para evitar el paso por la localidad. Pero en los racionales tiempos que corren —silenciado el horror que se desató sobre Dunwich en 1928 por quienes procuran por encima de todo el bienestar del pueblo y del mundo— la gente elude el pueblo sin saber exactamente por qué razón. Quizá el

motivo de ello radique —aunque no puede aplicarse a los forasteros desinformados— en que los naturales de Dunwich se han degradado de forma harto repulsiva, habiendo rebasado con mucho esa senda de regresión tan común a muchos apartados rincones de Nueva Inglaterra. Los vecinos de Dunwich han llegado a constituir un tipo racial propio, con estigmas físicos y mentales de degeneración y endogamia bien definidos. Su nivel medio de inteligencia es increíblemente bajo, mientras que sus anales despiden un apestoso tufo a perversidad y a asesinatos semiencubiertos, a incestos y a infinidad de actos de indecible violencia y maldad. La aristocracia local, representada por los dos o tres linajes familiares que vinieron procedentes de Salem en 1692, ha logrado mantenerse algo por encima del nivel general de degeneración, aunque numerosas ramas de tales linajes acabaron por sumirse tanto entre la sórdida plebe que sólo restan sus apellidos como recordatorio del origen de su desgracia. Algunos de los Whateley y de los Bishop siguen aún enviando a sus primogénitos a Harvard y Miskatonic, pero los jóvenes que se van rara vez regresan a las semiderruidas techumbres de estilo holandés bajo las que tanto ellos como sus antepasados nacieron y crecieron.

Nadie, ni siquiera quienes conocen los motivos por los que se desató el reciente horror, puede decir qué le ocurre a Dunwich, aunque las viejas leyendas aluden a idolátricos ritos y cónclaves de los indios en los que invocaban misteriosas figuras provenientes de las grandes montañas rematadas en forma de bóveda, al tiempo que oficiaban salvajes rituales orgiásticos contestados por estridentes crujidos y fragores salidos del interior de las montañas. En 1747, el reverendo Abijah Hoadley, recién incorporado a su ministerio en la iglesia congregacional de Dunwich, predicó un memorable sermón sobre la amenaza de Satanás y sus demonios que se cernía sobre la aldea en el que, entre otras cosas, dijo:

«No puede negarse que semejantes monstruosidades integrantes de un infernal cortejo de demonios son fenómenos harto conocidos como para intentar negarlos. Las impías voces de *Azabel* y de *Buzrael*, de *Belcebú* y de *Belial*, las oyen hoy saliendo de la tierra más de una veintena de testigos de toda confianza. Y hasta yo mismo, no hará más de dos semanas, pude escuchar toda una alocución de las potencias infernales detrás de mi casa. Los chirridos, redobles, quejidos, gritos y silbidos que allí se oían no podían proceder de nadie de este mundo, eran de esos sonidos que sólo pueden salir de recónditas simas que únicamente a la magia negra le es dado descubrir y al diablo penetrar.»

No había pasado mucho tiempo desde la lectura de este sermón cuando el reverendo Hoadley desapareció sin que se supiera más de él, si bien sigue conservándose el texto del sermón, impreso en Springfield. No había año en que no se oyese y diese cuenta de estrepitosos fragores en el interior de las montañas, y aún hoy tales ruidos siguen sumiendo en la mayor perplejidad a geólogos y fisiógrafos.

Otras tradiciones hacen referencia a fétidos olores en las inmediaciones de los círculos de rocosas columnas que coronan las cumbres montañosas y a entes etéreos cuya presencia puede detectarse difusamente a ciertas horas en el fondo de los grandes barrancos, mientras otras leyendas tratan de explicarlo todo en función del Devil's Hop Yard, una ladera totalmente baldía en la que no crecen ni árboles ni matorrales ni hierba alguna. Por si fuera poco, los naturales del lugar tienen un miedo cerval a la algarabía que arma en las cálidas noches la legión de chotacabras que puebla la comarca. Afirman que tales pájaros son *psicopompos*[31], que están al acecho de las almas de los muertos y que sincronizan al unísono sus pavorosos chirridos con la jadeante respiración del moribundo. Si consiguen atrapar el alma fugitiva en el momento en que abandona el cuerpo se ponen a revolotear al instante y prorrumpen en diabólicas risotadas, pero si ven frustradas sus intenciones se sumen poco a poco en el silencio.

Claro está que dichas historias ya no se oyen y no hay quien crea en ellas, pues datan de tiempos muy antiguos. Dunwich es un pueblo increíblemente viejo, mucho más que cualquier otro en treinta millas a la redonda. Al sur aún pueden verse las paredes del sótano y la chimenea de la antiquísima casa de los Bishop, construida con anterioridad a 1700, en tanto que las ruinas del molino que hay en la cascada, construido en 1806, constituyen la pieza arquitectónica más reciente de la localidad. La industria no arraigó en Dunwich y el movimiento fabril del siglo XIX resultó ser de corta duración en la localidad. Con todo, lo más antiguo son los grandes círculos de columnas de piedra toscamente labradas que hay en las cumbres montañosas, pero esta obra se atribuye por lo general más a los indios que a los colonos. Restos de cráneos y huesos humanos, hallados en el interior de dichos círculos y en torno a la gran roca en forma de mesa de Sentinel Hill, apoyan la creencia de que tales lugares fueron en otras épocas enterramientos de los indios *pocumtuk*, aun cuando numerosos etnólogos, obviando la práctica imposibilidad de tan disparatada teoría, siguen empeñados en creer que se trata de restos caucásicos.

II

Fue en el término municipal de Dunwich, en una granja grande y parcialmente deshabitada levantada sobre una ladera a cuatro millas del pueblo y a una media de la casa más cercana, donde el domingo 2 de febrero de 1913, a las 5 de la mañana, nació Wilbur Whateley. La fecha se recuerda porque era el día de la Candelaria, que los vecinos de Dunwich curiosamente observan bajo otro nombre, y, además, por el fragor de los ruidos que se oyeron en la montaña y por el alboroto de los perros de la comarca que no cesaron de ladrar en toda la noche. También cabe hacer notar, aunque ello tenga menos importancia, que la madre de Wilbur pertenecía a la rama degradada

de los Whateley. Era una albina de treinta y cinco años de edad, un tanto deforme y sin el menor atractivo, que vivía en compañía de su anciano y medio enloquecido padre, de quien durante su juventud corrieron los más espantosos rumores sobre actos de brujería. Lavinia Whateley no tenía marido conocido, pero siguiendo la costumbre de la comarca no hizo nada por repudiar al niño, y en cuanto a la paternidad del recién nacido la gente pudo —y así lo hizo— especular a su gusto. La madre estaba extrañamente orgullosa de aquella criatura de tez morena y facciones de chivo que tanto contrastaban con su enfermizo semblante y sus rosáceos ojos de albina, y cuentan que se la oyó susurrar multitud de extrañas profecías sobre las extraordinarias facultades de que estaba dotado el niño y el impresionante futuro que le aguardaba.

Lavinia era muy capaz de decir tales cosas, pues de siempre había sido una criatura solitaria a quien encantaba correr por las montañas cuando se desataban atronadoras tormentas y que gustaba de leer los voluminosos y añejos libros que su padre había heredado tras dos siglos de existencia de los Whateley, libros que empezaban a caerse a pedazos de puro viejos y apolillados. En su vida había ido a la escuela, pero sabía de memoria multitud de fragmentos inconexos de antiguas leyendas populares que el viejo Whateley le había enseñado. De siempre habían temido los vecinos de la localidad la solitaria granja a causa de la fama de brujo del viejo Whateley, y la inexplicable muerte violenta que sufrió su mujer cuando Lavinia apenas contaba doce años no contribuyó en nada a hacer popular el lugar. Siempre solitaria y aislada en medio de extrañas influencias, Lavinia gustaba de entregarse a visiones alucinantes y grandiosas, a la vez que a singulares ocupaciones. Su tiempo libre apenas se veía reducido por los cuidados domésticos en una casa en que ni los menores principios de orden y limpieza se observaban desde hacía tiempo.

La noche en que Wilbur nació pudo oírse un grito espantoso, que retumbó incluso por encima de los ruidos de la montaña y de los ladridos de los perros, pero, que se sepa, ni médico ni comadrona alguna estuvieron presentes en su llegada al mundo. Los vecinos no supieron nada del parto hasta pasada una semana, en que el viejo Whateley recorrió en su trineo el nevado camino que separaba su casa de Dunwich y se puso a hablar de forma incoherente al grupo de aldeanos reunidos en la tienda de Osborn. Parecía como si se hubiera producido un cambio en el anciano, como si un elemento subrepticio nuevo se hubiese introducido en su obnubilado cerebro transformándole de objeto en sujeto de temor, aunque, a decir verdad, no era persona que se preocupase especialmente por las cuestiones familiares. Con todo, mostraba algo del orgullo que últimamente había podido advertirse en su hija, y lo que dijo acerca de la paternidad del recién nacido sería recordado años después por quienes entonces escucharon sus palabras.

—Me trae sin cuidado lo que piense la gente. Si el hijo de Lavinia se parece a su padre, será bien distinto de cuanto puede esperarse. No hay razones para creer que no hay otra gente que la que se ve por estos aledaños. Lavinia ha leído y ha visto cosas

que la mayoría de vosotros ni siquiera sois capaces de imaginar. Espero que su hombre sea tan buen marido como el mejor que pueda encontrarse por esta parte de Aylesbury, y si supierais la mitad de cosas que yo sé no desearíais mejor casamiento por la iglesia ni aquí ni en ninguna otra parte. Escuchad bien esto que os digo: *algún día oiréis todos al hijo de Lavinia pronunciar el nombre de su padre en la cumbre de Sentinel Hill*.

Las únicas personas que vieron a Wilbur durante el primer mes de su vida fueron el viejo Zechariah Whateley, de la rama aún no degenerada de los Whateley, y Mamie Bishop, la mujer con quien vivía desde hacía años Earl Sawyer. La visita de Mamie obedeció a la pura curiosidad y las historias que contó confirmaron sus observaciones, en tanto que Zechariah fue por allí a llevar un par de vacas de raza Alderney que el viejo Whateley le había comprado a su hijo Curtís. Dicha adquisición marcó el comienzo de una larga serie de compras de ganado vacuno por parte de la familia del pequeño Wilbur que no finalizaría hasta 1928 —es decir, el año en que el horror se abatió sobre Dunwich—, pero en ningún momento dio la impresión de que el destartalado establo de Whateley estuviese lleno hasta rebosar de ganado. A ello siguió un período en que la curiosidad de ciertos vecinos de Dunwich les llevó a subir a escondidas hasta los pastos y contar las cabezas de ganado que pacían precariamente en la empinada ladera justo por encima de la vieja granja, y jamás pudieron contar más de diez o doce anémicos y casi exangües ejemplares. Debía ser una plaga o enfermedad, originada quizá en los insalubres pastos o transmitida por algún hongo o madera contaminados del inmundo establo, lo que producía tan crecida mortalidad entre el ganado de Whateley. Extrañas heridas o llagas, semejantes a incisiones, parecían cebarse en las vacas que podían verse paciendo por aquellos contornos, y una o dos veces en el curso de los primeros meses de la vida de Wilbur algunas personas que fueron a visitar a los Whateley creyeron ver llagas similares en la garganta del anciano canoso y sin afeitar y en la de su desaliñada y desgreñada hija albina.

En la primavera que siguió al nacimiento de Wilbur, Lavinia reanudó sus habituales correrías por las montañas, llevando en sus desproporcionados brazos a su criatura de tez oscura. La curiosidad de los aldeanos hacia los Whateley remitió tras ver al retoño, y a nadie se le ocurrió hacer el menor comentario sobre el portentoso desarrollo del recién nacido, visible de un día para otro. La realidad es que Wilbur crecía a un ritmo impresionante, pues a los tres meses había alcanzado ya una talla y fuerza muscular que raramente se observa en niños menores de un año. Sus movimientos y hasta sus sonidos vocales mostraban una contención y una ponderación harto singulares en una criatura de su edad, y prácticamente nadie se asombró cuando, a los siete meses, comenzó a andar sin ayuda alguna, con pequeñas vacilaciones que al cabo de un mes habían desaparecido por completo.

Al poco tiempo, exactamente la Víspera de Todos los Santos, pudo divisarse una gran hoguera a medianoche en la cima de Sentinel Hill, allí donde se levantaba la

antigua piedra con forma de mesa en medio de un túmulo de antiguas osamentas. Por el pueblo corrieron toda clase de rumores a raíz de que Silas Bishop —de la rama no degradada de los Bishop— dijese haber visto al chico de los Whateley subiendo a toda prisa la montaña delante de su madre, justo una hora antes de advertirse las llamas. Silas andaba buscando un ternero extraviado, pero casi olvidó la misión que le había llevado allí al divisar fugazmente, a la luz del farol que portaba, a los dos figuras que corrían montaña arriba. Madre e hijo se deslizaban sigilosamente por entre la maleza, y Silas, que no salía de su asombro, creyó ver que iban enteramente desnudos. Al recordarlo posteriormente, no estaba del todo seguro por cuanto al niño respecta, y cree que es posible que llevase una especie de cinturón con flecos y un par de calzones o pantalones de color oscuro. Lo cierto es que a Wilbur nunca volvió a vérsele, al menos vivo y en estado consciente, sin toda su ropa encima y ceñidamente abotonado, y cualquier desarreglo, real o supuesto, en su indumentaria parecía irritarle muchísimo. Su constraste con el escuálido aspecto de su madre y de su abuelo era tremendamente marcado, algo que no se explicaría del todo hasta 1928, año en que el horror se abatió sobre Dunwich.

Por el mes de enero, entre los rumores que corrían por el pueblo se hacía mención de que el «rapaz negro de Lavinia» había comenzado a hablar, cuando apenas contaba once meses. Su lenguaje era impresionante, tanto porque se diferenciaba de los acentos normales que se oían en la región como por la ausencia del balbuceo infantil apreciable en muchos niños de tres y cuatro años. No era una criatura parlanchina, pero cuando se ponía a hablar parecía expresar algo inaprensible y totalmente desconocido para los vecinos de Dunwich. La extrañeza no radicaba en cuanto decía ni en las sencillas expresiones a que recurría, sino que parecía guardar una vaga relación con el tono o con los órganos vocales productores de los sonidos silábicos. Sus facciones se caracterizaban, asimismo, por una nota de madurez, pues si bien tenía en común con su madre y abuelo la falta de mentón, la nariz, firme y precozmente perfilada, junto con la expresión de los ojos —grandes, oscuros y de rasgos latinos—, hacían que pareciese casi adulto y dotado de una inteligencia fuera de lo común. Pese a su aparente brillantez era, empero, rematadamente feo. Desde luego, algo de chotuno o animal había en sus carnosos labios, en su tez amarillenta y porosa, en su áspero y desgreñado pelo y en sus orejas increíblemente alargadas. Pronto la gente empezó a sentir aversión hacia él, de forma incluso más marcada que hacia su madre y abuelo, y todo cuanto sobre él se aventuraban a decir se hallaba salpicado de referencias al pasado de brujo del viejo Whateley y a cómo retumbaron las montañas cuando profirió a pleno pulmón el espantoso nombre de *Yog-Sothoth*, en medio de un círculo de piedras y con un gran libro abierto entre sus manos. Los perros se enfurecían ante la sola presencia del niño, hasta el punto de que continuamente se veía obligado a defenderse de sus amenazadores ladridos.

III

Entre tanto, el viejo Whateley siguió comprando ganado sin que se viera incrementar el número de su cabaña. Asimismo, taló madera y se puso a restaurar las partes hasta entonces sin utilizar de la casa, un espacioso edificio con el tejado rematado en pico y la fachada posterior totalmente empotrada en la rocosa ladera de la montaña. Hasta entonces, las tres habitaciones en estado menos ruinoso de la planta baja habían bastado para albergar a su hija y a él. El anciano debía conservar aún una fuerza prodigiosa para poder realizar por sí solo tan ardua tarea y, aunque a veces murmuraba cosas que se salían de lo normal, su trabajo de carpintería demostraba que conservaba el sano juicio. Empezó las obras nada más nacer Wilbur, tras poner un día en orden uno de los numerosos cobertizos donde se guardaban los aperos, entablarlo y colocar una nueva y resistente cerradura. Ahora, al emprender las obras de reparación del abandonado piso superior, demostró seguir estando en posesión de excelentes facultades manuales. Su manía se reflejaba tan sólo en un afán por tapar herméticamente con tablones todas las ventanas del ala restaurada, aunque a juicio de muchos el mero hecho de intentar repararla ya era una locura. Ya se explicaba mejor que quisiese acondicionar otra habitación en la planta baja para el nieto recién nacido, habitación esta que varios visitantes pudieron ver, si bien nadie logró jamás acceder a la planta superior, herméticamente cerrada por gruesos tablones de madera. Revistió toda la habitación del nieto con sólidas estanterías hasta el techo, sobre las cuales fue colocando, poco a poco y en orden aparentemente cuidadoso, los antiguos volúmenes apolillados y los fragmentos sueltos de libros que hasta entonces habían estado amontonados de mala manera en los más insólitos rincones de la casa.

—Me han sido muy útiles —decía Whateley mientras trataba de pegar una página suelta de caracteres góticos con una cola preparada en el herrumbroso horno de la cocina—, pero estoy seguro de que el chico sabrá sacar mejor provecho de ellos. Quiero que estén en las mejores condiciones posibles, pues todos van a servirle para su educación.

Cuando Wilbur contaba un año y siete meses —esto es, en septiembre de 1914— su estatura y, en general, las cosas que hacía se salían por completo de lo normal. Tenía ya la altura de un niño de cuatro años, hablaba con fluidez y demostraba hallarse dotado de una inteligencia bien despierta. Andaba solo por los campos y empinadas laderas, y acompañaba a su madre en sus correrías por la montaña. Cuando estaba en casa, no cesaba de escudriñar los extraños grabados y cuadros que encerraban los libros de su abuelo, mientras el viejo Whateley le instruía y catequizaba en medio del silencio reinante de muchas largas e interminables tardes. Para entonces ya habían concluido las obras de la casa, y quienes tuvieron ocasión de verlas se preguntaban por qué habría transformado el viejo Whateley una de las ventanas del piso superior en una maciza puerta entablada. Se trataba de la última

ventana abuhardillada en la fachada posterior orientada a poniente, pegada a la ladera montañosa, y nadie se hacía la menor idea de por qué habría construido una sólida rampa de madera para subir hasta ella. Para cuando las obras estaban a punto de concluir la gente advirtió que el viejo cobertizo de los aperos, herméticamente cerrado y con las ventanas cubiertas por tablones desde el nacimiento de Wilbur, volvió a quedar abandonado. La puerta estaba siempre abierta de par en par, y cuando Earl Sawyer se adentró un día en su interior, con ocasión de una visita al viejo Whateley relacionada con la venta de ganado, se extrañó enormemente del apestoso olor que se respiraba en el cobertizo; un hedor —según diría posteriormente— que no guardaba parecido con nada conocido salvo con el olor que se percibía en las inmediaciones de los círculos indios de la montaña, y que no podía provenir de nada sano ni de esta tierra. Pero también es cierto que las casas y cobertizos de los vecinos de Dunwich nunca se caracterizaron precisamente por sus buenos olores.

No hay nada digno de destacar en los meses que siguieron, salvo que todo el mundo juraba percibir un ligero pero constante aumento de los misteriosos ruidos que salían de la montaña. La víspera del primero de mayo de 1915 se dejaron sentir tales temblores de tierra que hasta los vecinos de Aylesbury pudieron percibirlos, y unos meses después, en la Víspera de Todos los Santos, se produjo un fragor subterráneo asombrosamente sincronizado con una serie de llamaradas —«ya están otra vez los Whateley con sus brujerías», decían los vecinos de Dunwich— en la cima de Sentinel Hill. Wilbur seguía creciendo a un ritmo prodigioso, hasta el punto de que al cumplir cuatro años parecía como si tuviera ya diez. Leía ávidamente, sin ayuda alguna, pero se había vuelto mucho más reservado. Su semblante denotaba un natural taciturno, y por vez primera la gente empezó a hablar del incipiente aspecto demoníaco de sus facciones de chivo. A veces se ponía a musitar en una jerga totalmente desconocida y a cantar extrañas melodías que hacían estremecer a quienes las escuchaban, invadiéndoles un indecible terror. La aversión que mostraban hacia él los perros era objeto de frecuentes comentarios, hasta el punto de verse obligado a llevar siempre una pistola encima para evitar ser atacado en sus correrías a través del campo. Y, claro está, su utilización del arma en diversas ocasiones no contribuyó en absoluto a granjearle la simpatía de los dueños de perros guardianes.

Las pocas visitas que acudían a la casa de los Whateley encontraban con harta frecuencia a Lavinia sola en la planta baja, mientras se oían extraños gritos y pisadas en el entablado piso superior. Jamás dijo Lavinia qué podrían estar haciendo su padre y el muchacho allá arriba, aunque en cierta ocasión en que un jovial pescadero intentó abrir la atrancada puerta que daba a la escalera empalideció y un pánico cerval se dibujó en su rostro. El pescadero contó luego en la tienda de Dunwich que le pareció oír el pataleo de un caballo en el piso superior.

Los clientes que en aquel momento se encontraban en la tienda pensaron al instante en la puerta, en la rampa y en el ganado que con tal celeridad desaparecía, estremeciéndose al recordar las historias de los años mozos del viejo Whateley y las

extrañas cosas que profiere la tierra cuando se sacrifica un ternero en un momento propicio a ciertos dioses paganos. Desde hacía tiempo podía advertirse que los perros temían y detestaban la finca de los Whateley con igual furia que anteriormente habían demostrado hacia la persona de Wilbur.

En 1917 estalló la guerra, y el juez de paz Sawyer Whateley, en su condición de presidente de la junta de reclutamiento local, tuvo grandes dificultades para lograr constituir el contingente de jóvenes físicamente aptos de Dunwich que habían de acudir al campamento de instrucción. El gobierno, alarmado ante los síntomas de degradación de los habitantes de la comarca, envió varios funcionarios y especialistas médicos para que investigaran las causas, los cuales llevaron a cabo una encuesta que aún recuerdan los lectores de diarios de Nueva Inglaterra. La publicidad que se dio en torno a la investigación puso a algunos periodistas sobre la pista de los Whateley, y llevó a las ediciones dominicales del *Boston Globe* y del *Arkham Advertiser* a publicar artículos sensacionalistas sobre la precocidad de Wilbur, la magia negra del viejo Whateley, las estanterías repletas de extraños volúmenes, el segundo piso herméticamente cerrado de la antigua granja, el misterio que rodeaba a la comarca entera y los ruidos que se oían en la montaña. Wilbur contaba por entonces cuatro años y medio, pero tenía todo el aspecto de un muchacho de quince. Su labio superior y mejillas estaban cubiertos de un vello áspero y oscuro, y su voz había comenzado ya a enronquecen

Un día Earl Sawyer se dirigió a la finca de los Whateley acompañado de un grupo de periodistas y fotógrafos, llamándoles su atención hacia la extraña fetidez que salía de la planta superior. Según dijo, era exactamente igual que el olor reinante en el abandonado cobertizo donde se guardaban los aperos una vez finalizadas las obras de reconstrucción, y muy semejante a los débiles olores que creyó percibir a veces en las proximidades del círculo de piedra de la montaña. Los vecinos de Dunwich leyeron las historias sobre los Whateley al verlas publicadas en los periódicos, y no pudieron menos de sonreírse ante los crasos errores que contenían. Se preguntaban, asimismo, por qué los periodistas atribuirían tanta importancia al hecho de que el viejo Whateley pagase siempre al comprar el ganado en antiquísimas monedas de oro. Los Whateley recibieron a sus visitantes con mal disimulado disgusto, si bien no se atrevieron a ofrecer violenta resistencia o a negarse a contestar sus preguntas por miedo a que dieran mayor publicidad al caso.

IV

Durante toda una década la historia de los Whateley se mezcló inextricablemente con la existencia general de una comunidad patológicamente enfermiza que se hallaba acostumbrada a su extraña conducta y se había vuelto insensible a sus

orgiásticas celebraciones de la Víspera de Mayo y de Todos los Santos. Dos veces al año los Whateley encendían hogueras en la cima de Sentinel Hill, y en tales fechas el fragor de la montaña se reproducía con violencia cada vez más inusitada; y tampoco era raro que tuviesen lugar acontecimientos extraños y portentosos en su solitaria granja en cualquier otra fecha del año. Con el tiempo, los visitantes afirmaron oír ruidos en la cerrada planta alta, incluso en momentos en que todos los miembros de la familia estaban abajo, y se preguntaron a qué ritmo solían sacrificar los Whateley una vaca o un ternero. Se hablaba incluso de denunciar el caso a la Sociedad Protectora de Animales, pero al final no se hizo nada pues los vecinos de Dunwich no tenían ninguna gana de que el mundo exterior reparase en ellos.

Hacia 1923, siendo Wilbur un muchacho de diez años y con una inteligencia, voz, estatura y barba que le daban todo el aspecto de una persona ya madura, se inició una segunda etapa de obras de carpintería en la vieja finca de los Whateley. Las obras tenían lugar en la cerrada planta superior, y por los trozos de madera sobrante que se veían por el suelo la gente dedujo que el joven y el abuelo habían tirado todos los tabiques y hasta levantado la tarima del piso, dejando sólo un gran espacio abierto entre la planta baja y el tejado rematado en pico. Asimismo habían demolido la gran chimenea central e instalado en el herrumbroso espacio que quedó al descubierto una endeble cañería de hojalata con salida al exterior.

En la primavera que siguió a las obras, el viejo Whateley advirtió el crecido número de chotacabras que, procedentes del barranco de Cold Spring, acudían por las noches a chillar bajo su ventana. Whateley atribuyó a la presencia de tales pájaros un significado especial y un día dijo en la tienda de Osborn que creía cercano su fin.

—Ahora chirrían al ritmo de mi respiración —dijo—, así que deben estar ya al acecho para lanzarse sobre mi alma. Saben que pronto va a abandonarme y no quieren dejarla escapar. Cuando haya muerto sabréis si lo consiguieron o no. Caso de conseguirlo, no cesarán de chirriar y proferir risotadas hasta el amanecer, de lo contrario se callarán. Los espero a ellos y a las almas que atrapan, pues si quieren mi alma les va a costar lo suyo.

En la noche de la fiesta de la Recolección de la cosecha[32] de 1914, el doctor Houghton, de Aylesbury, recibió una llamada urgente de Wilbur Whateley, que se había lanzado a todo galope en medio de la oscuridad reinante, en el único caballo que aún restaba a los Whateley, con el fin de llegar lo antes posible al pueblo y telefonear desde la tienda de Osborn. El doctor Houghton encontró al viejo Whateley en estado agonizante, con un ritmo cardíaco y una respiración estertórea que presagiaban un final inminente. La deforme hija albina y el nieto adolescente, pero ya barbudo, permanecían junto al lecho mortuorio, mientras que del tenebroso espacio que se abría por encima de sus cabezas llegaba la desagradable sensación de una especie de chapoteo u oleaje rítmico, algo así como el ruido de las olas en una playa de aguas remansadas. Con todo, lo que más le molestaba al médico era el ensordecedor griterío que armaban las aves nocturnas que revoloteaban en torno a la

casa: una verdadera legión de chotacabras que chirriaban su monótono mensaje diabólicamente sincronizado con los entrecortados estertores del agonizante anciano. Aquello sobrepasaba decididamente lo siniestro y lo monstruoso, pensó el doctor Houghton, que al igual que el resto de los vecinos de la comarca había acudido de muy mala gana a la casa de los Whateley en respuesta a la llamada urgente que se le había hecho.

Hacia la una de la noche el viejo Whateley recobró la conciencia y, al tiempo que cesaban sus estertores, balbuceó algunas entrecortadas palabras a su nieto.

—Más espacio, Willy, necesita más espacio y cuanto antes. Tú creces, pero *eso* aún crece más deprisa. Pronto te servirá, hijo. Abre las puertas de par en par a Yog-Sothoth salmodiando el largo canto que encontrarás en la página 751 *de la edición completa,* y *luego* préndele fuego a la prisión. El fuego de la tierra no puede quemarlo.

No cabía duda, el viejo Whateley estaba loco de remate. Tras una pausa, durante la cual la bandada de chotocabras que había fuera sincronizó sus chirridos al nuevo ritmo jadeante de la respiración del anciano y pudieron oírse extraños ruidos que venían de algún remoto lugar en las montañas, aún tuvo fuerzas para pronunciar una o dos frases más.

—No dejes de alimentarlo, Willy, y ten presente la cantidad en todo momento. Pero no dejes que crezca demasiado deprisa para el lugar, pues si revienta en pedazos o sale antes de que abras a Yog-Sothoth, no habrán servido de nada todos los esfuerzos. Sólo los que vienen del más allá pueden hacer que se reproduzca y surta efecto… Sólo ellos, los ancianos que quieren volver…

Pero tras las últimas palabras volvieron a reproducirse los estertores del viejo Whateley, y Lavinia lanzó un pavoroso grito al ver cómo el griterío que armaban los chotacabras cambiaba para adaptarse al nuevo ritmo de la respiración. No hubo ningún cambio durante una hora, al cabo de la cual la garganta del moribundo emitió el postrer vagido. El doctor Houghton cerró los arrugados párpados sobre los resplandecientes ojos grises del anciano, mientras la barahúnda que armaban los pájaros remitía por momentos hasta acabar cayendo en el más absoluto silencio. Lavinia no cesaba de sollozar, en tanto que Wilbur se echó a reír sofocadamente y hasta ellos llegó el débil fragor de la montaña.

—No han conseguido atrapar su alma —susurró Wilbur con su potente voz de bajo.

Por entonces, Wilbur era ya un estudioso de impresionante erudición —si bien a su parcial manera—, y empezaba a ser conocido por la correspondencia que mantenía con numerosos bibliotecarios de remotos lugares en donde se guardaban libros raros y misteriosos de épocas pasadas. Al mismo tiempo, cada vez se le detestaba y temía más en la comarca de Dunwich por la desaparición de ciertos jóvenes que todas las sospechas hacían confluir, difusamente, en el umbral de su casa. Pero siempre se las arregló para silenciar las investigaciones, ya fuese mediante el recurso a la

intimidación o echando mano del caudal de antiguas monedas de oro que, al igual que en tiempos de su abuelo, salían de forma periódica y en cantidades crecientes para la compra de cabezas de ganado. Daba toda la impresión de ser una persona madura, y su estatura, una vez alcanzado el límite normal de la edad adulta, parecía que fuese a seguir aumentando sin límite. En 1925, con ocasión de una visita que le hizo un corresponsal suyo de la Universidad de Miskatonic, que salió de la reunión que sostuvieron lívido y desconcertado, medía ya sus buenos seis pies y tres cuartos.

Con el paso de los años, Wilbur fue tratando a su semideforme y albina madre con un desprecio cada vez mayor, hasta llegar a prohibirle que le acompañase a las montañas en las fechas de la Víspera de Mayo y de Todos los Santos. En 1926, la infortunada madre le dijo a Mamie Bishop que su hijo le inspiraba miedo.

—Sé multitud de cosas acerca de él que me gustaría poder contarte, Mamie —le dijo un día—, pero últimamente pasan muchas cosas que incluso yo ignoro. Juro por Dios que ni sé lo que quiere mi hijo ni lo que trata de hacer.

En la Víspera de Todos los Santos de aquel año, los ruidos de la montaña resonaron con un inusitado furor, y al igual que todos los años pudo verse el resplandor de las llamaradas en la cima de Sentinel Hill. Pero la gente prestó más atención a los rítmicos chirridos de enormes bandadas de chotacabras —extrañamente retrasados para la época del año en que se encontraban— que parecían congregarse en las inmediaciones de la granja de los Whateley. Pasada la medianoche sus estridentes notas estallaron en una especie de infernal barahúnda que pudo oírse por toda la comarca, y hasta el amanecer no cesaron en su ensordecedor griterío. Seguidamente desaparecieron, dirigiéndose apresuradamente hacia el sur, adonde llegaron con un mes de retraso sobre la fecha normal. Lo que significaba tamaño estruendo nadie lo sabría con certeza hasta pasado mucho tiempo. En cualquier caso, aquella noche no murió nadie en toda la comarca, pero jamás volvió a verse a la infortunada Lavinia Whateley, la deforme y albina madre de Wilbur.

En el verano de 1927, Wilbur reparó dos cobertizos que había en el corral y comenzó a trasladar a ellos sus libros y efectos personales. Al poco tiempo, Earl Sawyer dijo en la tienda de Osborn que en la granja de los Whateley habían vuelto a emprenderse obras de carpintería. Wilbur se aprestaba a tapar todas las puertas y ventanas de la planta baja, y daba la impresión de que estuviese tirando todos los tabiques, tal como su abuelo y él hicieran en la planta superior cuatro años atrás. Se había instalado en uno de los cobertizos y, según Sawyer, tenía un aspecto un tanto preocupado y temeroso. La gente de la localidad sospechaba que sabía algo acerca de la desaparición de su madre, y eran muy pocos los que se atrevían a rondar por las inmediaciones de la granja de los Whateley. Por aquel entonces, Wilbur sobrepasaba ya los siete pies de altura y nada indicaba que fuese a dejar de crecer.

V

Aquel invierno trajo consigo el nada desdeñable acontecimiento del primer viaje de Wilbur fuera de la comarca de Dunwich. Pese a la correspondencia que venía manteniendo con la Biblioteca Widener de Harvard, la Biblioteca Nacional de París, el Museo Británico, la Universidad de Buenos Aires y la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic, en Arkham, todos sus intentos por hacerse con un libro que precisaba desesperadamente habían resultado fallidos. En vista de lo cual, a la postre, acabó por desplazarse en persona —andrajoso, mugriento, con la barba sin cuidar y aquel nada pulido dialecto que hablaba— a consultar el ejemplar que se conservaba en Miskatonic, la biblioteca más próxima a Dunwich. Con casi ocho pies de altura y portando una maleta de ocasión recién comprada en la tienda de Osborn, aquel espantajo de tez trigueña y rostro de chivo se presentó un día en Arkham en busca del temible volumen guardado bajo siete llaves en la biblioteca de la Universidad de Miskatonic: el pavoroso *Necronomicon*, del enloquecido árabe Abdul Alhazred, en versión latina de Olaus Wormius, impreso en España en el siglo XVII. Jamás hasta entonces había visto Wilbur una ciudad, pero su único interés al llegar a Arkham se redujo a encontrar el camino que llevaba al recinto universitario. Una vez allí, pasó sin inmutarse por delante del gran perro guardián de la entrada que se echó a ladrar, mostrándole sus blancos colmillos con inusitado furor, al tiempo que tiraba con violencia de la gruesa cadena a la que estaba atado.

Wilbur llevaba consigo el inapreciable, pero incompleto, ejemplar de la versión inglesa del *Necronomicon* del Dr. Dee que su abuelo le había legado, y nada más le permitieron acceder al ejemplar en latín se puso a cotejar los dos textos con el propósito de descubrir cierto pasaje que, de no hallarse en condiciones defectuosas, habría debido encontrarse en la página 751 del volumen de su propiedad. Por más que intentó refrenarse, no pudo dejar de decírselo con buenos modales al bibliotecario —Henry Armitage, hombre de gran erudición y licenciado en Miskatonic, doctor por la Universidad de Princeton y por la Universidad de John Hopkins—, que en cierta ocasión había acudido a visitarle a la granja de Dunwich y que ahora, en buen tono, le acribillaba a preguntas. Wilbur acabó por decirle que buscaba una especie de conjuro o fórmula mágica que contuviese el espantoso nombre de *Yog-Sothoth*, pero las discrepancias, repeticiones y ambigüedades existentes complicaban la tarea de su localización, sumiéndole en un mar de dudas. Mientras copiaba la fórmula por la que finalmente se decidió, el Dr. Armitage miró involuntariamente por encima del hombro de Wilbur a las páginas por las que estaba abierto el libro; la que se veía a la izquierda, en la versión latina del *Necronomicon*, contenía toda una retahíla de estremecedoras amenazas contra la paz y el bienestar del mundo:

«Tampoco debe pensarse —rezaba el texto que Armitage fue traduciendo mentalmente— que el hombre es el más antiguo o el último de los dueños de la tierra, ni que semejante combinación de cuerpo y alma se pasea sola por el universo. Los Primordiales eran, los Primordiales son y los Primordiales serán. No en los espacios

que conocemos, sino *entre* ellos. Se pasean serenos y primigenios en esencia, sin dimensiones e invisibles a nuestra vista. *Yog-Sothoth* conoce la puerta. *Yog-Sothoth* es la puerta. *Yog-Sothoth* es la llave y el guardián de la puerta. Pasado, presente y futuro, todo es uno en *Yog-Sothoth.* Él sabe por dónde entraron los Primordiales en el pasado y por dónde volverán a hacerlo cuando llegue la ocasión. Él sabe qué regiones de la tierra hollaron, dónde siguen hoy hollando y por qué nadie puede verlos en su avance. Los hombres perciben a veces Su presencia por el olor que despiden, pero ningún ser humano puede ver Su semblante, *salvo únicamente a través de las facciones de los hombres engendrados por Ellos,* y son de las más diversas especies, difiriendo en apariencia desde la mismísima imagen del hombre hasta esas figuras invisibles o sin sustancia que son *Ellos.* Se pasean inadvertidos y pestilentes por los solitarios lugares donde se pronunciaron las Palabras y se profirieron los Rituales en su debido momento. Sus voces hacen tremolar el viento y Sus conciencias trepidar la tierra. Doblegan bosques enteros y aplastan ciudades, pero jamás bosque o ciudad alguna ha visto la mano destructora. Kadath los ha conocido en los páramos helados, pero ¿quién conoce a Kadath? En el glacial desierto del Sur y en las sumergidas islas del Océano se levantan piedras en las que se ve grabado Su sello, pero ¿quién ha visto la helada ciudad hundida o la torre secularmente cerrada y recubierta de algas y moluscos? El Gran Cthulhu es Su primo, pero sólo difusamente puede reconocerlos. *¡Iä! ¡Shub-Niggurath!* Por su insano olor Los conoceréis. Su mano os aprieta las gargantas pero ni aun así Los veis, y Su morada es una misma con el umbral que guardáis. *Yog-Sothoth* es la llave que abre la puerta, por donde las esferas se encuentran. El hombre rige ahora donde antes regían Ellos, pero pronto regirán Ellos donde ahora rige el hombre. Tras el verano el invierno y tras el invierno el verano. Aguardan, pacientes y confiados, pues saben que volverán a reinar sobre la tierra.»

Al asociar el Dr. Armitage lo que leía con lo que había oído hablar de Dunwich y de sus misteriosas apariciones, y de la lúgubre y horrible aureola que rodeaba a Wilbur Whateley, que iba desde un nacimiento en circunstancias más que extrañas hasta una fundada sospecha de matricidio, sintió como si le sacudiera una oleada de temor tan tangible como pudiera serlo cualquier corriente de aire frío y pegajoso emanada de una tumba. Parecía como si el gigante de cara de chivo enfrascado en la lectura de aquel libro hubiese sido engendrado en otro planeta o dimensión, como si sólo parcialmente fuese humano y procediese de los tenebrosos abismos de una esencia y una entidad que se extendía, cual titánico fantasma, allende las esferas de la fuerza y la materia, del espacio y el tiempo. De pronto, Wilbur levantó la cabeza y se puso a hablar con una voz extraña y resonante que hacía pensar en unos órganos vocales distintos a los del común de los mortales.

—Mr. Armitage —dijo—, me temo que voy a tener que llevarme el libro a casa. En él se habla de cosas que tengo que experimentar bajo ciertas condiciones que no reúno aquí, y sería una verdadera tropelía no dejármelo sacar alegando cualquier

absurda norma burocrática. Se lo ruego, señor, déjeme llevármelo a casa y le juro que nadie advertirá su falta. Ni que decirle tengo que lo trataré con el mejor cuidado. Lo necesito para poner mi versión de Dee en la forma en que…

Se interrumpió al ver la resuelta expresión negativa dibujada en la cara del bibliotecario, y al punto sus facciones de chivo adquirieron un aire de astucia. Armitage, cuando estaba ya a punto de decirle que podía sacar copia de cuanto precisara, pensó de repente en las consecuencias que podrían originarse de semejante contravención y se echó atrás. Era una responsabilidad demasiado grande entregar a aquella monstruosa criatura la llave de acceso a tan tenebrosas esferas de lo exterior. Whateley, al ver el cariz que tomaban las cosas, trató de poner la mejor cara posible.

—¡Bueno!, ¡qué le vamos a hacer si se pone así! A ver si en Harvard no son tan picajosos y hay más suerte —y sin decir una sola palabra más se levantó y salió de la biblioteca, debiendo agachar la cabeza por cada puerta que pasaba.

Armitage pudo oír el tremendo aullido del gran perro que había en la entrada y, a través de la ventana, observó las zancadas de gorila de Whateley mientras cruzaba el pequeño trozo de campus que podía divisarse desde la biblioteca. Le vinieron a la memoria las espantosas historias que habían llegado a sus oídos y recordó lo que se decía en las ediciones dominicales del *Advertiser*, así como las impresiones que pudo recoger entre los campesinos y vecinos de Dunwich durante su visita a la localidad. Horribles y malolientes seres invisibles que no eran de la tierra —o, al menos, no de la tierra tridimensional que conocemos— corrían por los barrancos de Nueva Inglaterra y acechaban impúdicamente desde las montañosas cumbres. Hacía tiempo que estaba convencido de ello, pero ahora creía experimentar la inminente y terrible presencia del horror extraterrestre y vislumbrar un prodigioso avance en los tenebrosos dominios de tan antigua, y hasta entonces aletargada, pesadilla. Estremecido y con una honda sensación de repugnancia, encerró el *Necronomicon* en su sitio, pero un atroz e inidentificable hedor seguía impregnando aún toda la estancia. «Por su insano olor los conoceréis», citó. Sí, no cabía duda, aquel fétido olor era el mismo que hacía menos de tres años le provocó náuseas en la granja de Whateley. Pensó en Wilbur, en sus siniestras facciones de chivo, y soltó una irónica risotada al recordar los rumores que corrían por el pueblo sobre su paternidad.

—¿Incestuoso vástago? —Armitage murmuró casi en voz alta para sus adentros—. ¡Dios mío, pero serán simplones! ¡Dales a leer *El gran dios Pan*, de Arthur Machen, y creerán que se trata de un escándalo normal y corriente como los de Dunwich! Pero ¿qué informe y maldita criatura, salida o no de esta tierra tridimensional, era el padre de Wilbur Whateley? Nacido el día de la Candelaria, a los nueve meses de la Víspera del Uno de Mayo de 1912, fecha en que los rumores sobre extraños ruidos en el interior de la tierra llegaron hasta Arkham. ¿Qué pasaba en las montañas aquella noche de mayo? ¿Qué horror engendrado el día de la Invención de la Cruz[33] se había abatido sobre el mundo en forma de carne y hueso semihumanos?

Durante las semanas que siguieron, Armitage estuvo recogiendo toda la

información que pudo encontrar sobre Wilbur Whateley y aquellos misteriosos seres que poblaban la comarca de Dunwich. Se puso en contacto con el doctor Houghton, de Aylesbury, que había asistido al viejo Whateley en su postrer agonía, y estuvo meditando detenidamente sobre las últimas palabras que pronunció, tal como las recordaba el médico. Una nueva visita a Dunwich apenas reportó fruto alguno. No obstante, un detenido examen del *Necronomicon* —en concreto, de las páginas que con tanta avidez había buscado Wilbur— pareció aportar nuevas y terribles pistas sobre la naturaleza, métodos y apetitos del extraño y maligno ser cuya amenaza se cernía difusamente sobre la tierra. Las conversaciones sostenidas en Boston con varios estudiosos de saberes arcanos y la correspondencia mantenida con muchos otros eruditos de los más diversos lugares, no hicieron sino incrementar la perplejidad de Armitage, quien, tras pasar gradualmente por varias fases de alarma, acabó sumido en un auténtico estado de intenso temor espiritual. A medida que se acercaba el verano creía cada vez más que debía hacerse algo para interrumpir la escalada de terror que asolaba los valles regados por el curso superior del Miskatonic e indagar quién era el monstruoso ser conocido entre los humanos por el nombre de Wilbur Whateley.

VI

El verdadero horror de Dunwich tuvo lugar entre la fiesta de la Recolección de la Cosecha y el equinoccio de 1928, siendo el Dr. Armitage uno de los testigos presenciales de su abominable prólogo. Había oído hablar del esperpéntico viaje que Whateley había hecho a Cambridge y de sus desesperados intentos por sacar el ejemplar del *Necronomicon* que se conservaba en la biblioteca Widener, de la Universidad de Harvard. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos, pues Armitage había puesto en estado de alerta a todos los bibliotecarios que tenían a su cargo la custodia de un ejemplar del arcano volumen. Wilbur se había mostrado asombrosamente nervioso en Cambridge; estaba ansioso por conseguir el libro y no menos por regresar a casa, como si temiera las consecuencias de una larga ausencia.

A primeros de agosto se produjo el cuasi esperado acontecimiento. En la madrugada del tercer día de dicho mes el Dr. Armitage fue despertado bruscamente por los desgarradores y feroces ladridos del imponente perro guardián que había a la entrada del recinto universitario. Los estridentes y terribles gruñidos alternaban con desgarradores aullidos y ladridos, como si el perro se hubiese vuelto rabioso; los ruidos iban en continuo aumento, pero entrecortados, dejando entre sí pausas terriblemente significativas. Al poco, se oyó un pavoroso grito de una garganta totalmente desconocida, un grito que despertó a no menos de la mitad de cuantos dormían a aquellas horas en Arkham y que en lo sucesivo les asaltaría continuamente

en sus sueños, un grito que no podía proceder de ningún ser nacido en la tierra o morador de ella.

Armitage se puso rápidamente algo de ropa por encima y echó a correr por los paseos y jardines hasta llegar a los edificios universitarios, donde pudo ver que otros se le habían adelantado. Aún se oían los retumbantes ecos de la alarma antirrobo de la biblioteca. A la luz de la luna se divisaba una ventana abierta de par en par mostrando las abismales tinieblas que encerraba. Quienquiera que hubiese intentado entrar había logrado su propósito, pues los ladridos y gritos —que pronto acabarían confundiéndose en una sorda profusión de aullidos y gemidos— procedían indudablemente del interior del edificio. Un sexto sentido le hizo entrever a Armitage que cuanto allí sucedía no era algo que pudieran contemplar ojos sensibles y, con gesto autoritario, mandó retroceder a la muchedumbre allí congregada al tiempo que abría la puerta del vestíbulo. Entre los allí reunidos vio al profesor Warren Rice y al Dr. Francis Morgan, a quienes tiempo atrás había hecho partícipes de algunas de sus conjeturas y temores, y con la mano les hizo una señal para que le siguiesen al interior. Los sonidos que de allí salían habían remitido casi por completo, salvo los monótonos gruñidos del perro; pero Armitage dio un brusco respingo al advertir entre la maleza un ruidoso coro de chotacabras que había comenzado a entonar sus endiabladamente rítmicos chirridos, como si marchasen al unísono con los últimos estertores de un ser agonizante.

En el edificio entero reinaba un insoportable hedor que le resultaba harto familiar a Armitage, quien, en compañía de los dos profesores, se lanzó corriendo por el vestíbulo hasta llegar a la salita de lectura de temas genealógicos de donde salían los sordos gemidos. Por espacio de unos segundos, nadie se atrevió a encender la luz, hasta que Armitage, armándose de valor, dio al interruptor. Uno de los tres hombres —cuál, no se sabe— profirió un estridente alarido ante lo que se veía tendido en el suelo entre un revoltijo de mesas y sillas volcadas. El profesor Rice afirma que durante unos instantes perdió el sentido, si bien sus piernas no flaquearon ni llegó a caerse al suelo.

En el suelo, encima de un fétido charco de líquido purulento entre amarillento y verdoso y de una viscosidad bituminosa, yacía medio recostado un ser de casi nueve pies de estatura, al que el perro había desgarrado toda la ropa y algunos trozos de la piel. Aún no había muerto. Se retorcía en medio de silenciosos espasmos, al tiempo que su pecho jadeaba al abominable compás de los estridentes chirridos de los chotacabras que, expectantes, oteaban desde fuera de la sala. Esparcidos por toda la estancia podían verse trozos de piel de zapato y jirones de ropa, y junto a la ventana se veía una mochila de lona vacía que debió arrojar allí aquel gigantesco ser. Junto al pupitre central había un revólver en el suelo, con un cartucho peraltado pero sin pólvora que posteriormente serviría para explicar por qué no había sido disparado. No obstante, aquel ser que yacía en el suelo eclipsó un momento cualquier otra imagen que pudiera haber en la estancia. Sería harto trillado y no del todo cierto decir que

ninguna pluma humana podría describirlo, pero ya sería menos erróneo decir que no podría visualizarse gráficamente por nadie cuyas ideas acerca de la fisonomía y el perfil en general estuviesen demasiado apegadas a las formas de vida existentes en nuestro planeta y a las tres dimensiones conocidas. No cabía duda de que en parte se trataba de una criatura humana, con manos y cabeza de hombre, en tanto su rostro chotuno y sin mentón llevaba el inconfundible sello de los Whateley. Pero el torso y las extremidades inferiores tenían una forma teratológicamente monstruosa. Sólo gracias a una holgada indumentaria pudo aquel ser andar sobre la tierra sin ser molestado o erradicado de su superficie.

Por encima de la cintura era un ser cuasiantropomórfico, aunque el pecho, sobre el que aún se hallaban posadas las desgarradoras patas del perro, tenía el correoso y reticulado pellejo de un cocodrilo o un lagarto. La espalda tenía un color moteado, entre amarillo y negro, y recordaba vagamente la escamosa piel de ciertas especies de serpientes. Pero, con diferencia, lo más monstruoso de todo el cuerpo era la parte inferior. A partir de la cintura desaparecía toda semejanza con el cuerpo humano y comenzaba la más desenfrenada fantasía que cabe imaginarse. La piel estaba recubierta de un frondoso y áspero pelaje negro, y del abdomen brotaba un montón de largos tentáculos, entre grises y verdosos, de los que sobresalían fláccidamente unas ventosas rojas que hacían las veces de boca. Su disposición era de lo más extraño y parecía seguir las simetrías de alguna geometría cósmica desconocida en la tierra e incluso en el sistema solar. En cada cadera, hundido en una especie de rosácea y ciliada órbita, se alojaba lo que parecía ser un rudimentario ojo, mientras que en el lugar donde suele estar el rabo le colgaba algo que tenía todo el aspecto de una trompa o tentáculo, con marcas anulares violetas, y múltiples muestras de tratarse de una boca o garganta sin desarrollar. Las piernas, salvo por el pelaje negro que las cubría, guardaban cierto parecido con las extremidades de los gigantescos saurios que poblaban la tierra en los tiempos prehistóricos, y terminaban en unas carnosidades surcadas de venas que ni eran pezuñas ni garras. Cuando respiraba, el rabo y los tentáculos mudaban rítmicamente de color, como si obedecieran a alguna causa circulatoria característica de su verdoso tinte no humano, mientras que el rabo tenía un color amarillento que alternaba con otro blanco grisáceo, de repugnante aspecto, en los espacios que quedaban entre los anillos de color violeta. De sangre no había ni rastro, sólo el fétido y purulento líquido verdoso amarillento que corría por el piso más allá del pringoso círculo, dejando tras de sí una curiosa y descolorida mancha.

La presencia de los tres hombres debió despertar al moribundo ser allí postrado, que se puso a balbucir sin siquiera volver ni levantar la cabeza. Armitage no recogió por escrito los sonidos que profería, pero afirma categóricamente que no pronunció ni uno solo en inglés. Al principio las sílabas desafiaban toda posible comparación con ningún lenguaje conocido de la tierra, pero ya hacia el final articuló unos incoherentes fragmentos que, evidentemente, procedían del *Necronomicon*, el abominable libro cuya búsqueda iba a costarle la muerte. Los fragmentos, tal como

los recuerda Armitage, rezaban así poco más o menos: *«N'gai, n'gha'ghaa, bugg-shoggog, y'hah; Yog-Sothoth, Yog-Sothoth…»,* desvaneciéndose su voz en el aire mientras los chotacabras chirriaban en crescendo rítmico de malsana expectación.

Luego, se interrumpieron los jadeos y el perro alzó la cabeza, emitiendo un prolongado y lúgubre aullido. Un cambio se produjo en la faz amarillenta y chotuna de aquel ser postrado en el suelo al tiempo que sus grandes ojos negros se hundían pasmosamente en sus cavidades. Al otro lado de la ventana, cesó de repente el griterío que armaban los chotacabras, y por encima de los murmullos de la muchedumbre allí congregada se oyó un frenético zumbido y revoloteo. Recortadas contra el trasfondo de la luna podían verse grandes nubes de alados vigías expectantes que alzaban el vuelo y huían de la vista, espantados sólo de ver la presa sobre la que se disponían a lanzarse.

De pronto, el perro dio un brusco respingo, lanzó un aterrador ladrido y se arrojó precipitadamente por la ventana por la que había entrado. Un alarido salió de la expectante multitud, mientras Armitage decía a gritos a los hombres que aguardaban fuera que en tanto llegase la policía o el forense no podrían entrar en la sala. Afortunadamente, las ventanas eran lo suficientemente altas como para que nadie pudiera asomarse; para mayor seguridad, echó las oscuras cortinas con sumo cuidado. Entre tanto, llegaron dos policías, y el Dr. Morgan, que salió a su encuentro al vestíbulo, les instó a que, por su propio bien, aguardasen a entrar en la hedionda sala de lecturas hasta que llegara el forense y pudiera cubrirse el cuerpo del allí postrado.

Mientras esto ocurría, unos cambios realmente espantosos tenían lugar en aquella gigantesca criatura. No se precisa describir la *clase* y *proporción* de encogimiento y desintegración que se desarrollaba ante los ojos de Armitage y Rice, pero puede decirse que, aparte la apariencia externa de cara y manos, el elemento auténticamente humano de Wilbur Whateley era mínimo. Cuando llegó el forense, sólo quedaba una masa blancuzca y viscosa sobre el entarimado suelo, en tanto que el fétido olor casi había desaparecido por completo. Por lo visto, Whateley no tenía cráneo ni esqueleto óseo, al menos tal como los entendemos nosotros. En algo había de parecerse a su desconocido progenitor.

VII

Pero esto no fue sino simplemente el prólogo del verdadero horror de Dunwich. Las autoridades oficiales, desconcertadas, llevaron a cabo todas las formalidades debidas, silenciando acertadamente los detalles más alarmantes para que no llegasen a oídos de la prensa y el público en general. Mientras, unos funcionarios se personaron en Dunwich y Aylesbury para levantar acta de las propiedades del difunto Wilbur Whateley y notificar, en consecuencia, a quienes pudieran ser sus legítimos

herederos. A su llegada, encontraron a la gente de la comarca presa de una gran agitación, tanto por el fragor creciente que se oía en las abovedadas montañas como por el insoportable olor y sonidos —semejantes a un oleaje o chapoteo— que salían cada vez con mayor intensidad de aquella especie de gran estructura vacía que era la granja herméticamente entablada de los Whateley. Earl Sawyer, que cuidaba del caballo y del ganado desde el fallecimiento de Wilbur, había sufrido una aguda crisis de nervios. Los funcionarios hallaron en seguida una disculpa para que nadie entrase en el hediondo y cerrado edificio, limitándose a girar una rápida inspección a los aposentos que habitaba el difunto, es decir, a los cobertizos que Wilbur había acondicionado en fecha reciente. Redactaron un voluminoso informe que elevaron al juzgado de Aylesbury, y, según parece, los pleitos sobre el destino de la herencia siguen aún sin resolverse entre los innumerables Whateley, tanto de la rama degenerada como de la sin degenerar, que viven en el valle regado por el curso superior del Miskatonic.

Un casi interminable manuscrito redactado en extraños caracteres en un gran libro mayor, y que daba toda la impresión de ser una especie de diario por las separaciones existentes y las variaciones de tinta y caligrafía, desconcertó por completo a quienes lo encontraron en el viejo escritorio que hacía las veces de mesa de trabajo de Wilbur. Tras una semana de debates se decidió enviarlo a la Universidad de Miskatonic, junto con la colección de libros sobre saberes arcanos del difunto, para su estudio y eventual traducción. Pero al poco tiempo hasta los mejores lingüistas comprendieron que no iba a ser tarea fácil descifrarlo. No se encontró, en cambio, la menor huella del antiguo oro con el que Wilbur y el viejo Whateley solían pagar sus deudas.

El horror se desató en el transcurso de la noche del nueve de septiembre. Los ruidos de la montaña habían sido muy intensos aquella tarde y los perros ladraron con fenomenal estrépito durante toda la noche. Quienes madrugaron el día diez advirtieron un peculiar hedor en la atmósfera. Hacia las siete de la mañana Luther Brown, el mozo de la granja de George Corey, situada entre el barranco de Cold Spring y el pueblo, bajó corriendo, presa de una gran agitación, del pastizal de diez acres adonde había llevado a pacer las vacas. Estaba aterrado de espanto cuando entró a trompicones en la cocina de la granja, mientras las no menos despavoridas vacas se ponían a patalear y mugir en tono lastimero en el corral, tras seguir al chico todo el camino de vuelta tan atemorizadas como él. Sin cesar de jadear, Luther trató de balbucir lo que había visto a la señora Corey.

—Arriba, en el camino que hay por encima del barranco, señora Corey…, ¡algo pasa allí! Es como si hubiese caído un rayo. Todos los matorrales y arbolillos del camino han sido segados como si toda una casa les hubiera pasado por encima. Y eso no es lo peor, ¡quia! Hay *huellas* en el camino, señora Corey…, tremendas huellas circulares tan grandes como la tapa de un tonel, y muy hundidas en la tierra, como si hubiese pasado un elefante por allí, *¡sólo que las huellas tendrán más de cuatro pies!* Miré de cerca una o dos antes de salir corriendo y pude ver que todas estaban

cubiertas por unas líneas que salían del mismo lugar, en abanico, como si fuesen grandes hojas de palmera —sólo que dos o tres veces más grandes— incrustadas en el camino. Y el olor era irresistible, igual que el que se respira cerca de la vieja casa de Whateley…

Al llegar aquí, el muchacho titubeó y parecía como si el miedo que le había hecho venir corriendo todo el camino se apoderase de él de nuevo. La señora Corey, a la vista de que no podía sonsacarle más detalles, se puso a telefonear a los vecinos, con lo que empezó a cundir el pánico, anticipo de nuevos y mayores horrores, por toda la comarca. Cuando llamó a Sally Sawyer —ama de llaves en la granja de Seth Bishop, la finca más próxima a la de los Whateley—, le tocó escuchar en lugar de hablar, pues el hijo de Sally, Chauncey, que no podía dormir, había subido por la ladera en dirección a la casa de los Whateley y bajó corriendo a toda prisa aterrado de espanto tras echar una mirada a la granja y al pastizal donde habían pasado la noche las vacas de los Bishop.

—Sí, señora Corey —dijo Sally con voz trémula desde el otro lado del hilo telefónico—, Chauncey acaba de regresar despavorido, y casi no podía ni hablar del miedo que traía. Dice que la casa entera del viejo Whateley ha volado por los aires y que hay un montón de restos de madera desperdigados por el suelo, como si hubiese una carga de dinamita en su interior. Apenas queda otra cosa que el suelo de la planta baja, pero está enteramente cubierto por una especie de sustancia viscosa que huele horriblemente y corre por el suelo hasta donde están los trozos de madera desparramados. Y en el corral hay unas huellas espantosas, unas tremendas huellas de forma circular, más grandes que la tapa de un tonel, y todo está lleno de esa sustancia pegajosa que se ve en la casa destruida. Chauncey dice que el reguero llega hasta el pastizal, donde hay una franja de tierra mucho más grande que un establo totalmente aplastada, y que por todos los sitios se ven vallas de piedra caídas por el suelo.

»Chauncey dice, señora Corey, que se quedó aterrado a la vista de las vacas de Seth. Las encontró en los pastizales altos, muy cerca de Devil’s Hop Yard, pero daba pena verlas. La mitad estaban muertas y a casi el resto de las que quedaban les habían chupado la sangre, y tenían unas llagas igualitas que las que le salieron al ganado de Whateley a partir del día en que nació el rapaz negro de Lavinia. Seth ha salido a ver cómo están las vacas, aunque dudo mucho que se acerque a la granja del brujo Whateley. Chauncey no se paró a mirar qué dirección seguía el gran sendero aplastado una vez pasado el pastizal, pero cree que se dirigía hacia el camino del barranco que lleva al pueblo.

»Créame lo que le digo, señora Corey, hay algo suelto por ahí que no me sugiere nada bueno, y pienso que ese negro de Wilbur Whateley —que tuvo el horrendo fin que merecía— está detrás de todo esto. No era un ser enteramente humano, y conste que no es la primera vez que lo digo. El viejo Whateley debía estar criando algo aún menos humano que él en esa casa toda tapiada con clavos. Siempre ha habido seres invisibles merodeando en torno a Dunwich, seres invisibles que no tienen nada de

humano ni presagian nada bueno.

»La tierra estuvo hablando anoche, y hacia el amanecer Chauncey oyó a los chotacabras armar tal griterío en el barranco de Cold Spring que no le dejaron dormir nada. Luego le pareció oír otro ruido débil hacia donde está la granja del brujo Whateley, una especie de rotura o crujido de madera, como si alguien abriese a lo lejos una gran caja o embalaje de madera. Entre unas cosas y otras no logró dormir lo más mínimo hasta bien entrado el día, y no mucho antes se levantó esta mañana. Hoy se propone volver a la finca de los Whateley a ver qué sucede por allí. Pero ya ha visto más que suficiente, se lo digo yo, señora Corey. No sé qué pasará, aunque no presagia nada bueno. Los hombres deberían organizarse e intentar hacer algo. Todo esto es verdaderamente espantoso, y creo que se acerca mi turno. Sólo Dios sabe qué va a pasar.

»¿Le ha dicho algo Luther de la dirección que seguían las gigantescas huellas? ¿No? Pues bien, señora Corey, si estaban en ese lado del camino del barranco y todavía no se han dejado ver por su casa, supongo que deben haber descendido al fondo del barranco, ¿dónde si no podrían estar? De siempre he dicho que el barranco de Cold Spring no es un lugar saludable y no me inspira la menor confianza. Los chotacabras y las luciérnagas que hay en sus entrañas no parecen criaturas de Dios, y hay quienes dicen que pueden oírse extraños ruidos y murmullos allá abajo si uno se pone a escuchar en el lugar apropiado, entre la cascada y la Guarida del Oso.

A eso del mediodía, las tres cuartas partes de los hombres y jóvenes de Dunwich salieron a dar una batida por los caminos y prados que había entre las recientes ruinas de lo que fuera la finca de los Whateley y el barranco de Cold Spring, comprobando aterrados con sus propios ojos las grandes y monstruosas huellas, las agonizantes vacas de Bishop, toda la misteriosa y apestosa desolación que reinaba sobre el lugar y la vegetación aplastada y pulverizada por los campos y a orillas de la carretera. Fuese cual fuese el mal que se había desatado sobre la comarca era seguro que se encontraba en el fondo de aquel enorme y tenebroso barranco, pues todos los árboles de las laderas estaban doblados o tronchados, y una gran avenida se había abierto por entre la maleza que crecía en el precipicio. Daba la impresión de que una avalancha hubiese arrastrado toda una casa entera, precipitándola por la enmarañada floresta de la vertiente casi cortada a pico. Ningún ruido llegaba del fondo del barranco, tan sólo se percibía un lejano e indefinible hedor. No tiene nada de extraño, pues, que los hombres prefirieran quedarse al borde del precipicio y ponerse a discutir, en lugar de bajar y meterse de lleno en el cubil de aquel desconocido horror ciclópeo. Tres perros que acompañaban al grupo se lanzaron a ladrar furiosamente en un primer momento, pero una vez al borde del barranco cesaron de ladrar y parecían amedrentados e intranquilos. Alguien llamó por teléfono al *Aylesbury Cbronicle* para comunicar la noticia, pero el director, acostumbrado a oír las más increíbles historias procedentes de Dunwich, se limitó a redactar un artículo humorístico sobre el tema, artículo que posteriormente sería reproducido por la *Associated Press*.

Aquella noche todos los vecinos de Dunwich y su comarca se recogieron en casa, y no hubo granja o establo en que no se obstruyera la puerta lo más sólidamente posible. Huelga decir que ni una sola cabeza de ganado pasó la noche en los pastizales. Hacia las dos de la mañana un irrespirable hedor y los furiosos ladridos de los perros despertaron a la familia de Elmer Frye, cuya granja se hallaba situada al extremo este del barranco de Cold Spring, y todos coincidieron en decir haber oído fuera una especie de chapoteo o golpe seco. La señora Frye propuso telefonear inmediatamente a los vecinos, pero cuando su marido estaba a punto de decirle que lo hiciese se oyó un crujido de madera que vino a interrumpir sus deliberaciones. Al parecer, el ruido procedía del establo, y fue seguido al punto por escalofriantes mugidos y pataleos de las vacas. Los perros se pusieron a echar espumarajos por la boca y se acurrucaron a los pies de los miembros de la familia Frye, despavoridos de terror. El dueño de la casa, movido por la fuerza de la costumbre, encendió un farol, pero sabía bien que salir fuera al oscuro corral significaba la muerte. Los niños y las mujeres lloriqueaban, pero evitaban hacer todo ruido obedeciendo a algún oscuro y atávico sentido de conservación que les decía que sus vidas dependían de que guardasen absoluto silencio. Finalmente, el ruido del ganado remitió hasta no pasar de lastimeros mugidos, seguidos de una serie de chasquidos, crujidos y fragores impresionantes. Los Frye, apiñados en el salón, no se atrevieron a moverse para nada hasta que no se desvanecieron los últimos ecos ya muy en el interior del barranco de Cold Spring. Luego, entre los débiles mugidos que seguían saliendo del establo y los endiablados chirridos de los últimos chotacabras aún despiertos en el fondo del barranco, Selina Frye se acercó, tambaleándose, al teléfono y difundió a los cuatro vientos cuanto sabía sobre la segunda fase del horror.

Al día siguiente, la comarca entera era presa de un pánico atroz, y podía verse un continuo trasiego de atemorizados y silenciosos grupos de gente que se acercaban al lugar donde se había producido el horripilante acontecimiento nocturno. Dos impresionantes franjas de destrucción se extendían desde el barranco hasta la granja de Frye, en tanto unas monstruosas huellas cubrían la tierra desprovista de toda vegetación y una fachada del viejo establo pintado de rojo se hallaba tirada por el suelo. De los animales, sólo se logró encontrar e identificar a la cuarta parte. Algunas de las vacas estaban pulverizadas en pequeños fragmentos y a las que sobrevivieron no hubo más remedio que sacrificarlas. Earl Sawyer propuso ir en busca de ayuda a Arkham o Aylesbury, pero muchos rechazaron su propuesta por estimarla inútil. El anciano Zebulón Whateley, de una rama de la familia a caballo entre el sano juicio y la degradación, aventuró, de forma harto increíble, que lo mejor sería celebrar rituales en las cumbres montañosas. De siempre se habían observado escrupulosamente en su familia las tradiciones, y sus recuerdos de cantos en los grandes círculos de piedra no tenían nada que ver con lo que pudieran haber hecho Wilbur y su abuelo.

La noche se hizo, sobre la consternada comarca de Dunwich, demasiado pasiva para lograr poner en marcha una eficaz defensa contra la amenaza que se cernía sobre

ella. En algunos casos, las familias con estrechos vínculos se cobijaron bajo un mismo techo para estar ojo avizor en medio de la cerrada oscuridad nocturna, pero, por lo general, volvieron a repetirse las escenas de levantamiento de barricadas de la noche precedente y los futiles e ineficaces gestos de cargar los herrumbrosos mosquetes y colocar las horcas al alcance de la mano. Sin embargo, aquella noche no aconteció nada nuevo salvo algún que otro ruido intermitente en la montaña, y al despuntar el día muchos confiaban en que el nuevo horror hubiese desaparecido con igual presteza con que se presentó. Incluso había algunos espíritus temerarios que proponían lanzar una expedición de castigo al fondo del barranco, si bien no se aventuraron a predicar con el ejemplo a una mayoría que, en principio, no parecía dispuesta a seguirles.

Al caer de nuevo la noche volvieron a repetirse las escenas de las barricadas, aunque esta vez fueron menos las familias que se agruparon bajo un mismo techo. A la mañana siguiente, tanto en la granja de Frye como en la de Bishop, pudo advertirse cierta agitación entre los perros e indefinidos sonidos y fétidos olores en la lejanía, mientras que los expedicionarios más madrugadores se horrorizaron al ver de nuevo, y recientes, las monstruosas huellas en el camino que orillaba Sentinel Hill. Al igual que en ocasiones anteriores, los bordes del camino estaban aplastados, indicio de que por allí había pasado el imponente y monstruoso horror infernal que asolaba la comarca. Esta vez la conformación de las huellas parecía sugerir que había marchado en ambas direcciones, como si una montaña movediza hubiese salido del barranco de Cold Spring para regresar posteriormente por la misma senda. Al pie de la montaña podía verse por lo más abrupto una franja, de unos treinta pies de anchura, de matorrales y arbolillos aplastados, y quienes aquello veían no salían de su asombro al comprobar que ni siquiera las más empinadas pendientes hacían torcer la trayectoria del inexorable sendero. Fuese lo que fuese, aquel horror podía escalar paredes de roca desnuda y cortadas a pico. Como los expedicionarios optasen por subir a la cima por una ruta más segura, se encontraron con que una vez arriba terminaban las huellas… o, mejor dicho, daban la vuelta.

Era precisamente allí, en la cumbre de Sentinel Hill, donde los Whateley solían celebrar sus diabólicas hogueras y entonar sus no menos infernales rituales ante la piedra con forma de mesa en las fechas de la Víspera de Mayo y de Todos los Santos. Ahora, la piedra constituía el centro de una amplia extensión de terreno arrasado por el horror de la montaña, mientras que encima de su superficie ligeramente cóncava podía verse una masa espesa y fétida de la misma sustancia bituminosa que había en el piso de la derruida granja de los Whateley cuando el horror se alejó de allí. Los hombres se miraron unos a otros y se susurraron algo al oído. Luego, dirigieron la mirada hacia abajo. Al parecer, el horror había descendido prácticamente por el mismo sendero por el que había ascendido. Toda especulación holgaba. La razón, la lógica y las ideas normales que pudieran ocurrírseles se hallaban sumidas en el más completo marasmo. Sólo el anciano Zebulón, que no iba acompañando al grupo,

habría sabido apreciar en su justo término la situación o hallar una posible explicación a todo ello.

La noche del jueves comenzó igual que casi todas las precedentes, pero acabó bastante peor. Los chotacabras del barranco no pararon de chirriar ni un momento armando tal estrépito que fueron muchos los vecinos de Dunwich que no lograron conciliar el sueño, y a eso de las tres de la madrugada todos los teléfonos de la localidad se pusieron a sonar trémulamente. Quienes descolgaron el auricular oyeron a una aterrada voz proferir en tono desgarrador «¡Socorro! ¡Dios mío!…», y algunos creyeron escuchar un estruendoso ruido, tras lo cual la voz se cortó. No se oyó ni un sonido más. Pero nadie se atrevió a salir y hasta la mañana siguiente no se supo de dónde procedía la llamada. Todos cuantos la escucharon se llamaron por teléfono entre sí, advirtiendo que únicamente no contestaban en casa de los Frye. La verdad se descubrió al cabo de una hora cuando, tras juntarse a toda prisa, un grupo de hombres armados se dirigió a la finca de los Frye que estaba en la boca misma del barranco. Lo que allí se veía era espantoso, pero en modo alguno constituía una sorpresa. Había nuevas franjas aplastadas y monstruosas huellas. La casa de los Frye se había hundido como si del cascarón de un huevo se tratase, y entre las ruinas no pudo encontrarse resto alguno vivo o muerto. Sólo un insoportable hedor y una viscosidad bituminosa. La familia Frye había sido borrada por completo de la faz de Dunwich.

VIII

Entre tanto, en Arkham, tras la puerta cerrada de una estancia con las paredes repletas de estanterías, se desarrollaba otra fase del horror, algo más apacible pero no menos estimulante desde una perspectiva espiritual. El extraño manuscrito o diario de Wilbur Whateley, entregado a la Universidad de Miskatonic para su oportuna traducción, había sido la causa de muchos quebraderos de cabeza y no pocas muestras de desconcierto entre los especialistas en lenguas antiguas y modernas del claustro. Su mismo alfabeto, no obstante la similitud que a primera vista guardaba con la variante del árabe hablado en Mesopotamia, resultaba totalmente desconocido a las autoridades en la materia. La conclusión final de los lingüistas fue que el texto representaba un alfabeto artificial, debiendo tratarse de criptogramas, aunque ninguno de los métodos criptográficos normalmente utilizados pudo aportar la menor pista para su desciframiento, no obstante aplicarse en función de las lenguas que se suponía conocía el autor de aquellas páginas. En cuanto a los antiguos libros encontrados en el domicilio de los Whateley, si bien presentaban un gran interés y en varios casos prometían abrir nuevas y tenebrosas vías de investigación entre los filósofos y hombres de ciencia, no contribuyeron para nada a dilucidar el enigma. Uno de ellos, un pesado volumen con un cierre metálico, estaba escrito en otro

alfabeto igualmente desconocido, si bien sus caracteres eran muy diferentes y guardaba cierta semejanza con el sánscrito. Finalmente, el viejo libro mayor cayó en manos del Dr. Armitage, y ello tanto en atención al especial interés que había demostrado en el caso Whateley como por sus vastos conocimientos lingüísticos y experiencia en las fórmulas místicas de la antigüedad y del medioevo.

Armitage sabía que el alfabeto era utilizado con fines esotéricos por ciertos cultos arcanos procedentes de épocas pasadas y que habían adoptado numerosos rituales y tradiciones de los zahoríes del mundo sarraceno. Ahora bien, aquello no pasaba de tener una importancia secundaria, pues no era necesario conocer el origen de los símbolos si, como sospechaba, eran utilizados a modo de criptogramas dentro de una lengua moderna. Estaba persuadido de que, habida cuenta de la voluminosa cantidad de texto que contenía, el autor difícilmente se habría tomado la molestia de utilizar otra lengua que la suya, salvo quizá a la hora de expresar ciertas fórmulas mágicas o conjuros especiales. En consecuencia, se dispuso a atacar el manuscrito partiendo de la hipótesis de que el grueso del mismo se hallaba en inglés.

Armitage sabía muy bien, tras los repetidos fracasos de sus colegas, que el enigma que encerraba aquel texto resultaría difícil de desentrañar y sería tarea harto dificultosa, por lo que había que desechar cualquier intento de aplicar métodos sencillos de investigación. La última decena de agosto la dedicó a recopilar todos los tratados de criptografía que pudo encontrar, echando mano de la copiosa bibliografía con que contaba la biblioteca y descifrando noche tras noche los saberes arcanos que se ocultaban en textos como la *Poligraphia* de Tritemio, el *De furtivis literarum notis* de Giambattista Porta, el *Traité des chiffres* de Vigenere, el *Cryptomenysis patefacta* de Falconer, los tratados del siglo XVIII de Davys y Thicknesse y otros de autoridades en la materia tan recientes como Blair, Von Marten, amén de los escritos de Klüber. Con el tiempo acabó por convencerse de que se enfrentaba a uno de esos criptogramas especialmente sutiles e ingeniosos en los que muchas listas de letras separadas y que se corresponden entre sí se hallan dispuestas como si se tratara de una tabla de multiplicar, construyéndose el mensaje a partir de palabras clave arbitrarias sólo conocidas por los iniciados. Las autoridades de mayor antigüedad parecían ser de ayuda bastante más valiosa que las de épocas más recientes, de lo que Armitage dedujo que el código del manuscrito debía tener una gran antigüedad, transmitido sin duda a través de toda una larga cadena de ensayistas místicos. Varias veces pareció estar a punto de ver la luz esclarecedora, pero, de repente, algún obstáculo imprevisto le hacía retroceder en la marcha de la investigación. Hasta que, prácticamente ya encima septiembre, las nubes empezaron a clarear. Ciertas letras, tal como estaban utilizadas en determinados pasajes del manuscrito, fueron identificadas definitiva e inequívocamente, poniéndose de manifiesto que el texto se hallaba escrito en inglés.

En la tarde del dos de septiembre cayó, por fin, la última barrera importante que se interponía a la inteligibilidad del texto, y Armitage vio coronados sus esfuerzos al

leer por vez primera un pasaje entero de los anales de Wilbur Whateley. En realidad se trataba de un diario, como todo hacía suponer, y estaba redactado en un estilo que mostraba claramente una mezcolanza de profunda erudición en el campo de las ciencias ocultas y de incultura general por parte del extraño ser que lo escribió. Ya el primer pasaje extenso que logró descifrar Armitage —una anotación fechada el 26 de noviembre de 1916— resultó harto asombroso e intranquilizador. Recordó que el autor de aquellas líneas era un niño de tres años y medio por entonces, si bien aparentaba ser un adolescente de doce o trece.

«Hoy aprendí el aklo para el Sabaoth *(sic)*, pero no me gustó pues podía responderse desde la montaña y no desde el aire. Lo del piso de arriba me aventaja más de lo que pensaba y no parece que tenga mucho cerebro terrestre. Al ir a morderme maté de un tiro a Jack, el perro pastor de Elam Hutchins, y Elam dijo que si llegaba a morderme me mataría. Confío en que no lo haga. Anoche el abuelo me hizo pronunciar la fórmula mágica Dho y me pareció ver la ciudad secreta en los dos polos magnéticos. Una vez arrasada la tierra iré a esos polos, si es que no logro comprender la fórmula Dho-Hna cuando la aprenda. Los del aire me dijeron en el Sabat que la tarea de arrasar la tierra me llevará muchos años; para entonces supongo que ya habrá muerto el abuelo, así que voy a tener que aprender la posición de todos los ángulos de las superficies planas y todas las fórmulas mágicas que hay entre Yr y Nhhngr. Los del exterior me ayudarán, pero para cobrar forma corpórea requieren sangre humana. Parece que lo de arriba tendrá buen aspecto. Puedo vislumbrarlo cuando hago la señal voorish o soplo los polvos de Ibun Ghazi, y se parece mucho a ellos el día de la Víspera de Mayo en la Montaña. La otra cara la encuentro algo borrosa. Me pregunto cómo seré cuando la tierra haya sido arrasada y no quede ni un solo ser sobre ella. El que vino con el aklo Sabaoth dijo que podría transfigurarme para parecer menos del exterior y seguir haciendo cosas.»

El amanecer encontró al Dr. Armitage sudoroso y despavorido de terror, totalmente enfrascado en su lectura. No había levantado los ojos del manuscrito en toda la noche. Sentado en su escritorio, a la luz de una lámpara eléctrica, fue pasando página tras página con temblorosa mano a medida que descifraba el críptico texto. En medio de semejante estado de agitación había telefoneado a su mujer para decirle que no iría a dormir aquella noche, y cuando a la mañana siguiente le llevó el desayuno a la biblioteca apenas probó bocado. No paró de leer ni un instante durante todo el día, deteniéndose con gran desesperación una y otra vez siempre que se hacía necesario volver a aplicar la intrincada clave para desentrañar el texto. Le llevaron la comida y la cena a su despacho, pero apenas tomó una pizca. Al día siguiente, ya bien entrada la noche se quedó adormecido sobre la silla, pero no tardaría en despertarse tras asaltarle unas pesadillas casi tan horribles como la amenaza que se cernía sobre la humanidad entera y que acababa de descubrir.

La mañana del cuatro de septiembre el profesor Rice y el Dr. Morgan insistieron en ver a Armitage siquiera un momento, saliendo de la entrevista temblorosos y con el semblante demudado. Al anochecer Armitage se fue a la cama, pero sólo esporádicamente pudo conciliar el sueño. Al día siguiente, miércoles, volvió a enfrascarse en la lectura del manuscrito y tomó infinidad de notas, tanto de los pasajes que iba leyendo como de los ya descifrados. En la madrugada se quedó dormido unos momentos en un sillón del despacho, pero antes de que amaneciese ya estaba de nuevo con la vista sobre el manuscrito. Aún no habían dado las doce cuando su médico, el doctor Hartwell, fue a verle e insistió, por su propio bien, en la necesidad de que dejase de trabajar. Pero Armitage se negó a seguir los consejos del médico, alegando que para él era de vital importancia acabar de leer el diario, al tiempo que le prometía una explicación más detallada a su debido tiempo. Aquella tarde, justo en el momento en que empezaba a oscurecer, acabó su alucinante y agotadora lectura y se dejó caer sobre la silla totalmente exhausto. Su mujer, que acudió a llevarlo la cena, le encontró postrado en un estado casi comatoso, pero Armitage aún conservaba la conciencia suficiente como para proferir un fenomenal grito, que la hizo retroceder al advertir que sus ojos se posaban en las notas que había tomado. Levantándose a duras penas de la silla, recogió las hojas garrapateadas que había sobre las mesa y la metió en un gran sobre que guardó en el bolsillo interior del abrigo. Aún le quedaban fuerzas para regresar a casa por su propio pie, pero era tan evidente que precisaba de auxilios médicos que hubo que llamar urgentemente al doctor Hartwell. Al irse a la cama, siguiendo las indicaciones del médico, no cesaba de repetir una y otra vez *«Pero ¿qué hacer, Dios mío?, ¿qué hacer?»*

Armitage durmió toda aquella noche, pero al día siguiente estuvo delirando a intervalos. No dio ninguna explicación al doctor Hartwell, pero en sus momentos de lucidez hablaba de la imperiosa necesidad de mantener una larga reunión con Rice y Morgan. No había quien entendiera sus desvaríos, en los que hacía desesperados llamamientos para que se destruyera algo que decía se encontraba en una casa herméticamente cerrada con tablones, al tiempo que hacía increíbles alusiones a un plan para eliminar de la faz de la tierra a toda la especie humana, y a toda la vida vegetal y animal, que se proponía llevar a cabo una terrible y antiquísima raza de seres procedentes de otras dimensiones siderales. En sus gritos decía cosas tales como que el mundo estaba en peligro, pues los Seres Primordiales se habían propuesto desmantelarlo y barrerlo del sistema solar y del cosmos de la materia para sumirlo en otro nivel, o fase incorpórea, del que había salido hacía billones y billones de milenios. En otros momentos pedía que le trajeran el temible *Necronomicon* y el *Daemonolatreia* de Remigio, volúmenes ambos en los que estaba persuadido de encontrar la fórmula mágica con la que conjurar tan aterrador peligro.

—¡Hay que detenerlos, hay que detenerlos como sea! —se lanzaba a gritar desesperadamente—. Los Whateley se proponen abrirles el camino, y lo peor de todo aún está por llegar. Digan a Rice y Morgan que hay que hacer algo. Es una operación

que entraña un gran peligro, pero yo sé cómo fabricar los polvos… No ha recibido ningún alimento desde el dos de agosto, el día en que Wilbur vino a morir aquí, y a estas alturas…

Pero Armitage, pese a sus setenta y tres años, tenía aún una naturaleza resistente y el trastorno se le pasó en el curso de la noche y no vino acompañado de fiebres. El viernes se levantó ya avanzado el día, con la cabeza despejada, aunque con el semblante adusto por el miedo que le roía las entrañas y por la tremenda responsabilidad que ahora pesaba sobre él. El sábado por la tarde se sintió con fuerzas para ir a la biblioteca y mantener una reunión con Rice y Morgan; los tres hombres estuvieron devanándose los sesos el resto del día con las más increíbles especulaciones y los más alucinantes debates. Sacaron montones de terribles libros sobre saberes arcanos de las estanterías y de los lugares donde estaban encerrados a buen recaudo, y estuvieron copiando esquemas y fórmulas mágicas con febril premura y en cantidades ingentes. No cabía la menor duda al respecto. Los tres habían visto el agonizante cuerpo de Wilbur Whateley postrado en una estancia de aquel mismo edificio, por lo que a ninguno de ellos se le pasó siquiera por la cabeza considerar el diario como los delirios de un loco.

Las opiniones sobre la conveniencia de dar cuenta a la policía de Massachusetts estaban encontradas, imponiéndose la negativa en última instancia. Había cosas en todo aquello que resultaban muy difíciles, por no decir imposibles, de creer por quienes no estaban al tanto de todo lo que allí sucedía, como muy bien se vería tras varias investigaciones realizadas con posterioridad a los hechos. Ya entrada la noche la sesión se levantó sin que hubieran trazado un plan definitivo, pero durante todo el domingo Armitage estuvo ocupado cotejando fórmulas mágicas y haciendo combinaciones de productos químicos sacados del laboratorio de la universidad. Cuanto más pensaba en el infernal diario, más dudas le asaltaban sobre la eficacia de cualquier agente material para destruir al ser que Wilbur Whateley había dejado tras de sí…; el amenazador ser, desconocido para él, que unas horas después habría de abatirse sobre la localidad y acabaría siendo trágicamente conocido por el horror de Dunwich.

El lunes apenas difirió de la víspera para Armitage, pues la tarea en que estaba embarcado requería continuas búsquedas y experimentos. Nuevas consultas del diario de aquel monstruoso ser trajeron como consecuencia una serie de cambios en el plan originalmente trazado, y, con todo, sabía que al final seguiría adoleciendo de grandes fallas y riesgos. Para el martes ya había esbozado una línea precisa de actuación y creía que en menos de una semana estaría en condiciones de trasladarse a Dunwich. Pero con el miércoles vino la gran conmoción. Casi desapercibido, en una esquina del *Arkham Advertiser*, podía verse un pequeño despacho de la agencia Associated Press en el que se comentaba en tono jocoso que el whisky introducido de contrabando en Dunwich había producido un monstruo que batía todos los récords. Armitage, sobrecogido ante la noticia, telefoneó al instante a Rice y a Morgan. Hasta bien

entrada la noche estuvieron debatiendo los planes a seguir, y al día siguiente se lanzaron apresuradamente a hacer los preparativos para el viaje. Armitage sabía muy bien que iban a tener que habérselas con pavorosas fuerzas, pero también veía claramente que era el único medio de acabar con aquel maléfico embrollo que otros antes que él habían venido a complicar y agravar.

IX

El viernes por la mañana Armitage, Rice y Morgan salieron en automóvil hacia Dunwich, llegando al pueblo sobre la una de la tarde. Hacía un día espléndido, pero hasta en el fuerte sol reinante parecía presagiarse una inquietante calma, como si algo espantoso se cerniese sobre aquellas montañas extrañamente rematadas en forma de bóveda y sobre los profundos y sombríos barrancos de la asolada región. De vez en cuando podía divisarse recortado contra el cielo un lúgubre círculo de piedras en las cumbres montañosas. Por la atmósfera de silenciosa tensión que se respiraba en la tienda de Osborn, los tres investigadores comprendieron que algo horrible había sucedido, y pronto se enteraron de la desaparición de la casa y de la familia entera de Elmer Frye. Durante toda la tarde estuvieron recorriendo los alrededores de Dunwich, preguntando a la gente qué había sucedido y viendo con sus propios ojos, en medio de un creciente horror, las pavorosas ruinas de la casa de los Frye con sus persistentes restos de aquella sustancia bituminosa, las espantosas huellas dejadas en el corral, el ganado malherido de Seth Bishop y las impresionantes franjas de vegetación arrasada que había por doquier. El sendero dejado a todo lo largo de Sentinel Hill le pareció a Armitage de una significación casi devastadora, y durante un buen rato se quedó mirando la siniestra piedra en forma de altar que se divisaba en la cima.

Finalmente, los investigadores de Arkham, enterados de que aquella misma mañana habían llegado unos policías de Aylesbury en respuesta a las primeras llamadas telefónicas dando cuenta de la tragedia acaecida a los Frye, resolvieron ir en busca de los agentes y contrastar con ellos sus impresiones sobre la situación. Pero una cosa fue decirlo y otra hacerlo, pues no se veía a los policías por ninguna parte. Habían venido en total cinco en un coche, que se encontró abandonado en un lugar próximo a las ruinas del corral de Elmer Frye. Las gentes de la localidad, que hacía tan sólo un rato habían estado hablando con los policías, se hallaban tan perplejas como Armitage y sus compañeros. Fue entonces cuando al viejo Sam Hutchins se le vino a la cabeza una idea y, lívido, dio un codazo a Fred Farr al tiempo que apuntaba hacia el profundo y rezumante abismo que se abría frente a ellos.

—¡Dios mío! —dijo jadeando—. ¡Mira que les advertí que no bajasen al barranco! Jamás se me ocurrió que fuera a meterse nadie ahí con esas huellas y ese olor y con los chotacabras armando tal griterío a plena luz del día…

Un escalofrío se apoderó de todos los allí congregados —granjeros e investigadores— al oír las palabras del viejo Hutchins, y todos aguzaron instintivamente el oído. Armitage, ahora que se encontraba por vez primera frente al horror y su destructiva labor, no pudo evitar temblar ante la responsabilidad que se le venía encima. Pronto caería la noche sobre la comarca, las horas en que la gigantesca monstruosidad salía de su cubil para proseguir sus pavorosas incursiones. *Negotium perambulans in tenebris…* El anciano bibliotecario se puso a recitar la fórmula mágica que había aprendido de memoria, al tiempo que estrujaba con la mano el papel en que se contenía la otra fórmula alternativa que no había memorizado. Seguidamente, comprobó que su linterna se encontraba en perfecto estado. Rice, que estaba a su lado, sacó de un maletín un pulverizador de esos que se utilizan para combatir los insectos, mientras Morgan desenfundaba el rifle de caza en el que seguía confiando pese a las advertencias de sus compañeros de que las armas no valdrían de nada frente a tan monstruoso ser.

Armitage, que había leído el estremecedor diario de Wilbur, sabía muy bien qué clase de materialización podía esperarse, pero no quiso atemorizar más a los vecinos de Dunwich con nuevas insinuaciones o pistas. Esperaba poder librar al mundo de aquel horror sin que nadie se enterase de la amenaza que se cernía sobre la humanidad entera. A medida que la oscuridad fue haciéndose más densa, los vecinos de Dunwich comenzaron a dispersarse y emprendieron el regreso a casa, ansiosos por encerrarse en su interior pese a la evidencia de que no había cerrojo o cerradura que pudiese resistir los embates de un ser de tan descomunal fuerza que podía tronchar árboles y triturar casas a su antojo. Sacudieron la cabeza al enterarse del plan que tenían los investigadores de permanecer de guardia en las ruinas de la granja de Frye próxima al barranco. Al despedirse de ellos, apenas albergaban esperanzas de volver a verlos con vida a la mañana siguiente.

Aquella noche se oyó un enorme fragor en las montañas y los chotacabras chirriaron con endiablado estrépito. De vez en cuando, el viento que subía del fondo del barranco de Cold Spring traía un hedor insoportable a la ya cargada atmósfera nocturna, un hedor como el que aquellos tres hombres ya habían percibido en una anterior ocasión al encontrarse frente a aquella moribunda criatura que durante quince años y medio pasó por un ser humano. Pero la tan esperada monstruosidad no se dejó ver en toda la noche. No cabía duda, lo que había en el fondo del barranco aguardaba el momento propicio, y Armitage dijo a sus compañeros que sería suicida intentar atacarlo en medio de la oscuridad nocturna.

Al amanecer cesaron los ruidos. El día se levantó gris, desapacible y con ocasionales ráfagas de lluvia, mientras oscuros nubarrones se acumulaban del otro lado de la montaña, en dirección noroeste. Los tres científicos de Arkham no sabían qué hacer. Comoquiera que la lluvia arreciase, se guarecieron bajo una de las pocas construcciones de la granja de los Frye que aún quedaban en pie, en donde debatieron la conveniencia de seguir esperando o arriesgarse y bajar al fondo del barranco a la

caza de la monstruosa y abominable presa. El aguacero arreciaba por momentos y en la lejanía se oía el fragor producido por los truenos, en tanto que el cielo resplandecía por los relámpagos que lo rasgaban, y muy cerca de donde se encontraban se vio caer un rayo, como si directamente se dirigiese al maldito barranco. El cielo se oscureció totalmente, y los tres científicos esperaban que la tormenta, aunque violenta, pasara rápidamente y luego esclareciera.

El cielo aún seguía cubierto de oscuros nubarrones cuando, no haría siquiera una hora, llegó hasta ellos un auténtico babel de voces que se acercaba por el camino. Al poco, pudo divisarse un grupo despavorido integrado por algo más de una docena de hombres que venían corriendo y no cesaban de gritar y hasta de sollozar histéricamente. Uno de los que marchaban a la cabeza prorrumpió a balbucir palabras sin sentido, sintiendo un pavoroso escalofrío los investigadores de Arkham cuando las palabras adquirieron coherencia.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —se oyó decir a alguien con una voz entrecortada—. ¡Vuelve de nuevo, y *esta vez en pleno día!* ¡Ha salido, ha salido y se mueve en estos momentos! ¡Que el Señor nos proteja!

Tras oírse unos jadeos, la voz se sumió en el silencio, pero otro de los hombres retomó el hilo de lo que decía el primero.

—Hace casi una hora Zeb Whateley oyó sonar el teléfono. Quien llamaba era la señora Corey, la mujer de George, el que vive abajo en el cruce. Dijo que Luther, el mozo, había salido en busca de las vacas al ver el tremendo rayo que cayó, cuando observó que los árboles se doblaban en la boca del barranco —del lado opuesto de la vertiente— y percibió el mismo hedor que se respiraba en las inmediaciones de las grandes huellas el lunes por la mañana. Y, según ella, Luther dijo haber oído una especie de crujido o chapoteo, un ruido mucho más fuerte que el producido por los árboles o arbustos al doblarse, y de repente los árboles que había a orillas del camino se inclinaron hacia un lado y se oyó un horrible ruido de pisadas y un chapoteo en el barro. Pero, aparte de los árboles y la maleza doblados, Luther no vio nada.

»Luego, más allá de donde el arroyo Bishop pasa por debajo del camino, pudo oír unos espantosos crujidos y chasquidos en el puente, y dijo que parecía como si fuese madera que estuviese resquebrajándose, Pero, aparte de los árboles y los matorrales doblados, no vio nada en absoluto. Y cuando los crujidos se perdieron a lo lejos —en el camino que lleva a la granja del brujo Whateley y a la cumbre de Sentinel Hill—, Luther tuvo el valor de acercarse al lugar donde se oyeron los ruidos primero y se puso a mirar al suelo. No se veía otra cosa que agua y barro, el cielo estaba encapotado y la lluvia que caía empezaba a borrar las huellas, pero cerca de la boca del barranco, donde los árboles se hallaban caídos por el suelo, aún había unas horribles huellas tan gigantescas como las que vio el lunes pasado.

Al llegar aquí, tomó la palabra el hombre que había hablado en primer lugar.

—Pero *eso* no es lo malo; eso fue sólo el principio. Zeb convocó a la gente y todos estaban escuchando cuando se cortó una llamada telefónica que hacían desde la

casa de Seth Bishop. Sally, la mujer de Seth, no paraba de hablar en tono muy acalorado, acababa de ver los árboles tronchados al borde del camino, y dijo que una especie de ruido acorchado, parecido al de las pisadas de un elefante, se dirigía hacia la casa. Luego, dijo que un olor espantoso se metió de repente por todos los rincones de la casa y que su hijo Chauncey no cesaba de gritar que el olor era idéntico al que había en las ruinas de la granja de Whateley el lunes por la mañana. Y, a todo esto, los perros no paraban de lanzar horribles aullidos y ladridos.

»De repente, Sally pegó un fenomenal grito y dijo que el cobertizo que había junto al camino se había derrumbado como si la tormenta se lo hubiese llevado por delante, sólo que apenas corría viento para pensar en algo así. Todos escuchábamos con atención y a través del hilo podía oírse el jadeo de multitud de gargantas pegadas al teléfono. De repente, Sally volvió a proferir un espantoso grito y dijo que la cerca que había delante de la casa acababa de derrumbarse, aunque no se veía la menor señal que indicara a qué podría deberse. Luego, todos los que estaban pegados al hilo oyeron chillar también a Chauncey y al viejo Seth Bishop, y Sally decía a gritos que algo enorme había caído encima de la casa, no un rayo ni nada por el estilo, sino algo descomunal que se abalanzaba contra la fachada, y los embates eran constantes, aunque no se veía nada a través de las ventanas. Y luego…, y luego…

El terror podía verse reflejado en todos los rostros, y Armitage, aun cuando no estaba menos aterrado, tuvo el aplomo suficiente para decirle a quien tenía la palabra que prosiguiera.

—Y luego…, luego Sally lanzó un grito estremecedor y dijo «¡Socorro! ¡La casa se viene abajo!»… y desde el otro lado del hilo pudimos oír un fenomenal estruendo y un espantoso griterío…, igual que pasó con la granja de Elmer Frye, sólo que esta vez peor…

El hombre que hablaba hizo una pausa, y otro de los que venía en el grupo prosiguió el relato.

—Eso fue todo. No volvió a oírse ni un ruido ni un chillido más. Sólo el más absoluto silencio. Quienes lo escuchamos sacamos nuestros coches y furgonetas, y a continuación nos reunimos en casa de Corey todos los hombres sanos y robustos que pudimos encontrar, y hemos venido hasta aquí para que nos aconsejen qué hacer ahora. Es posible que todo sea un castigo del Señor por nuestras iniquidades, un castigo del que ningún mortal puede escapar.

Armitage comprendió que había llegado el momento de hacer algo y, con aire resuelto, se dirigió al vacilante grupo de despavoridos campesinos.

—No queda más remedio que seguirlo, señores —dijo tratando de dar a su voz el tono más tranquilizador posible—. Creo que hay una posibilidad de acabar de una vez por todas con lo que quiera que sea ese monstruo. Todos ustedes conocen de sobra la fama de brujos que tenían los Whateley; pues bien, este abominable ser tiene mucho de brujería, y para acabar con él hay que recurrir a los mismos procedimientos que utilizaban ellos. He visto el diario de Wilbur Whateley y examinado algunos de

los extraños y antiguos libros que acostumbraba leer, y creo conocer el conjuro que debe pronunciarse para que desaparezca para siempre. Naturalmente, no puede hablarse de una seguridad total, pero vale la pena intentarlo. Es invisible —como me imaginaba—, pero este pulverizador de largo alcance contiene unos polvos que deben hacerlo visible por unos instantes. Dentro de un rato vamos a verlo. Es realmente un ser pavoroso, pero aún hubiese sido mucho peor si Wilbur hubiese seguido con vida. Nunca llegará a saberse bien de qué se libró la humanidad con su muerte. Ahora sólo tenemos un monstruo contra el que luchar, pero sabemos que no puede multiplicarse. Con todo, es posible que cause aún mucho daño, así que no hemos de dudar a la hora de librar al pueblo de semejante monstruo.

»Hay que seguirlo, pues, y la forma de hacerlo es ir a la granja que acaba de ser destruida. Que alguien vaya delante, pues no conozco bien estos caminos, pero supongo que debe de haber un atajo. ¿Están de acuerdo?

Los hombres se movieron inquietos sin saber qué hacer, y Earl Sawyer, apuntando con un dedo tiznado por entre la cortina de lluvia que amainaba por momentos, dijo con voz suave: «Creo que el camino más rápido para llegar a la granja de Seth Bishop es atravesar el prado que se ve ahí abajo y vadear el arroyo por donde es menos profundo, para subir luego por las rastrojeras de Carrier y los bosques que hay a continuación. Al final se llega al camino alto que pasa a orillas de la granja de Seth, que está del otro lado».

Armitage, Rice y Morgan se pusieron a caminar en la dirección indicada, mientras la mayoría de los aldeanos marchaban lentamente tras ellos. El cielo empezaba a clarear y todo parecía indicar que la tormenta había pasado. Cuando Armitage tomaba involuntariamente una dirección equivocada, Joe Osborn se lo indicaba y se ponía delante para mostrar el camino. El valor y la confianza de los hombres del grupo crecían por momentos, aunque la luz crepuscular de la frondosa ladera casi cortada a pico que había al final del atajo —por entre cuyos fantásticos y añejos árboles hubieron de trepar cual si de una escalera se tratase— pusieron tales cualidades a prueba.

Al final, llegaron a un camino lleno de barro justo al tiempo que salía el sol. Se hallaban algo más allá de la finca de Seth Bishop, pero los árboles tronchados y las inequívocas y horribles huellas eran buena prueba de que ya había pasado por allí el monstruo. Apenas se detuvieron unos momentos a contemplar los restos que quedaban en torno al gran hoyo. Era exactamente lo mismo que sucedió con los Frye, y nada vivo ni muerto podía verse entre las ruinas de lo que en otro tiempo fueran la granja y el establo de los Bishop. Nadie quiso permanecer allí mucho tiempo entre aquel hedor insoportable y aquella viscosidad bituminosa; todos volvieron instintivamente al sendero de espantosas huellas que se dirigían hacia la granja en ruinas de los Whateley y las laderas coronadas en forma de altar de Sentinel Hill.

Al pasar ante lo que fuera morada de Wilbur Whateley, todos los integrantes del grupo se estremecieron visiblemente y sus ánimos comenzaron a flaquear. No tenía

nada de divertido seguir la pista de algo tan grande como una casa y no lograr verlo, si bien podía respirarse en el ambiente una maléfica presencia infernal. Frente al pie de Sentinel Hill las huellas dejaban el camino y podía apreciarse aún fresca la vegetación aplastada y tronchada a lo largo de la ancha franja que marcaba el camino seguido por el monstruo en su anterior subida y descenso de la montaña.

Armitage sacó un potente catalejo y se puso a escrutar las verdes laderas de Sentinel Hill. Seguidamente, se lo pasó a Morgan, que gozaba de una visión más aguda. Tras mirar unos instantes por el aparato, Morgan lanzó un pavoroso grito, pasándoselo seguidamente a Earl Sawyer a la vez que le señalaba con el dedo un determinado punto de la ladera. Sawyer, tan desmañado como la mayoría de quienes no están acostumbrados a utilizar instrumentos ópticos, estuvo dándole vueltas unos segundos hasta que finalmente, y gracias a la ayuda de Armitage, logró centrar el objetivo. Al localizar el punto, su grito aún fue más estridente que el de Morgan.

—¡Dios Todopoderoso, la hierba y los matorrales se mueven! Está subiendo… lentamente…; como si reptara…, en estos momentos llega a la cima. ¡Que el cielo nos ampare!

El germen del pánico pareció cundir entre los expedicionarios. Una cosa era salir a la caza del monstruoso ser, y otra muy distinta encontrarlo. Era muy posible que los conjuros funcionaran, pero ¿y si fallaban? Empezaron a levantarse voces en las que se le formulaba a Armitage todo tipo de preguntas acerca del monstruo, pero ninguna parecía satisfacerles. Todos tenían la impresión de hallarse muy próximos a fases de la naturaleza y de la vida absolutamente extraordinarias y radicalmente ajenas a la existencia misma de la humanidad.

X

Al final, los tres investigadores venidos de Arkham —el Dr. Armitage, de canosa barba, el profesor Rice, rechoncho y de cabellos plateados, y el Dr. Morgan, delgado y de aspecto juvenil— acabaron subiendo solos la montaña. Tras instruir con suma paciencia a los aldeanos sobre cómo enfocar y utilizar el catalejo, lo dejaron con el atemorizado grupo que se quedó en el camino. A medida que subían aquellos tres hombres, los aldeanos fueron pasándoselo de mano en mano para poder verlos de cerca. La subida era ardua, y en más de una ocasión tuvieron que echar una mano a Armitage. Muy por encima del esforzado grupo expedicionario el gran sendero abierto en la montaña retumbaba como si su infernal hacedor volviera a pasar por él con premiosa alevosía. Así pues, era patente que los perseguidores cobraban terreno.

Curtis Whateley —de la rama no degenerada del Whateley— era quien miraba por el catalejo cuando los investigadores de Arkham se desviaron del sendero. Curtis dijo al resto del grupo que, sin duda, los tres hombres trataban de llegar a un pico

inferior desde el que se divisaba el sendero, en un lugar muy por encima de donde se estaba aplastando la vegetación en aquellos momentos. Y así fue en realidad, pues los expedicionarios alcanzaron la pequeña elevación poco después de que el invisible monstruo pasara por allí.

Luego, Wesley Corey, que a la sazón miraba por el objetivo, gritó con todas sus fuerzas que Armitage se había puesto a ajustar el pulverizador que llevaba Rice, y todo indicaba que algo iba a ocurrir de un momento a otro. El desasosiego empezó a cundir entre el grupo del camino, pues, según les habían dicho, el pulverizador debería hacer visible por unos instantes al desconocido horror. Dos o tres hombres cerraron los ojos, en tanto que Curtis Whateley arrebató el catalejo a Wesley y lo dirigió hacia el punto más distante posible. Pudo ver que Rice, desde el lugar de observación en que se encontraban los expedicionarios —por encima y justo detrás del monstruoso ser—, tenía una excelente oportunidad para intentar diseminar los potentes polvos de prodigiosos efectos.

El resto de los que estaban en el camino sólo pudieron ver el fugaz resplandor de una nube grisácea —una nube del tamaño de un edificio relativamente alto— próxima a la cima de la montaña. Curtis, que era quien en aquellos momentos miraba por el catalejo, lo dejó caer de golpe sobre el barro que les cubría hasta los tobillos, al tiempo que lanzaba un grito aterrador. Se tambaleó, y habría caído al suelo de no ser por dos o tres compañeros que le ayudaron y le sostuvieron en pie. Un casi inaudible gemido era lo único que salía de sus labios.

—¡Oh, oh, Dios Todopoderoso!… *Eso… Eso…*

Luego se organizó un auténtico pandemónium, pues todos querían preguntar a la vez, y sólo Henry Wheeler se ocupó de recoger el catalejo caído en tierra y de limpiarle el barro. Curtis seguía diciendo incoherencias y ni siquiera conseguía dar respuestas aisladas.

—Es mayor que un establo…, todo hecho de cuerdas retorcidas…; tiene una forma parecida a un huevo de gallina, pero enorme, con docenas de patas… como grandes toneles medio cerrados que se echaran a rodar…; no se ve que tenga nada sólido…, es de una sustancia gelatinosa y está hecho de cuerdas sueltas y retorcidas, como si las hubieran pegado…; tiene infinidad de enormes ojos saltones…, diez o veinte bocas o trompas que le salen por todos los lados, grandes como tubos de chimenea, y no paran de moverse, abriéndose y cerrándose continuamente…, todas grises, con una especie de anillos azules o violetas… *¡Dios del cielo!, ¡y ese rostro semihumano encima…!*

El recuerdo de esto último, fuera lo que fuese, resultó demasiado fuerte para el pobre Curtis, quien perdió el sentido antes de poder articular una sola palabra más. Fred Farr y Will Hutchins lo trasladaron a un lado del camino, dejándole tendido sobre la húmeda hierba. Henry Wheeler, temblando, cogió entre las manos el catalejo y lo enfocó hacia la montaña en un intento de ver qué pasaba. A través del objetivo podían divisarse tres pequeñas figuras que ascendían hacia la cumbre con la rapidez

con que se lo permitía la abrupta pendiente. Eso era todo cuanto veía, ni más ni menos. Luego, todos percibieron un raro e intempestivo ruido que procedía del fondo del valle a sus espaldas, e incluso salía de la misma maleza de Sentinel Hill. Era el griterío que armaba una legión de chotacabras y en su estridente coro parecía latir una tensa y maligna expectación.

Earl Sawyer cogió seguidamente el catalejo y dijo que se veía a las tres figuras de pie en la cumbre más alta, prácticamente al mismo nivel del altar de piedra, pero todavía a considerable distancia de éste. Uno de los hombres, dijo Earl Sawyer, parecía alzar los brazos por encima de su cabeza a intervalos rítmicos, y al decir esto los demás creyeron oír un tenue sonido cuasimusical a lo lejos, como si una ruidosa salmodia acompañara a sus gestos. La extraña silueta en aquel lejano pico debía constituir todo un grotesco e impresionante espectáculo, pero ninguno de los presentes se sentía con humor para hacer consideraciones estéticas.

—Me imagino que ahora están entonando el conjuro —dijo Wheeler en voz baja al tiempo que arrebataba el catalejo de manos de Sawyer. Mientras, los chotacabras chirriaban con singular estridencia y a un ritmo curiosamente irregular, que no guardaba ningún parecido con las modulaciones del ritual.

De repente, la luz del sol disminuyó sin que, a primera vista, se debiera a la acción de ninguna nube. Era un fenómeno realmente singular, y así lo apreciaron todos. Parecía como si en el interior de las montañas estuviera gestándose un estrepitoso fragor, extrañamente acorde con otro fragor que vendría del firmamento. Un relámpago rasgó el aire y los asombrados hombres buscaron en vano los indicios de la tormenta. La salmodia que entonaban los investigadores de Arkham llegaba ahora nítidamente hasta ellos, y Wheeler vio a través del catalejo que levantaban los brazos al compás de las palabras del conjuro. Podía oírse, asimismo, el furioso ladrido de los perros en una granja lejana.

Los cambios en las tonalidades de la luz solar fueron a más y los hombres apiñados en el camino seguían mirando perplejos al horizonte. Unas tinieblas violáceas, originadas como consecuencia de un espectral oscurecimiento del azul celeste, se cernían sobre las retumbantes colinas. Seguidamente, volvió a rasgar el cielo un relámpago, algo más deslumbrante que el anterior, y todos creyeron ver como si una especie de nebulosidad se levantara en torno al altar de piedra allá en la lejana cumbre. Nadie, empero, miraba con el catalejo en aquellos instantes. Los chotacabras seguían emitiendo sus irregulares chirridos, en tanto los hombres de Dunwich se preparaban, en medio de una gran tensión, para enfrentarse con la imponderable amenaza que parecía rondar por la atmósfera.

De repente, y sin que nadie lo esperara, se dejaron oír unos sonidos vocales sordos, cascados y roncos que jamás olvidarían los integrantes del despavorido grupo que los oyó. Pero aquellos sonidos no podían proceder de ninguna garganta humana, pues los órganos vocales del hombre no son capaces de producir semejantes atrocidades acústicas. Más bien se diría que habían salido del mismo averno, si no

fuese harto evidente que su origen se encontraba en el altar de piedra de Sentinel Hill. Y hasta *casi es erróneo* llamar a semejantes atrocidades *sonidos*, por cuanto su timbre, horrible a la par que extremadamente bajo, se dirigía mucho más a lóbregos focos de la conciencia y al terror que al oído; pero uno debe calificarlos de tal, pues su forma recordaba, irrefutable aunque vagamente, a *palabras* semiarticuladas. Eran unos sonidos estruendosos —estruendosos cual los fragores de la montaña o los truenos por encima de los que resonaban— pero no procedían de ser visible alguno. Y como la imaginación es capaz de sugerir las más descabelladas suposiciones en cuanto a los seres invisibles se refiere, los hombres agrupados al pie de la montaña se apiñaron todavía más si cabe, y se echaron hacia atrás como si temiesen que fuera a alcanzarles un golpe fortuito.

—Ygnaiih… ygnaiih… thflthkh'ngha… Yog-Sothoth… —*sonaba el horripilante graznido procedente del espacio*—. Y'bthnk… h'ehye… n'grkdl'lh…

En aquel momento, quienquiera que fuese el que hablase pareció timbear, como si estuviera librándose una pavorosa contienda espiritual en su interior. Henry Wheeler volvió a enfocar el catalejo, pero tan sólo divisó las tres figuras humanas grotescamente recortadas en la cima de Sentinel Hill, las cuales no paraban de agitar los brazos a un ritmo frenético y de hacer extraños gestos como si la ceremonia del conjuro estuviese próxima a su culminación. ¿De qué lóbregos avernos de terror propios del diabólico Aqueronte, de qué insondables abismos de conciencia extracósmica, de qué sombría y secularmente latente estirpe infrahumana procedían aquellos semiarticulados sonidos medio graznidos medio truenos? De repente, volvían a oírse con renovado ímpetu y coherencia al acercarse a su máximo, final y más desgarrador frenesí.

—Eh-ya-ya-ya-yahaah-e'yayayayaaaa… ngh'aaaaa… ngh'aaa… h'yuh… ¡SOCORRO! ¡SOCORRO!… pp-pp-pp- ¡PADRE! ¡PADRE! ¡YOG-SOTHOTH!

Eso fue todo. Los lívidos aldeanos que aguardaban en el camino sin salir de su estupor ante las palabras *indiscutiblemente inglesas* que habían resonado, profusa y atronadoramente, en el enfurecido y vacío espacio que había junto a la asombrosa piedra altar, no volverían a oírlas. Al punto, hubieron de dar un violento respingo ante la terrorífica detonación que pareció desgarrar la montaña; un estruendo ensordecedor e imponente, cuyo origen —ya fuese el interior de la tierra o los cielos— ninguno de los presentes supo localizar. Un único rayo cayó desde el cenit violáceo sobre la piedra altar y una gigantesca ola de inconmensurable fuerza e indescriptible hedor bajó desde la montaña bañando la comarca entera. Árboles, maleza y hierbas fueron arrasados por la furiosa acometida, y los despavoridos aldeanos del grupo que se encontraba al pie de la montaña, debilitados por el letal hedor que casi llegaba a asfixiarles, estuvieron a punto de caer rodando por el suelo. En la lejanía se oía el furioso ladrido de los perros, en tanto que los prados y el follaje en general se marchitaban cobrando una extraña y enfermiza tonalidad grisáceo-amarillenta, y los campos y bosques quedaban sembrados de chotacabras muertos.

El hedor desapareció al poco tiempo, pero la vegetación no volvió a brotar con normalidad. Incluso hoy sigue percibiéndose una extraña y nauseabunda sensación ante las plantas que crecen en las inmediaciones de aquella montaña de infausto recuerdo. Curtis Whateley comenzaba a volver en sí cuando se vio a los tres hombres de Arkham descender lentamente por la vertiente montañosa bajo los rayos de un sol cada vez más resplandeciente e inmaculado. Su semblante era grave y calmado, y parecían consternados por unas reflexiones sobre lo que venían de presenciar, de naturaleza mucho más angustiosa que las que habían reducido al grupo de aldeanos a un estado de postración y acobardamiento. En respuesta a la lluvia de preguntas que cayó sobre ellos, los tres investigadores se limitaron a sacudir la cabeza y a reafirmar un hecho de vital importancia.

—El monstruoso ser ha desaparecido para siempre —dijo Armitage—. Ha vuelto al seno de lo que era en un principio y ya no puede volver a existir. Era una monstruosidad en un mundo normal. Sólo en una mínima parte estaba compuesto de materia, en cualquiera de las acepciones de la palabra. Era igual que su padre, y una gran parte de su ser ha vuelto a fundirse con aquél en algún reino o dimensión desconocido allende nuestro universo material, en algún abismo desconocido del que sólo los más endiablados ritos de la malevolencia humana le permitirían salir tras invocarlo por unos momentos en las cumbres montañosas.

Seguidamente, se hizo un breve silencio, durante el cual los sentidos dispersos del infortunado Curtis Whateley volvieron a entretejerse poco a poco hasta formar una especie de continuidad, y llevándose las manos a la cabeza soltó un sordo gemido. La memoria le devolvió al momento en que le había abandonado, y volvió a invadirle la horrorosa visión que le había hecho desfallecer.

—¡Oh, oh, Dios mío, aquel rostro semihumano…, aquel rostro semihumano!… Aquel rostro de ojos rojos y albino pelo ensortijado, y sin mentón, igual que los Whateley… Era un pulpo, un ciempiés, una especie de araña, pero tenía una cara de forma semihumana encima de todo, y se parecía al brujo Whateley, sólo que medía yardas y yardas…

Y, exhausto, enmudeció, mientras el grupo entero de aldeanos se le quedaba mirando fijamente con una perplejidad aún no cristalizada en renovado terror. Sólo entonces el viejo Zebulón Whateley, a quien solían venirle a la cabeza antiguos recuerdos pero que no había abierto la boca hasta el momento, dijo en voz alta:

—Hace quince años —se puso a divagar—, oí decir al viejo Whateley que un día oiríamos al hijo de Lavinia pronunciar el nombre de su padre en la cumbre de Sentinel Hill…

Pero Joe Osborn le interrumpió para volver a preguntar a los hombres de Arkham:

—Pero *¿qué era, después de todo,* y cómo logró el joven brujo Whateley llamarle para que acudiera de los espacios?

Armitage escogió sus palabras cuidadosamente a la hora de contestar.

—Era…, bueno, era sobre todo una fuerza que no pertenece a la zona que

habitamos del espacio sideral, una fuerza que actúa, crece y obedece a otras leyes distintas de las que rigen nuestra Naturaleza. A ninguno de nosotros se nos ocurre invocar a tales seres del exterior, sólo lo intentan las gentes y cultos más abominables. Y algo de ello puede decirse de Wilbur Whateley, algo que basta para hacer de él un ser demoníaco y un monstruo precoz, y para hacer de su muerte una escena de diabólico patetismo. Lo primero que pienso hacer es quemar este maldito diario, y si quieren obrar como hombres prudentes les aconsejo que dinamiten cuanto antes la piedra altar que hay en esa cima y echen abajo todos los círculos de monolitos que se levantan en las restantes montañas. Cosas así son las que, a la postre, traen a seres como esos de los que tanto gustaban los Whateley, unos seres a los que iban a dar forma terrestre para que borraran de la faz de la tierra a la especie humana y arrastraran a nuestro planeta al fondo de algún lugar execrable para alguna finalidad de naturaleza igualmente execrable.

»Pero por cuanto se refiere al ser que acabamos de devolver a su lugar de origen, los Whateley lo criaron para que desempeñara un terrible papel en los monstruosos hechos que iban a acontecer. Creció deprisa y se hizo muy grande por las mismas razones por las que lo hizo Wilbur, pero le superó porque contaba con un componente mayor de *exterioridad*. Y es innecesario preguntar por qué Wilbur lo llamó para que viniera del espacio… No lo llamó. *Era su hermano gemelo, pero se parecía a su padre más que él.*



HOWARD PHILLIPS LOVECRAFT (Providence, Estados Unidos, 20 de agosto de 1890 - ibídem, 15 de marzo de 1937) fue un escritor estadounidense, autor de novelas y relatos de terror y ciencia ficción. Se lo considera un gran innovador del cuento de terror, al que aportó una mitología propia (*Los mitos de Cthulhu*), desarrollada en colaboración con otros autores y aún vigente. Su obra constituye un clásico del terror cósmico materialista, una corriente que se aparta de la temática tradicional del terror sobrenatural (satanismo, fantasmas), incorporando elementos de ciencia ficción (razas alienígenas, viajes en el tiempo, existencia de otras dimensiones). Cultivó también la poesía, el ensayo y la literatura epistolar.

Notas

[1] Traducción de J. A. Molina Foix. <<



[2] El doctor Phillips afirma haber visto la cabeza en cuestión y asegura que jamás recibió una impresión tan fuerte de intensa maldad. <<



[3] Seres fabulosos de la mitología griega, mitad cabra, mitad hombre, asociados al dios Pan *(N. del T.)* <<



[4] Referencia a Jack el Destripador, cuyos crímenes aterrorizaron al East End londinense entre 1888 y 1889 sin que se lograra detener al responsable. *(N. del T.)* <<

[5] Traducción de J. A. Molina Foix. <<

[6] Escritas por Richard H. Barham (1788-1845) e inmensamente populares en el siglo XIX por su tratamiento grotesco e irreverente de las leyendas medievales. *(N. del T.)* <<

[7] Traducción de J. A. Molina Foix. <<



[8] Este último, traducción al latín de un clásico árabe escrito probablemente en el siglo ix, es el único de todos ellos cuya existencia está probada. *(N. del T.)* <<

[9] Traducción de J. A. Molina Foix. <<

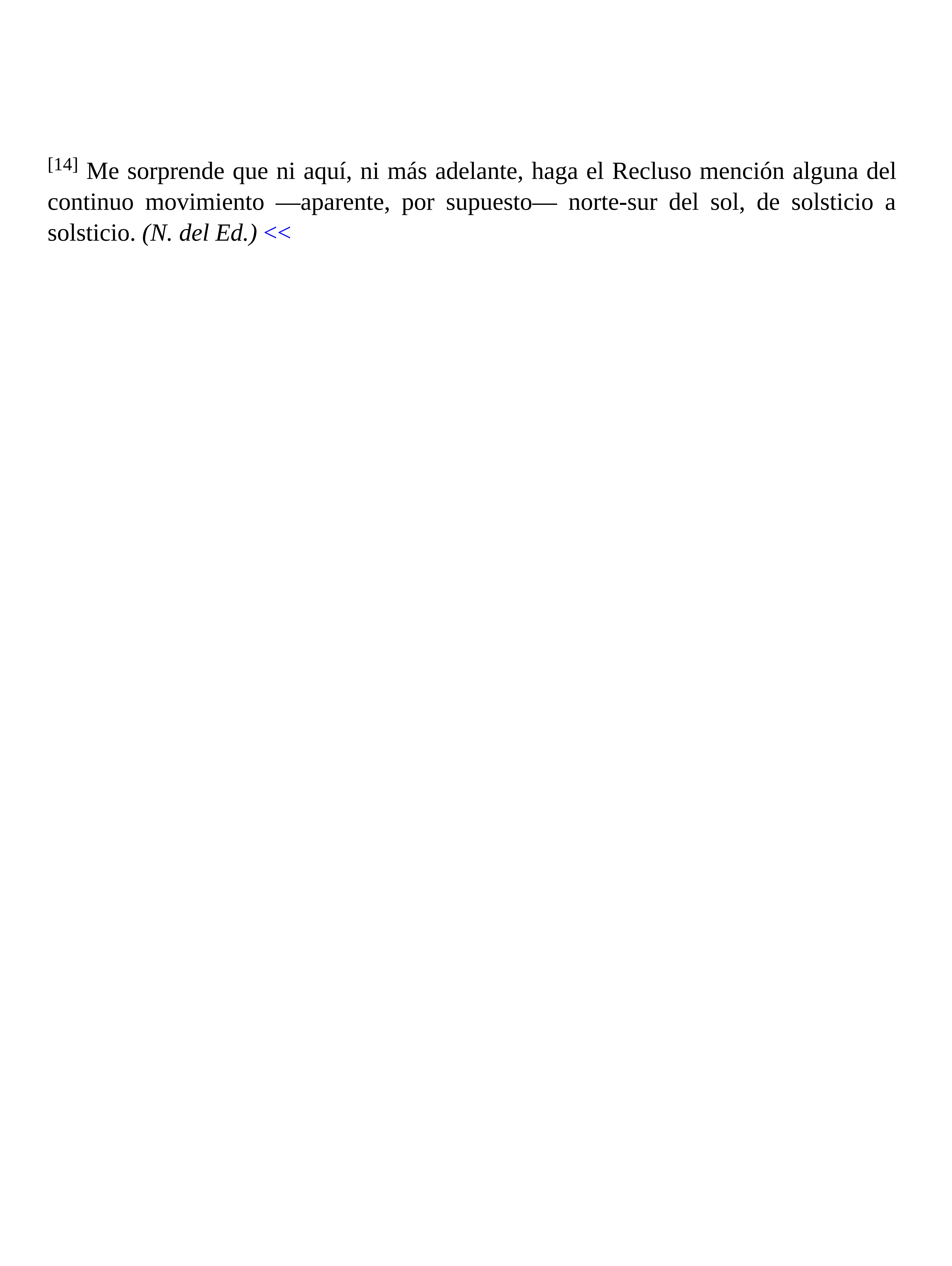


[10] Personaje principal de la serie infantil *Uncle Remus* del americano Joel Chandler Harris (1848-1908). *(N. del T.)* <<

[11] Traducción de F. Torres Oliver. <<

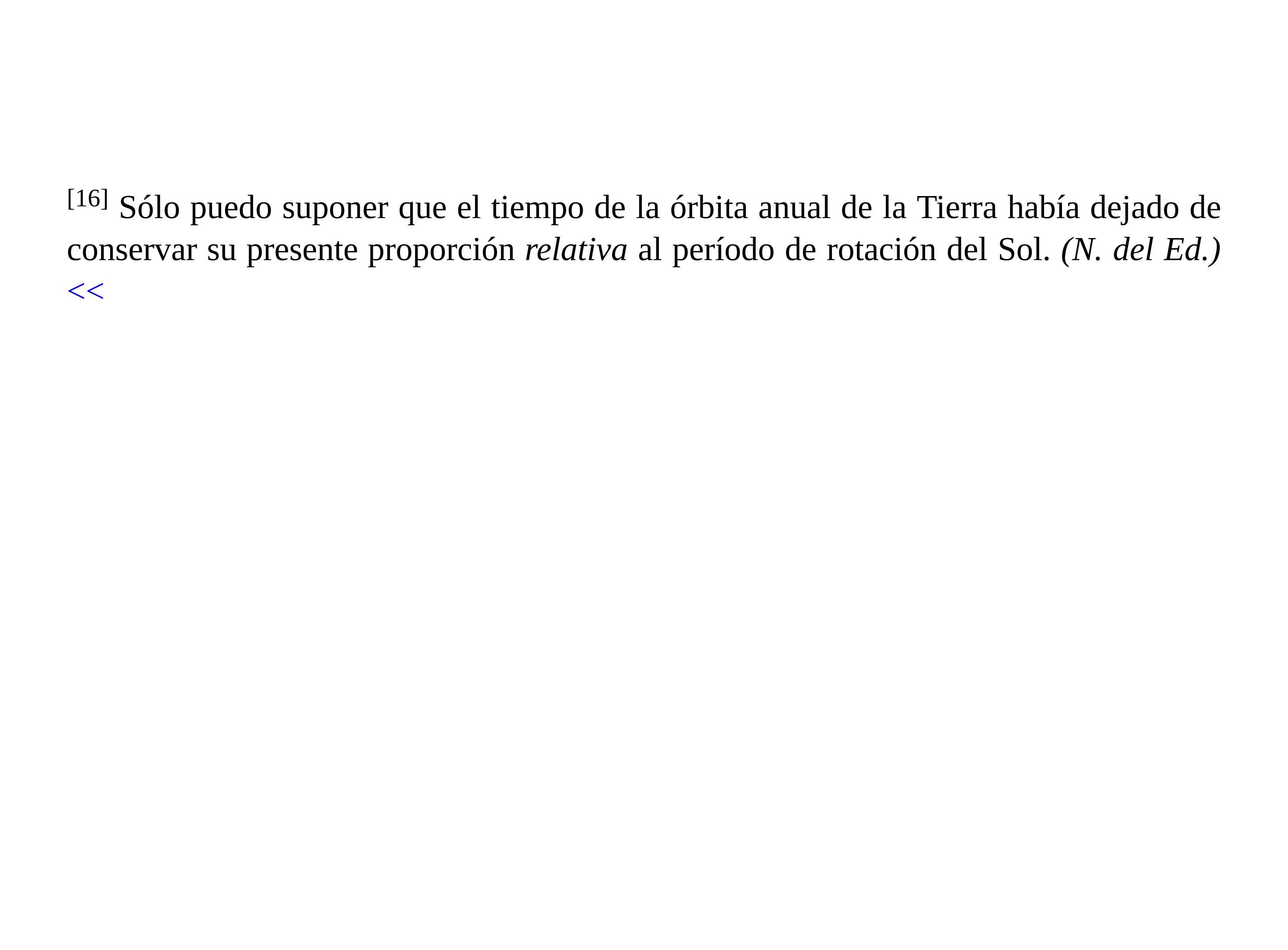
[12] No vuelve a mencionarse la luna. Por lo que se dice aquí, es evidente que la distancia de nuestro satélite respecto a la Tierra había aumentado considerablemente. Quizá, en una época posterior, debió de liberarse de nuestra atracción. No puedo por menos de lamentar que el manuscrito no arroje ninguna luz sobre este punto. *(N. del Ed.)* <<

[13] Verosímilmente, aire congelado. *(N. del Ed.)* <<



[14] Me sorprende que ni aquí, ni más adelante, haga el Recluso mención alguna del continuo movimiento —aparente, por supuesto— norte-sur del sol, de solsticio a solsticio. *(N. del Ed.)* <<

[15] A estas alturas, la atmósfera que transmite el sonido debía de estar tremendamente enrarecida, o —más probablemente— sería inexistente. De acuerdo con ello, no puede suponerse que estos u otros ruidos cualesquiera fueran perceptibles a los oídos de un ser vivo; que se oyesen en el sentido físico, tal como lo entendemos nosotros. *(N. del Ed.)* <<



[16] Sólo puedo suponer que el tiempo de la órbita anual de la Tierra había dejado de conservar su presente proporción *relativa* al período de rotación del Sol. *(N. del Ed.)*
<<

[17] Una lectura atenta del manuscrito revela que, o bien el Sol describe una órbita de gran excentricidad, o bien se estaba aproximando a la Estrella Verde reduciendo su órbita. En este momento, imagino que pierde finalmente su curso oblicuo debido a la atracción gravitatoria de la inmensa estrella. *(N. del Ed.)* <<

[18] Se observará que la Tierra atraviesa «*lentamente* la tremenda superficie del Sol». No da ninguna explicación al respecto, por lo que debemos concluir que, o bien la velocidad había disminuido, o bien la Tierra orbitaba a un ritmo lento comparado con las referencias existentes. Un estudio atento del manuscrito, empero, me lleva a la conclusión de que la velocidad del tiempo había ido desacelerándose de forma constante durante un período considerable. *(N. del Ed.)* <<



[19] Evidentemente, la masa bordeaba de llamas del Sol Central Muerto, vista desde otra dimensión. *(N. del Ed.)* <<

[20] Traducción de A. Nolla. <<

[21] Traducción de J. L. López Muñoz. <<

[22] Son muchos los médicos tienen conocimiento de tales casos. Determinados golpes sobre el nervio auditivo de una persona sorda provocan la recuperación de la sensibilidad; y no existe límite para esa agudeza del oído si el ruido aumenta en gran medida. <<

[23] Mateo 2,18: «Una voz se oyó en Ramá, un llanto y un gran lamento». <<

[24] Traducción de F. Torres Oliver. <<

[25] Traducción de F. Torres Oliver. <<

[26] Traducción de J. L. López Muñoz. <<



[27] Doble sentido intraducible: *wild oats*, además de «avena loca», es también una referencia a locuras o excesos juveniles. <<

[28] Alusión en broma al famoso poema de Samuel T. Coleridge (1772-1834) *The Rime of the Ancient Mariner* (El cantar del viejo marino). <<

[29] Traducción de J. L. López Muñoz. <<

[30] Traducción de A. Martínez Benito. <<

[31] Conductores de almas al reino de los muertos. *(N. del T.)* <<

[32] El 1.º de agosto. <<

[33] El 3 de mayo. <<